Los cachorros del Pentágono

Ángel Raúl Guevara

Fundación Editorial



Los cachorros del Pentágono

Ángel Raúl Guevara



Av. Panteón. Foro Libertador.
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja,
Caracas- Venezuela, 1010.
Telf.:(58-0212)5642469
Telefax:(58-0212)5641411

CORREOS ELECTRÓNICOS:
mcu@ministeriodelacultura.gob.ve
elperroylaranaediciones@gmail.com

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Carlos Zerpa
FOTO PORTADA
Carlos Herrera

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
N° lf40220068004289
ISBN 980-396-370-8





COLECCIÓN *Páginas Venezolanas*

La narrativa en Venezuela es el canto que define universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra –a través de sus cu series– las páginas que concentran tinta como sa de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.

La serie **Clásicos** *abarca las obras que por su fue se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana;* **Contemporáneos** *reún títulos de autores que desde las últimas décadas h girado la pluma para hacer rezumar de sus pala nuevos conceptos y perspectivas;* **Antologías** *es u espacio destinado al encuentro de voces que unid abren senderos al deleite y la crítica; y finalment serie* **Breves** *concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*



Av. Panteón. Foro Libertador.
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja,
Caracas- Venezuela, 1010.
Telf.:(58-0212)5642469
Telefax:(58-0212)5641411

CORREOS ELECTRÓNICOS:
mcu@ministeriodelacultura.gob.ve
elperroylaranaediciones@gmail.com

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Carlos Zerpa
FOTO PORTADA
Carlos Herrera

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
N° lf40220068004289
ISBN 980-396-370-8

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio de la Cultura



COLECCIÓN *Páginas Venezolanas*

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra –a través de sus cuatro series– las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.
La serie Clásicos *abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana;* Contemporáneos *reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas;* Antologías *es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie* Breves *concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*



Nota editorial

Este libro ha sido publicado en tres ocasiones: en 1973 fue editado dos veces y recientemente en el año 2002. Aunque para muchos compatriotas parte de la historia narrada en este libro es realidad añeja, es a partir del proceso revolucionario que vivimos en nuestro país cuando esa otra gran mayoría de venezolanos toma conciencia del hecho de que no solamente fuimos víctimas de regímenes gubernamentales que se enriquecían a costa del hambre del pueblo, sino que existieron movimientos y grupos de personas que lucharon por cambiar una realidad que terminó liquidándolos, convirtiéndolos en los torturados, desaparecidos y asesinados por un sistema político-militar que seguía y ejecutaba los métodos aprendidos por los gobiernos de la potencia imperialista y asesina de Norteamérica.

"La historias la escriben los victoriosos", es una frase que comienza a perder vigencia en nuestro país; lo que esos "victoriosos" quisieron ocultar, hoy puja por salir a la luz, toda la realidad de un pueblo que continúa en pie de lucha, pero con una conciencia nueva en la que el hombre comienza a ser reivindicado a través del conocimiento. He allí la importancia de la reedición de este libro por parte de la Fundación Editorial el perro y la rana, que busca crear conciencia a través de la lectura.

PREÁMBULO

Una historia escrita con sangre

La historia política contemporánea de Venezuela está escrita con sangre. Las clases dominantes y más poderosas de nuestro país, para mantener su hegemonía económica y política sobre las grandes mayorías nacionales, han apelado a los métodos y procedimientos más brutales e inhumanos. Las torturas, las persecuciones, los crímenes políticos, la creación de campos de concentración, los secuestros, las incomunicaciones, el "ruleteo", la militarización de la justicia, los fusilamientos, el desprecio a la vida, a las leyes y a las libertades democráticas consagradas en la Constitución Nacional, los campamentos antiguerrilleros, los "simulacros de fusilamientos", las razzias y genocidios, los "desaparecidos". Toda una secuela de desmanes y atropellos desencadenados con la más implacable violencia sobre los sectores y clases sociales explotadas y desposeídas de nuestro país.

Dos formas de gobierno se han implantado sobre Venezuela: la dictadura militar y la "democracia representativa". Entre uno y otro tipo de régimen no hay diferencia de fondo. Las diferencias son formales porque, en esencia, ambos corresponden a un mismo contenido, ambos representan los mismos intereses económicos, sociales y políticos: la denominación del capital monopolista extranjero y la perpetuación en el poder de las clases oligárquicas y aristocráticas de la

burguesía venezolana. Tanto la dictadura militar como la "democracia representativa" han estado al servicio de las clases sociales y los intereses económicos más reaccionarios y oscurantistas de nuestro país, enemigos jurados y declarados de las grandes masas obreras, campesinas, estudiantiles y amplios sectores progresistas, revolucionarios y nacionalistas de nuestro pueblo.

La dictadura militar y la "democracia representativa" son dos tipos de gobierno totalmente contrarios a los intereses populares. Ellos sólo sirven a los intereses de los ricos y poderosos. Representan los intereses de las compañías petroleras y mineras norteamericanas (la Creole, la Orinoco Mining, la Iron Mines, etc.), representan a los banqueros, al alto comercio, a los terratenientes, a los Rockefeller, a los Mellon, a los Mendoza, a los Vollmer, a los Zuloaga, a Fedecámaras, a los grandes patronos, dueños y señores de las inmensas riquezas de nuestro país.

Nadie puede llamarse a engaño en este país. Entre el dictador Marcos Pérez Jiménez y los "demócratas" Rómulo Betancourt y Raúl Leoni no hay ninguna diferencia sustancial. Tan criminal fue Pérez Jiménez como lo fueron Rómulo Betancourt y Leoni. Tan ladrón fue el Gobierno de Pérez Jiménez como fueron los de Betancourt y Leoni. Ambos dilapidaron el Tesoro Nacional, ambos asesinaron estudiantes, obreros, campesinos, dirigentes políticos; ambos violaron los derechos humanos; ambos atropellaron las leyes, violaron las libertades democráticas; ambos ensangrentaron al país e implantaron regímenes de terror. La sangre está muy fresca, los crímenes cometidos por ellos son muy recientes y todavía permanecen impunes. Por culpa de ellos hay muchos huérfanos, muchas madres de luto, muchos hogares escarnecidos y ensombrecidos por sus numerosos desmanes.

Ambos tipos de gobiernos han contado con aparatos infernales de represión. Han dispuesto de verdugos monstruosos y policías encarnizados. Marcos Pérez Jiménez tuvo su Pedro Estrada y su Seguridad Nacional. Betancourt y Leoni aventajaron al déspota militar al multiplicar el número de sus cuerpos represivos. Toda una gruesa cadena de sanguinarios verdugos civiles y militares ha proliferado en la Digepol (hoy Disipol), en el SIFA y en los campamentos antiguerrilleros. Los Santos Gómez, los Erasto Fernández, los "Capitán" Carlos Vega, los Patiño Gonzáles, los Atahualpa Montes, emularon y superaron en alto grado a los esbirros Pedro Estrada, Ulises Ortega, Miguel Silvio Sanz y demás sicarios de la dictadura militar-policíaca.

Pérez Jiménez contó con dos ministros fe
Felipe Llovera Páez y Laureano Vallenilla L
Relaciones Interiores cometieron crímenes e
Fueron dos verdugos inescrupulosos y lom
Betancourt y Leoni tuvieron, a su diestra y si
Policía más sanguinarios y crueles de nuestra
con Manuel Montilla, Leandro Mora y G
sobre el pueblo de Venezuela una ola ininterr
tosas, una serie de horrendos crímenes polític
y represiones que no tienen precedentes e
Venezuela. Las pruebas y testimonios histó
piosos, elocuentes e irrefutables.

Ha sido tal la magnitud de los crímenes y
los representantes de la "democracia represen
cas de la dictadura militar se pasean muy oro
Venezuela, se exhiben como héroes de un pa
posiciones envalentonadas y de prófugos de la j
y de crímenes políticos, pretenden presentarse
corderos, como nuevos pacificadores y redento

Y he aquí que, por obra y gracia de la "de
estos criminales y ladrones de oficio, de acusa
zadamente, tratan de fungir el papel de acusad

Hoy en día estamos en presencia del más
de la politiquería. Entre perezjimenistas y adec
vergonzosas y asquerosas acusaciones. ¿Quié
nó más venezolanos, quién atropelló más al p
presos políticos, quién encarceló y persiguió a
de mutuas acusaciones, entre esbirros y pol
ladrones. Entre prófugos de la justicia popular.
diario en la prensa, en la radio, en la televisión
Un debate que muy bien podría encarnar fielm
Lanz y Gonzalo Barrios, como los más conspi
dictadura militar y la "democracia representati

Entre los dos ex ministros de Relaciones I
citarse un "careo" monstruoso. Ambos pued
nes, sus nefastos procederes. Todo un pront
cada uno de estos ex ministros de Policía. D
cada uno de estos reos de la justicia popular

Tanto la dictadura militar como la "democracia
ado al servicio de las clases sociales y los intereses
cionarios y oscurantistas de nuestro país, ene-
rados de las grandes masas obreras, campesinas,
s sectores progresistas, revolucionarios y nacio-
eblo.

tar y la "democracia representativa" son dos tipos
te contrarios a los intereses populares. Ellos sólo
le los ricos y poderosos. Representan los intereses
roleras y mineras norteamericanas (la Creole, la
Iron Mines, etc.), representan a los banqueros, al
rratenientes, a los Rockefeller, a los Mellon, a los
mer, a los Zuloaga, a Fedecámaras, a los grandes
ñores de las inmensas riquezas de nuestro país.

marse a engaño en este país. Entre el dictador
ez y los "demócratas" Rómulo Betancourt y Raúl
na diferencia sustancial. Tan criminal fue Pérez
on Rómulo Betancourt y Leoni. Tan ladrón fue el
iménez como fueron los de Betancourt y Leoni.
l Tesoro Nacional, ambos asesinaron estudiantes,
dirigentes políticos; ambos violaron los derechos
opellaron las leyes, violaron las libertades demo-
ngrentaron al país e implantaron regímenes de
muy fresca, los crímenes cometidos por ellos son
vía permanecen impunes. Por culpa de ellos hay
muchas madres de luto, muchos hogares escarne-
os por sus numerosos desmanes.

gobiernos han contado con aparatos infernales de
uesto de verdugos monstruosos y policías encarni-
z Jiménez tuvo su Pedro Estrada y su Seguridad
rt y Leoni aventajaron al déspota militar al multi-
sus cuerpos represivos. Toda una gruesa cadena de
os civiles y militares ha proliferado en la Digepol
SIFA y en los campamentos antiguerrilleros. Los
Erasto Fernández, los "Capitán" Carlos Vega, los
Atahualpa Montes, emularon y superaron en alto
Pedro Estrada, Ulises Ortega, Miguel Silvio Sanz y
dictadura militar-policíaca.

Pérez Jiménez contó con dos ministros felones y sanguinarios: Luis Felipe Llovera Páez y Laureano Vallenilla Lanz. Como ministros de Relaciones Interiores cometieron crímenes espantosos y horripilantes. Fueron dos verdugos inescrupulosos y lombrosianos. Por su parte, Betancourt y Leoni tuvieron, a su diestra y siniestra, a los ministros de Policía más sanguinarios y crueles de nuestra historia contemporánea con Manuel Montilla, Leandro Mora y Gonzalo Barrios desataron sobre el pueblo de Venezuela una ola ininterrumpida de razzias espantosas, una serie de horrendos crímenes políticos, una cadena de torturas y represiones que no tienen precedentes en la historia política de Venezuela. Las pruebas y testimonios históricos son por demás copiosos, elocuentes e irrefutables.

Ha sido tal la magnitud de los crímenes y desafueros cometidos por los representantes de la "democracia representativa" que hoy los jerarcas de la dictadura militar se pasean muy orondos por las ciudades de Venezuela, se exhiben como héroes de un pasado tenebroso, asumen posiciones envalentonadas y de prófugos de la justicia, reos de peculados y de crímenes políticos, pretenden presentarse como mansos e inocentes corderos, como nuevos pacificadores y redentores de este país.

Y he aquí que, por obra y gracia de la "democracia representativa", estos criminales y ladrones de oficio, de acusados ayer, hoy desvergonzadamente, tratan de fungir el papel de acusadores de sus víctimas.

Hoy en día estamos en presencia del más bochornoso espectáculo de la politiquería. Entre perezjimenistas y adecos se suscita un torneo de vergonzosas y asquerosas acusaciones. ¿Quién robó más, quién asesinó más venezolanos, quién atropelló más al pueblo, quién torturó más presos políticos, quién encarceló y persiguió a más patriotas? Un debate de mutuas acusaciones, entre esbirros y policías, entre criminales y ladrones. Entre prófugos de la justicia popular. Un debate que se repite a diario en la prensa, en la radio, en la televisión y en las plazas públicas. Un debate que muy bien podría encarnar fielmente Laureano Vallenilla Lanz y Gonzalo Barrios, como los más conspicuos representantes de la dictadura militar y la "democracia representativa" respectivamente.

Entre los dos ex ministros de Relaciones Interiores bien puede suscitarse un "careo" monstruoso. Ambos pueden enrostrarse sus crímenes, sus nefastos procederes. Todo un prontuario criminal pesa sobre cada uno de estos ex ministros de Policía. Del Archivo Criminal de cada uno de estos reos de la justicia popular se podría confeccionar la

negra historia de los crímenes políticos más horrendos de las dos últimas décadas sangrientas.

Con las manos tintas en sangre, con sus bocas de chacales insaciables, salpicada también de sangre, y con un montón de cadáveres arrojados a sus pies —las víctimas de sus crímenes—, dan rienda suelta a su diálogo-polémica:

Vallenilla Lanz:

"Los muertos que se me atribuyen se pueden contar con los dedos. Los muertos que tú mataste y que carga tu partido sobre sus hombros, como un estigma macabro, pasan de mil y bien podrías juntar con ellos tu propio cementerio".

Gonzalo Barrios:

"Tú, Pérez Jiménez y Pedro Estrada enterraron vivos a miles de venezolanos en Guasina y Sacupana".

Vallenilla Lanz:

"Más criminal fuiste tú y tu partido que masacraron a barrios enteros de Caracas y del interior de la República. ¡Que hablé el 23 de Enero, que diga algo el pueblo de La Charneca, que abran las bocas las gentes de Lídice, de Catia y de los barrios caraqueños!"

Gonzalo Barrios:

"¿Y la masacre de Turén?"

Vallenilla Lanz:

"Que cuente Leoni los crímenes colectivos en los pueblos de Falcón, Lara, Yaracuy, Portuguesa, Barinas, Trujillo, durante su gobierno. ¿Y los bombardeos a pueblos inermes?"

"¿Y las torturas y fusilamientos ocurridos en los TO?"

Gonzalo Barrios:

"Tú mataste a Leonardo Ruiz Pineda".

Vallenilla Lanz:

"Peor lo hiciste tú: asesinaste a Lovera y ordenaste desaparecer su cadáver".

Gonzalo Barrios:

"¿Dónde están los cadáveres de Antonio Pinto Salinas, de Luis Hurtado Higuera y Luis Alberto Blanco?"

Vallenilla Lanz:

"¿Dónde oculta tu partido a los cientos de 'desaparecidos'? ¿Dónde están los despojos de Donato Carmona, del sociólogo Víctor Ramón Soto Rojas, del maestro César Burguillos, del técnico Enrique Chacón,

de los estudiantes Andrés y Ramón Pasquier Suárez,
del abogado Bartolomé Vielma, del bachiller José
Flores, de los campesinos Candelario Castillo, Germ
Merchena, Juan Lorenzo Contreras, del obrero Juan
Ramos, de Juan Bautista Álvarez, de Andercia Rosas
Fidel Campos, Octavio Romero, Francisco Vizcay
Navarro, Eusebio Henríquez, León R. Ruiz, Francis
Eduardo Navarro Lauren, Cornelio Alvarado y de t
'desaparecidos' en la zonas campesinas de Venezuela?"

Vallenilla Lanz y Gonzalo Barrios, por la multitud
forman el binomio sangriento de dos décadas que cubri
a Venezuela. Y como caso curioso ambos tienen un pare
sus gestos y procederes. Como ministros de Policía
similares de mando. Actuaron con el mismo grado de
pitud y podredumbre. Una pareja de cínicos ministros
por la más decantada y mugrienta hipocresía por la mi
actitud para dar órdenes de asesinar y torturar a sus opos
La misma pose alambicada, el mismo estereotipado gus
El mismo gesto despreciativo, el mismo desenfado y la m
altanera y canallesca para negar los crímenes cometidos:

Gonzalo Barrios: "A los presos no los siente nadie
sólo los lloran sus deudos y provocan un escándalo que
horas" (agosto de 1969). Laureano Vallenilla Lanz: "
manchado las manos de sangre"; "...de mí sólo puedo d
me he manchado las manos con sangre. Díaz Mirón di
'Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan'.
de esos"...

El periodista le interroga:

—La Corte de Justicia ha encontrado méritos en
que sea enjuiciado por la muerte del capitán Wilfrido Or
rrió el 24 de febrero de 1953.

Responde:

—La decisión de la Corte suprema para que me j
muerte del capitán Omaña, es una jurisprudencia, po
acusar a todos los ministros de Relaciones Interiores
desde que salí del país. Yo me avergonzaría de acusar a m
hechos semejantes. En Venezuela la novedad será la res
democracia y la igualdad. En cuanto al capitán Omaña,

nenes políticos más horrendos de las dos
as.
en sangre, con sus bocas de chacales insacia-
sangre, y con un montón de cadáveres arro-
mas de sus crímenes—, dan rienda suelta a su

me atribuyen se pueden contar con los dedos.
aste y que carga tu partido sobre sus hombros,
ro, pasan de mil y bien podrías juntar con ellos

y Pedro Estrada enterraron vivos a miles de
y Sacupana".

ste tú y tu partido que masacraron a barrios
l interior de la República. ¡Que hablé el 23 de
pueblo de La Charneca, que abran las bocas las
tia y de los barrios caraqueños!"

Turén?"

i los crímenes colectivos en los pueblos de Falcón,
esa, Barinas, Trujillo, durante su gobierno. ¿Y los
inermes?"
usilamientos ocurridos en los TO?"

onardo Ruiz Pineda".

í: asesinaste a Lovera y ordenaste desaparecer su

os cadáveres de Antonio Pinto Salinas, de Luis
uis Alberto Blanco?"

u partido a los cientos de 'desaparecidos'? ¿Dónde
Donato Carmona, del sociólogo Víctor Ramón
tro César Burguillos, del técnico Enrique Chacón,

de los estudiantes Andrés y Ramón Pasquier Suárez, Alejandro Tejero, del abogado Bartolomé Vielma, del bachiller José Miguel Rodríguez Flores, de los campesinos Candelario Castillo, Germán Rivero, Santos Merchena, Juan Lorenzo Contreras, del obrero Juan Francisco Lugo Ramos, de Juan Bautista Álvarez, de Andercia Rosas, José González, Fidel Campos, Octavio Romero, Francisco Vizcaya, José Eduardo Navarro, Eusebio Henríquez, León R. Ruiz, Francisco Palma Prado, Eduardo Navarro Lauren, Cornelio Alvarado y de tantos cientos de 'desaparecidos' en la zonas campesinas de Venezuela?"

Vallenilla Lanz y Gonzalo Barrios, por la multitud de sus fechorías, forman el binomio sangriento de dos décadas que cubrieron de oprobio a Venezuela. Y como caso curioso ambos tienen un parecido idéntico en sus gestos y procederes. Como ministros de Policía resuman estilos similares de mando. Actuaron con el mismo grado de maldad, decrepitud y podredumbre. Una pareja de cínicos ministros caracterizados por la más decantada y mugrienta hipocresía por la más fría y refinada actitud para dar órdenes de asesinar y torturar a sus opositores políticos. La misma pose alambicada, el mismo estereotipado gusto afrancesado. El mismo gesto despreciativo, el mismo desenfado y la misma respuesta altanera y canallesca para negar los crímenes cometidos:

Gonzalo Barrios: "A los presos no los siente nadie y a los muertos sólo los lloran sus deudos y provocan un escándalo que dura más de 72 horas" (agosto de 1969). Laureano Vallenilla Lanz: "Nunca me he manchado las manos de sangre"; "...de mí sólo puedo decir que nunca me he manchado las manos con sangre. Díaz Mirón dijo en su verso: 'Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan'. Mi plumaje es de esos"...

El periodista le interroga:

—La Corte de Justicia ha encontrado méritos en estos días para que sea enjuiciado por la muerte del capitán Wilfrido Omaña, que ocurrió el 24 de febrero de 1953.

Responde:

—La decisión de la Corte suprema para que me juzguen por la muerte del capitán Omaña, es una jurisprudencia, porque se puede acusar a todos los ministros de Relaciones Interiores que ha habido desde que salí del país. Yo me avergonzaría de acusar a mis sucesores de hechos semejantes. En Venezuela la novedad será la restauración de la democracia y la igualdad. En cuanto al capitán Omaña, se mató a tiros

con el teniente Manuel Vicente Omaña, inspector de la Seguridad Nacional".

—La Seguridad Nacional era la policia del Ministerio de Relaciones Interiores y el Ministro era usted, le dijimos.

Vallenilla se alteró. Se volvió al reportero y dijo:

—Por lo tanto me acusas de asesino ¿no es así? ¿Por qué no acusas de la muerte de Lovera al doctor Gonzalo Barrios, que fue ministro del Interior? ¿O a él no se le puede acusar porque tiene poder, y a mí se me pude acusar porque del árbol caído todos quieren hacer leña? Cuando uno está caído lo acusan hasta de la muerte de César".

—Yo no lo acuso, le dijimos. Lo acusan en la Corte.

—El doctor Jesús Martínez Mora, quien fue prefecto de Caracas, ha anunciado que lo demandará por la muerte de Pinto Salinas —dijo otro reportero.

—No me extraña, pero yo no tengo miedo —dijo Vallenilla—. Voy a tener que arrendar un garaje grande para meter los autos que están librando contra mí. Yo no he venido a Venezuela a atacar a nadie, pero si me desafían recojo el guante. En Venezuela lo único que no se perdona es la cobardía (*El Nacional*, 29 de octubre de 1970).

Así responden ambos personajes siniestros de la política venezolana. Entre ellos se interpone un pozo de sangre, un pozo de ignominia. Pero ambos están perfectamente unidos e identificados por los crímenes políticos y los latrocinios cometidos durante los dos regímenes que sirvieron a cabalidad con la más monstruosa maestría (la dictadura militar perezjimenista y la "democracia representativa" de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni respectivamente). El uno es continuación del otro en el tiempo y en los métodos brutales y sanguinarios. El uno se inspira en la experiencia del otro y lo supera con creces. Basta con examinar someramente la década sangrienta de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Y resultaría fácil comprobar que no solamente hay similitudes entre ellos y Pérez Jiménez, sino que entre uno y otro período, entre una y otra década hay una superación en la política de terror, de asesinatos y crímenes políticos. La actuación de sus esbirros y verdugos son la prueba más fehaciente. La Digepol es un aparato de terror que se inspira en la Seguridad Nacional y la deja atrás en sus fechorías. Los campamentos de terror y muerte, los campamentos antiguerrilleros, los TO (Teatros de Operaciones) representan una etapa superior de la tortura con respecto a los campos de concentración de Guasina y

Sacupana. Pero no hay duda que ambos son
tema político, económico y social. Por eso,
ellos hay rasgos característicos comunes que
Pérez Jiménez con un Rómulo Betancourt y
Felipe Llovera Páez con su sobrino político
un Laureano Vallenilla Lanz con
policía Carlos Andrés Pérez; a un Pedro Estrada
a un "Bachiller" Castro con Luis Vera Gómez; a un
Erasto Fernández; un Miguel Silvio Sanz con
"Capitán" Carlos Vega Delgado. Las escuelas de
robos y corrupción administrativa tienen un
a los mismos intereses, se inspiran en la CIA, en
tamento de Estado y el Pentágono.

Hay hechos pasados que mueven a la
elocuentes y aleccionadores. Durante el régimen de
campos de concentración de Guasina y Sacupana
cipales de la tortura de esa dictadura militar.
huesos obreros, estudiantes, campesinos,
pueblo. Todos, en su mayoría, eran militantes de
Democrática y Partido Comunista. Los verdugos
presos eran miembros de los cuerpos de la Seguridad
Guardia Nacional. Pero además de estos verdugos
había los verdugos menores que asumían el papel
dirigían y comandaban las cuadrillas de trabajo
"caporales" en Guasina? Caso insólito, que
ahora y no revelado antes: ERAN PRESOS
todos los presos políticos fueron "caporales" en
tas se trazaron la línea de no aceptar caporalías en
"Caporales" en Guasina y Sacupana fueron
Acción Democrática, con la anuencia y el visto
Algunos de ellos ejercen hoy en día relevante
estuvimos presos en Guasina y Sacupana podemos
este hecho verídico, nefasto y denigrante. El
Abreu, en su obra *Se llamaba SN*, omite y relega al
tísimo aspecto político que gravitaba diariamente
secuestrados políticos en los campos de
Sacupana. En honor a la verdad histórica y para
de esa trascendental etapa de la vida política

uel Vicente Omaña, inspector de la Seguridad

d Nacional era la policía del Ministerio de Rela-
l Ministro era usted, le dijimos.
eró. Se volvió al reportero y dijo:
me acusas de asesino ¿no es así? ¿Por qué no acusas
vera al doctor Gonzalo Barrios, que fue ministro del
se le puede acusar porque tiene poder, y a mí se me
e del árbol caído todos quieren hacer leña? Cuando
cusan hasta de la muerte de César".
uso, le dijimos. Lo acusan en la Corte.
esús Martínez Mora, quien fue prefecto de Caracas,
lo demandará por la muerte de Pinto Salinas —dijo

traña, pero yo no tengo miedo —dijo Vallenilla—.
arrendar un garaje grande para meter los autos que
ntra mí. Yo no he venido a Venezuela a atacar a nadie,
ían recojo el guante. En Venezuela lo único que no se
ardía (*El Nacional*, 29 de octubre de 1970).
len ambos personajes siniestros de la política venezo-
se interpone un pozo de sangre, un pozo de ignominia.
án perfectamente unidos e identificados por los crí-
y los latrocinios cometidos durante los dos regímenes
cabalidad con la más monstruosa maestría (la dictadura
menista y la "democracia representativa" de Rómulo
aúl Leoni respectivamente). El uno es continuación del
po y en los métodos brutales y sanguinarios. El uno se
periencia del otro y lo supera con creces. Basta con exa-
mente la década sangrienta de Rómulo Betancourt y
resultaría fácil comprobar que no solamente hay simili-
os y Pérez Jiménez, sino que entre uno y otro período,
ra década hay una superación en la política de terror, de
ímenes políticos. La actuación de sus esbirros y verdugos
más fehaciente. La Digepol es un aparato de terror que se
Seguridad Nacional y la deja atrás en sus fechorías. Los
s de terror y muerte, los campamentos antiguerrilleros, los
de Operaciones) representan una etapa superior de la
respecto a los campos de concentración de Guasina y

Sacupana. Pero no hay duda que ambos son variantes de un mismo sistema político, económico y social. Por eso, con sobrada razón, entre ellos hay rasgos característicos comunes que identifican muy bien a un Pérez Jiménez con un Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, a un Luis Felipe Llovera Páez con su sobrino político Reinaldo Leandro Mora; a un Laureano Vallenilla Lanz con Gonzalo Barrios o el sanguinario policía Carlos Andrés Pérez; a un Pedro Estrada con Patiño González; a un "Bachiller" Castro con Luis Vera Gómez; a un Ulises Ortega con Erasto Fernández; un Miguel Silvio Sanz con Atahualpa Montes o el "Capitán" Carlos Vega Delgado. Las escuelas de torturas, asesinatos, robos y corrupción administrativa tienen un origen común, responden a los mismos intereses, se inspiran en la CIA, en el FBI, el Departamento de Estado y el Pentágono.

Hay hechos pasados que mueven a la reflexión y que son por demás elocuentes y aleccionadores. Durante el régimen de Pérez Jiménez los campos de concentración de Guasina y Sacupana eran los centros principales de la tortura de esa dictadura militar. Allí fueron a dar con sus huesos obreros, estudiantes, campesinos, profesionales, hombres del pueblo. Todos, en su mayoría, eran militantes de los partidos Acción Democrática y Partido Comunista. Los verdugos y torturadores de los presos eran miembros de los cuerpos de la Seguridad Nacional y de la Guardia Nacional. Pero además de estos verdugos de la dictadura había los verdugos menores que asumían el papel de "caporales", que dirigían y comandaban las cuadrillas de trabajo forzado. ¿Quiénes eran "caporales" en Guasina? Caso insólito, que permanece inédito hasta ahora y no revelado antes: ERAN PRESOS POLÍTICOS. Pero no todos los presos políticos fueron "caporales" en Guasina. Los comunistas se trazaron la línea de no aceptar caporalías en Guasina y Sacupana. "Caporales" en Guasina y Sacupana fueron dirigentes y militantes de Acción Democrática, con la anuencia y el visto bueno de ese partido. Algunos de ellos ejercen hoy en día relevante carrera política. Los que estuvimos presos en Guasina y Sacupana podemos dar testimonio de este hecho verídico, nefasto y denigrante. El novelista José Vicente Abreu, en su obra *Se llamaba SN*, omite y relega al olvido este importantísimo aspecto político que gravitaba diariamente en nuestra vida de secuestrados políticos en los campos de concentración de Guasima y Sacupana. En honor a la verdad histórica y para mayor esclarecimiento de esa trascendental etapa de la vida política venezolana, debo revelar

aquí, por primera vez en Venezuela, este hecho ignominioso y vergonzante que hasta el presente se ha mantenido en silencio.

El llamado "Partido de la Resistencia" dio mártires, pero mártires que ya no le pertenecen porque la Dirección de ese partido no fue consecuente con los principios que pofesaban esos héroes caídos en la resistencia contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, porque contra esos mártires se consumó la traición. Esos mártires fueron suplantados cobardemente por verdugos y torturadores demoníacos, monstruosos y sanguinarios, de la peor especie. Esos verdugos comenzaron a incubarse en las cámaras de torturas de la Seguridad Nacional y en los campos de concentración. En Guasina y Sacupana se ejercieron como "caporales", en la larga pasantía. Un "caporal", aun siendo preso, en Guasina era verdugo de los demás presos políticos. Y los adecos fueron "caporales" en Guasina y Sacupana. Allí aprendieron a torturar, a flagelar a sus propios compañeros de partido y de prisión. Allí aprendieron la primera lección de tortura que les enseñó la dictadura militar. Y más tarde, al llegar Batancourt al poder y fundar la Digepol, como ya antes había fundado la Seguridad Nacional, como buenos discípulos superaron a sus maestros de la Seguranal. Y así fue así como Carlos Andrés Pérez pudo destacarse como uno de los más avanzados discípulos en la escuela de la tortura, el terror y el crimen político.

"Las caporales" en Guasina dirigían las cuadrillas de trabajos forzados y recibían órdenes de la Guardia Nacional, de los esbirros de la Seguridad Nacional y directamente de los verdugos mayores: Juan Manuel Payares, Alfredo Martínez y el teniente del Comando de la Guardia. A ellos les entregaban cuenta y les servían con solícita obediencia. Servían de confidentes, conscientes unos e inconscientemente algunos pero eran confidentes, "hombres de confianza" de Payares y Martínez. Inventaban trabajos para torturar a sus compañeros. Sugerían "ideas" e "iniciativas" a Martínez, el más encarnizado verdugo de los presos de Guasina y Sapucana. Este capítulo político de la historia de las torturas en Guasina y Sacupana no aparece descrito ni mencionado por José Vicente Abreu en sus dos célebres y valiosas novelas (*Se llamaba SN* y *Guasina*). Por eso sostengo y afirmo: en Guasina y Sacupana no sólo fuimos torturados por Martínez y Payares y su pandilla de sicarios amaestrados: la Guardia Nacional y los esbirros de la Seguridad Nacional. También fuimos torturados por los "caporales", porque ellos fueron nuestros verdugos, verdugos de tercera o cuarta categoría. Detrás

de nosotros los presos, los que fuimos esclavos en
lo dijera José Vicente, andaba siempre la sombra de
sándonos en el trabajo forzado y detrás del "caporal"
con la peinilla infamante repartiendo plan a diestra y
preso se le ocurría negarse a obedecer las "órdenes"
acto caía en desgracia. Al poco tiempo era víctima de
porales y punitivos de la Guardia Nacional y el
complementario: carretilla doble o redoble de
zado dispuesto al azar por el verdugo de turno. Hay
yo recuerdo con indignación, por vergonzosos y
traer a colación algunos de los más repugnantes y
tigo y víctima a la vez, como muchos otros presos.
propia. Desde que llegamos a Guasina, los
lote" de presos políticos (julio 1952), nos tratamos
comenzamos a poner en práctica y que tratamos de
ciencia del resto de compañeros de prisión, como
nidad y de moralización de los "guasineros":
forzado. En *Se llamaba SN* se recoge esa realidad.
consigna chocaba con una situación existente entre
ñeros presos. Había disparidad de criterios y de
parcelamiento político y organizativo. Había un
que pretendía hacer del trabajo voluntario, intenso,
cionista una consigna valedera, un mecanismo de
manera particular de granjearse la voluntad y la
celeros. Esta tendencia cobró cuerpo y se
cuadrilla que los presos bautizamos con el nombre de
"Bárbaros". El "caporal" de esta cuadrilla fue
ponderación y gozó de cierta estima y "consideración
verdugo Alfredo Martínez. Al principio, el cabecilla de
un negro robusto, de fuerza descomunal, que se
con una canción a flor de labios, dispuesto en todo
los trabajos más rudos y brutales. Pero más tarde, las
cias, la pésima alimentación, las torturas diarias y las
humanas del campamento de concentración mellaron
resistencia física del negro barloventeño y éste fue
enfermedades que lo aniquilaron despiadadamente
una figura esquelética y ruinosa. Y así por igual
consecuencias la inmensa mayoría de los guasineros. El

en Venezuela, este hecho ignominioso y vergon-
sente se ha mantenido en silencio.
ido de la Resistencia" dio mártires, pero mártires
n porque la Dirección de ese partido no fue conse-
pios que pofesaban esos héroes caídos en la resis-
dura de Marcos Pérez Jiménez, porque contra esos
la traición. Esos mártires fueron suplantados co-
dugos y torturadores demoníacos, monstruosos y
eor especie. Esos verdugos comenzaron a incubarse
rturas de la Seguridad Nacional y en los campos de
Guasina y Sacupana se ejercieron como "caporales",
Un "caporal", aun siendo preso, en Guasina era ver-
presos políticos. Y los adecos fueron "caporales" en
. Allí aprendieron a torturar, a flagelar a sus propios
ido y de prisión. Allí aprendieron la primera lección
nseñó la dictadura militar. Y más tarde, al llegar
y fundar la Digepol, como ya antes había fundado la
l, como buenos discípulos superaron a sus maestros
sí fue así como Carlos Andrés Pérez pudo destacarse
ás avanzados discípulos en la escuela de la tortura, el
olítico.
s" en Guasina dirigían las cuadrillas de trabajos for-
rdenes de la Guardia Nacional, de los esbirros de la
al y directamente de los verdugos mayores: Juan
Alfredo Martínez y el teniente del Comando de la
les entregaban cuenta y les servían con solícita obe-
e confidentes, conscientes unos e inconscientemente
n confidentes, "hombres de confianza" de Payares y
aban trabajos para torturar a sus compañeros. Sugerían
vas" a Martínez, el más encarnizado verdugo de los
a y Sapucana. Este capítulo político de la historia de las
na y Sacupana no aparece descrito ni mencionado por
eu en sus dos célebres y valiosas novelas (*Se llamaba SN*
eso sostengo y afirmo: en Guasina y Sacupana no sólo
s por Martínez y Payares y su pandilla de sicarios
Guardia Nacional y los esbirros de la Seguridad
ién fuimos torturados por los "caporales", porque ellos
verdugos, verdugos de tercera o cuarta categoría. Detrás

de nosotros los presos, los que fuimos esclavos en Guasina, como bien lo dijera José Vicente, andaba siempre la sombra de un "caporal" acosándonos en el trabajo forzado y detrás del "caporal" el guardia nacional con la peinilla infamante repartiendo plan a diestra y siniestra. Si algún preso se le ocurría negarse a obedecer las "órdenes" del "caporal", en el acto caía en desgracia. Al poco tiempo era víctima de los castigos corporales y punitivos de la Guardia Nacional y el respectivo suplicio complementario: carretilla doble o redoble de cualquier trabajo forzado dispuesto al azar por el verdugo de turno. Hay muchos casos que yo recuerdo con indignación, por vergonzosos y oprobiosos. Voy a traer a colación algunos de los más repugnantes y asquerosos. Fui testigo y víctima a la vez, como muchos otros presos. Los viví en carne propia. Desde que llegamos a Guasina, los componentes del "tercer lote" de presos políticos (julio 1952), nos trazamos una consigna que comenzamos a poner en práctica y que tratamos de sembrar en la conciencia del resto de compañeros de prisión, como un principio de dignidad y de moralización de los "guasineros": "humanizar" el trabajo forzado. En *Se llamaba SN* se recoge esa realidad. Esta actitud, esta consigna chocaba con una situación existente entre el resto de compañeros presos. Había disparidad de criterios y de conductas. Había un parcelamiento político y organizativo. Había un grupo recalcitrante que pretendía hacer del trabajo voluntario, intenso, agotador y liquidacionista una consigna valedera, un mecanismo de defensa, incluso una manera particular de granjearse la voluntad y la indulgencia de los carceleros. Esta tendencia cobró cuerpo y se materializó en una famosa cuadrilla que los presos bautizamos con el nombre de Cuadrilla de los "Bárbaros". El "caporal" de esta cuadrilla fue motivo de admiración, ponderación y gozó de cierta estima y "consideración" por parte del verdugo Alfredo Martínez. Al principio, el cabecilla de esa cuadrilla era un negro robusto, de fuerza descomunal, que se mostraba incansable, con una canción a flor de labios, dispuesto en todo momento a ejecutar los trabajos más rudos y brutales. Pero más tarde, las duras contingencias, la pésima alimentación, las torturas diarias y las condiciones infrahumanas del campamento de concentración mellaron la capacidad de resistencia física del negro barloventeño y éste fue víctima de sucesivas enfermedades que lo aniquilaron despiadadamente hasta convertirlo en una figura esquelética y ruinosa. Y así por igual sufrimos las mismas consecuencias la inmensa mayoría de los guasineros. El trabajo forzado,

la detestable dieta alimenticia y el régimen de terror hicieron estragos entre la población de secuestrados políticos, los esclavos de Guasina. Junto a este hecho trágico y deplorable se suscitaba un caso paradójico, descomunal e insólito en un campo de concentración: había un grupo de presos políticos (todos militantes adecos) que gozaron de un trato especial, de una consideración muy particular y a quienes la Dirección del penal trataba con "guantes de seda". Contra esos señores, los "niños bien", los "privilegiados" de Guasina, la Guardia Nacional y los esbirros de la Seguridad Nacional no descargaban sus furiosas garras, los exceptuaban del trabajo forzado y los ponía a buen recaudo de las bestiales planazones. Ellos por propia iniciativa se concentraron en una barraca que con sorna e ironía los demás presos acostumbramos a llamar la barra de la "*high life*", los mimados de Martínez y Payares, los consentidos de la Guardia Nacional. Allí ellos, en forma egoísta y solapada se rodearon de una especie de muralla infranqueable donde sólo tenía acceso la Guardia Nacional y los esbirros de la Seguridad Nacional. Estos señores no consumían el "rancho" asqueroso que comíamos los otros presos, porque ellos recibían de la Dirección de su partido y de sus familiares copiosas encomiendas repletas de alimentos, medicinas y dinero que no compartían con el resto de sus compañeros de cautiverio sino que con el mayor descaro y desvergüenza disfrutaban a sus anchas con los verdugos del campo de concentración de Guasina. Por eso se explica la razón por la cual los guardias nacionales y los esbirros de la Seguridad Nacional fraternizaban con ellos, se carteaban de tú a tú, le hacían carantoñas y les conferían una amistosa confianza. Mediante estos rastreros procedimientos —que chocaban con la moral y la dignidad de los presos guasineros— lograron congraciarse con la Guardia y las autoridades del campo de concentración. Con nuestros carceleros en todo momento fueron desprendidos y bondadosos: con el dinero, la comida y la medicina que recibían en buenas proporciones de la calle. Sus compañeros de prisión y de partido, obreros y campesinos, entre tanto debían soportar trabajo forzado, torturas físicas, vejámenes, hambre y toda clase de calamidades. Pero al grupito de la "*high life*" poco le importaba la situación de los demás presos, eso no les preocupaba en lo más mínimo. Para ellos lo único que contaba era satisfacer sus necesidades egoístas y "ponerse en la buena" con los carceleros. Y lo lograban plenamente sobornando a los guardias para que les dispensaran un trato benigno y condescendiente. Este es otro capítulo

que José Vicente Abreu no aborda con la
cablemente en sus novelas. Lo curioso es que
life", a la caída de la dictadura militar, se
tencia" y escalaron posiciones
Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Muchos de ellos
siguen siendo, diputados, senadores, concejales,
estatales, gobernadores, cónsules, dirigentes
jerarcas de la "democracia representativa".

Se explica así claramente la razón por la cual
"humanizar el trabajo" encontró serios escollos.
terror imperante en Guasina había que agregar
rios y el alto grado de desorganización existente
penal. Esto explica, además, algunos casos
mantuvieron posiciones más resistentes,
y desafiar todos los peligros. Fue lo que
prisión Juan Bautista Lugo. Desde un principio
ción de no salir al campo de trabajo forzado,
Bien pronto aparecieron los sabuesos y confidentes.
rabioso, que más tarde fue esbirro de la Digepol,
a los verdugos de la Guardia Nacional. El
Juliac le dijo a un guardia:

"Ese es un resabiao que se niega a trabajar".
cionó la caterva de verdugos implacables. A Juan
un "caporal" adeco, le hicieron la vida amarga.
de provocaciones hasta que un día la jauría verde
lo masacró dentro del agua y después de la carnicería
inmundo calabozo, el "calabozo de piedra", el
también dentro del agua.

Con frecuencia en Guasina se producían estos
bles. Los "caporales" eran policías en potencia.
campos de concentración y después formaron filas
aparato de terror adeco que suplantó y emuló a la

Hay todavía mucha historia inédita que contar
diente a ese período sangriento de la dictadura
testimonios interesantes que reclaman una
denuncia, un abordaje sistemático de importantes
muy comprometedores para los corifeos de la "democracia
tiva" de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Al fin y

mentícia y el régimen de terror hicieron estragos secuestrados políticos, los esclavos de Guasina. ágico y deplorable se suscitaba un caso paradójico, o en un campo de concentración: había un grupo todos militantes adecos) que gozaron de un trato sideración muy particular y a quienes la Dirección n "guantes de seda". Contra esos señores, los "niños ados" de Guasina, la Guardia Nacional y los esbirros cional no descargaban sus furiosas garras, los excep- forzado y los ponía a buen recaudo de las bestiales por propia iniciativa se concentraron en una barraca ronía los demás presos acostumbramos a llamar la fe", los mimados de Martínez y Payares, los consen- a Nacional. Allí ellos, en forma egoísta y solapada se especie de muralla infranqueable donde sólo tenía a Nacional y los esbirros de la Seguridad Nacional. consumían el "rancho" asqueroso que comíamos los que ellos recibían de la Dirección de su partido y de sus sas encomiendas repletas de alimentos, medicinas y mpartían con el resto de sus compañeros de cautiverio mayor descaro y desvergüenza disfrutaban a sus anchas s del campo de concentración de Guasina. Por eso se por la cual los guardias nacionales y los esbirros de la onal fraternizaban con ellos, se carteaban de tú a tú, le ñas y les conferían una amistosa confianza. Mediante procedimientos —que chocaban con la moral y la dig- esos guasineros— lograron congraciarse con la Guardia es del campo de concentración. Con nuestros carceleros ento fueron desprendidos y bondadosos: con el dinero, a medicina que recibían en buenas proporciones de la mpañeros de prisión y de partido, obreros y campesinos, debían soportar trabajo forzado, torturas físicas, vejá- bre y toda clase de calamidades. Pero al grupito de la co le importaba la situación de los demás presos, eso no ba en lo más mínimo. Para ellos lo único que contaba era necesidades egoístas y "ponerse en la buena" con los carce- graban plenamente sobornando a los guardias para que les un trato benigno y condescendiente. Este es otro capítulo

que José Vicente Abreu no aborda con la hondura y lo soslaya inexplicablemente en sus novelas. Lo curioso es que estos señores de la "*high life*", a la caída de la dictadura militar, se erigieron en "héroes de la resistencia" y escalaron posiciones encumbradas en los gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Muchos de ellos fueron, y todavía siguen siendo, diputados, senadores, concejales, gerentes de empresas estatales, gobernadores, cónsules, dirigentes políticos y connotados jerarcas de la"democracia representativa".

Se explica así claramente la razón por la cual aquella consigna de "humanizar el trabajo" encontró serios escollos. Pues al régimen de terror imperante en Guasina había que agregar la disparidad de criterios y el alto grado de desorganización existente entre la población penal. Esto explica, además, algunos casos aislados de compañeros que mantuvieron posiciones más resistentes, como negarse a salir a trabajar y desafiar todos los peligros. Fue lo que aconteció con el camarada de prisión Juan Bautista Lugo. Desde un principio mantuvo la firme posición de no salir al campo de trabajo forzado, costara lo que costara. Bien pronto aparecieron los sabuesos y confidentes. Saltó un "caporal" rabioso, que más tarde fue esbirro de la Digepol, y lo señaló con el dedo a los verdugos de la Guardia Nacional. El catire Santiago Sandoval Juliac le dijo a un guardia:

"Ese es un resabiao que se niega a trabajar". De inmediato funcionó la caterva de verdugos implacables. A Juan Bautista, por culpa de un "caporal" adeco, le hicieron la vida amarga. Le montaron toda clase de provocaciones hasta que un día la jauría verde le cayó bestialmente, lo masacró dentro del agua y después de la carnicería lo arrojaron en un inmundo calabozo, el "calabozo de piedra", el "calabozo del chivo", también dentro del agua.

Con frecuencia en Guasina se producían estos hechos incalificables. Los "caporales" eran policías en potencia. Se adiestraron en los campos de concentración y después formaron filas en la Digepol, el aparato de terror adeco que suplantó y emuló a la Seguridad Nacional.

Hay todavía mucha historia inédita que contar y narrar correspondiente a ese período sangriento de la dictadura militar-policíaca. Hay testimonios interesantes que reclaman una abierta y descarnada denuncia, un abordaje sistemático de importantes hechos políticos muy comprometedores para los corifeos de la "democracia representativa" de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Al fin y al cabo ellos son

engendros del mismo sistema: el imperialismo yanqui y las clases oligárquicas y poderosas que sojuzgan a nuestro pueblo. Aparentemente hoy en día se pelean abiertamente, adecos y perezjimenistas, pero son pleitos entre hermanos putativos. Las peleas responden a enconadas pugnas por posiciones dirigentes, a sucias maniobras por disputarse cargos burocráticos. Pleitos que en el fondo lo que pretenden demostrar es quién ha servido y está dispuesto a seguir sirviendo mejor a los intereses de los monopolios norteamericanos y de las clases dominantes de Venezuela. Ese es el contenido polémico y controversial entre adecos y perezjimenistas. Lo que quiere decir que llegado el momento se olvidan de sus disputas y se ponen de acuerdo, como lo han hecho ya adecos y copeyanos, para repartirse el botín burocrático y apretar los hierros y las garras represivas contra las clases populares y el movimiento revolucionario. En más de una oportunidad, adecos y perezjimenistas, han demostrado que no tienen escrúpulos, no tienen dignidad ni tienen principios. Ambos regímenes dejaron una huella dolorosa y profunda que gravita todavía sobre nuestro pueblo. Fueron dos décadas cargadas de crímenes atroces, donde se cometieron los más bestiales atropellos y torturas. Parte de esa realidad histórica —la más sangrienta de todas—, la que se destaca por sus rasgos de mayor crueldad y vesanía la que recogemos en estos relatos que reflejan una etapa dolorosa y escalofriante correspondiente al quinquenio sangriento del ex presidente Raúl Leoni. Así como el dictador Marcos Pérez Jiménez tuvo sus campos de concentración (centros de terror, tortura y muerte), el régimen "democrático" adeco, fielmente representado por el Gobierno de Raúl Leoni, implantó un régimen de mayor terror, de mayor violación de los derechos humanos y las libertades democráticas, de mayor alto grado de criminalidad, teniendo como centros principales de esa política sanguinaria los numerosos campamentos antiguerrilleros extendidos por media geografía venezolana. Son los tenebrosos TO, que en la Venezuela contemporánea constituyen el símbolo más monstruoso de la etapa superior de la tortura. Son la antesala del fascismo tropical y colonial. Una especie de copia y réplica de los campamentos antiguerrilleros creados por el Pentágono yanqui en el Vietnam del Sur. Una estela de sangre ha dejado en Venezuela cada uno de los TO. De ellos dan cuenta los numerosos testimonios que recogen las denuncias espeluznantes de las víctimas que lograron escapar con vida de los campos de tortura y muerte del TO3

de Urica, del TO4 de Cocollar y del TO5 de [illegible]
diversos campamentos menores [illegible]
talogadas de centros de actividades [illegible]

En la presente oportunidad, [illegible]
hacer públicas las revelaciones [illegible]
mento antiguerrillero de Cabure [illegible]
dado por el Gobierno de Acción [illegible]
aquí descritos corresponden [illegible]
timarios —de esta etapa de terror— [illegible]
llidos propios, enmarcados dentro de [illegible]
riguroso grado de objetividad. [illegible]
Son hechos y personajes de la vida real. [illegible]
nado de la Venezuela bajo el signo del [illegible]

Los acontecimientos narrados [illegible]
durante el período en que el [illegible]
más feroz y encarnizada arremetida [illegible]
del Gobierno del Dr. Raúl Leoni. [illegible]
brutal, cruel y sanguinaria de la [illegible]
auténtica requisitoria contra los [illegible]
corrompido, violento y criminal [illegible]
Una historia escrita con sangre.

[illegible]

o sistema: el imperialismo yanqui y las clases oli-
s que sojuzgan a nuestro pueblo. Aparentemente
abiertamente, adecos y perezjimenistas, pero son
os putativos. Las peleas responden a enconadas
es dirigentes, a sucias maniobras por disputarse
Pleitos que en el fondo lo que pretenden demos-
ido y está dispuesto a seguir sirviendo mejor a los
nopolios norteamericanos y de las clases domi-
la. Ese es el contenido polémico y controversial
ezjimenistas. Lo que quiere decir que llegado el
n de sus disputas y se ponen de acuerdo, como lo
s y copeyanos, para repartirse el botín burocrático y
las garras represivas contra las clases populares y el
cionario. En más de una oportunidad, adecos y
n demostrado que no tienen escrúpulos, no tienen
principios. Ambos regímenes dejaron una huella
la que gravita todavía sobre nuestro pueblo. Fueron
las de crímenes atroces, donde se cometieron los más
s y torturas. Parte de esa realidad histórica —la más
las—, la que se destaca por sus rasgos de mayor
a la que recogemos en estos relatos que reflejan una
escalofriante correspondiente al quinquenio san-
esidente Raúl Leoni. Así como el dictador Marcos
vo sus campos de concentración (centros de terror,
, el régimen "democrático" adeco, fielmente represen-
erno de Raúl Leoni, implantó un régimen de mayor
violación de los derechos humanos y las libertades
e mayor alto grado de criminalidad, teniendo como
les de esa política sanguinaria los numerosos campa-
rrilleros extendidos por media geografía venezolana.
sos TO, que en la Venezuela contemporánea consti-
o más monstruoso de la etapa superior de la tortura. Son
fascismo tropical y colonial. Una especie de copia y
ampamentos antiguerrilleros creados por el Pentágono
Vietnam del Sur. Una estela de sangre ha dejado en
a uno de los TO. De ellos dan cuenta los numerosos tes-
ecogen las denuncias espeluznantes de las víctimas que
ar con vida de los campos de tortura y muerte del TO3

de Urica, del TO4 de Cocollar y del TO5 de Yumare, así como los diversos campamentos menores ubicados en las zonas montañosas catalogadas de centros de actividades guerrilleras.

En la presente oportunidad, hemos creído llegado el momento de hacer públicas las revelaciones relativas al centro de tortura del campamento antiguerrillero de Cabure (estado Falcón), el primer TO fundado por el Gobierno de Acción Democrática. Los hechos y personajes aquí descritos corresponden fielmente a la realidad. Las víctimas y victimarios —de esta etapa de terror— aparecen con sus nombres y apellidos propios, enmarcados dentro de una atmósfera cargada del más riguroso grado de objetividad. No son hechos y personajes de ficción. Son hechos y personajes de la vida real. Son el testimonio vivo y descarnado de la Venezuela bajo el signo del terror.

Los acontecimientos narrados en estos testimonios se sucedieron durante el período en que el pueblo del estado Falcón fue víctima de la más feroz y encarnizada arremetida por parte de los aparatos represivos del Gobierno del Dr. Raúl Leoni. Estos testimonios son la imagen brutal, cruel y sanguinaria de la "democracia representativa". Una auténtica requisitoria contra los actores y sostenedores del sistema más corrompido, violento y criminal de la historia política de Venezuela. Una historia escrita con sangre.

Caracas, enero de 1972

Ángel Raúl Guevara

Coro bajo el terror

Por las calles asoleadas y polvorientas de Coro se desplazan las patrullas del Ejército y los jeeps cargados de digepoles armados hasta los dientes. Visten ropa de campaña. Las puntas de los fusiles y los cañones de las metrallas apuntan siempre hacia los ventanales de las casas coloniales y solariegas. Un rumor de voces recorre las callejuelas de la vetusta ciudad. La ciudad colonial que de siglo en siglo despierta de su letargo , rompe de pronto su monotonía y sale intempestivamente de su recogimiento para agitarse en marejada de pueblo herido en sus entrañas.

Miradas sigilosas siguen los pasos y movimientos de las brigadas militares y policiales que a veces pasan presurosas como alma que lleva el diablo o bien marchan cautelosas, sobresaltadas y temerosas ante el peligro de encontrar en cada esquina o bocacalle el ataque sorpresivo de un enemigo invisible.

Entre la pacífica población de Coro se levanta una ola de incertidumbre e indignación. Se tejen murmuraciones de esquina en esquina, de casa en casa, de rincón en rincón, de boca en boca.

—Esto es peor que la recluta.

—Andan buscando guerrilleros por todas partes.

—Lo que tienen es miedo. Por eso andan como locos.

—Le tienen miedo a Douglas. Le tienen pavor a las guerrillas. Le tienen miedo a la revolución.

A todo el que encuentran en una esquina lo hacen preso y lo acusan de guerrillero. Ni siquiera le piden su cédula de identidad. Lo tratan peor que un delincuente: le caen a golpes, planazos, culatazos y lo zampan en una patrulla. Le dan una ligera explicación: va preso "por averiguación". Y en calabozos de la Policía y la Digepol o en los campamentos antiguerrilleros se pudre acusado de guerrillero.

Bestias o gentes da lo mismo. Las fieras merodean por toda la ciudad. Andan a la caza de sospechosos, en busca de guerrilleros. Tienen órdenes de disparar sin contemplaciones. La gente se pregunta: "¿Guerrilleros en la ciudad?"; "Que suban a la montaña a ver si es verdad que son guapos y no tienen miedo. Allí es donde deben ir a buscar guerrilleros".

La ciudad permanece bajo estado de sitio, acosada por el terror.

Durante el día cada ciudadano está expuesto a caer acribillado a mansalva por la metralla asesina de las bandas armadas del Gobierno. Los sabuesos husmean aquí y allá. Andan como perros rabiosos disparando sus dentelladas de plomo, anunciando la muerte a cada paso. No hay noches tranquilas en los hogares humildes y silenciosos de Coro. El calor, el sopor y la ola de terror se filtran a través de todos los resquicios de la ciudad y liquidan lentamente toda tentativa de sueño. Cualquier ruido en la noche sobresalta los ánimos.

El llanto de un niño, el ladrido de un perro, el ruido de unos pasos o el sonido seco de una puerta que se abre o cierra crispan los nervios, anudan y desanudan las angustias.

Al filo de la medianoche, las brigadas de la muerte irrumpen sobre las humildes viviendas y ponen en práctica la cacería humana. La huella del terror queda grabada para siempre en cada rostro de madre, en cada mirada tierna e inocente de niño, en cada mirada recia de padre que no sabe si responder a la violencia con la violencia o aceptar con serenidad y resignación el ultraje y la afrenta infamante de la hordas asesinas que no respetan hogares, no respetan ancianos, no respetan niños, no respetan madres.

Los asaltos y allanamientos se suceden noche tras noche, día tras día.

—Andan buscando guerrilleros —repiten las voces gemebundas y apagadas de las mujeres.

—¡Estamos en guerra! [illegible]
llas para aterrorizar a la ciudad.

Las patrullas dan viaje [illegible]
Los calabozos de la Policía [illegible]
lleros", de sospechosos y [illegible]
o amarrados con mecates, son [illegible]
los convierten en piltrafas [illegible]

Los gritos de terror [illegible]
testas colectivas, que suben en [illegible]

—Esto es peor que Gómez, [illegible]
viejos.

—Peor que la peste [illegible]

—Peor que la dictadura [illegible]

Cada madre quejumbrosa [illegible]
hijo que se le llevó la Digepol. [illegible]
Digepoles sepultureros de los [illegible]
En Coro se tejen las historias [illegible]
larga y espesa del terror que [illegible]
montaña a la Digepol de Coro. [illegible]
pie de sus inmensas montañas, [illegible]
con bestial afán las grandes y [illegible]

Y en Coro se desatan miles de [illegible]

—En Cabure están fusilando [illegible]

—En Cabure torturan a los [illegible]

—En Cabure el Ejército [illegible]

Quieren asesinar a un pueblo, [illegible]
las poblaciones serranas y [illegible]
antiguerrillero.

Quieren destruir todo germen de [illegible]
toda huella luminosa, patriótica y [illegible]

a Douglas. Le tienen pavor a las guerrillas. Le

en una esquina lo hacen preso y lo acusan
le piden su cédula de identidad. Lo tratan
: le caen a golpes, planazos, culatazos y lo
Le dan una ligera explicación: va preso "por
n calabozos de la Policía y la Digepol o en los campa-
illeros se pudre acusado de guerrillero.
ntes da lo mismo. Las fieras merodean por toda la
la caza de sospechosos, en busca de guerrilleros. Tie-
disparar sin contemplaciones. La gente se pregunta:
n la ciudad?"; "Que suban a la montaña a ver si es
guapos y no tienen miedo. Allí es donde deben ir a
os".
ermanece bajo estado de sitio, acosada por el terror.
día cada ciudadano está expuesto a caer acribillado a
metralla asesina de las bandas armadas del Gobierno.
smean aquí y allá. Andan como perros rabiosos dispa-
lladas de plomo, anunciando la muerte a cada paso. No
quilas en los hogares humildes y silenciosos de Coro. El
la ola de terror se filtran a través de todos los resquicios
iquidan lentamente toda tentativa de sueño. Cualquier
e sobresalta los ánimos.
e un niño, el ladrido de un perro, el ruido de unos pasos
o de una puerta que se abre o cierra crispan los nervios,
udan las angustias.
la medianoche, las brigadas de la muerte irrumpen sobre
viendas y ponen en práctica la cacería humana. La huella
da grabada para siempre en cada rostro de madre, en cada
e inocente de niño, en cada mirada recia de padre que no
der a la violencia con la violencia o aceptar con serenidad
el ultraje y la afrenta infamante de la hordas asesinas que
ogares, no respetan ancianos, no respetan niños, no res-
.
os y allanamientos se suceden noche tras noche, día tras día.
buscando guerrilleros —repiten las voces gemebundas y
las mujeres.

—¡Estamos en guerra! —gritan los sabuesos y disparan las metrallas para aterrorizar a la ciudad.

Las patrullas dan viaje tras viaje repletas de cargamento humano. Los calabozos de la Policía y la Digepol se llenan de presuntos "guerrilleros", de sospechosos y secuestrados políticos. Los presos, esposados o amarrados con mecates, son arrojados a las cámaras de torturas donde los convierten en piltrafas humanas.

Los gritos de terror ensombrecen la ciudad, levantan iras y protestas colectivas, que suben en marejada de uno a otro extremo.

—Esto es peor que Gómez, peor que la recluta —comentan los viejos.

—Peor que la peste —murmuran las ancianas.

—Peor que la dictadura de Pérez Jiménez —comentan los jóvenes.

Cada madre quejumbrosa no oculta la pena que le embarga por el hijo que se le llevó la Digepol. Vale decir: que se lo llevó la muerte. Digepoles sepultureros de los jóvenes, asesinos de los "desaparecidos". En Coro se tejen las historias más tétricas y espeluznantes. La sombra larga y espesa del terror que sube de la Digepol a la montaña y de la montaña a la Digepol de Coro. Cabure es la gran capital de la tortura. Al pie de sus inmensas montañas, el Ejército y la Digepol han levantado con bestial afán las grandes y monstruosas carpas de la muerte y el terror.

Y en Coro se desatan miles de voces en comentarios:

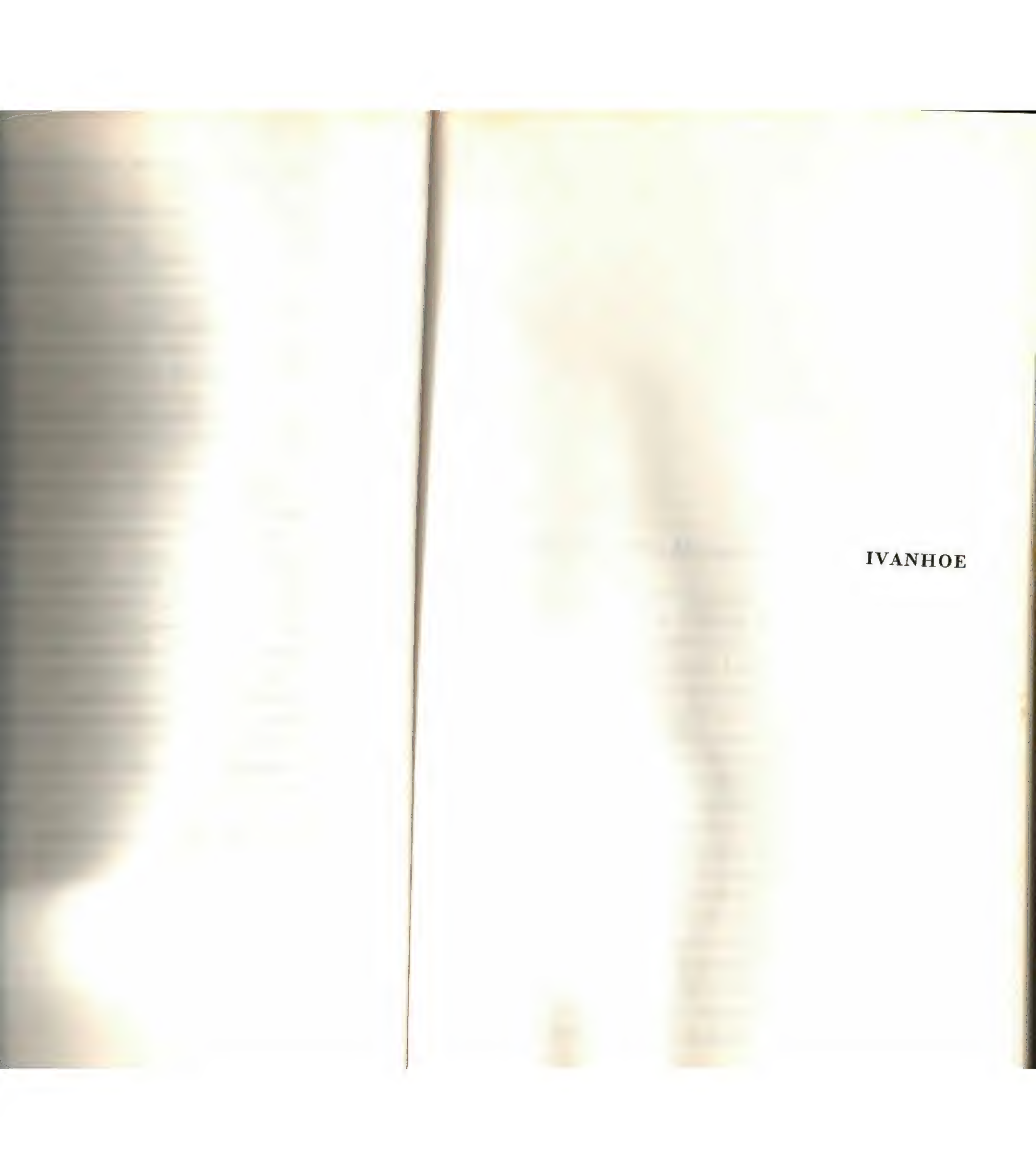
—En Cabure están fusilando campesinos.

—En Cabure torturan a los estudiantes.

—En Cabure el Ejército tiene su propio cementerio.

Quieren asesinar a un pueblo, quieren borrar de nuestra geografía a las poblaciones serranas y convertirlas en un gigantesco campamento antiguerrillero.

Quieren destruir todo germen de protesta, borrar de nuestra tierra toda huella luminosa, patriótica y revolucionaria.



IVANHOE

En el largo camino de la tortura

No recuerdo exactamente la hora de mi llegada a la casa para caer estúpidamente en las garras de la Policía. No preciso si fue a las seis o a las ocho de la noche. Lo que sí es cierto es que yo anduve toda la tarde por las calles de Coro dominado por los nervios y sugestionado por la creencia de que la Digepol me seguía los pasos. A pesar de que trataba de dominarme todo esfuerzo resultaba en vano. Las piernas me temblaban y flaqueaban. Un sudor frío manaba copiosamente por mi frente. Para tratar de disimular encendía un cigarrillo, pero las manos me temblaban y sentía un ligera sensación de que pronto iba a estallar en mí una crisis nerviosa. Y si por casualidad oía muy de cerca el ruido de un vehículo, me sobresaltaba más y me daban ganas de correr largo y tendido y perderme en los más intrincados laberintos de la ciudad. Pero también resultaba en vano porque las piernas me temblaban aún más y mi cuerpo vibraba como un haz de nervios. Una y otra vez apuraba las fumadas del cigarrillo. Una y otra vez hacía supremos esfuerzos por controlar mis nervios. Aceleraba los pasos y de pronto cuando a mi mente venían signos de mayor lucidez, trataba de asirme a una idea salvadora. Debía buscar un refugio seguro donde ocultarme de la Policía. Una "concha" protectora donde mantenerme escondido hasta que pasara la ola represiva de los allanamientos y las medidas extremas de

vigilancia y persecución para luego abandonar la ciudad. Me sentía acorralado y tenía que buscar una escapatoria. Debía tomar una determinación porque la noche ya estaba próxima. De la ciudad no podía escapar. Las alcabalas permanecían fuertemente custodiadas y a todo viajero se le sometía a la requisa de ley y a un riguroso y minucioso procedimiento de identificación. No me atrevía a dirigirme a un hotel porque la mayoría de sus propietarios me conocían en Coro y es bien sabido que los hoteles están minados de digepoles, "sapos" y confidentes y además los dueños y administradores son los primeros soplones de la Digepol. En Coro todo hotel es una trampa montada por lo cuerpos represivos donde se aprehende fácilmente a los sospechosos y se tiende un cerco contra los que hay orden de detención. Además, hay que identificarse con cédula en mano. De lo contrario no le dan ingreso ni le permiten alojamiento. Son órdenes de la Digepol. Y todos los días muy temprano, al despuntar los primeros rayos del sol, los dueños de hoteles muy religiosamente deben entregar cuenta a los guardianes del orden público, presentar su informe del día. Cada hotelero en Coro debe convertirse por vocación u obligación en un policía o confidente ad hoc de la Digepol. Casi siempre, cuando se trataba de entregar o denunciar a un sospechoso con un telefonazo se abreviaba la información. Cada vez que un forastero se alojaba en un hotel, de inmediato la Digepol tenía en sus manos las señales personales del individuo y su respectiva ficha. Y sus pasos muy contados, medidos y vigilados. Por eso había que descartar los hoteles como medio de evadirse y ponerse a salvo del zarpazo de la Digepol. Más de uno había caído preso en esos hoteles entregados por el servicio de espionaje. Y yo no estaba dispuesto a caer tan mansamente, en una de estas trampas. Mi objetivo inmediato era buscar una "concha" a como diera lugar. Pero luego pensaba: ¿dónde dirigirme, a qué puerta tocar, en cuál casa amiga "enconcharme"? Una cosa era cierta: los cuerpos represivos habían allanado y asaltado con brutal ensañamiento a muchas casas y esas "conchas" quedaban "quemadas" para siempre. Me sentía cada vez más acorralado. Y pensaba otra vez: "pueblo pequeño, infierno grande". Tenía la impresión y el presentimiento de que el enemigo me pisaba los talones y que yo estaba definitivamente perdido, que no tenía escapatoria, que las horas y los minutos los tenía ya muy contados. Entonces, desesperado, viré mis pasos, respiré profundamente y tomé la firme resolución de dirigirme a mi casa dispuesto a salir de la duda. Tenía el temor que por

mi culpa los verdugos pudieran
ella tenía mucho más importancia
necesitaban más de su compañía,
sabía que otras madres habían
Digepol y del Ejército y que,
tadas y asesinadas cobardemente
serenarme un poco y acelerar el
peligro y consciente de que
lobo. Poco a poco fui acercándome
Deseaba salir pronto de esa
inmediato recortaba la marcha.
trolar mis nervios agitados.
contaba los pasos. No miraba
frente, con la cabeza erguida
marme a mi casa pude notar
traban en las esquinas. Y cerca,
guardia. Entonces las sombras
bres apostados en las esquinas.
de presa que me montaban la cacería.
largas, pesadas y silenciosas.
vuelo agorero de aves de rapiña.
pronunciar por ellos fueron
rabiosos. Dijeron algo, palabras
rapaces y amenazadoras: no les hice caso.
la entrada de la casa. Una puerta
La otra ligeramente movida por el
caliente. Tenía la leve esperanza de
mi madre. Los gritos destemplados
pude escuchar fue el ruido de mis pasos
puerta desprendida batida por el viento.
todo el recinto. Pensé: "aquí ha pasado
el zaguán. Con asombro observé los
vidrio destrozados y arrojados por el
pasillos libros y cuadernos dispersos en el
con la vista aquí y allá alguna señal de vida.
mi cuerpo y un frío de muerte taladró
ché la voz quejumbrosa de mi hermanita,

ación para luego abandonar la ciudad. Me sentía
ue buscar una escapatoria. Debía tomar una deter-
noche ya estaba próxima. De la ciudad no podía
las permanecían fuertemente custodiadas y a todo
a la requisa de ley y a un riguroso y minucioso pro-
tificación. No me atrevía a dirigirme a un hotel por-
sus propietarios me conocían en Coro y es bien
eles están minados de digepoles, "sapos" y confi-
dueños y administradores son los primeros soplo-
En Coro todo hotel es una trampa montada por lo
donde se aprehende fácilmente a los sospechosos y
contra los que hay orden de detención. Además, hay
on cédula en mano. De lo contrario no le dan ingreso
miento. Son órdenes de la Digepol. Y todos los días
despuntar los primeros rayos del sol, los dueños de
osamente deben entregar cuenta a los guardianes del
esentar su informe del día. Cada hotelero en Coro
por vocación u obligación en un policía o confidente
epol. Casi siempre, cuando se trataba de entregar o
spechoso con un telefonazo se abreviaba la informa-
e un forastero se alojaba en un hotel, de inmediato la
sus manos las señales personales del individuo y su
Y sus pasos muy contados, medidos y vigilados. Por
cartar los hoteles como medio de evadirse y ponerse a
de la Digepol. Más de uno había caído preso en esos
os por el servicio de espionaje. Y yo no estaba dis-
mansamente, en una de estas trampas. Mi objetivo
scar una "concha" a como diera lugar. Pero luego pen-
girme, a qué puerta tocar, en cuál casa amiga "encon-
osa era cierta: los cuerpos represivos habían allanado y
tal ensañamiento a muchas casas y esas "conchas" que-
as" para siempre. Me sentía cada vez más acorralado. Y
z: "pueblo pequeño, infierno grande". Tenía la impre-
imiento de que el enemigo me pisaba los talones y que
itivamente perdido, que no tenía escapatoria, que las
utos los tenía ya muy contados. Entonces, desesperado,
respiré profundamente y tomé la firme resolución de
casa dispuesto a salir de la duda. Tenía el temor que por

mi culpa los verdugos pudieran ensañarse contra mi madre. La vida de ella tenía mucho más importancia que la mía. Mis hermanos menores necesitaban más de su compañía, de su cariño y de su consuelo. Yo sabía que otras madres habían sufrido atropellos y maltratos de la Digepol y del Ejército y que, incluso, algunas habían sido ensangrentadas y asesinadas cobardemente sin el menor rasgo de dolor. Pude así serenarme un poco y acelerar el paso para salir de la duda, desafiando el peligro y consciente de que iba derectamente a entrar en la boca del lobo. Poco a poco fui acercándome a mi casa. A veces aceleraba el paso. Deseaba salir pronto de esa inquietante y desesperante situación. De inmediato recortaba la marcha. Trataba de serenarme un poco y controlar mis nervios agitados. Llamar lo menos posible la atención. Y contaba los pasos. No miraba a los lados. Siempre tenía la vista al frente, con la cabeza erguida y avanzaba con pie de plomo. Al aproximarme a mi casa pude notar unos bultos y unas sombras que se filtraban en las esquinas. Y cerca, el ruido de mis pasos los hizo ponerse en guardia. Entonces las sombras se hicieron visibles. Eran cuatro hombres apostados en las esquinas. Sin duda, pensé, se trataba de los perros de presa que me montaban la cacería. Yo alcanzaba a mirar sus sombras largas, pesadas y silenciosas. Cuatro largas sombras que insinuaban el vuelo agorero de aves de rapiña. Después no pude precisar si lo que oí pronunciar por ellos fueron palabras o graznidos o ladridos de perros rabiosos. Dijeron algo, palabras o maldiciones y estiraron sus garras rapaces y amenazadoras: no les hice caso. Con paso decisivo me dirigí a la entrada de la casa. Una puerta estaba casi desprendida de sus goznes. La otra ligeramente movida por el viento. Soplaba una brisa pesada y caliente. Tenía la leve esperanza de oír las palabras gruesas y sonoras de mi madre. Los gritos destemplados de mis hermanos. Lo único que pude escuchar fue el ruido de mis pasos torpes y el movimiento de la puerta desprendida batida por el viento. Un silencio de muerte invadía todo el recinto. Pensé: "aquí ha pasado algo grave". Traspuse presuroso el zaguán. Con asombro observé los muebles volteados, dos floreros de vidrio destrozados y arrojados por el suelo, colchones tirados en los pasillos libros y cuadernos dispersos en el suelo. Ligeramente buscaba con la vista aquí y allá alguna señal de vida. Un ligero temblor recorrió mi cuerpo y un frío de muerte taladró mis entrañas. De sopetón escuché la voz quejumbrosa de mi hermanita, de apenas cuatro años, que

me hablaba temblorosa y llena de angustias, implorándome con los ojos enrojecidos y cubiertos de llanto:

—¡Corre! ¡Vete! Te andan buscando para matarte se llevaron a mamá.

A grandes trancos atravesé el patio y salté con fuerza y precisión dos solares vecinos para ganar la otra calle. Un digepol corrió detrás de mí y profirió un grito amenazador. Lo dejé atrás y al poco tiempo ya me encontraba en la calle Federación. Me detuve un poco, el tiempo suficiente como para respirar profundamente. Tomé aliento y me propuse caminar serenamente. Pasó un jeep frente a mí. Me mantuve tranquilo y esquivé la mirada de los conductores del vehículo. Tuve ganas de volver a correr. Volví a pensar: una carrera levanta sospechas y puede originar un disparo por la espalda. El jeep se detuvo un poco pero de nuevo apresuró la marcha y se perdió en el cruce de la esquina más próxima. Al poco rato sentí el ruido de otro jeep. Sentí un miedo espantoso. Ahora sí estaba decidido a correr, corriendo el riesgo que me dispararan por la espalda. Hice el intento pero no pude. Mis piernas no respondían. Estaba paralizado por el miedo. En ese momento pasó junto a mí, casi rozándome por entre la estrecha acera, una hermosa joven de ojos negrísimos. Fingí hacerle el amor a la joven, aceleré el paso y le dije unas palabras tan fuera de tiesto que yo mismo no supe encontrarles sentido. El jeep se acercó más y se paró frente a mí, muy cerca de la joven. Dentro pude observar el rostro pálido y tembloroso de mi hermano menor. A su lado, portando armas largas, iban dos hombres con camisas de kaki provistos de fornituras. Pude reconocer a uno de ellos. Alto y moreno, fornido, de gruesa cabellera negra y facciones de indio serrano. El digepol Juan Brito. Muy conocido en Coro por su cara de matón, sus fanfarronerías de guapetón de barrio, contrabandista, jugador de gallos, personaje de mil aventuras criminales, que se decía boxeador y se jactaba de ser encarnizado perseguidor del comunista. Esa era su única gloria, su único orgullo. Con frecuencia solía decir: "Yo soy adeco, a mucha honra. Y extremista que caiga en mis manos, se jodió. Y al que no le guste que vaya a la Digepol para que vea cómo le damos duro a esos vendepatria". Y, en efecto, cada vez que en la Digepol de Coro llegaba cualquier orden de allanar casas y detener "extremistas" o guerrilleros, él se ofrecía espontáneo. Para eso el partido, su partido blanco, le había dado ese puesto. Y no era precisamente para ganarle simplemente un sueldo y recibir una ayuda, sino con una misión especial:

acabar con los comunistas,
darles paz ni cuartel. Y allí estaba,
con una metralleta en sus manos
como una bestia carnicera. Yo lo veía de
dido. De súbito oí una voz

—Ese que va ahí es el que

Y de pronto al voltear, sentí el cañón
puyaba por el cuerpo. Y la voz de Juan Brito

—¡Pasa!

Intenté hacer resistencia y

—¿Por qué voy a pasar?

La joven cambió de color

El digepol se volvió un
camisa con la mano izquierda
otra. Me arrastró a empujones
dado por otro esbirro que
arrancó veloz. Juan Brito ordenó al chofer:

—Ahora vamos a llevar a este

No dijeron nada más. Los
asombro.

Yo iba sereno. Al fin y al cabo
correspondía prepararme moral
dignidad la prueba de fuego.
en manos de la Digepol es como
nente entre la vida y la muerte.

El jeep pasó cerca de la Comandancia
Pude ver la hilera de agentes
de acecho, como si estuvieran esperando
hículo se detuvo frente a una vieja casa
paredes carcomidas por el tiempo.
casa fúnebre. A los sumo dos otras veces
haber visto frente a esa puerta que
patrulla negra.

Juan Brito me agarró por el brazo
A su lado iba el otro digepol, de cuerpo
intentado alcanzarme cuando yo salí a la carrera
escapar.

[illegible] de angustias, implorándome con los [illegible]
[illegible] buscando para matarte se llevaron
[illegible]

[illegible] el patio y salté con fuerza y precisión
[illegible] la otra calle. Un digepol corrió detrás de
[illegible] Lo dejé atrás y al poco tiempo ya me
[illegible] Me detuve un poco, el tiempo sufi-
[illegible] Tomé aliento y me propuse
[illegible] frente a mí. Me mantuve tranquilo
[illegible] del vehículo. Tuve ganas de
[illegible] carrera levanta sospechas y puede
[illegible] El jeep se detuvo un poco pero de
[illegible] en el cruce de la esquina más pró-
[illegible] de otro jeep. Sentí un miedo espantoso.
[illegible] corriendo el riesgo que me dispararan
[illegible] pero no pude. Mis piernas no respondían.
[illegible] En ese momento pasó junto a mí, casi
[illegible] acera, una hermosa joven de ojos
[illegible] a la joven, aceleré el paso y le dije
[illegible] que yo mismo no supe encontrarles
[illegible] frente a mí, muy cerca de la
[illegible] pálido y tembloroso de mi her-
[illegible] largas, iban dos hombres con
[illegible] Pude reconocer a uno de ellos.
[illegible] negra y facciones de indio
[illegible] conocido en Coro por su cara de
[illegible] de barrio, contrabandista, juga-
[illegible] criminales, que se decía bo-
[illegible] perseguidor del comunista. Esa
[illegible] Con frecuencia solía decir: "Yo soy
[illegible] que caiga en mis manos, se jodió. Y
[illegible] a la Digepol para que vea cómo le damos
[illegible]". Y, en efecto, cada vez que en la Digepol de
[illegible] casas y detener "extremistas" o
[illegible] Para eso el partido, su partido
[illegible] Y no era precisamente para ganarle
[illegible] sino con una misión especial:

acabar con los comunistas, acabar con los focos "extremistas". No darles paz ni cuartel. Y allí estaba, como de costumbre, trepado al jeep, con una metralleta en sus manos y con una mirada de fiera hambrienta, como una bestia carnicera. Yo lo veía de reojo. Me hacía el desentendido. De súbito oí una voz irreconocible:

—Ese que va ahí es el que ustedes andan buscando.

Y de pronto al voltear, sentí el cañón frío de una metralleta que me puyaba por el cuerpo. Y la voz de Juan Brito que me decía:

—¡Pasa!

Intenté hacer resistencia y responder a la amenaza con energía:

—¿Por qué voy a pasar?

La joven cambió de color y observó espantada la escena.

El digepol se volvió un energúmeno y me agarró por el cuello de la camisa con la mano izquierda mientras sostenía la metralleta con la otra. Me arrastró a empujones y me introdujo a la fuerza en el jeep ayudado por otro esbirro que me halaba por los cabellos. El vehículo arrancó veloz. Juan Brito ordenó al chofer:

—Ahora vamos a llevar a este carajo al Comando.

No dijeron nada más. Los ojos de mi hermano relampagueaban de asombro.

Yo iba sereno. Al fin y al cabo mi suerte estaba echada. Ahora me correspondía prepararme moral y sicológicamente para afrontar con dignidad la prueba de fuego. Esa prueba que para todo el que cae preso en manos de la Digepol es como una interrogante. Una lucha permanente entre la vida y la muerte.

El jeep pasó cerca de la Comandancia de la Policía Municipal. Pude ver la hilera de agentes uniformados con armas largas en posición de acecho, como si estuvieran esperando un ataque sorpresivo. El vehículo se detuvo frente a una vieja casa colonial, de gruesos ventanales y paredes carcomidas por el tiempo. Nunca antes pasé cerca de aquella casa fúnebre. A los sumo dos otras veces pasé muy distante y recuerdo haber visto frente a esa puerta que tenía junto a mí, un jeep verde y una patrulla negra.

Juan Brito me agarró por el brazo izquierdo y me empujó a patadas. A su lado iba el otro digepol, de cuerpo rechoncho, el mismo que había intentado alcanzarme cuando yo salí a la carrera de mi casa tratando de escapar.

Una vez dentro, Juan Brito se dirigió a un hombre de mediana estatura, corte cepillo y con botas de campaña. Le dijo:

—Aquí esta el pajarito que buscamos.

El de las botas ordenó:

—¡Registren a ese carajo!

Juan Brito me sacó la cartera, la registró y le mostró mi cédula a su jefe. Este se cruzó se brazos, se me aproximó y me dijo con ironía:

—¿Conque tú eres Ivanhoe? —y se volvió a otro digepol:

—Ya pueden liberar a los familiares de este guerrillero —y se retiró a la oficina de la Digepol.

Oí claramente cuando le dijeron a mi madre:

—Usted y sus hijos se pueden ir. Ya agarramos al que buscábamos.

La misma comisión que me detuvo me condujo al "despacho" del Comando. Allí se encontraba el hombre de las botas. Tenía las piernas y los pies colocados sobre el escritorio. Acariciaba una bayoneta entre sus manos. Siete digepoles, en actitud amenazadora, rodeaban al jefe. Con voz calma me dijo:

—Siéntate —y seguía acariciando la bayoneta con cierto aire de importancia.

Los siete digepoles me miraban insistentemente en forma agresiva, repugnante y aviesa. Tenían una respiración fuerte. Más que respiración eran bufidos de bestias. El único ruido que se oía en el "despacho" del jefe. Se mantenían en silencio, atentos a los gestos y movimientos del jefe. Estaban impacientes. Esperaban una orden. Una orden para desencadenar toda su fuerza bruta sobre mí. De pronto el hombre de las botas se puso en pie violentamente, con los ojos inyectados en sangre, se desabrochó la camisa sudada y se me acercó como una fiera:

—¿Tú sabes quién soy yo, no? Yo soy a quien ustedes, comunistas del coño, llaman el "Capitán" Vegas. ¡Mírame bien, comunista de mierda! Yo soy el "Capitán" Vegas, el terror de todos ustedes, maricones. Mírame bien para que te recuerdes de mí durante toda tu vida.

Y me asestó un golpe por el pecho, un golpe seco de bayoneta.

—¡Habla, hijoeputa! ¿Dónde está Wiliams?

Le respondí con indiferencia:

—¿Qué Williams?

—Ah, ahora te vas a hacer el pendejo… conque tú no sabes quién es Williams. Ya Noel habló y dijo todo. Ahora te toca a ti cantar y decir toda la verdad —al tiempo que me empujaba con patadas y golpes por el cuerpo. Luego se viró a un [illegible] actitud agresiva los siete digepoles, [illegible] a este carajo, aunque tengan que [illegible] —y se retiró dando un portazo [illegible]

Los siete hombres me cayeron [illegible] jones hasta acorralarme contra la pared.

—¿Dónde está Williams?

—No sé.

Vuelta a los empujones.

—¿Dónde está Williams?

—No sé.

Juan Brito llevaba la voz [illegible] puño en alto:

—¡Gran carajo! ¿Eso es lo que [illegible] siempre no sé?

Y me asestaba un puño por el [illegible] siete digepoles me golpeaban de [illegible] izquierda. Me caía. Me levantaban [illegible] vez. Me arrastraban al patio y me [illegible] jaron hasta cerca de un baño. Frente [illegible] dos jóvenes estudiantes con las [illegible] pared. Los rostros hinchados y [illegible] pude ver a Noel con las manos [illegible] y de pie bajo la ducha una gota de [illegible] persistente como si le estuvieran [illegible]

Poco a poco pude ir identificando [illegible] diario por las calles de Coro: [illegible] Jiménez, Rafael Castillo, Carlos [illegible] Las preguntas se confundían con los [illegible]

—¿Dónde está Williams? ¿Qué [illegible] se llama tu jefe?

—¡Habla coño e' madre, habla!

Me desmayé varias veces. Los [illegible] londrado. Eran los que me producían [illegible] todo el cuerpo. Las paredes danzaban [illegible] las patadas y las caras de los digepoles [illegible] desmayaba otra vez. Me vaciaban [illegible] raban. Me gritaban.

el cuerpo. Luego se viró a un lado, hacia donde permanecía en la misma actitud agresiva los siete digepoles, y les dijo—: sáquenmele a Williams a este carajo, aunque tengan que matarlo. Ahí se los dejo, es de ustedes —y se retiró dando un portazo en una de las habitaciones contiguas.

Los siete hombres me cayeron todos a la vez. Primero los empujones hasta acorralarme contra la pared.

—¿Dónde está Williams?

—No sé.

Vuelta a los empujones.

—¿Dónde está Williams?

—No sé.

Juan Brito llevaba la voz cantante. Me increpaba a la cara con el puño en alto:

—¡Gran carajo! ¿Eso es lo que te enseñan los camaradas, a decir siempre no sé?

Y me asestaba un puño por el estómago, otro por el costado y los siete digepoles me golpeaban de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Me caía. Me levantaban a puntapiés. Me empujaban otra vez. Me arrastraban al patio y me halaban por los cabellos. Me arrojaron hasta cerca de un baño. Frente quedaba un patio donde divisé a dos jóvenes estudiantes con las manos atadas hacia atrás y contra la pared. Los rostros hinchados y desfigurados. En el interior del baño pude ver a Noel con las manos también atadas por un mecate, desnudo y de pie bajo la ducha una gota de agua le caía en la cabeza... y otra gota persistente como si le estuvieran oradando el cerebro.

Poco a poco pude ir identificando a mis verdugos. Ya los veía a diario por las calles de Coro: Tico Loaiza, José Mora, Armelio Jiménez, Rafael Castillo, Carlos Albarrán, José Palacios y Juan Brito. Las preguntas se confundían con los golpes y amenazas:

—¿Dónde está Williams? ¿Qué hacías con él en el asalto? ¿Cómo se llama tu jefe?

—¡Habla coño e' madre, habla!

Me desmayé varias veces. Los golpes de Juan Brito me tenían atolondrado. Eran los que me producían mayor daño. Sentía fiebre por todo el cuerpo. Las paredes danzaban a mi lado. Danzaban los puños, las patadas y las caras de los digepoles danzaban a mi alrededor. Me desmayaba otra vez. Me vaciaban tobos de agua. Y entre todo me paraban. Me gritaban.

—Ahora vas a hacer flexiones.

Perdía el equilibrio. Me enderezaban a golpes.

—Ahora el salto de la rana.

Me volvía a caer. Y los gritos y amenazas:

—¡Párate coño e' madre! No te caigas. ¡Salta gran carajo!

—Ahora el salto del paracaidista.

Me iba de bruces. Y me clavaban una cabilla por la espalda. Juan Brito me arrastró con sus dos manazos hasta donde permanecían dos jóvenes estudiantes, completamente desnudos y las manos atadas por mecates y moretones en el cuerpo. Me gritó de nuevo:

—¡Mírate en ese espejo, malandro! que lo tuyo va a ser peor.

Se acercó a los dos jóvenes y les dijo:

—Vamos animalitos, enséñenles a este malandro cómo es el salto de la rana.

Y los dos jóvenes, asustados y con movimientos torpes comenzaron a saltar, taratando de imitar el salto de un batracio. Juan Brito de pronto los paraba.

—¡Un momento! Otra orden. ¡Atención!... una... dos... y tres.

A la señal de sus dedos los jóvenes saltaban y a cada salto decían:

—Viva la Digepol, abajo las FALN.

—Viva la Digepol, abajo las FALN.

Luego el torturador los interrumpía y de nuevo les ordenaba:

—¡Otra voz! ¡Cambio! —y los jóvenes miedosos repetían sus movimientos mecánicos y sus palabras temblorosas.

—Abajo las FALN, viva la Digepol.

—Abajo las FALN, viva la Digepol.

Extenuados, caían una y otra vez al pavimento. Entonces les daban un rato de descanso. Esta vez era Tico Loaiza el que tomaba el mando. En el patio contiguo arrastraron a Noel. Le daban patadas en el suelo. Se oían gritos lastimeros aquí y allá. Se acercó un digepol con un bolígrafo en la mano derecha y escribió en el muslo de uno de los jóvenes desnudos: "Viva las FALN". Luego se retiró y de inmediato se volvió otro y en actitud curiosa se aproximó al estudiante que se mantenía parado de cara a la pared. Le dijo con burla:

—¡Ajá pajarito!... ¿conque no sabes nada? ¿Y esas cuatro letras qué significan? —y le descargó una fuerte patada por el abdomen, lanzándolo contra la pared y el piso.

Por un momento se retiraron los torturadores.

Vino un viejo flaco y colorado, [illegible] dino nos dijo:

—Descansen muchachos, [illegible]

Noel, medio atolondrado [illegible]

—Gracias maestro. Pórtese [illegible] da malo.

El hombre flaco estaba [illegible] nosotros nos pegó el tufo de [illegible] habló de nuevo:

—Si yo me porto bien... [illegible] cómo son las cosas... la otra [illegible] "San Antonio", que si no [illegible] cuento. Me tiraron a sacar. Pero [illegible] malo no se muere.

Y sacó una jarra y nos dijo:

—Tomen este poco de agua.

No tardaron en regresar los [illegible] gunda sesión de torturas. [illegible] impresión de que estuviera [illegible] Comenzaron a apretarle los [illegible]

—¿No vas a cantar hijoeputa?

Los gritos de Noel eran [illegible]

—Por Dios santo, yo no sé nada.

Y de pronto caía desmayado. [illegible] vaban de arrastras. Abrieron [illegible] Brito levantó el puño izquierdo, [illegible]

—Bueno, ya pusimos al [illegible] ca el turno a este grandísimo carajo [illegible] hacía mí.

Vuelta a la misma pregunta:

—¿Dónde está Williams?

No le respondí.

Entonces Juan Brito [illegible] rón y me asestó un mazazo por la [illegible] vez perdí el conocimiento. [illegible] tibia y un peso que me aplastaba [illegible] tado de pie sobre mi cuerpo. Era [illegible] el pecho y la garganta y con el [illegible]

Vino un viejo flaco y colorado, cara de borracho. Con acento andino nos dijo:

—Descansen muchachos, yo les aviso cuando vengan ellos.

Noel, medio atolondrado todavía por los golpes, le respondió:

—Gracias maestro. Pórtese bien para que mañana no le pase nada malo.

El hombre flaco estaba medio borracho. Al aproximarse más a nosotros nos pegó el tufo de aguardiente. Con la voz un poco gangosa habló de nuevo:

—Si yo me porto bien… y sin embargo… para que ustedes vean cómo son las cosas… la otra vez hicieron unos tiros frente a la farmacia "San Antonio", que si no salto a tiempo no les estuviera echando el cuento. Me tiraron a sacar. Pero aquí estoy vivito y coleando… bicho malo no se muere.

Y sacó una jarra y nos dijo:

—Tomen este poco de agua.

No tardaron en regresar los torturadores. Para nosotros era la segunda sesión de torturas. Traían los rostros descompuestos. Daba la impresión de que estuviera drogado… como fieras cayeron sobre Noel. Comenzaron a apretarle los testículos.

—¿No vas a cantar hijoeputa?

Los gritos de Noel eran más agudos:

—Por Dios santo, yo no sé nada.

Y de pronto caía desmayado. Lo agarraban entre todos y se lo llevaban de arrastras. Abrieron una reja y lo tiraron en un calabozo. Juan Brito levantó el puño izquierdo, en señal de triunfo. Gritó:

—Bueno, ya pusimos al primero fuera de combate. Ahora le toca el turno a este grandísimo carajo —señalando con el puño cerrado hacía mí.

Vuelta a la misma pregunta:

—¿Dónde está Williams?

No le respondí.

Entonces Juan Brito enfurecido me apartó fuertemente de un tirón y me asestó un mazazo por la nuca. Rodé por el suelo. Por segunda vez perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, sentí una humedad tibia y un peso que me aplastaba contra el piso. Un digepol estaba montado de pie sobre mi cuerpo. Era Tico Loaiza. Con un pie me apretaba el pecho y la garganta y con el otro me hundía el estómago, haciendo

fuerte presión con el propósito de reventarme las vísceras. Ahora sentía que entre las piernas se me deslizaba un líquido caliente. Me había orinado sin querer. Pensé: "la presión del zapato sobre la vejiga". Todavía con los zapatos haciendo presión sobre mi cuerpo, el digepol proseguía su interrogatorio:

—¿Dónde está Williams?

Yo sólo podía mover la cabeza. Siempre en señal negativa. El digepol se levantó rabioso, sacó un revólver y me lo scolocó en la sien derecha. Lo montó y me dijo:

—¡Habla, que te voy a matar, coño e' madre!

Le respondí con firmeza:

—¡Échele bola!

Se volvió violentamente y me golpeó en la cabeza con la cacha del revólver. Me escupió la cara y exclamó:

—¡Qué coño e' madre tan sangre fría!

Se enardeció y me empujó hasta el centro del patio de torturas.

—Ahora te vas a morir aquí haciendo flexiones.

La vuelta al mundo. Posición grado cuarenta. Golpes y flexiones, golpes y escupitajos. Rosetas y verdugones por el cuerpo y un solo agudo y largo dolor de la cabeza a los pies. Todas las cosas visibles me parecían instrumentos de tortura.

La noche me caía pesada y repugnante, asquerosa y nauseabunda, dañina y cruel, como una alimaña o un digepol. Para mí la noche era larga y tormentosa como la tortura misma, como la conciencia de un digepol. Imperceptiblemente oí las doce campanadas de la medianoche que anunciaba el reloj de la Catedral de Coro. Mi cuerpo estaba resentido. Mis movimientos describían muecas de horror. Hacía un supremo esfuerzo para no desfallecer. Me resistía a dar demostraciones de debilidad ante mis verdugos. No obstante, tuve un momento de desesperación y le pregunté en tono desafiante a un digepol:

—¿Hasta cuándo me van a seguir torturando? Mejor es que me maten de una vez.

No me dejó continuar hablando:

—¡Cállate! Hasta que digas dónde está Willliams. No te preocupes, que te vamos a matar no cuando tú digas sino cuando queramos nosotros.

"Nosotros", dije entre mí. Como si ellos pudieran disponer a su antojo la vida de un hombre.

No pude dormir en toda la noche. [illegible]
tregua. Ni siquiera podía pestañear. [illegible]
sobre mi espalda o mi cabeza. Así [illegible]
necer. Noel permaneció inmóvil en el [illegible]

Por la mañana se me acercó el "Capitán" Vegas. [illegible]
tarme las esposas y me dijo:

—Vístete.

Creí que me llevaban a otra sesión de torturas. [illegible]
duda. El digepol Bernabé Rosales me dijo:

—Prepárate, que te llevan para la Judicial.

En efecto, al poco rato estaba en el local de la [illegible]
prueba de la parafina. Me sentaron en una silla. [illegible]
rato. Pero sólo un rato. Al poco tiempo [illegible]

—Salió positivo —y repetía la frase... —[illegible]

Un hombre flaco y alto, de tez morena [illegible]
ciaba las palabras deletreándolas y con énfasis. [illegible]
zaba una sonrisa de satisfacción como si se [illegible]
descubrimiento. Juan Brito lo interrumpió [illegible]

—Eso es falso. Las balas las tenía aquí [illegible]
nos—. El revólver lo tenía guardado en su casa.

El "Capitán" Vegas saltó de su asiento [illegible]

—¿Quién te dio ese revólver? —le respondí [illegible]

—Yo no sé nada de revólver.

Me regresaron a la Digepol. Me esposaron [illegible]
ron a patadas.

Entraban y salían continuamente digepoles. [illegible]
comisiones venían. Cada digepol que pasaba [illegible]
ración de castigos. Me puyaban con un palo. [illegible]
orejas. Me prensaban por los cabellos. Era [illegible]
maldad enfermiza, de aguda morbosidad.

A las diez de la mañana se produjo un [illegible]
policial. Saltaron como zamuros, como [illegible]
tres hambrientos de carroña, como bestias [illegible]
disputarse una presa codiciada. En realidad, [illegible]
sumarse a la carnicería humana. Esta vez le [illegible]
cucho. Un joven alto y desgarbado, quien a pesar de [illegible]
ciocho años había dado en todo momento [illegible]
y valentía. Era un acérrimo partidario de las [illegible]

[illegible] de reventarme las vísceras. Ahora sentía
[illegible] un líquido caliente. Me había ori-
[illegible] "la presión del zapato sobre la vejiga". Todavía
[illegible] sobre mi cuerpo, el digepol proseguía

[illegible]
[illegible] Siempre en señal negativa. El
[illegible] revólver y me lo scolocó en la sien
[illegible]
[illegible] coño e' madre!
[illegible]

[illegible] en la cabeza con la cacha del
[illegible]
[illegible] sangre fría!
[illegible] el centro del patio de torturas.
[illegible] haciendo flexiones.
[illegible] cuarenta. Golpes y flexiones,
[illegible] por el cuerpo y un solo
[illegible] a los pies. Todas las cosas visibles me
[illegible]
[illegible], asquerosa y nauseabunda,
[illegible] digepol. Para mí la noche era
[illegible], como la conciencia de un
[illegible] campanadas de la media-
[illegible] de Coro. Mi cuerpo estaba
[illegible] de horror. Hacía un
[illegible] a dar demostraciones
[illegible] tuve un momento de
[illegible] a un digepol:
[illegible] Mejor es que me

[illegible]
[illegible] Williams. No te preocu-
[illegible] sino cuando queramos

[illegible] pudieran disponer a su
[illegible]

No pude dormir en toda la noche. La sesión de tortura no me daba tregua. Ni siquiera podía pestañear. Un garrotazo o un puñetazo caía sobre mi espalda o mi cabeza. Así transcurrió la noche hasta el amanecer. Noel permaneció inmóvil en el calabozo, tieso como un cadáver.

Por la mañana se me acercó el "Capitán" Vegas. Dio orden de quitarme las esposas y me dijo:

—Vístete.

Creí que me llevaban a otra sesión de torturas. Pronto salí de la duda. El digepol Bernabé Rosales me dijo:

—Prepárate, que te llevan para la Judicial.

En efecto, al poco rato estaba en el local de la PTJ. Me hicieron la prueba de la parafina. Me sentaron en una silla. Al fin pude descansar un rato. Pero sólo un rato. Al poco tiempo un petejota trajo el resultado:

—Salió positivo —y repetía la frase...— positivo.

Un hombre flaco y alto, de tez morena y escaso bigote, pronunciaba las palabras deletreándolas y con énfasis... Po-si-ti-vo. Y esbozaba una sonrisa de satisfacción como si se terminase de hacer un gran descubrimiento. Juan Brito lo interrumpió disgustado:

—Eso es falso. Las balas las tenía aquí —apretándome las manos—. El revólver lo tenía guardado en su casa.

El "Capitán" Vegas saltó de su asiento y me preguntó con apremio:

—¿Quién te dio ese revólver? —le respondí de inmediato:

—Yo no sé nada de revólver.

Me regresaron a la Digepol. Me esposaron a una silla. Y me cayeron a patadas.

Entraban y salían continuamente digepoles. Comisiones iban y comisiones venían. Cada digepol que pasaba cerca de mí me daba una ración de castigos. Me puyaban con un palo. Me daban tirones de orejas. Me prensaban por los cabellos. Era cuestión de capricho, de maldad enfermiza, de aguda morbosidad.

A las diez de la mañana se produjo un revuelo general en el antro policial. Saltaron como zamuros, como cuervos insaciables, como buitres hambrientos de carroña, como bestias sanguinarias dispuestas a disputarse una presa codiciada. En realidad, otra víctima más venía a sumarse a la carnicería humana. Esta vez le tocaba el turno al maracucho. Un joven alto y desgarbado, quien a pesar de contar apenas dieciocho años había dado en todo momento demostraciones de audacia y valentía. Era un acérrimo partidario de las acciones violentas y

sopresivas, donde estuviera siempre presente el peligro y la temeridad. Para eso lo habían enviado de Maracaibo. Allí había desarrollado una campaña meritoria y exitosa.

Solía ufanarse de ser un comandante en ciernes. Un grado que se lo había ganado en la tierra ardiente del Zulia. A flor de labio sacaba a relucir su tema favorito:

—A mí no me mandaron de turista a Falcón. Yo vine a ponerle música y color a este movimiento. Vamos a darle una lección a nuestros enemigos. Una acción todos los días si es posible. Ahora van a saber lo que son las FALN. Vamos a iniciar una campaña victoriosa. ¡Se van a cagar de guapos! ¿De guapos dije? ¡Se van a cagar de miedo!

Su pasión no tenía límites. Para él lo importante eran las acciones. Las consecuencias había que verlas después. Y fue así como iniciamos esta campaña. Una campaña que se inició bajo el signo del fracaso. Así lo corroboraba más aún al ver el rostro pálido y asustadizo del maracucho, con señal de derrota en su semblante lleno de amargura. El "Capitán" Vegas le daba empujones y lo golpeaba con brutal crueldad, una y otra vez con su inseparable bayoneta.

Yo pensaba: "Alguien nos está delatando. Alguno se aflojó o estamos infiltrados".

Escuché las palabras atropelladas y rabiosas, cargadas de imprecaciones del "Capitán" Vegas:

—¿Quién es el jefe?

Luego una voz débil, vacilante y miedosa:

—Yo soy el jefe.

"Este se rajó", dije para mis adentros. "Habrá que guapear más y capear el temporal". De nuevo habló el "Capitán" Vegas, esta vez burlón y sarcástico:

—Mira maracucho, ¿Tú quieres que te dé una pistola para echarnos plomo?

Una pausa de silencio.

—¡Qué va!, maracucho pendejo muere chiquito.

Ahora no eran las palabras burlonas del verdugo sino lo que escuchaba era un torbellino de golpes secos y contundentes cayendo sobre un cuerpo fofo. Golpes sucesivos, de todos los calibres que no daban tiempo a los gritos de dolor.

A las tres de la tarde llega de nuevo la [illegible]
verdugos es mucho mayor. Sonrisas de triunfo. [illegible]
los gestos y en las palabras ásperas [illegible]

Williams suma otro eslabón a la cadena. [illegible] correr. Le tendieron un cerco. [illegible] capturaron en su propia casa. Luego Juan Brito [illegible] estaba yo esposado. Me preguntó:

—¿Tú lo conoces?

—No lo conozco.

Y una bofetada me rompió los labios. [illegible]

—¿Y tú no lo conoces a él?

—Yo sí lo conozco.

Juan Brito se enardece y nos increpa:

—¿Cómo es la vaina? Uno dice que [illegible] que no.

Williams lo interrumpe, con serenidad:

—Es que yo sí lo conozco a él, de vista, [illegible]

—Entonces —dice Juan Brito [illegible] con nosotros para que cantes pajarito.

Y lo pasaron al patio de torturas.

Nuevas detenciones, unas tras otras. [illegible] Nuevos cuerpos ensangrentados por los verdugos [illegible] gunas caras conocidas, otras extrañas [illegible] procedencia... Luis, Pedro "Panela", [illegible] Toda una desenfrenada persecución [illegible] uno u otro ciudadano. Bastaba que alguien [illegible] diese una dirección o que levantara [illegible] En principio todo estudiante era [illegible] presencia del "Capitán" Vegas en Coro, [illegible]

—Yo soy enemigo de los estudiantes. [illegible] la Universidad Central. Allí los cazamos [illegible] con esa plaga.

Ahora podía explicarme claramente [illegible] reina del Liceo "Cecilio Acosta" no había [illegible] de la Digepol. Belkis también sufría [illegible] de los verdugos comandados por el "Capitán" Vegas. [illegible] jeron presa dos digepoles, el "Capitán" [illegible] características de matón y payaso infame.

A las tres de la tarde llega de nuevo la comisión. La euforia de los verdugos es mucho mayor. Sonrisas de triunfo. Destellos de alegría en los gestos y en las palabras ásperas y repugnantes de los esbirros.

Williams suma otro eslabón a la cadena. No le dieron tiempo a correr. Le tendieron un cerco. Alguien había dado su dirección. Lo capturaron en su propia casa. Luego Juan Brito lo condujo hasta donde estaba yo esposado. Me preguntó:

—¿Tú lo conoces?

—No lo conozco.

Y una bofetada me rompió los labios. Luego se dirigió a Williams:

—¿Y tú no lo conoces a él?

—Yo sí lo conozco.

Juan Brito se enardece y nos increpa:

—¿Cómo es la vaina? Uno dice que conoce al otro y el otro dice que no.

Williams lo interrumpe, con serenidad:

—Es que yo sí lo conozco a él, de vista, y él no me conoce a mí.

—Entonces —dice Juan Brito dirigiéndose a Williams—, vente con nosotros para que cantes pajarito.

Y lo pasaron al patio de torturas.

Nuevas detenciones, unas tras otras. Nuevos rostros de terror. Nuevos cuerpos ensangrentados por los verdugos de la Digepol. Algunas caras conocidas, otras extrañas pero no difíciles de identificar su procedencia... Luis, Pedro "Panela", obreros, estudiantes, campesinos. Toda una desenfrenada persecución que no establecía diferencia entre uno u otro ciudadano. Bastaba que alguien mencionase su nombre, que diese una dirección o que levantara sospechas a los cuerpos represivos. En principio todo estudiante era sospechoso. Y mucho más aún con la presencia del "Capitán" Vegas en Coro, quien solía jactarse:

—Yo soy enemigo de los estudiantes. Por eso le he echado plomo a la Universidad Central. Allí los cazamos como a ratas. Vamos a acabar con esa plaga.

Ahora podía explicarme claramente la razón por la cual hasta la reina del Liceo "Cecilio Acosta" no había escapado a la brutal represión de la Digepol. Belkis también sufría en carne propia la furia implacable de los verdugos comandados por el "Capitán" Vegas. Cuando la trajeron presa dos digepoles, el "Capitán" vegas ensayó una de sus poses características de matón y payaso infame:

—¡Mírame esta pelota! Reina y guerrillera. Bonita reina… la que se encargaba de mandar gente para allá arriba en la montaña.

Después, cada vez que se nos acercaba, en forma provocativa, nos decía:

—A tu camarada la voy a coger y el hijo será digepol.

Sonaron seis campanadas en el reloj de la catedral. Al poco rato anunciaron el traslado de Williams a la Comandancia de la Policía. En ese momento hizo su aparición una comisión de la Judicial. Un digepol de color negro, alto y fornido, vino y le dijo al "Capitán" Vegas.

—Mire, allí esta la Judicial. Viene para que le entreguemos los muchachos.

Con voz altanera y desafiante le respondió Vegas:

—Dígale a esos señores que están equivocados, que este caso pertenece a la Digepol porque es un atraco político…Y si vienen con mucha vaina ¡Plomo le echamos!

Los petejotas apenas pudieron murmurar sus protestas.

Esa noche me esposaron a una cama, colocada en el medio del patio, a la intemperie. Con la cara frente al foco de la luna y el cuerpo a merced del fuerte y penetrante frío de la madrugada coriana. A media noche me desperté sobresaltado.

Entre sueños sentí un golpe seco en la cabeza. Abrí los ojos repentinamente y me dio la impresión de que estaba delirando. A mi lado estaba un hombre trigueño, bajo y de gestos afeminados. Lo reconocí de inmediato. Era Joaquín Algarray.

Me preguntó con un dejo femenino:

—¿Cómo te han tratado?

—Más o menos.

Luego me dijo con arrogancia:

—¿No sabes que soy digepol?

—Te felicito —le respondí con tono burlón.

Se enfureció y exclamó:

—¡Ah! ¡Me estás mentando la madre, coño e' madre!

De inmediato se dirigió a Juan Brito y le quitó un mazo de llaves. Abrió mis esposas y las separó de la cama. Me paró a la fuerza y de un tirón me arrojó al baño y en el suelo me asestó dos puñetazos y me dijo:

—Para que respetes a las autoridades.

Al poco tiempo, Juan Brito trajo a Williams. Lo colocó frente a Algarray. Este le preguntó:

—¿Tú me conoces?

Williams le respondió con [illegible]

—Yo no.

—¿Y no te acuerdas de la [illegible]

Williams se mantuvo en silencio. [illegible]

—Conque no te acuerdas [illegible]

—Yo no conozco a ningún [illegible]

Una andanda de golpes [illegible] patadas, boca rota, manos [illegible] dolor a la medianoche, gritos de [illegible] moribunda.

Muy por la mañana se [illegible] dicharachero.

Trajo a Noel junto a mí. [illegible] "carrera profesional", de sus [illegible]

—No es como dicen los [illegible] vulgar torturador, un digepol [illegible] Soy un detective profesional. [illegible] mucha honra —y se daba golpes [illegible]

«Ya ven cómo hablo con [illegible] siquiera. Con decencia, con [illegible] que usar la persuación a su [illegible] ustedes saben cómo es la cosa. [illegible] otro más efectivo. Todo eso lo [illegible] Canal. Por eso es que yo les [illegible] hablen la verdad aquí porque en [illegible] espera el negro Matos. Escuchen [illegible] miendo bien para que no les [illegible] "Panela" que va recomendado por [illegible] todo. Yo también una vez fui [illegible] Nacional. De ello yo aprendí [illegible] siguiente: primero le hablaban a [illegible] después, mucho después, era que [illegible]

Lo interrumpí:

—Y usted ¿por qué no hace lo [illegible]

—No, porque yo primero [illegible] sana paz. Ese es mi estilo.

Y se retiró. Dio orden de que [illegible]

—¿Tú me conoces?

Williams le respondió con voz seca:

—Yo no.

—¿Y no te acuerdas de la acción que tiró las FALN en la alcabala?

Williams se mantuvo en silencio. Algarray insistió:

—Conque no te acuerdas… ¿Dónde está Juan el sastre?

—Yo no conozco a ningún sastre.

Una andanda de golpes cayó sobre Williams. Caídas, empujones, patadas, boca rota, manos hinchadas y cuerpo sangrante. Gritos de dolor a la medianoche, gritos de angustia, gritos de criatura agónica y moribunda.

Muy por la mañana se presentó el "Capitán" Vegas, entre jocoso y dicharachero.

Trajo a Noel junto a mí. Y comenzó a hablar y requetehablar de su "carrera profesional", de sus hojas de servicios.

—No es como dicen los camaradas de ustedes, de que yo soy un vulgar torturador, un digepol más. Estás equivocado. Yo he estudiado. Soy un detective profesional. Tengo mis títulos, mis credenciales. A mucha honra —y se daba golpes en el pecho.

«Ya ven cómo hablo con ustedes en este momento. Sin tocarlos siquiera. Con decencia, con cultura, usando la persuación. Porque hay que usar la persuación a su debido tiempo. Combinar los métodos, ustedes saben cómo es la cosa. Si falla uno, entonces hay que apelar a otro más efectivo. Todo eso lo aprendí yo en Panamá, en la zona del Canal. Por eso es que yo les aconsejo por las buenas que digan todo, que hablen la verdad aquí porque en Cabure la cosa es distinta. Allá los espera el negro Matos. Escuchen bien: si ustedes hablan, yo les recomiendo bien para que no les hagan nada en Cabure. Allí está Pedro "Panela" que va recomendado por nosotros. Él se dejó de vainas y dijo todo. Yo también una vez fui torturado. A mí me torturó la Seguridad Nacional. De ello yo aprendí mucho. El método de ellos era el siguiente: primero le hablaban a uno por las buenas y no lo torturaban, después, mucho después, era que lo torturaban a uno.

Lo interrumpí:

—Y usted ¿por qué no hace lo mismo?

—No, porque yo primero torturo y después hablo con ustedes en sana paz. Ese es mi estilo.

Y se retiró. Dio orden de que nos introdujeran al calabozo.

Más tarde trajeron a una mujer. Pude observarla detenidamente: de mirada esquiva, asustadiza. La acercaron a nuestro calabozo. El "Capitán" Vegas la interrogó:

—¿A cuál reconoce usted de los que participaron en el asalto?

No vaciló en responder:

—A ninguno.

Entonces Vegas ordenó:

—Está bien. Llévensela.

Después trajeron a Cheo. Un hombre alto y de bigotes poblados. Bedel de la escuela. Le dijeron:

—Vas a responder sin miedo. ¿Tú conoces a estos señores? —señalándome a mí y a Noel.

—Sí los conozco.

—¿Dónde los has visto antes?

—Los he visto varias veces en la escuela.

—Otra pregunta —le dijo el "Capitán" Vegas—. ¿Tú no te diste cuenta que el día que te pagaron ellos te iban siguiendo?

—No.

Lo regresaron al despacho de la Digepol.

Posteriormente presenciamos, desde nuestro calabozo, una escena grotesca y risible, tragi-cómica. Un jovencito de baja estatura fue conducido por Juan Brito. El "Capitán" Vegas se quedó mirándolo fijamente meneando la cabeza en forma despectiva, con una sonrisita sardónica de sus labios hoscos.

—Ven para que me repitas la historia, chato cobarde —le dijo Vegas.

Como un niño asustado se arrojó al suelo y se arrodilló frente a la reja, prorrumpiendo un grueso llanto:

—Por favor, yo soy un pobre estudiante, señor digepol. Yo no sé nada. Yo lo único que hago es regar al propaganda que me entrega Lolo. No me vaya a lastimar, por favor, tenga compasión de mí.

El verdugo se indignó y le dijo:

—Pero ni siquiera te hemos tocado con el pétalo de una rosa, mariquita.

Y volviéndose hacia Juan Brito:

—Llévense de aquí a ese marico llorón, antes de que le meta un tiro por la nuca.

Se lo llevaron a horcajadas dos digepoles, entre patadas gritos y maldiciones.

Los días pasaron uno [illegible]
las torturas y la guerra [illegible]
noche de sueño tranquilo. [illegible]
ches de pesadillas y sobresaltos.

Pasaron a un joven a la [illegible]
ofrecía gran resistencia, [illegible]
cido al patio de torturas. [illegible]
varios puñetazos contra los [illegible]
pearon todos a la vez. [illegible]
gritos de dolor retumbaban en [illegible]

—Coños de madre, [illegible]

Hasta que lo silenciaron [illegible]

Una mañana se presentó [illegible]
tana negra entrar a la oficina de la [illegible]

—Vea usted, buen [illegible]
Vargas. Se trata de un [illegible]
pintor magnífico.

Vegas lo interrumpió [illegible]

—Sí padre, ya sabemos. [illegible]
pintor no hay duda, si se la pasa [illegible]

El padre se ruborizó [illegible]
preguntó:

—...Pintando paredes. [illegible]

—Conque usted no lo sabe. [illegible]
la luna o es que se quiere hacer el [illegible]
pasa pintando VIVAS LAS FALN. [illegible]

El cura, bastante sorprendido [illegible]

—¡Imposible! Yo no creo eso de [illegible]
me pintó la Virgen de Coromoto.

Vegas largó una carcajada [illegible]

—Sí, claro, es un muchacho [illegible]
a cantar con voz femenina— [illegible]
de las FALN.

Y todos lo digepoles que [illegible]
El cura se puso rojo, lleno de ira [illegible]
una llamarada a la cara, una [illegible]
No dijo una palabra más, dio la [illegible]

a una mujer. Pude observarla detenidamente:
asustadiza. La acercaron a nuestro calabozo. El
la interrogó:
conoce usted de los que participaron en el asalto?
responder:

Vegas ordenó:
Llévensela.
ajeron a Cheo. Un hombre alto y de bigotes poblados.
ela. Le dijeron:
sponder sin miedo. ¿Tú conoces a estos señores? —seña-
a Noel.
nozco.
los has visto antes?
isto varias veces en la escuela.
regunta —le dijo el "Capitán" Vegas—. ¿Tú no te diste
día que te pagaron ellos te iban siguiendo?

aron al despacho de la Digepol.
mente presenciamos, desde nuestro calabozo, una escena
ble, tragi-cómica. Un jovencito de baja estatura fue condu-
Brito. El "Capitán" Vegas se quedó mirándolo fijamente
cabeza en forma despectiva, con una sonrisita sardónica de
cos.
ara que me repitas la historia, chato cobarde —le dijo Vegas.
n niño asustado se arrojó al suelo y se arrodilló frente a la
npiendo un grueso llanto:
avor, yo soy un pobre estudiante, señor digepol. Yo no sé
único que hago es regar al propaganda que me entrega
e vaya a lastimar, por favor, tenga compasión de mí.
ugo se indignó y le dijo:
ni siquiera te hemos tocado con el pétalo de una rosa,

éndose hacia Juan Brito:
ense de aquí a ese marico llorón, antes de que le meta un tiro

llevaron a horcajadas dos digepoles, entre patadas gritos y
es.

Los días pasaron uno detrás del otro, bajo el vaivén de los golpes, las torturas y la guerra sicológica. Ni un día de tranquilidad, ni una noche de sueño tranquilo. Días de terror y amenazas de muerte. Noches de pesadillas y sobresaltos.

Pasaron a un joven a la fuerza, entre cuatro digepoles. El joven ofrecía gran resistencia, tiraba patadas y se negaba a aceptar ser conducido al patio de torturas. Logró soltarse y lanzó desesperadamente varios puñetazos contra los digepoles. De nuevo lo agarraron y lo golpearon todos a la vez. De su nariz brotaron chorros de sangre. Sus gritos de dolor retumbaban en nuestro calabozo.

—Coños de madre, me están torturando, me van a matar.

Hasta que lo silenciaron en el patio de las torturas.

Una mañana se presentó un cura. Cosa extraña. Logramos ver la sotana negra entrar a la oficina de la Digepol. Se dirigió al "Capitán" Vegas:

—Vea usted, buen hombre, yo vengo por la libertad del pintor Vargas. Se trata de un muchacho bueno, de un hombre puro, de un pintor magnífico.

Vegas lo interrumpió en tono burlón:

—Sí padre, ya sabemos. Es un pintor, pinta bastante, de que es un pintor no hay duda, si se la pasa pintando paredes.

El padre se ruborizó un poco y con señal de preocupación le preguntó:

—...Pintando paredes. ¿Y qué pinta?

—Conque usted no lo sabe... Bueno, pues, usted como que está en la luna o es que se quiere hacer el mosquita muerta. Ese santurrón se la pasa pintando VIVAS LAS FALN. Ese es su oficio de pintor.

El cura, bastante sorprendido y lleno de estupor exclamó:

—¡Imposible! Yo no creo eso de Varguitas. Vea usted, en esos días me pintó la Virgen de Coromoto.

Vegas largó una carcajada y le habló en forma despectiva:

—Sí, claro, es un muchacho bueno, es un gran pintor —y comenzó a cantar con voz femenina—: pintor que pintas paredes, pinta el signo de las FALN.

Y todos lo digepoles que lo rodeaban soltaron grandes carcajadas. El cura se puso rojo, lleno de ira y de vergüenza. Sintió que se le pegaba una llamarada a la cara, una llamarada de burla, escarnio y desprecio. No dijo una palabra más, dio la espalda y se marchó cabizbajo.

Una noche repentinamente se produjo un movimiento de tropa, un despliegue policial como en tren de campaña. El "Capitán" Vegas llamó por una lista al primer "lote" con destino a Cabure. Escuché varios nombres: Pedro Chirinos, Luis Hurtado, Francisco Antonio Vargas, Virgilio Chávez y otros presos más cuyos nombres me resultaba difícil precisar. Un comentario siniestro se propagó entre todos los presos. Aquel viaje resultaba una condena a muerte, un viaje sin retorno.

En efecto, en Cabure se había patentizado la imagen de los presos "desaparecidos".

El "Capitán" Vegas habló con tono burlón:

—Prepárense bien, que allá en Cabure el "Negro" Matos y los "Cazadores" les van a hacer un gran recibimiento.

Y a culatazos y empujones fueron introducidos uno a uno a las patrullas policiales. Un silencio pavoroso y de terror cundió en tre el resto de los presos.

Después volvimos a la serenidad. Comprendimos que estábamos a merced de un enemigo implacable, sin escrúpulos. Pensamos: nos contarían entre las "bajas" y víctimas del Gobierno terrorista.

Al día siguiente se hizo presente de nuevo la patrulla. Conocíamos ya el ruido de su motor. Y al escuchar el ronroneo característico del vehículo, una ráfaga escalofriante nos taladró el cuerpo. Una jaula negra, tipo perrera, nos esperaba a las puertas de la Digepol de Coro. Nos aplicaron la misma operación que a los del primer lote: culatazos, patadas y empujones. En la perrera encontramos arrinconados a cuatro campesinos que habían sido capturados en un trapiche en Curimagua. En el otro extremo permanecía acurrucada la mujer flaca y alta, de pies defectuosos. Era la esposa del dueño del trapiche. Tres presos apretujados fuimos arrojados en la perrera. Antes de iniciar el viaje, un grupo de digepoles nos "despidió" con gritos estentóreos. Tenían el propósito de hacernos la guerra sicológica.

Gritó un digepol:

—Me le dan un saludo al "Negro" Matos.

Otro agregó:

—Ahora van a saber lo que es bueno.

Y un tercero más agorero:

—Vayan despidiéndose, malandros. ¡Adiós luz que te apagaste!

—Que Dios los coja confesados.

Detrás un jeep escoltaba la perrera...
vehículos con mucha cautela. De trecho en trecho...
obligado. La carretera estaba minada de alcabalas...
El primer alto fue muy prolongado...
la vía, desplegando sus armas. En forma...
sión de la Digepol sus credenciales de identificación...
daron la "orden de traslado". Los digepoles...
Trataron de hacer valer su autoridad...
mentos. Tuvieron que esperar respuesta del...
poder continuar la marcha. "Órdenes son órdenes"...
zadores". Media hora de espera.

Al fin llegó la orden. Fue muy breve:

—Pueden seguir.

Los campesinos comenzaron a dar...
e inquietud a medida que la perrera avanzaba hacia...
gran preocupación invadía sus rostros graves...
piernas temblorosas. Comentaban, dirigiendo...
cia nosotros:

—En Cabure la cosa es seria... En Cabure...
más de uno han fusilado.

Callaban la voces para dar paso al ruido...
avanzaban por el negro asfalto de la carretera...
namos un plan.

Jugarnos el todo por el todo. Voltear la perrera...
antes de llegar a Cabure. El trecho se presentaba...
niobra. Muy apropiado para consumar nuestro plan...
bajadas violentas. Y a los lados de la carretera...
montaña. Terreno propicio para tirar una patada...
estábamos gestando como única salida salvadora.

A la entrada de la carretera de Urea, que...
"El Isiro", tropezamos con otra alcabala militar...
armados con fals nos detuvieron de nuevo...
las amenazas y la orden de continuar el viaje...
pasamos frente a seis alcabalas más...
nuaban con ribetes azules y gruesas...
proximidad de la "Curva Azul". Una...
profundo de la montaña, los verdes se...
diluyen en la lejanía del horizonte...

se produjo un movimiento de tropa, un
de campaña. El "Capitán" Vegas llamó
destino a Cabure. Escuché varios nom-
Francisco Antonio Vargas, Virgilio
nombres me resultaba difícil precisar.
entre todos los presos. Aquel viaje
sin retorno.
patentizado la imagen de los presos

tono burlón:
Cabure el "Negro" Matos y los "Ca-
recibimiento.
introducidos uno a uno a las
pavoroso y de terror cundió en tre el

Comprendimos que estábamos a
sin escrúpulos. Pensamos: nos con-
del Gobierno terrorista.
de nuevo la patrulla. Conocíamos
el ronroneo característico del
nos taladró el cuerpo. Una jaula ne-
a las puertas de la Digepol de Coro. Nos
que a los del primer lote: culatazos,
encontramos arrinconados a cuatro
en un trapiche en Curimagua.
la mujer flaca y alta, de pies
del trapiche. Tres presos apretu-
Antes de iniciar el viaje, un grupo
estentóreos. Tenían el propósito

Matos.

es bueno.

¡Adiós luz que te apagaste!

Detrás un jeep escoltaba la perrera. Los choferes conducían los vehículos con mucha cautela. De trecho en trecho debían hacer un alto obligado. La carretera estaba minada de alcabalas móviles del Ejército. El primer alto fue muy prolongado. Una patulla militar se interpuso en la vía, desplegando sus armas. En forma enérgica reclamaron a la comisión de la Digepol sus credenciales de identificación. Luego demandaron la "orden de traslado". Los digepoles no portaban ese requisito. Trataron de hacer valer su autoridad. De nada valieron sus argumentos. Tuvieron que esperar respuesta del Comando Militar para poder continuar la marcha. "Órdenes son órdenes", sostenían los "Cazadores". Media hora de espera.

Al fin llegó la orden. Fue muy breve:

—Pueden seguir.

Los campesinos comenzaron a dar demostraciones de desasosiego e inquietud a medida que la perrera avanzaba hacia la montaña. Una gran preocupación invadía sus rostros graves, sus manos inquietas, sus piernas temblorosas. Comentaban, dirigiendo sus miradas esquivas hacia nosotros:

—En Cabure la cosa es seria... En Cabure no se salva nadie... a más de uno han fusilado.

Callaban la voces para dar paso al ruido cansado de los carros que avanzaban por el negro asfalto de la carretera. De improviso maquinamos un plan.

Jugarnos el todo por el todo. Voltear la perrera en la "Curva Azul", antes de llegar a Cabure. El trecho se presentaba a este tipo de maniobra. Muy apropiado para consumar nuestro plan. Curvas, subidas y bajadas violentas. Y a los lados de la carrretera la espesa verdura de la montaña. Terreno propicio para tirar una parada. Esa era la idea que estábamos gestando como única salida salvadora.

A la entrada de la carretera de Urea, que conduce a la represa del "El Isiro", tropezamos con otra alcabala militar. Cuatro soldados armados con fals nos detuvieron de nuevo. La identificación de rigor, las amenazas y la orden de continuar el viaje. En el terreno llano pasamos frente a seis alcabalas más. Las sombras de la noche se insinuaban con ribetes azules y gruesas masas verdes. Estábamos en la proximidad de la "Curva Azul". Una inmensa curva y abajo, en lo más profundo de la montaña, los verdes se tornan azules, azules que se diluyen en la lejanía del horizonte. Ahora éramos nosotros los que no

podíamos evitar expresiones de inquietud y nerviosismo. Estábamos dispuestos a corrernos hacia delante con violencia y decisión. El impulso de nuestros cuerpos tirados con fuerza debía voltear la perrera. El movimiento inicial que hacíamos de un lado a otro hizo levantar sospechas a un digepol, quien en forma nerviosa y brusca saltó de su asiento y gritó:

—El que se pare de su asiento le pego un tiro. ¡No respondo por la vida de nadie!

Mora traqueteó su fusil y apuntó hacia nosotros. Entonces tuvimos que permanecer tranquilos, inmóviles y serenos.

En número de soldados aumentó en el camino. Un grupo de diez hombres forrados de verde, con boinas verdes y armados de fals salió a nuestro paso.

Y el mandato militar:

—Identifíquese.

—Somos de la Digepol.

—¿Y estos pajaritos? —inquirió un sargento catire.

—Los llevamos presos a Cabure.

Habló de nuevo el sargento, subiendo su voz amenazadora:

—Entonces estos son guerrilleros. ¡Malditos sean todos ellos! Bájenlos aquí mismo pa' joderlos de una vez —y los "boinas verdes" se arremolinaron en tropel y comenzaron a golpear con sus fusiles las rejillas de la perrera.

La furia pasó bien pronto y los carros siguieron su marcha hacia Cabure.

Ahora tocábamos en el cruce de la carretera Falcón-Lara. Cuando llegamos a El Tigre, tuvimos la sensación de encontrarnos ya a las puertas de Cabure.

Irrumpió un número mayor de "Cazadores". Cerca de veinte "boinas verdes" se lanzaron sobre los vehículos con rasgos de salvajismo. Un soldadote de voz grave se dirigió a los digepoles, con arrestos amenazadores:

—Por qué no nos dejan a estos carajos aquí para ponerlos suavecitos, suavecitos y dejarlos como un tambor en tiempo de pascuas.

El soldado se ponía en tensión, apretaba los puños y se asía fuertemente al fusil ametrallador. Los digepoles, por su parte, mantenían una actitud prudente y para calmar la furia de los "Cazadores" les decían con fingida sonrisa:

—No se preocupe que la fiesta es en Cabure.

La oscuridad de la noche se [illegible] inclemente batía sus ráfagas [illegible] escalofríos y ligeros estremec[illegible] trábamos en Cabure. Un valle [illegible] montañosas. Los vehículos [illegible] casas chatas. Se detuvieron frente a [illegible] patios revestidos de ladrillos. A un lado [illegible] policías uniformados. Era la Comandancia [illegible] hicieron bajar con violencia y a [illegible] local nos esperaban cuatro soldados [illegible] dedujimos que nos iban a entregar al [illegible] primer recibimiento que nos hicieron [illegible] tazos. Ya dentro, surgieron a [illegible] hileras de sombras verdes que [illegible] verdes cayendo sin cesar sobre [illegible] derecha y de derecha a izquierda. [illegible] corredor ancho y amplio. Al frente [illegible] copudos. Y en medio de aquella [illegible] "boinas verdes" nos hicieron formar una fila. [illegible] nosotros se encontraba la figura [illegible] Ejército, el teniente Adán Esser Zavarse. [illegible] rarnos de la paliza recibida, nos [illegible]

—¿Ustedes está dispuestos a hablar?

La única respuesta fue un [illegible] pronto se dirigió a una de las habitaciones [illegible] Chávez, uno de los presos allí recluidos. [illegible] chada y con sus dos manos se [illegible] temblor recorría su cuerpo. El teniente [illegible] extremo a otro de la fila de los presos. [illegible] su mano derecha nos fue alumbrando [illegible] que alumbraba a un preso, le preguntaba:

—¿Cómo te llamas tú? —y después [illegible] un golpe con todas sus fuerzas por la cabeza.

Después gritaba:

—¡Párense firmes, carajo!

Permanecíamos casi inmóviles. [illegible] que me ordenaba:

[illegible] de inquietud y nerviosismo. Estábamos [illegible] hacia delante con violencia y decisión. El [illegible] con fuerza debía voltear la perrera. [illegible] que hacíamos de un lado a otro hizo levantar [illegible] quien en forma nerviosa y brusca saltó de su [illegible]

[illegible] le pego un tiro. ¡No respondo por la [illegible]

[illegible] hacia nosotros. Entonces tuvi- [illegible] inmóviles y serenos.

[illegible] en el camino. Un grupo de diez [illegible] boinas verdes y armados de fals salió a [illegible]

[illegible] —inquirió un sargento catire.

[illegible] a Cabure.

[illegible] subiendo su voz amenazadora:

[illegible] guerrilleros. ¡Malditos sean todos ellos! [illegible] de una vez —y los "boinas verdes" se [illegible] a golpear con sus fusiles las reji- [illegible]

[illegible] y los carros siguieron su marcha hacia [illegible]

[illegible] de la carretera Falcón-Lara. Cuando [illegible] la sensación de encontrarnos ya a las [illegible]

[illegible] de "Cazadores". Cerca de veinte [illegible] sobre los vehículos con rasgos de salva- [illegible] se dirigió a los digepoles, con arrestos [illegible]

[illegible] a estos carajos aquí para ponerlos suave- [illegible] un tambor en tiempo de pascuas.

[illegible] apretaba los puños y se asía fuerte- [illegible] Los digepoles, por su parte, mantenían una [illegible] la furia de los "Cazadores" les decían [illegible]

—No se preocupe que la fiesta es en Cabure.

La oscuridad de la noche se intensificaba poco a poco. Un frío inclemente batía sus ráfagas cortantes sobre nosotros, que provocaban escalofríos y ligeros estremecimientos en nuestros cuerpos. Nos encontrábamos en Cabure. Un valle suave rodeado de imponentes masas montañosas. Los vehículos rodaron por calles angostas, rodeadas de casas chatas. Se detuvieron frente a una casona de techo entejado y de patios revestidos de ladrillos. A un lado observamos movimientos de policías uniformados. Era la Comandancia Policial de Cabure. Nos hicieron bajar con violencia y a culatazos de la perrera. A la entrada del local nos esperaban cuatro soldados armados. Por las boinas verdes dedujimos que nos iban a entregar al Batallón de "Cazadores". El primer recibimiento que nos hicieron fue una furia de patadas y culatazos. Ya dentro, surgieron a nuestro paso dos bloques verdes, dos hileras de sombras verdes que parecían más bien dos inmensos látigos verdes cayendo sin cesar sobre nuestra débil humanidad, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Los latigazos nos lanzaron hasta un corredor ancho y amplio. Al frente un patio cuadrado con dos árboles copudos. Y en medio de aquella barahúnda, de gritos e insultos, los "boinas verdes" nos hicieron formar una fila. Colocado muy cerca de nosotros se encontraba la figura rabiosa y burlona de un teniente del Ejército, el teniente Adán Esser Zavarce. Sin darnos tiempo a recuperarnos de la paliza recibida, nos dirigió la palabra a voz en cuello:

—¿Ustedes está dispuestos a hablar?

La única respuesta fue un profundo y prolongado silencio. De pronto se dirigió a una de las habitaciones y regresó de inmediato con Chávez, uno de los presos allí recluidos. El preso tenía la cara hinchada y con sus dos manos se estrujaba un limón con sal. Un ligero temblor recorría su cuerpo. El teniente Zavarce caminó de un extremo a otro de la fila de los presos. Con una linterna que llevaba en su mano derecha nos fue alumbrando la cara a uno por uno. Cada vez que alumbraba a un preso, le preguntaba:

—¿Cómo te llamas tú? —y después de cada repuesta nos asestaba un golpe con todas sus fuerzas por la cabeza.

Después gritaba:

—¡Párense firmes, carajo!

Permanecíamos casi inmóviles. Me manoteó en la cara a tiempo que me ordenaba:

—¡Párate firme!

Le respondí:

—Yo no sé pararme firme.

Eso fue motivo para que montara en cólera y gritara rabioso:

—¡Maldito sea! Ni reservistas son estos carajos ¡qué desgracia!

De nuevo se dirigió a mí:

—¿Quién es Luis?, ¿tú?

—No.

Luego comenzó a girar de un extremo a otro muy agitado, con las manos atrás, como si estuviera meditando sus pensamientos o preparando la arenga que nos iba a dirigir. De pronto se detuvo y comenzó a pronunciar su proclama:

—Ustedes han sido mandados aquí para que hablen todo lo que sepan. Y una advertencia: el que se quiera hacer el duro, sepa y tenga presente que lo vamos a aflojar a carajazos. Y para que vean que no estoy jugando y hablando paja, ahí está Chávez como una muestra. Lo he traído aquí para que se miren en el espejo.

Luego gritó:

—Chávez, ven acá. Pásales por enfrente.

Chávez inició sus movimientos con dificultad, siempre cubriéndose la cara hinchada con sal y limón, con gestos torpes y vacilantes. Un silencio espeso y repugnante se apoderó de la vieja casona. El teniente Zavarce dio la orden de encerrarnos en "El Tigrito", un calabozo estrecho, oscuro y maloliente. Todas las habitaciones de la casona, convertidas en calabozos, estaban repletas de presos. Cerca de cincuenta personas estaban tiradas en el patio central, a plena intemperie. Tan solo una viejecita estaba acostada en una cama portátil de campaña, toda temblorosa, arrebujada y con las manos adheridas a la cara.

Un soldado cerró la puerta de nuestro calabozo. Dejaron destacado a un guardia para que nos vigilase, gordo de contextura, moreno y de pelo indiado. Bien pronto entró en confianza con nosotros. Nos dijo que se llamaba Trino y que era maracucho. Nos trajo agua para aplacar la sed, el cansancio y el hambre. Incluso, nos permitió colgar cuatro hamacas.

Por la mañana vino una orden del teniente Zavarce. Se nos prohibía hacer uso de las hamacas y dos "Cazadores" se las llevaron al comando antiguerrillero.

El Prefecto hacía su recorrido [illegible]
Aprovechamos su presencia para [illegible]
fecto se frotó las manos y se rascó la cabeza [illegible]

—Yo no puedo resolver nada [illegible]
ras, vamos a ver qué dice Zavarce.

Y se marchó. Al poco rato se [illegible]
terminante:

—Ustedes están aquí por [illegible]
cho a dormir en hamaca. ¿Entendido?

Y se volvió tronando a su despacho.

Llamaron a cinco campesinos [illegible]
desayuno: café, avena, pan dulce y [illegible]
alto, moreno y de tipo oriental se [illegible]

—Vamos, esos malandros, esos [illegible]

Nos sacaron a cuatro: a Noel, al [illegible]
"boinas verdes" nos condujeron hasta el [illegible]
nos esperaban en actitud agresiva [illegible]
Melecio Medina y Domingo Ruiz. [illegible]
despacho se encontraban el teniente [illegible]
Este último me llamó mucho la atención [illegible]
la mano derecha. Era un hombre [illegible]
ojos pardos brillaban como los ojos de [illegible]

Aquel primer interrogatorio [illegible]
Pulgar Reyes, agente sanguinario de la [illegible]
de llevar la voz cantante. Yo [illegible]
choncha, de pronunciada calvicie, [illegible]
gestos femeninos. En la Digepol de [illegible]
nosotros en enconada disputa con el [illegible]
nentes verdugos de la peor especie. [illegible]
estaban frescas, muy frescas, las huellas [illegible]

Pulgar había tomado la iniciativa [illegible]
trarle a sus compinches de profesión [illegible]
ellos y que, por lo tanto, podía [illegible]

—Ya todos ustedes están [illegible]
rada—, ya estamos en conocimiento [illegible]
ustedes cuatro en el asalto al colegio [illegible]
recomiendo, por las buenas, que [illegible]

El Prefecto hacía su recorrido habitual por el Comando Militar. Aprovechamos su presencia para solicitarle nuestras hamacas. El Prefecto se frotó las manos y se rascó la cabeza, para decirnos:

—Yo no puedo resolver nada sobre el particular. De todas maneras, vamos a ver qué dice Zavarce.

Y se marchó. Al poco rato se presentó Zavarce y nos dijo en forma terminante:

—Ustedes están aquí por guerrilleros y como tales no tienen derecho a dormir en hamaca. ¿Entendido?

Y se volvió tronando a su despacho.

Llamaron a cinco campesinos y les dieron la libertad. Nos dieron desayuno: café, avena, pan dulce y salchichas. Un cabo primero, flaco y alto, moreno y de tipo oriental se acercó a nuestro calabozo y gritó:

—Vamos, esos malandros, esos atracadores, que salgan.

Nos sacaron a cuatro: a Noel, al maracucho, a Williams y a mí. Dos "boinas verdes" nos condujeron hasta el despacho del Comando. Allí nos esperaban en actitud agresiva, los digepoles Alberto Pulgar Reyes, Melecio Medina y Domingo Ruiz. Ocupando el centro principal del despacho se encontraban el teniente Zavarce y el comandante "Tony". Este último me llamó mucho la atención porque llevaba un garrote en la mano derecha. Era un hombre alto y blanco, de cuerpo fuerte, cuyos ojos pardos brillaban como los ojos de una culebrilla.

Aquel primer interrogatorio de tanteo fue bastante breve. Alberto Pulgar Reyes, agente sanguinario de la policía política, fue el encargado de llevar la voz cantante. Yo siempre recordaba aquella figura rechoncha, de pronunciada calvicie, nariz aguileña y rapaz y acentuados gestos femeninos. En la Digepol de Coro se había ensañado contra nosotros en enconada disputa con el "Capitán" Vegas. Dos prominentes verdugos de la peor especie. Todavía en nuestros cuerpos estaban frescas, muy frescas, las huellas de sus torturas.

Pulgar había tomado la iniciativa con el firme propósito de demostrarle a sus compinches de profesión que él conocía "el caso" mejor que ellos y que, por lo tanto, podía ventilarlo con mayor acierto y dominio.

—Ya todos ustedes están identificados —dijo con voz amanerada—, ya estamos en conocimiento pleno de la participación de ustedes cuatro en el asalto al colegio de Coro. De manera que yo les recomiendo, por las buenas, que hablen y digan la verdad, porque de lo

contrario no respondemos por la vida de ustedes. Aquí en Cabure le vamos a dar la última oportunidad.

Con paciencia y serenidad escuchamos los requerimientos de Pulgar.

Al terminar su monserga, Pulgar hizo llamar a dos presos. Entonces trajeron a Luis Hurtado y a Pedro "Panela". Estaban demacrados, consumidos y agotados físicamente. Pulgar le preguntó frente a nosotros:

—¿Ustedes conocen a este joven? —señalándome con el dedo.

Respondieron en forma negativa, moviendo sus cabezas.

—Y tú —dirigiéndose a mí—, ¿los conoces a ellos?

—No los conozco —respondí serenamente.

Nos regresaron otra vez a "El Tigrito" con la orden expresa de no permitirnos hablar.

A la mañana siguiente se presentaron Pulgar y Zavarce. Vuelta a las amenazas y la guerra sicológica.

Zavarce fue el primero en hablar.

—Ya yo se los advertí al llegar aquí. Como se nieguen a declarar nos veremos obligados a tomar las medidas del caso.

Pulgar no quiso quedarse atrás y se mostró más amenazador todavía.

—A esta gente vamos a tener que llevarlas a la montaña... Los vestimos de verde, les entregamos a cada uno un fusil descargado y lo colocamos al frente de un pelotón... y como sus compañeros, los guerrilleros los quieren mucho, seguro que no les van a disparar... Y tú, Noel, te quitas el reloj para que no se te vaya a echar a perder.

Zavarce, terminó sentencioso.

—Prepárense, que esta noche los vengo a buscar para llevarlos al campamento.

Nos encerraron bajo llave y nos redujeron a la más absoluta oscuridad.

Aquellas últimas palabras, aquellas fatídicas amenazas, habían producido un efecto desconcertante y aterrador en nosotros. Éramos presa de malos presentimientos. Una incontenible ola de angustia y de nerviosismo se apoderó de nosotros.

Durante toda la noche estuvimos en vigilia, sin poder siquiera conciliar el sueño ni un minuto. Nos limitábamos a esperar con impaciencia que de un momento a otro se escucharan los pasos de Zavarce y resonaran en la noche sus gritos insultantes y amenazadores. La idea del traslado al campamento antiguerrillero se nos clavaba en el cerebro

como un aguijón ponzoñoso. ...
sicosis de terror, por un ...

A pesar de nuestros ...
más tranquila que de ...
terror a que estábamos ...
pudimos aplacar nuestros ...

Amanecimos con ...
completamente destrozados. ...
tranquilidad. Cuando los ...
tratamos desesperadamente ...
nos recostamos y ya teníamos ...
teniente Zavarce. Venía ...
tirón abrió la puerta del ...

—¡Vamos, a pararse todos aquí!

Luego nos hizo sentar ...
con sus botas. Los oficiales ...
movimientos de Zavarce ...
éste se detenía e iba señalando ...

—Este es el Comandante, ...
lando a Noel—, este flaco ...
mete en líos; y este viejo ...
de estar rezando en la iglesia ...
lleros. Y este carajito ...
FALN que a su familia. ...
en que se han metido!

Antes de retirarse con ...

—Enciérreme a estos ...
la puerta.

A las diez de la mañana ...
Zavarce. Esta vez acompañado ...
cierto aire de importancia ...
Pablo Saher. Primero se ...

Con marcada expresión ...

—¿Qué necesitas tú? ...

Después se dirigió a W...

—¿Qué se te ofrece? ...

Ambas respuestas ...
y silenciosos.

[illegible] Aquí en Cabure le [illegible]

[illegible] requerimientos de Pulgar. [illegible] a dos presos. En- [illegible] "Panela". Estaban dema- [illegible] Pulgar le preguntó frente a [illegible]

[illegible] —señalándome con el dedo.

[illegible] moviendo sus cabezas.

[illegible] ¿los conoces a ellos?

[illegible] severamente.

[illegible] "El Tigrito" con la orden expresa de no [illegible]

[illegible] Pulgar y Zavarce. Vuelta a [illegible]

[illegible] Como se nieguen a declarar [illegible] medidas del caso.

[illegible] más amenazador todavía. [illegible] a la montaña... Los [illegible] un fusil descargado y lo [illegible] sus compañeros, los gue- [illegible] les van a disparar... Y tú, [illegible] a echar a perder.

[illegible] a buscar para llevarlos al [illegible]

[illegible] a la más absoluta os- [illegible]

[illegible] amenazas, habían pro- [illegible] en nosotros. Éramos presa [illegible] angustia y de nervio- [illegible]

[illegible] sin poder siquiera con- [illegible] a esperar con impa- [illegible] los pasos de Zavarce y [illegible] amenazadores. La idea [illegible] en el cerebro

como un aguijón ponzoñoso. Sin duda, estábamos dominados por una sicosis de terror, por un pálpito angustioso de muerte.

A pesar de nuestros temores bien fundados, la noche transcurrió más tranquila que de costumbre. Ni siquiera escuchamos los gritos de terror a que estábamos habituados. Pero con todo y eso, nosotros no pudimos aplacar nuestros nervios.

Amanecimos con agudos dolores de cabeza y con los nervios completamente destrozados. Desayunamos bajo un clima ficticio de tranquilidad. Cuando los "boinas verdes" nos regresaron al calabozo tratamos desesperadamente de recuperar el sueño perdido. Apenas nos recostamos y ya teníamos a nuestro frente la sombra siniestra del teniente Zavarce. Venía acompañado de dos oficiales más. De un tirón abrió la puerta del calabozo y nos gritó a boca de jarro:

—¡Vamos, a pararse todos aquí!

Luego nos hizo sentar en el suelo. Entonces comenzó a patearnos con sus botas. Los oficiales acompañantes observaban impávidos los movimientos de Zavarce y ponían atención a sus palabras, cada vez que éste se detenía e iba señalando con el dedo:

—Este es el Comandante, el maracucho. Este carajito —señalando a Noel—, este flaco que no tiene carne ni para una empanada y se mete en líos; y este viejo —puyando con un palo al viejo Rosel—, en vez de estar rezando en la iglesia se pone a estar alcahueteando a los guerrilleros. Y este carajito —señalándome a mí— es el que quiere más a las FALN que a su familia. ¡Ahora vamos a ver cómo salen de este paquete en que se han metido!

Antes de retirarse con sus acompañantes, ordenó a un "Cazador":

—Enciérreme a estos carajos y no les deje asomar la nariz por la puerta.

A las diez de la mañana de nuevo apareció la sombra infame de Zavarce. Esta vez acompañado del gobernador del estado Falcón. Con cierto aire de importancia penetró a nuestro calabozo el gobernador Pablo Saher. Primero se dirigió a Noel.

Con marcada expresión de ironía y cinismo le dirigió la palabra.

—¿Qué necesitas tú?... ¿Qué le vas a mandar a decir a tu familia?

Después se dirigió a Williams con el mismo tono.

—¿Qué se te ofrece?... ¿Qué le vas a decir a tu familia?

Ambas respuestas fueron negativas. Nos mantuvimos herméticos y silenciosos.

Deliberadamente nos pusimos de acuerdo, mentalmente para hacerles el vacío.

Lo que deseábamos era que se retiraran cuanto antes de nuestra presencia. Aquellas figuras ridículas e hipócritas nos provocaban asco y repugnancia.

Se marcharon de inmediato sin haber podido romper nuestro mutismo.

Pero Zavarce se mostraba pertinaz, incansable, terco y contumaz provocador.

Se acercó hasta nosotros con poses grandilocuentes. Me inquirió de improviso.

—¿Dónde están mejor los obreros, en el régimen actual o en el socialismo?

Me tocó el amor propio. Por eso le contesté con arrogancia y con firmeza.

—Mil veces en el socialismo que en el capitalismo. Porque en el socialismo las fábricas pertenecen a los obreros y al pueblo. En el socialismo no existe régimen de explotación del hombre por el hombre como en este sistema. Por ejemplo, tú si estuvieras en un régimen socialista como militar no serías enemigo del pueblo como aquí.

Me interrumpió en forma brusca, profundamente ofendido y me dio un golpe en el pecho, a tiempo que me decía:

—Un momento, "tú" no, "usted" para la próxima vez. Además yo no te he dado confianza ni he jugado metra contigo, ¡malandro!

Luego se calmó y habló con un tono más reposado.

—Yo sé que los norteamericanos nos roban el petróleo, pero si nos ponemos a luchar contra ellos y llevamos a los comunistas al poder, tendremos entonces que someternos al imperialismo ruso, que nos robará el petróleo más descaradamente.

Y en un intento de tratar de dar más fuerza a sus argumentos agregó:

—Ahí tienes el caso de Cuba. ¿Quién manda en Cuba, Fidel o Kruschev? Allí los rusos se roban el azúcar. Y otra cosa: ¿cuándo había más muertos en Cuba, cuando Batista o ahora con Fidel? ¿Ustedes creen que si aquí en Venezuela estuvieran mandando los rusos iban a estar ustedes vivos aquí? ¿Ustedes creen que en Cuba dejarían circular a periódicos que critiquen al gobierno como lo hacen el *Qué* y el *Extra*?

Noel, que permanecía a la expectativa y estaba muy impacente, no pudo aguantarse más e interrumpió al Teniente, con indignación.

—No discutan tanta güebonada [illegible]

Zavarce saltó como una fiera [illegible] las manos.

—¿Por qué tú te expresas así? [illegible]

Antes de marcharse nos [illegible]

—Esta noche sí se joden. [illegible]

Al poco tiempo se presentó [illegible] bajo de estatura. Fue directamente [illegible]

—Descuelga esa hamaca [illegible]

El sargento se llevó la única [illegible] colgar de nuevo.

A las tres de la tarde volvió [illegible] otro teniente de más baja estatura [illegible] con ojos saltones de matón. Era el [illegible] tificamos más tarde. Este nuevo [illegible] plados y poses fanfarronas.

El tenientico de los ojos saltones [illegible]

—¡Alístense, malandros! [illegible] aquí, a vestirse todos, sin excepción.

Nos trasladaron al local vecino [illegible] pletamente desmantelada, como [illegible] a nuestro paso con un cura [illegible] conservado, de vientre redondeado [illegible] había situado junto a una mesita [illegible] maleta de cuero abierta, de fondo [illegible] crucifijo. Delante de nosotros [illegible] acelerar los preparativos para [illegible] bastante joven y de tez blanca [illegible] tura, fungía muy serio el oficio de [illegible] se situaron lo tenientes Zavarce [illegible] "Tony". Muy cerca de los oficiales [illegible] mos oído mentar por le apelativo de [illegible] había un círculo de fuego. [illegible] de fals que se mantenían en [illegible] cuatro filas de a diez personas [illegible] campesinos, vestidos con sus [illegible] mansas miradas. El cura dio [illegible] monaguillo improvisado hacía sonar [illegible]

...mentalmente para ha-

...cuanto antes de nuestra
...nos provocaban asco y

...podido romper nuestro

...terco y contumaz

...grandilocuentes. Me inquirió

...en el régimen actual o en el

...con arrogancia y con

...capitalismo. Porque en el
...y al pueblo. En el socia-
...por el hombre como
...en un régimen socialista
...aquí.
...profundamente ofendido y me

...próxima vez. Además yo
...contigo, ¡malandro!
...reposado.
...el petróleo, pero si nos
...a los comunistas al poder,
...al imperialismo ruso, que nos

...argumentos agregó:
...manda en Cuba, Fidel o
...Y otra cosa: ¿cuándo había
...o ahora con Fidel? ¿Ustedes
...mandando los rusos iban a
...que en Cuba dejarían circular a
...el *Qué* y el *Extra*?
...muy impacente, no
...con indignación.

—No discutan tanta güebonadas —dirigiéndose a mí.

Zavarce saltó como una fiera y agarró a Noel por el cuello, con las manos.

—¿Por qué tú te expresas así? —y le asestó dos golpes por el pecho.

Antes de marcharse nos soltó sus amenazas.

—Esta noche sí se joden. Los voy a mandar al campamento.

Al poco tiempo se presentó un sargento de piel negra, cuadrado y bajo de estatura. Fue directamente hacia donde estaba Noel.

—Descuelga esa hamaca y me la entregas.

El sargento se llevó la única hamaca que se nos había permitido colgar de nuevo.

A las tres de la tarde volvió a visitarnos Zavarce. Le hacía compañía otro teniente de más baja estatura que él. De pelo negro, corte cepillo y con ojos saltones de matón. Era el teniente García Gimón. Así lo identificamos más tarde. Este nuevo personaje llegó con gestos destemplados y poses fanfarronas.

El tenientico de los ojos saltones ensayó una pose de mandonería.

—¡Alístense, malandros! —nos gritó con voz chillona— Todos aquí, a vestirse todos, sin excepción.

Nos trasladaron al local vecino. Al frente vimos una bodega, completamente desmantelada, como si estuviera abandonada. Tropezamos a nuestro paso con un cura regordete, de aspecto saludable y muy bien conservado, de vientre redondeado, tez blanca y de baja estatura. Se había situado junto a una mesita, sobre la cual estaba colocada una maleta de cuero abierta, de fondo rojo y en su interior se divisaba un crucifijo. Delante de nosotros teníamos al padre Petit muy afanado en acelerar los preparativos para oficiar una misa. A su lado un "Cazador" bastante joven y de tez blanca como el cura, pero delgado y de baja estatura, fungía muy serio el oficio de sacristán. Muy próximos al sacerdote se situaron lo tenientes Zavarce y García Gimón y el comandante "Tony". Muy cerca de los oficiales se encontraba un digepol que habíamos oído mentar por le apelativo de "El Bachaco". A nuestro alrededor había un círculo de fuego. Pude contar a veinte "Cazadores" armados de fals que se mantenían en actitud de alerta. Nos hicieron formar cuatro filas de a diez personas cada una. En ellas predominaban los campesinos, vestidos con sus telitas ordinarias, casi descalzos y con sus mansas miradas. El cura dio comienzo a su acto litúrgico. A cada rato el monaguillo improvisado hacía sonar la campañilla. El cura modulaba

sus entonaciones rituales. Parecía elevarse al infinito, hacia la cumbre, más allá del éxtasis. De pronto la campañilla dejó de sonar y el cura volvió a su posición inicial. La misa había terminado. Todos suspiramos y bostezamos, llenos de tedio, cansancio y fastidio insoportable. Para nosotros aquella ceremonia resultaba un castigo, una tortura más. El cura carraspeaba la garganta, se frotaba las manos con delicadeza y se limpiaba la frente y la boca con un pañuelo blanquísimo. El sacerdote pasaba ahora a la segunda parte del acto. Hizo unos gestos extraños. Daba la impresión de que se trataba de un globo que se estuviera inflando y cogiera impulso para elevarse. El cura hacía un esfuerzo sobrehumano para salir del mundo de la pequeñez y elevarse por el ámbito de la grandeza.

Al fin dio comienzo a su sermón. Poca atención pusimos al contenido de su perorata. Aquella salmodia no nos inspiraba interés. Más bien nos provocaba repulsa y animadversión. Sin duda, se trataba de un sermón soporífero que actuaba en nosotros como una anestesia. El cura nos atiborró de imprecaciones.

—Hijos míos, aún todavía tenéis tiempo de reflexionar y arrepentiros de vuestros pecados. Tenéis todavía tiempo de enmendar vuestras vidas y rectificar vuestro camino equivocado. Dios, nuestro Señor, es infinitamente bueno, infinitamente generoso, y él os perdonará vuestros pecados. Y, las autoridades aquí presentes, por medio del trato, se encargarán de demostraros la falsedad de la causa por la cual lucháis vosotros inútilmente.

Al fin, nos tendió la bendición:

—...Que Dios os proteja, hijos míos... Pórtense bien, que Dios os protegerá.

Concluido el segundo acto, nos trasladaron a todos al local de la Policía de Cabure. Por primera vez nos dieron una cena suculenta y apetitosa. Cosa que a todos nos causó extrañeza. Un milagro que no se volvió a repetir más.

Por su parte, el soldado Trino, nos animaba y entraba más en confianza con nosotros. Se nos acercaba y nos obsequiaba cigarrillos.

Eran como las siete de la noche cuando fuimos sorprendidos por unas voces que en coro cantaban el Himno Nacional. Las voces procedían del local donde está instalado el Comando Militar, muy pegado al nuestro. De inmediato se me ocurió una idea. Corrí rápidamente al baño y me trepé a la pared, aprovechando la circunstancia de que no

había vigilancia en ese momento. [illegible]
tapia roja la figura tiesa, como de [illegible]
estaba montado sobre un cajón, [illegible]
haciendo las veces de un director [illegible]
presos, casi todos campesinos, [illegible]
cional al compás de la voz gangosa del [illegible]
Himno Nacional, les hizo cantar el Himno [illegible]
canto, el Teniente adoptó una pose [illegible]

Zavarce se creyó un orador de [illegible]
una monserga ininteligible. Sólo al final [illegible]
tono de su voz meliflua, las palabras [illegible]

—Espero que con esta experiencia [illegible]

Me bajé con suma rapidez y [illegible]
el guardia a cerrarnos la puerta. Esa [illegible]
gados y tranquilos.

Un frío intenso nos acosaba sin cesar. [illegible]
despertados por duros golpes a la puerta [illegible]
chamos los gritos de Zavarce.

—¡Párense, malandros!

Un tropel de soldados abrió con [illegible]
cuatro "boina verdes", más atrás el [illegible]
García Gimón, el comandante [illegible]
Zavarce. Nos miraron con miradas [illegible]
a temblar de miedo y sus rodillas se [illegible]
tendió una mirada burlona y trató de [illegible]

—Cálmese, viejo. Usted se queda aquí [illegible]

Nos sacaron a empujones, [illegible]
casa hasta la calle. Una muchacha de [illegible]
conturbada a través de un postigo de [illegible]
tremo de nosotros.

De nuevo escuchamos la voz [illegible]

—¡Vamos! Se me arrodillan con la [illegible]

Nos arrodillamos. Trajeron a otro preso. [illegible]
cabellos negros y revueltos y su piel [illegible]
también. Varios "Cazadores" trajeron [illegible]
nos amarraron las manos hacia atrás con [illegible]
de amarre se efectuó en el más profundo [illegible]
a uno en uno. Dos "boina verdes" para [illegible]

[illegible] Parecía elevarse al infinito, hacia la cumbre, [illegible] la campañilla dejó de sonar y el cura [illegible] La misa había terminado. Todos suspi- [illegible] cansancio y fastidio insoportable. [illegible] un castigo, una tortura más. [illegible] las manos con delicadeza y se [illegible] pañuelo blanquísimo. El sacerdote [illegible] Hizo unos gestos extraños. [illegible] de un globo que se estuviera [illegible] El cura hacía un esfuerzo [illegible] de la pequeñez y elevarse por el [illegible]

[illegible] pusimos al conte- [illegible] interés. Más [illegible] Sin duda, se trataba de un [illegible] como una anestesia. El cura [illegible]

[illegible] de reflexionar y arrepen- [illegible] de enmendar vuestras [illegible] Dios, nuestro Señor, es [illegible] y él os perdonará vues- [illegible] por medio del trato, se [illegible] de la casa por la cual lucháis [illegible]

[illegible]

[illegible] Pórtense bien, que Dios os [illegible]

[illegible] a todos al local de la [illegible] una cena suculenta y [illegible] Un milagro que no se [illegible]

[illegible] y entraba más en con- [illegible] cigarrillos. [illegible] sorprendidos por [illegible] Las voces proce- [illegible] Militar, muy pegado al [illegible] una idea. Corrí rápidamente al [illegible] la circunstancia de que no

había vigilancia en ese momento. Pude ver claramente por sobre una tapia roja la figura tiesa, como de un maniquí, del teniente Zavarce que estaba montado sobre un cajón, moviendo los brazos torpemente, haciendo las veces de un director de orfeón. Más allá, un grupo de presos, casi todos campesinos, entonaban las estrofas del Himno Nacional al compás de la voz gangosa del teniente Zavarce. Al terminar el Himno Nacional, les hizo cantar el Himno del Ejército. Concluido el canto, el Teniente adoptó una pose distinta.

Zavarce se creyó un orador de orden o un tribuno de oficio. Habló una monserga ininteligible. Sólo al final pude distinguir, al subir el tono de su voz meliflua, las palabras últimas de su discurso.

—Espero que con esta experiencia ustedes se regenerarán.

Me bajé con suma rapidez y volví a "El Tigrito". Al poco rato vino el guardia a cerrarnos la puerta. Esa noche nos acostamos más sosegados y tranquilos.

Un frío intenso nos acosaba sin cesar. A las diez de la noche fuimos despertados por duros golpes a la puerta del calabozo. Y en pie escuchamos los gritos de Zavarce.

—¡Párense, malandros!

Un tropel de soldados abrió con violencia el calabozo. Adelante cuatro "boina verdes", más atrás el digepol Melecio Medina, el teniente García Gimón, el comandante "Tony", escoltados por el teniente Zavarce. Nos miraron con miradas malévolas. El viejo Rosel comenzó a temblar de miedo y sus rodillas se golpeaban entre sí. Zavarce le tendió una mirada burlona y trató de calmarlo con una sonrisita.

—Cálmese, viejo. Usted se queda aquí... ya le llegará su turno.

Nos sacaron a empujones, patadas y culatazos por el fondo de la casa hasta la calle. Una muchacha de ojos muy hermosos nos miraba conturbada a través de un postigo de una casa que estaba al otro extremo de nosotros.

De nuevo escuchamos la voz chillona del teniente García Gimón.

—¡Vamos! Se me arrodillan con la cara a la pared.

Nos arrodillamos. Trajeron a otro preso. Era Luis Hurtado, con sus cabellos negros y revueltos y su piel morada. Lo hicieron arrodillarse también. Varios "Cazadores" trajeron rollos de mecates. De inmediato nos amarraron las manos hacia atrás con grueso mecate. Esa operación de amarre se efectuó en el más profundo silencio. Luego nos llevaron de a uno en uno. Dos "boina verdes" para conducir cada preso amarrado.

Desde ese momento, para los "Cazadores", nosotros dejamos de pertenecer al mundo de los seres humanos, para pasar a formar parte de la fauna más despreciable. Al arrojarnos a un convoy militar nos gritaban:

—Ustedes ya no son gente… ustedes son cochinos… cochinos que llevamos al matadero.

Seis presos, con las manos atadas hacia atrás fuimos arrojados en el transporte militar, de la misma manera como se carga el ganado cuando va a ser conducido al matadero. Cuatro "Cazadores" con sus armas respectivas nos custodiaban en el convoy. Detrás del camión venía un jeep donde viajaban Zavarce, "Tony", García Gimón y Melecio Medina. El vehículo siguió un trecho de la carretera que conduce a Coro. Temblábamos de frío. Un denso y penetrante frío que bajaba de la montaña. Las ligaduras nos claveteaban las muñecas. Adelante mirábamos la ondulante y fría culebra negra. La carretera negra, siempre negra.

Ahora la culebra trepaba por una cuesta bastante pronunciada. En el trecho que queda entre Cabure y San Luis el transporte se desvió a la derecha. Dejó a un lado la carretera negra e inició el recorrido por una penosa subida, cubierta de huecos y de piedras. Las ramazones de los árboles que bordeaban el camino nos golpeaban a cada instante. El transporte se batía de un lado a otro y avanzaba con gran dificultad por el camino tortuoso. Cada vez que se bamboleaba el camión salíamos batidos contra las barandas y nuestras cabezas golpeaban contra la plataforma del vehículo.

En lo alto de la montaña, el camión se detuvo. Los "Cazadores" nos bajaron a culatazos. Y a los seis presos nos colocaron en una sola fila. Seis presos amarrados con gruesos mecates. Nos hicieron subir por un cerrito. A cada paso los "boinas verdes" nos puyaban con las puntas de sus fusiles. Después nos hicieron bajar por una senda montañosa. Divisamos numerosas carpas grandes y pequeñas diseminadas en una gigantesca explanada. Mirábamos atónitos y deslumbrados el monstruoso campamento antiguerrillero. Sorpresivamente brotaron dos hileras de oficiales del Ejército que se lanzaron como una tromba contra nosotros. Nos rodearon en rápida operación envolvente. Un grupo nos cercó por la izquierda y otro nos acosó por la derecha. No nos dieron tiempo a coger aliento después de la caminata. Fue una violenta y brutal carnicería lo que hicieron con nosotros en cuestión de segundos y de minutos. Ese era el recibimiento que hacían allí a todos lo presos

que desfilaban por el camp…
cial portaba un fal. Y fueron…
derecha. Huracán o torbe…
veces por el suelo. De la…
De la misma manera como…
camión militar.

En medio de la bestial…
(alias "Semi-coquis"), quien…

—Un momento. A mí no…
porque no los van a oír y,…
lloriqueos. Griten o no…

Se quedó mirándonos…
Varguitas y le dio tres golpes…

—¡Oye cómo suena!…

Varguitas soportó el…
insistió y volvió a golpear a…
imperturbable. El capitán…

—Este es perro bueno,…

Después vino donde…
una vez más.

—Este también es…

Luego golpeó a Noel…

—Este es perro bueno.

Golpeó a Williams,…

—Este es perro bueno…

Por último tomó imp…
Hurtado. Este profirió…
despectivamente.

—Este es perro malo.…

Una vez terminada…
campamento.

Nos colocaron en una…
tañoso. Hacia un lado un jeep…
sinos amarrados.

Macario, Adolfo Med…
viejos más caminaban…
nos habían conducido…
mismo grupo compacto…

[illegible] nosotros dejamos de perte- [illegible] para pasar a formar parte de la [illegible] convoy militar nos gritaban: [illegible] ustedes son cochinos… cochinos [illegible]

[illegible] fuimos arrojados en el [illegible] se carga el ganado [illegible] Cuatro "Cazadores" con sus [illegible] en el convoy. Detrás del camión [illegible] "Tony", García Gimón y [illegible] de la carretera que con- [illegible] Un denso y penetrante frío que [illegible] las muñecas. Ade- [illegible] negra. La carretera negra,

[illegible] bastante pronunciada. En [illegible] el transporte se desvió a la [illegible] inició el recorrido por una [illegible] Las ramazones de los [illegible] a cada instante. El [illegible] con gran dificultad por [illegible] el camión salíamos [illegible] golpeaban contra la pla- [illegible]

[illegible] Los "Cazadores" [illegible] colocaron en una sola [illegible] Nos hicieron subir por [illegible] con las puntas [illegible] senda montañosa. [illegible] diseminadas en una [illegible] deslumbrados el mons- [illegible] brotaron dos hi- [illegible] como una tromba contra [illegible] envolvente. Un grupo nos [illegible] por la derecha. No nos dieron [illegible] Fue una violenta y [illegible] en cuestión de segundos [illegible] allí a todos lo presos

que desfilaban por el campamento antiguerrillero de Cabure. Cada oficial portaba un fal. Y fueron culatazos por la izquierda y culatazos por la derecha. Huracán o torbellino de culatazos nos hicieron rodar varias veces por el suelo. De la misma manera como rodamos una por el suelo. De la misma manera como rodamos una y otra vez en la plataforma del camión militar.

En medio de la bestial golpiza, se nos acercó el capitán García (alias "Semi-coquis"), quien nos gritó ofensivamente.

—Un momento. A mí no me gustan los perros llorones. Primero, porque no los van a oír y, segundo, porque nos les paramos bolas a sus lloriqueos. Griten o no griten, me da lo mismo.

Se quedó mirándonos fijamente y con detenimiento. Se acercó a Varguitas y le dio tres golpes con la punta del fusil y comentó.

—¡Oye cómo suena! Está pintón.

Varguitas soportó el castigo sin emitir quejido. "Semi-coquis" insistió y volvió a golpear a Varguitas por la barriga, quien continuó imperturbable. El capitán García hizo otro comentario.

—Este es perro bueno, no grita.

Después vino donde estaba yo y me golpeó fuertemente. Comentó una vez más.

—Este también es perro bueno.

Luego golpeó a Noel y exclamó con el mismo tono de voz.

—Este es perro bueno.

Golpeó a Williams, golpeó al maracucho y comentó una y otra vez.

—Este es perro bueno… este es perro bueno.

Por último tomó impulso y golpeó con todas sus fuerzas a Luis Hurtado. Este profirió un grito de dolor. Y "Semi-coquis" comentó despectivamente.

—Este es perro malo. El único que me gritó.

Una vez terminada esta primera paliza, nos llevaron en fila hasta el campamento.

Nos colocaron en una pendiente. Al frente un inmenso cerro montañoso. Hacia un lado un jeep. Y más allá traían a un grupo de campesinos amarrados.

Macario, Adolfo Medina, el hermano del "Negro" Bravo y tres viejos más caminaban penosamente. Los subieron hasta el cerrito donde nos habían conducido anteriormente a nosotros. Y de pronto surgió el mismo grupo compacto de oficiales armados de fals. Descargaron

furiosos culetazos sobre los campesinos y los hicieron rodar por el cerro. Un grupo de "Cazadores" permanecía apostado a un extremo de la pendiente. Los cabecillas de las torturas estaban más próximos y visibles. Zavarce, "Tony", Melecio Medina y "Semi-coquis", quien llevaba un tizón encendido en la mano derecha. Llamaron a Macario. Lo sometieron a un severo interrogatorio. Lo golpearon con palos y fusiles hasta dejarlo semi-inconsciente en el suelo. El teniente Zavarce se adelantó y le gritó a los "Cazadores".

—Preparen las camillas.

Tres soldados y un oficial se llevaron de arrastras a Macario y lo internaron en la montaña.

Zavarce gritó con furia incontenible.

—Fusilen a ese carajo.

Y al poco tiempo sonaron tres ráfagas, tres descargas de ametralladoras, tres silbidos y tres ecos sucesivos.

Llamaron a un pobre viejo campesino. Canoso, flaco y tembloroso. El interrogatorio de rigor y la ración de culatazos que lanzó violentamente al débil campesino contra el suelo. Luego la orden a la tropa.

—Llévense a este también.

Y otra vez se oyeron las tres ráfagas, los ecos y los tres silbidos.

Los "Cazadores" regresaron alegres y sonrientes satisfechos de haber cumplido la misión encomendada. Dieron el parte militar, casi a una misma voz.

—Ya fusilamos a esos carajos.

Nos miraban en actitud curiosa y se regodeaban de sus hazañas. Hablaban con sorna. Pasaban muy cerca de nosotros y nos lanzaban frases provocadoras.

—Esto parece un velorio.

—Aquí como que se cagó uno.

Y no pasaban las puntas de los fusiles por sobre la cabeza y por la nariz.

Un catire andino se ensañaba con nosotros. Me pasaba el fusil por la nariz de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

—Huele coño e' madre... huele... ¿A qué huele?... Vamos, di. ¿A que huele?

Y me volvía a pasar el fusil por la nariz. Yo no le respondía.

El "boina verde" se mordía las manos y de nuevo hablaba mordiendo las palabras.

—Huele a muerto, coño e' [illegible]

El resto de "Cazadores" [illegible]
entre risas.

—Estos muertos sí pesan. [illegible]
mieran los zamuros.

—Ahora venimos a buscar el [illegible]
zamuros.

—Hoy se van a dar banquete... [illegible]

Y las carcajadas más sonoras se [illegible]
dadesca.

Las escenas de terror se reanud[illegible]
saña brutal.

Cada paso vibraba de impaciencia [illegible]
ción nunca antes sentida nos encendía [illegible]
graves y sombríos había en cada uno de [illegible]

Zavarce volvió a hablar con voz agorera.

—¡Ese hermano del "Negro" Bravo [illegible]

Se oyeron unos gritos angustiosos, [illegible]

—A mí no me van a matar. Ya matar[illegible]
muerto y por culpa de esos guerrilleros [illegible]
un perro.

Y prorrumpió en alaridos y gritos last[illegible]
orden de que lo regresaran a las carpas del [illegible]
se lo llevaron los "Cazadores".

El pintor Varguitas fue conducido ante [illegible]

Preguntas y golpes, golpes y preguntas... [illegible]
jidos y golpes.

De arrastras lo internaron en la montaña. [illegible]
las ráfagas, los ecos, los silbidos que se perdían [illegible]
en montaña.

Todavía no había terminado de escuch[illegible]
oí gritar mi nombre. Tuve un ligero presen[illegible]
acercaron cuatro "boinas verdes" y más [illegible]
color blanco, pelado al rape, con lentes [illegible]
bigotes poblados. Era el teniente Alfredo [illegible]
andanzas de criminal lombrosiano.

Con la mayor naturalidad colocó [illegible]
sobre mi cara.

… y los hicieron rodar por el cerro.
… apostado a un extremo de la pen-
… más próximos y visibles.
… quien llevaba un
… a Macario. Lo some-
… con palos y fusiles hasta
… Zavarce se adelantó y
… de arrastras a Macario y lo
… descargas de ametralla-
… flaco y tembloroso.
… que lanzó violenta-
… Luego la orden a la tropa.
… y los tres silbidos.
… satisfechos de
… Dieron el parte militar, casi a
… se regodeaban de sus hazañas.
… de nosotros y nos lanzaban
… sobre la cabeza y por
… Me pasaba el fusil por
… Vamos, di. ¿A
… Yo no le respondía.
… y de nuevo hablaba mor-

—Huele a muerto, coño e' madre… a muerte, coño e' madre.

El resto de "Cazadores" que se mantenía muy cerca, comentaron entre risas.

—Estos muertos sí pesan. Los arrastramos para que se los comieran los zamuros.

—Ahora venimos a buscar el resto para llevarle más comida a los zamuros.

—Hoy se van a dar banquete… quién fuera zamuro…

Y las carcajadas más sonoras se oían de un extremo a otro de la soldadesca.

Las escenas de terror se reanudaban con mayor intensidad y saña brutal.

Cada paso vibraba de impaciencia y fríos temores. Una preocupación nunca antes sentida nos encendía la cabeza y el corazón. Rostros graves y sombríos había en cada uno de nosotros.

Zavarce volvió a hablar con voz agorera.

—¡Ese hermano del "Negro" Bravo que se presente aquí!

Se oyeron unos gritos angustiosos, gritos de terror y miedo.

—A mí no me van a matar. Ya mataron a mi hermano. Él está muerto y por culpa de esos guerrilleros y no voy a morir aquí como un perro.

Y prorrumpió en alaridos y gritos lastimeros. El Teniente dio la orden de que lo regresaran a las carpas del campamento. Y de arrastras se lo llevaron los "Cazadores".

El pintor Varguitas fue conducido ante los sanguinarios verdugos.

Preguntas y golpes, golpes y preguntas… golpes y quejidos, quejidos y golpes.

De arrastras lo internaron en la montaña. Y al poco rato sonaron las ráfagas, los ecos, los silbidos que se perdían en la lejanía, de montaña en montaña.

Todavía no había terminado de escuchar el último silbido, cuando oí gritar mi nombre. Tuve un ligero presentimiento de muerte. Se me acercaron cuatro "boinas verdes" y más atrás un oficial alto y flaco, de color blanco, pelado al rape, con lentes claros de montura de carey y bigotes poblados. Era el teniente Alfredo Montenegro, famoso por sus andanzas de criminal lombrosiano.

Con la mayor naturalidad colocó sus dos manos ensangrentadas sobre mi cara.

Luego me mostró un pote lleno de sangre unos sesos también ensangrentados.

—Estos sesos y esta sangre son el regalo y recuerdo que te dejaron tus compañeros fusilados. Aquí los tienes —y me los arrojó a los pies.

El teniente Zavarce se me acercó por el otro lado y me alumbró la cara con una linterna y luego comentó.

—Este tiene una cara de arrechito —y me dio una patada y me gritó al oído.

—¡Sube! Te vamos a fusilar.

A empujones me llevaron hasta cerca de un jeep. "Semi-coquis", que se había incorporado a la pandilla criminal, me haló por los cabellos. Otros me separaban los pies y me rozaban la nuca con un tizón encendido. Melecio Medina me registró los bolsillos de la camisa y los pantalones con avidez. Con brusquedad me sacó una caja de cigarrillos y me dijo con burla.

—Dame acá esa caja que tú no tienes derecho a fumar.

Ahora es "Semi-coquis" que se me acerca con sus ojos saltones de matón.

—Cubano, ¡coño de tu madre! Tú defiendes la revolución cubana, ¡coño de tu madre! ¡Tú eres un despatriado! —y me manoteaba la cara— un despatriado, ¡hijo e' puta! —me descargó sus puños por el pecho y el estómago.

Ahora se me acercaba el teniente Montenegro, con sus pasos de felino.

—Antes de que te mueras, toma sangre de tus camaradas —y me vació un pote de sangre en la boca y por la nariz, haciéndomela tragar a la fuerza.

Un "Cazador" me pasaba la punta de un fusil por la boca.

—Aquí sabe a muerte. Con este fusil te vamos a matar. Huele aquí, coño 'e madre.

De nuevo "Semi-coquis" se aferró a mi cabeza y templó fuerte mis cabellos.

Con la saña más brutal y la más despiadada mordacidad se afincaba en mis cabellos.

—Este pelito sí está suavecito para hacer una almohadita —y me daba un templón fuerte que me arrancaba varios pelos. Luego duplicaba su sadismo.

—Vamos a quitarle el [illegible] que se muera este carajo —[illegible]

Entonces colocaba sus [illegible] decía, mirándoselas curiosamente.

—Pero si no me traje ni [illegible] una y más veces.

Hasta que exclamó rabioso [illegible]

—Vamos a llevarnos de una [illegible]

Y de nuevo fueron los [illegible] oficial me tiraba por los cabellos, [illegible] brazos y los "boinas verdes" [illegible] mi espalda. No podía mover los [illegible] un intento de pararme, entonces [illegible] imposibilitado de esquivar los [illegible] atadas. A poca distancia unos "Cazadores" [illegible] mí. A empellones me tiraron contra [illegible] recostarme y pude respirar profundamente. [illegible] tamente molido. Cuando intenté [illegible] tibio y denso. Era un pozo de sangre. [illegible] un pelotón de fusilamiento y un [illegible] vista. Cinco "Cazadores" en cuclillas [illegible] intenté virarme, me gritaron.

—No te muevas, gran carajo, [illegible]

"Semi-coquis" aproximó a mi cara [illegible] soldados.

—Déjeme alumbrarles bien [illegible]

Se colocó a mi lado y dio la voz de [illegible]

—¡Atención! Preparen armas. [illegible]

Y sonó una ráfaga, un estampido [illegible] la montaña.

Sentí un chillido agudo en los [illegible]

El Teniente de nuevo me [illegible] exclamó asombrado.

—¡Verga, no le pegó ninguno!

Dirigió sus pasos hacia mí con [illegible]

—Entonces vamos a darle el tiro de gracia.

Me colocó un pañuelo de mordaza [illegible]

—Para que diga ni pío.

—Vamos a quitarle el cabellito para hacer una almohada antes de que se muera este carajo —y me templaba más duro.

Entonces colocaba sus manos abiertas contra la luz de la luna y decía, mirándoselas curiosamente.

—Pero si no me traje ni un pelito —y con más furia me prensaba una y más veces.

Hasta que exclamó rabioso como un energúmeno.

—Vamos a llevarnos de una vez a este carajo.

Y de nuevo fueron los empujones, los golpes y los culatazos. Un oficial me tiraba por los cabellos, otro hacía fuerte presión sobre mis brazos y los "boinas verdes" descargaban las culatas de sus fusiles sobre mi espalda. No podía mover los brazos ni mantenerme en pie. Si hacía un intento de pararme, entonces los castigos se multiplicaban. Estaba imposibilitado de esquivar los golpes y castigos. Tenía las manos atadas. A poca distancia unos "Cazadores" ensayaban su puntería hacia mí. A empellones me tiraron contra un árbol. A tientas y a locas logré recostarme y pude respirar profundamente. Mi cuerpo estaba completamente molido. Cuando intenté mover los pies tropecé con un pozo tibio y denso. Era un pozo de sangre. Cuando alcé la cabeza vi al frente un pelotón de fusilamiento y un foco de luz inmensa que me cegaba la vista. Cinco "Cazadores" en cuclillas apuntaban a mi pecho. Apenas intenté virarme, me gritaron.

—No te muevas, gran carajo, que te vamos a fusilar.

"Semi-coquis" aproximó a mi cara una linterna y se dirigió a los soldados.

—Déjeme alumbrarles bien este malandro para que no pelen el tiro.

Se colocó a mi lado y dio la voz de mando.

—¡Atención! Preparen armas. Apunten. ¡Fuego!

Y sonó una ráfaga, un estampido en la inmensidad de la noche y de la montaña.

Sentí un chillido agudo en los oídos y la cabeza me daba vueltas.

El Teniente de nuevo me alumbró mi cuerpo con la linterna y exclamó asombrado.

—¡Verga, no le pegó ninguno!

Dirigió sus pasos hacia mí con una pistola en su mano derecha.

—Entonces vamos a darle el tiro de gracia.

Me colocó un pañuelo de mordaza y comentó en voz baja.

—Para que diga ni pío.

Puso una pistola de gran potencia frente a mi cara y movió el gatillo a tiempo que hacía girar el arma de abajo hacia arriba. La bala pasó rozándome los cabellos. Un "Cazador" pegó un grito quejumbroso. Trataba así de intensificar el clima de terror entre los presos que esperaban turno.

Terminaron de golpearme y de arrastras me condujeron por una pica hasta la carpa grande del campamento. Allí dos soldados me quitaron las ligaduras y me pusieron las manos en alto. Me hicieron una advertencia.

—Si bajas las manos, te vamos a matar a palos como a un cochino.

Un "Cazador" me montó guardia con un fal.

El comandante Rigores llegó hasta la carpa grande. Un hombre de color blanco, bajo de estatura, canoso y de corte cepillo. Mal encarado me habló de sopetón.

—¿Es cierto que Alcides Hurtado es el Secretario Político del PCV en el estado Falcón?

No le respondí.

El comandante Rigores insistió nuevamente.

—Mira, ¿Alcides Hurtado es diputado a la Asamblea Legislativa del estado por el PCV?

Le respondí con indiferencia:

—Así dicen —y de inmediato le pregunté— ¿Puedo bajar las manos?

—Sí, bájalas.

Al poco tiempo llegaron otros "Cazadores" a buscarme. Debían ser alrededor de las dos de la madrugada. Los árboles del campamento eran batidos por ráfagas de humedad. El frío intenso me calaba hasta los huesos. Me llevaron a un camión y me hicieron subir a él.

Me daba la impresión que del vehículo brotaba un chorro de humedad. Por donde quiera que tropezaba me encontraba partículas de agua fría. Escuché una voz cavernosa que llamaba a Marruffo, el maracucho. La candela roja de un tizón provocaba destellos fosforecentes en la madrugada. A pocos pasos del camión estaban torturando a Luis Hurtado. Cinco oficiales forcejeaban con él. Trataban de estrangularlo. De arrancarle las palabras a presión. Lo mantenían en la misma forma como se coloca el ganado en el matadero listo para el degüello o de la misma manera como se procede con las bestias y animales cuando van a ser herradas.

Lo acorralaban a preguntas.

—¿Cómo te llamas?

Luis no les contestaba. [illegible]
rraban la madrugada fría y lúgubre. Un "Cazador" [illegible]
masculló maldiciones.

—Ese carajo como que no va a hablar. [illegible]

El goajiro se desplazó como [illegible]
sitio de las torturas. Observó [illegible]
tiempo regresó decepcionado hasta [illegible]
ñeros. Comentó con desgano.

—No joda, que va a hablar ese carajo [illegible]

Los verdugos fueron vencidos por [illegible]
Luis. Dejaron de torturarlo. No [illegible]
labra. Decidieron llevárselo hacia la [illegible]
después se oyó un ruido pesado [illegible]
humano arrojado a un barranco. En [illegible]
fue lanzado con violencia por un [illegible]
erizaron los pelos de la cabeza.

—¡Yo no sé nada! —y el grito [illegible]
ladero de la montaña.

Un movimiento de tropas se [illegible]
"boinas verdes" corrieron con latas [illegible]
bras se exteriorizaban expresiones de [illegible]
dido el conocimiento. Tres "Cazadores" [illegible]
y desvanecido. Lo tendieron en la tierra [illegible]
volviendo en sí. Respiraba con dificultad [illegible]
convulsiones. Permanecía semi-inconsciente [illegible]
penumbras. Abría los ojos vidriosos [illegible]
ñado y sorprendido de las cosas que [illegible]
parpadearon como dos relámpagos. [illegible]
estuviera despertando de un sueño [illegible]

—¿Dónde estoy yo?

El teniente Zavarce se apresuró a [illegible]

—Estás en Coro. Tú estás así [illegible]
te tiraron por un barranco y nosotros [illegible]

Introdujeron a Luis Hurtado en una [illegible]
la Enfermería. Un ambiente de alarma [illegible]
Los verdugos parecían asustarse y [illegible]

cara y movió el gatillo
hacia arriba. La bala pasó
pegó un grito quejumbroso.
entre los presos que espe-

me condujeron por una
Allí dos soldados me qui-
en alto. Me hicieron una

palos como a un cochino.

grande. Un hombre de
cepillo. Mal encarado

es el Secretario Político del

mente.
a la Asamblea Legislativa

le pregunté— ¿Puedo bajar las

“Cazadores” a buscarme. Debían
Los árboles del campamento
El frío intenso me calaba hasta
y me hicieron subir a él.
vehículo brotaba un chorro de
me encontraba partículas
que llamaba a Marruffo, el
provocaba destellos fosfore-
del camión estaban torturando
con él. Trataban de estran-
Lo mantenían en la misma
matadero listo para el degüello o
las bestias y animales cuando

Lo acorralaban a preguntas.

—¿Cómo te llamas?

Luis no les contestaba. Arreciaban las torturas. Los gritos desgarraban la madrugada fría y lúgubre. Un “Cazador” goajiro se exasperó y masculló maldiciones.

—Ese carajo como que no va a hablar. Déjenme darle su cañonazo.

El goajiro se desplazó como un gorila ávido de sangre y se dirigió al sitio de las torturas. Observó un rato con suma impaciencia. Al poco tiempo regresó decepcionado hasta donde se encontraban sus compañeros. Comentó con desgano.

—No joda, que va a hablar ese carajo, ¡si es mudo!

Los verdugos fueron vencidos por el cansancio y la resistencia de Luis. Dejaron de torturarlo. No pudieron arrancarle ni una sola palabra. Decidieron llevárselo hacia la espesura de la montaña. Minutos después se oyó un ruido pesado como el poducido por un cuerpo humano arrojado a un barranco. En efecto, el cuerpo de Luis Hurtado fue lanzado con violencia por un desfiladero. Sus gritos de terror me erizaron los pelos de la cabeza.

—¡Yo no sé nada! —y el grito rodó junto con el cuerpo por el desfiladero de la montaña.

Un movimiento de tropas se suscitó en el campamento. Varios “boinas verdes” corrieron con latas llenas de agua. En sus gestos y palabras se exteriorizaban expresiones de alarma. Luis Hurtado había perdido el conocimiento. Tres “Cazadores” cargaron con el cuerpo mojado y desvanecido. Lo tendieron en la tierra húmeda y fría. Lentamente fue volviendo en sí. Respiraba con dificultad y su cuerpo se retorcía, presa de convulsiones. Permanecía semi-inconsciente, aletargado y como en penumbras. Abría los ojos vidriosos y miraba a todos lados, como extrañado y sorprendido de las cosas que lo rodeaban. Sus ojos brillaron y parpadearon como dos relámpagos. Con un dedo quejumbroso, como si estuviera despertando de un sueño profundo, preguntó a sus verdugos.

—¿Dónde estoy yo?

El teniente Zavarce se apresuró a responderle.

—Estás en Coro. Tú estás así porque tus compañeros guerrilleros te tiraron por un barranco y nosotros te recogimos para salvarte la vida.

Introdujeron a Luis Hurtado en una ambulancia y se lo llevaron a la Enfermería. Un ambiente de alarma se respiraba en el campamento. Los verdugos parecían asustarse y espantarse de sus propias torturas y

acciones criminales. Pero sólo por un instante. Porque al poco tiempo reanudaban los suplicios con mayor brutalidad. Un pelotón de "Cazadores" descargaba las culatas de sus fusiles sobre el cuerpo delgaducho de Williams, hasta dejarlo sangrando en el suelo medio muerto. Otros venían presurosos y se lo llevaban a la Enfermería. El frío se hacía cada vez más insoportable. Un "Cazador" se compadeció de mí y me hizo meter bajo una lona sucia y hedionda donde yacían apretujados en el suelo un grupo de presos torturados. Todos dormimos muy mal. Amanecimos trasnochados y con los cuerpos adoloridos. Un "Cazador" se presentó con un termo y nos repartió un poco de café caliente. Bien por la mañana vino Zavarce con la orden de trasladarnos al camión militar. Un "boina verde" intentó amarrarnos de nuevo y Zavarce lo interrumpió.

—No es necesario. Esos no se van a fugar y si se les ocurre hacer siquiera el intento, les meten un tiro y listo.

Cinco presos fuimos regresados a la Policía de Cabure. No tuvimos más conocimiento de la suerte que habían corrido en el campamento, los campesinos Adolfo Medina y Macario. Nos preocupaba también el destino de Varguitas. A todos ellos los dábamos por muertos, víctimas del pelotón de fusilamiento.

Al llegar a Cabure salió a nuestro encuentro el viejo Rosel. Un hombre demacrado, avenjentado a los 55 años de edad, achacoso y con la cabeza canosa, imposibilitado casi de poder caminar a causa de padecer de una aguda enfermedad reumática en las rodillas. Visiblemente nervioso se acercó a nosotros, infinitamente preocupado por el deplorable estado físico que presentábamos, por las huellas visibles de nuestras torturas, por las desgarraduras de nuestras ropas, por la mugre y suciedad de nuestros zapatos cubiertos de barro. Lástima y compasión sintió el pobre anciano de nosotros. Con los ojos llorosos y desorbitados nos preguntó:

—Pero bueno ¿qué les pasó, por qué están en ese estado, qué les hicieron?

Con mucha dificultad para hablar, Luis le explicó brevemente la suerte que habíamos corrido.

—Nos llevaron al campamento militar antiguerrillero, nos sometieron a toda clase de torturas y nos aplicaron el simulacro de fusilamiento.

El viejo aumentó su estado de nerviosismo. Y nos interrogó angustiado.

—¿Y Varguitas, qué es de su vida?

De inmediato vino a mi memoria [illegible]
pozo de sangre y los sesos ensangrentados [illegible]
oficial envilecido y arrastrado por [illegible]

Le respondí con tristeza.

—Parece que lo fusilaron a él, a Macario [illegible]

Frescas estaban en mi memoria aquella [illegible]
aquellos ecos, aquellos silbidos [illegible]
de montaña en montaña, en medio de [illegible]
inmensamente trágica. A los tres los [illegible]
cían al invisible paredón de fusilamiento.

Para mí no quedaba la menor duda de [illegible]
lucionarios habían sido vilmente asesinados. [illegible]
temblaba de pie a cabeza.

Con razón el achacoso anciano [illegible]
que pudieran devolverle la calma y [illegible]

—¿Y a mí me irán a llevar para allá?

—Serénese, viejo —le dijo Luis—. [illegible]
para que lo lleven a ese sitio. No se [illegible]

Aunque había cierta duda en [illegible]
cierta aquella explicación, el viejo se [illegible]
silencioso.

Al disponernos reposar en el suelo [illegible]
nuestra lamentable situación física. [illegible]
golpeado, el más resentido por las torturas. [illegible]
tragar. Tuvimos que entregarle nuestras [illegible]
almohada con ellas y pudiese recostar [illegible]
tada y adolorida.

Entró un policía gordo, de mediana [illegible]
con sombrero de pelo e' guama a la cabeza. [illegible]
hacia el corredor donde estábamos [illegible]
Andaba de recorrida y portaba en sus [illegible]
mucha cautela me dirigió la palabra.

—¿Los golpearon mucho?

—Casi nos matan.

Luego se dirigió a Luis Hurtado.

—¿Pero a ti no te golpearon mucho?

—Sí, me duele todo el cuerpo. Casi no [illegible]

[illegible] por un instante. Porque al poco tiempo
[illegible] brutalidad. Un pelotón de “Ca-
[illegible] sus fusiles sobre el cuerpo delga-
[illegible] en el suelo medio muerto.
[illegible] a la Enfermería. El frío se hacía
[illegible] se compadeció de mí y me
[illegible] donde yacían apretujados en
[illegible] Todos dormimos muy mal.
[illegible] adoloridos. Un “Caza-
[illegible] poco de café caliente.
[illegible] la orden de trasladarnos al
[illegible] amarrarnos de nuevo y
[illegible]
[illegible] a fugar y si se les ocurre hacer
[illegible]
[illegible] Policía de Cabure. No tuvimos
[illegible] corrido en el campamento,
[illegible] Nos preocupaba también el
[illegible] por muertos, víctimas
[illegible]
[illegible] encuentro el viejo Rosel. Un
[illegible] de edad, achacoso y con la
[illegible] a causa de padecer
[illegible] Visiblemente ner-
[illegible] preocupado por el deplorable
[illegible] visibles de nuestras tor-
[illegible] por la mugre y suciedad de
[illegible] Lástima y compasión sintió el pobre
[illegible] nos preguntó:
[illegible] estado, qué les
[illegible]
[illegible] Luis le explicó brevemente la
[illegible]
[illegible] antiguerrillero, nos so-
[illegible] aplicaron el simulacro de
[illegible]
[illegible] Y nos interrogó an-

—¿Y Varguitas, qué es de su vida?

De inmediato vino a mi memoria la escena dantesca y patética del pozo de sangre y los sesos ensangrentados arrojados a mis pies por un oficial envilecido y arrastrado por los más bajos instintos criminales.

Le respondí con tristeza.

—Parece que lo fusilaron a él, a Macario y a Adolfo Medina.

Frescas estaban en mi memoria aquellas ráfagas de ametralladoras, aquellos ecos, aquellos silbidos perdiéndose en la lejanía, retumbando de montaña en montaña, en medio de una noche profundamente fría e inmensamente trágica. A los tres los vi cuando los verdugos los conducían al invisible paredón de fusilamiento.

Para mí no quedaba la menor duda de que esos tres hombres revolucionarios habían sido vilmente asesinados. Con razón el viejo Rosel temblaba de pie a cabeza.

Con razón el achacoso anciano trataba de arrancarnos las palabras que pudieran devolverle la calma y tranquilizar su alma herida.

—¿Y a mí me irán a llevar para allá?

—Serénese, viejo —le dijo Luis—. Usted es un hombre mayor para que lo lleven a ese sitio. No se preocupe que no le pasará nada.

Aunque había cierta duda en sus ademanes para aceptar como cierta aquella explicación, el viejo se serenó un poco y se quedó triste y silencioso.

Al disponernos reposar en el suelo, pudimos apreciar con nitidez nuestra lamentable situación física. Sin duda, Luis Hurtado era el más golpeado, el más resentido por las torturas. Casi no podía hablar ni tragar. Tuvimos que entregarle nuestras colchas para que hiciese una almohada con ellas y pudiese recostar en el suelo su cabeza atormentada y adolorida.

Entró un policía gordo, de mediana estatura, vestido de caqui y con sombrero de pelo e' guama a la cabeza. Miró con viva curiosidad hacia el corredor donde estábamos tendidos y acostados en el suelo. Andaba de recorrida y portaba en sus manos un viejo fusil Fn30. Con mucha cautela me dirigió la palabra.

—¿Los golpearon mucho?

—Casi nos matan.

Luego se dirigió a Luis Hurtado.

—¿Pero a ti no te golpearon mucho?

—Sí, me duele todo el cuerpo. Casi no puedo respirar.

Aquel lunes, que marcó el día de nuestro regreso de un campamento de muerte, por primera vez nos acostamos temprano y dormimos profundamente.

Al día siguiente, a las tres de la tarde vino una comisión de la Digepol con orden de nuestro traslado a Coro. El indio Armelino Jiménez, Domingo Ruiz y otro digepol nos condujeron a Noel, Williams el maracucho y a mí. En una camioneta jeep se efectuó el traslado. Detrás nos seguía muy de cerca un carro deportivo. En su interior viajaban el teniente Zavarce y el digepol Melecio Medina.

Hubo un contratiempo imprevisto. La camioneta no contaba con suficiente combustible para completar el recorrido. Los digepoles resolvieron regresarse al campamento. Llegamos al campamento todavía con luz de sol bordeando sobre la montaña. Carpas grandes y pequeñas del Ejército se levantaban sobre un recodo de la sierra. Patrullas militares se desplazaban de trecho en trecho en actitud vigilante y en pie de guerra. En un pequeño campo de aterrizaje se encontraban estacionados cuatro helicópteros y una avioneta. A un extremo del campamento se levantaba una vieja casa de estructura colonial con un deteriorado torreón a su lado donde debió tener asiento algún trapiche de antigua data. Más tarde pude enterarme que en esa vetusta construcción funcionaba un tren de cocina donde se preparaba comida para alimentar a más de mil efectivos militares, entre oficiales y tropa, y a los numerosos cautivos y prisioneros de guerra que desfilaban diariamente por las diversas carpas y campamentos de torturas. Más de veinticinco camiones y numerosos jeeps de Ejército permanecían estacionados en un improvisado galpón que hacía las veces de Sección de Transporte Militar. Hasta allí penetró la camioneta a proveerse de gasolina desde un camión cisterna que funcionaba como depósito de combustible para abastecer a los vehículos militares. El camión portaba un contador que registraba el número de litros suministrados a las unidades del Ejército. Los digepoles echaron gasolina y un "Cazador" le hizo firmar una factura.

El viaje de regreso a Coro fue tormentoso y agotador. A las ocho de la noche tocamos a las puertas de la Dirección General de Policía en Coro. Llegamos cansados y soñolientos. Caminábamos con dificultad. Nos pasaron directamente al pequeño calabozo. A la entrada de la diminuta celda estaba tendida en una cama de hierro una mujer de tez

morena y una edad aproximada de 45
retorcía del dolor y con sus manos se
Al sentir nuestra presencia trató de
de indagar su situación. Nos manifestó que
temente y que una brigada de la Digepol de
humilde hogar y cargaron con ella, sin tomar en
delicada situación física. En la propia sede de la Policía
la sometieron a brutales torturas. Hizo un gran esfuerzo
la cama y ya en pie caminó arrastrando pesadamente
dio cigarrillos y nos dijo llamarse Aura. En uno de los co
dimos ver a Belkis Álvarez, la que fuera reina del Liceo Ce
Estaba sentada en una silla. Lucía triste y radiante. De nue
trábamos tal cual como la dejamos a raíz de nuestro traslad
Los digepoles la acosaban a preguntas y la amenazaban co
mento antiguerrillero de Cabure. Un digepol cerró bajo lla
nuestro calabozo. Alguien lo llamó por su nombre…
digepol chato y provocador. De mal modo llamó a Noel y
desprecio.
—A ti no te quiere ni tu familia. Por aquí estuvo hace p
y dijo que te dejaran preso, que te jodieran y que te matara
tú y que eres un vagabundo.
Noel no le hizo caso y por toda respuesta le dio la espal
lidad, supimos después que el padre de Noel, médico d
había estado en el local de la Digepol. Pidió autorización p
su hijo y se la negaron rotundamente.
Un poco calmados ya de los maltratos, buscamos mo
textos para distraernos y hacernos los días menos amarg
estrecho calabozo de la Digepol de Coro. Jóvenes al fi
grandes inquietudes. Y no dejaba de faltarnos alguna dosi
Entramos en confianza con el "cachifo" de la Digepol. Un
limpiabotas, menor de edad, que hacía la veces de ordenanz
Siempre le repetíamos nuestra advertencia.
—Acuérdate de lo que te dijimos. Pórtate bien con nos
si no te vamos a mandar una bomba de regalo el 24 de dicien
Y entre chiste y chiste, entre chanza y chanza,
nuestros dolores, borrar y ahuyentar el ingrato
—Vamos a pedirle al Niño Jesús que
"metra" para vaciársela a Algarray.

[illegible] regreso de un campa-
[illegible] acostamos temprano y dor-
[illegible]

[illegible] vino una comisión de la
[illegible] a Coro. El indio Armelino
[illegible] condujeron a Noel, Williams
[illegible] jeep se efectuó el traslado.
[illegible] deportivo. En su interior via-
[illegible] Medina.

[illegible] no contaba con
[illegible] Los digepoles
[illegible] al campamento to-
[illegible] Carpas grandes y
[illegible] recodo de la sierra.
[illegible] trecho en actitud vigi-
[illegible] de aterrizaje se encon-
[illegible] avioneta. A un extremo
[illegible] estructura colonial con
[illegible] asiento algún tra-
[illegible] que en esa vetusta
[illegible] se preparaba comida
[illegible] oficiales y tropa, y
[illegible] que desfilaban dia-
[illegible] de torturas. Más de
[illegible] Ejército permanecían
[illegible] las veces de Sec-
[illegible] la camioneta a pro-
[illegible] que funcionaba como
[illegible] vehículos militares. El
[illegible] el número de litros
[illegible] Los digepoles echaron ga-
[illegible]

[illegible] y agotador. A las ocho
[illegible] General de Policía en
[illegible] Caminábamos con dificultad.
[illegible] calabozo. A la entrada de la
[illegible] de hierro una mujer de tez

morena y una edad aproximada de 45 años. Se quejaba mucho, se retorcía del dolor y con sus manos se aferraba fuertemente a la pared.

Al sentir nuestra presencia trató de animarse un poco. Tratamos de indagar su situación. Nos manifestó que había sido operada recientemente y que una brigada de la Digepol de Punto Fijo asaltó su humilde hogar y cargaron con ella, sin tomar en cuenta para nada su delicada situación física. En la propia sede de la Policía de la península la sometieron a brutales torturas. Hizo un gran esfuerzo por pararse de la cama y ya en pie caminó arrastrando pesadamente ambos pies. Nos dio cigarrillos y nos dijo llamarse Aura. En uno de los corredores pudimos ver a Belkis Álvarez, la que fuera reina del Liceo Cecilio Acosta. Estaba sentada en una silla. Lucía triste y radiante. De nuevo la encontrábamos tal cual como la dejamos a raíz de nuestro traslado a Cabure. Los digepoles la acosaban a preguntas y la amenazaban con el campamento antiguerrillero de Cabure. Un digepol cerró bajo llave la reja de nuestro calabozo. Alguien lo llamó por su nombre… Benito. Un digepol chato y provocador. De mal modo llamó a Noel y le habló con desprecio.

—A ti no te quiere ni tu familia. Por aquí estuvo hace poco tu papá y dijo que te dejaran preso, que te jodieran y que te mataran. Porque… tú y que eres un vagabundo.

Noel no le hizo caso y por toda respuesta le dio la espalda. En realidad, supimos después que el padre de Noel, médico de profesión, había estado en el local de la Digepol. Pidió autorización para visitar a su hijo y se la negaron rotundamente.

Un poco calmados ya de los maltratos, buscamos motivos y pretextos para distraernos y hacernos los días menos amargos en aquel estrecho calabozo de la Digepol de Coro. Jóvenes al fin, teníamos grandes inquietudes. Y no dejaba de faltarnos alguna dosis de humor. Entramos en confianza con el "cachifo" de la Digepol. Un desarrapado limpiabotas, menor de edad, que hacía la veces de ordenanza.

Siempre le repetíamos nuestra advertencia.

—Acuérdate de lo que te dijimos. Pórtate bien con nosotros porque si no te vamos a mandar una bomba de regalo el 24 de diciembre.

Y entre chiste y chiste, entre chanza y chanza, tratábamos de aliviar nuestros dolores, borrar y ahuyentar el ingrato recuerdo de Cabure.

—Vamos a pedirle al Niño Jesús que nos traiga en diciembre una "metra" para vaciársela a Algarray.

Y entre cuento y cuento tratábamos de llamar al sueño. A veces se acercaba hasta nuestro calabozo algún digepol noctámbulo y trasnochador, que le tocaba guardia, y comenzaba a echarnos chistes malos, cuentos de muertos y aparecidos.

De suerte que con la presencia de un esbirro como "Águila Negra" o un verdugo provocador como Benito, la noche se nos descomponía y se nos hacía añicos el sueño. Ya no podíamos dormir con tranquilidad. No por miedo, sino por el asco, la repulsión y la indignación que nos provocaban esos pájaros de cuenta.

La sombra maligna de Cabure seguía nuestros pasos. Zavarce, el verdugo siniestro, husmeaba aquí y allá como un perro de presa. Los digepoles, al avizorar su presencia, se acomplejaban y se avergonzaban de su chatura mental y del rastrero oficio que desempeñaban. Entre serios y jocosos, le hacían la venia.

—Se le saluda y se le respeta, mi Teniente.

—A sus órdenes... ¡Jefe!

Después comentaban entre sí.

—Qué se va a hacer. Hay que hacerle la venia para estar en la buena con él.

—Por algo es un oficial del SIFA.

—Y aspira coger las tiras de General muy pronto.

Pero la realidad era más elocuente que sus palabras. Zavarce era, ni más ni menos, que un vulgar verdugo igual que ellos. La diferencia consistía en que ellos eran unos semianalfabetas y Zavarce había estudiado en una academia militar.

Pero en aquel momento, ante aquella situación, ambos desempeñaban el mismo oficio de verdugos, el mismo y triste papel de carceleros.

Como si estuviera en Cabure, Zavarce se presentó a la Digepol bien por la mañana. Se jactaba ante los digepoles de haber sido el autor de la captura de Beto Villasmil, un hombrecito pequeño, muy parlanchín y fumador.

Apenas trajeron al hombrecito, comentó con cierto humor campechano.

—Con que agarramos a Beto, el que firma el papel dirigido a los guerrilleros. De manera que tú eres el que le da "concha" a los guerrilleros.

Beto se levantó indignado y le respondió agitando las manos.

—¡No joda! Estás pelando bolas. Ese no soy yo.

Zavarce saltó como una pantera...

violentamente.

—¡Para que respetes!

El hombrecito se empequeñeció...

completamente silencioso. Mucho más tarde...

Interrogatorios.

En la noche se produjo un tropel de digepoles...

"Águila Negra" y el Tico Loaiza se movían...

local. Sin duda, claro indicio de que había...

rato supimos que habían capturado a Hermenegildo...

Yanes, "El Gato". Pronto logramos verlo...

los digepoles los hicieron sentarse en dos sillas.

El jefe de la Digepol de Coro, un...

comenzó a manipular una pistola. La limpiaba...

casi con deleite. De pronto, en un descuido...

nos sobresaltó los nervios. Fue entonces...

asustado y temblando de miedo y comenzó a...

ataque de nervios.

La pandilla de digepoles le fue encima...

una bestia.

Lo acosaron a preguntas y Félix Yanes...

ción, dijo que nos conocía a todos y que...

cuyos nombres me resultó imposible de escuchar...

taron de aislarlo del resto de los presos y lo...

de la Policía Municipal.

Trajeron otra víctima de las...

joven de 23 años, el "Chino" Reyes. Más tarde...

través de la reja de nuestra celda. Nos...

preso en una reencauchadora de Coro...

—Yo me encontraba montando un caucho...

ruido de jeep que se venía acercando...

que moví la cabeza en dirección al vehículo...

alguien, desde el interior del mismo...

tonces el vehículo giró en redondo y se...

jeep al maracucho y a dos digepoles...

hecho y proseguí mi trabajo. Al poco tiempo...

bido del motor. El vehículo venía...

del taller. Bajaron del jeep. Sentí...

Zavarce saltó como una pantera sobre Beto y descargó sus puños violentamente.

—¡Para que respetes!

El hombrecito se empequeñeció más, se puso pálido y se quedó completamente silencioso. Mucho más tarde se lo llevaron a la Sala de Interrogatorios.

En la noche se produjo un tropel de digepoles. Juan Brito, el "Águila Negra" y el Tico Loaiza se movían de un extremo a otro del local. Sin duda, claro indicio de que había alguna novedad. Al poco rato supimos que habían capturado a Hermenegildo Bracho y a Félix Yanes, "El Gato". Pronto logramos verlos, desde el calabozo, cuando los digepoles los hicieron sentarse en dos sillas.

El jefe de la Digepol de Coro, un catire cuadrado, de ojos azules, comenzó a manipular una pistola. La limpiaba con suma delicadeza, casi con deleite. De pronto, en un descuido, se le fue un tiro que a todos nos sobresaltó los nervios. Fue entonces cuando "El Gato" se paró asustado y temblando de miedo y comenzó a gritar, víctima de un ataque de nervios.

La pandilla de digepoles le fue encima y lo golpearon como a una bestia.

Lo acosaron a preguntas y Félix Yanes, en medio de la desesperación, dijo que nos conocía a todos y que conocía a otras personas más cuyos nombres me resultó imposible de escuchar. De inmediato trataron de aislarlo del resto de los presos y lo condujeron hasta el Cuartel de la Policía Municipal.

Trajeron otra víctima de las sucesivas oleadas de allanamientos. Un joven de 23 años, el "Chino" Reyes. Más tarde, logramos hablar con él a través de la reja de nuestra celda. Nos manifestó que había sido hecho preso en una reencauchadora de Coro. Brevemente narró su caída.

—Yo me encontraba montando un caucho. De pronto oigo un ruido de jeep que se venía acercando lentamente. En el preciso instante que moví la cabeza en dirección al vehículo pude darme cuenta que alguien, desde el interior del mismo, me señalaba con el dedo. Entonces el vehículo giró en redondo y se regresó. Alcancé a ver dentro del jeep al maracucho y a dos digepoles. No le di mayor importancia a ese hecho y proseguí mi trabajo. Al poco tiempo escuché el mismo zumbido del motor. El vehículo venía más acelerado. Se detuvo muy cerca del taller. Bajaron del jeep. Sentí acercarse unos pasos. Yo seguía de

espaldas, entregado a mi trabajo. Se interrumpieron los pasos. Alguien me dirigió la palabra.

«—Chino… un caucho.

«Yo continué muy tranquilo en mi faena. Le respondí, siempre de espalda.

«—Espere un momento. Déjeme terminar este primero.

«Luego le di el frente y le pregunté con la mayor paciencia.

«—¿Cuál es el caucho que le voy a componer?

«Me respondió el otro acompañante.

«—… Si el caucho eres tú mismo. Y largaron la carcajada.

«Yo, muy sereno, les dije.

«—Bueno… si es así, déjenme lavarme un momento las manos.

«Y me trajeron rodando a la Digepol, a empujones, como si fuera en verdad un "caucho".

Lo sentaron también en una silla. Ese era el preámbulo para dar paso luego a las sesiones denigrantes y humillantes de los interrogatorios y las torturas.

Los allanamientos y los secuestros se sucedían día y noche. Las brigadas terroristas de la Digepol continuaban violando hogares, mancillando vidas inocentes.

Sucedió un hecho insólito, risible y grotesco. Burla o escarnio. Algo que resultó una ocurrencia, una broma pesada, una brutal ridiculez.

Las brigadas homicidas asaltaron una vivienda, una más de las que allanaban indiscriminadamente. Trajeron a un joven menor de edad, de gafas negras, estudiante de bachillerato. Lo sentaron en una silla. Pero el joven a cada momento se paraba y se volvía a sentar. Juan Brito le gritó con los puños en alto.

—Como te vuelvas a parar, te voy a romper la cara.

El adolescente se quedó tranquilo por un momento. Entonces, cada vez que pasaba cerca un digepol, gritaba.

—¡Vivan las guerrillas!

El digepol volteaba, lo miraba y seguía su camino.

"Un loquito", debieron pensar los verdugos.

Pero la realidad, no se trataba de un perturbado mental. Era el caso de un niño que ponía en el ridículo a los sicarios del régimen policíaco y terrorista.

Bien pronto se dieron cuenta de la gran estupidez que habían cometido.

Libertaron al joven.

Se produjo un despliegue de fusiles, [illegible] y pasos presurosos y agitados entre los [illegible] las puertas de la Digepol y una comisión [illegible] remesa de presos a Cabure. El "Chino" Reyes, [illegible] "El Gato" y Beto Villasmil fueron a dar con sus [illegible] de torturas.

Zavarce hasta nuestro calabozo. Se dirigió a Noel.

—Te vine a buscar para darte un paseíto por tu [illegible]

El Teniente quiso montarle una celada burda. [illegible] por las calles de Coro. Después lo llevó rumbo a La Vel[illegible] vehículo frente a la casa de "Pinchón". Un joven estudiante cido en Coro que, ante las insistentes persecuciones polici[illegible] incorporarse a las guerrillas y tenía ya tiempo haciendo vida Destacamento Guerrillero "José Leonardo Chirinos". Zav[illegible] guntó a Noel.

—¿Quién vive allí en esa casa de enfrente?

—No sé.

Zavarce lo zarandeó.

—No vas a saber, ¡que te haces el pendejo! Allí vive "Pi[illegible]

Cuando trajeron a Noel, noté que traía los ojos llorosos. rabia, de indignación, de impotencia.

Ahora el teniente Adán Esser Zavarce se me acercó.

—Ahora te toca el turno a ti, pajarito.

Me sacaron a dar vueltas y más vueltas por las calle[illegible] Detuvieron el jeep junto a la casa de Zavarce. El Teniente me[illegible]

—¿Quién vive allí?

—No sé.

—Allí vivo yo. Te traje para que conozcas mi casa y me[illegible] bomba, ¡pendejo! —me asestó un golpe por la cabeza.

El jeep rodó por las calles de Coro y se detuvo cerca de [illegible] quería. Se bajaron Zavarce y un digepol. Me dejaron sol[illegible] hículo. Caí en cuenta sobre lo que tramaban. Me montaba[illegible] en forma descarada. Lo que se proponían era aplicarme l[illegible] Pero yo no caí en la provocación. Zavarce se observaba a t[illegible] espejo de la refresquería. Y yo, a la vez, lo miraba de reojo y [illegible] desentendido. Después se acercó y me dijo.

Se interrumpieron los pasos. Alguien

en mi faena. Le respondí, siempre de

Déjeme terminar este primero.
le pregunté con la mayor paciencia.
que le voy a componer?
acompañante.
tú mismo. Y largaron la carcajada.
les dije.
déjenme lavarme un momento las manos.
a la Digepol, a empujones, como si fuera

en una silla. Ese era el preámbulo para dar
denigrantes y humillantes de los interrogato-

y los secuestros se sucedían día y noche. Las bri-
de la Digepol continuaban violando hogares, manci-

insólito, risible y grotesco. Burla o escarnio. Algo
una broma pesada, una brutal ridiculez.
asaltaron una vivienda, una más de las que
adamente. Trajeron a un joven menor de edad,
estudiante de bachillerato. Lo sentaron en una silla.
momento se paraba y se volvía a sentar. Juan Brito
puños en alto.
vuelvas a parar, te voy a romper la cara.
se quedó tranquilo por un momento. Entonces,
pasaba cerca un digepol, gritaba.
las guerrillas!
volteaba, lo miraba y seguía su camino.
", debieron pensar los verdugos.
realidad, no se trataba de un perturbado mental. Era el caso
ponía en el ridículo a los sicarios del régimen policíaco y

se dieron cuenta de la gran estupidez que habían

Libertaron al joven.

Se produjo un despliegue de fusiles, metralletas, botas de campaña y pasos presurosos y agitados entre los digepoles. La perrera y los jeeps a las puertas de la Digepol y una comisión lista ya para llevarse otra remesa de presos a Cabure. El "Chino" Reyes, Hermenegildo Bracho, "El Gato" y Beto Villasmil fueron a dar con sus huesos al campamento de torturas.

Zavarce hasta nuestro calabozo. Se dirigió a Noel.

—Te vine a buscar para darte un paseíto por tu tierra.

El Teniente quiso montarle una celada burda. Primero lo paseó por las calles de Coro. Después lo llevó rumbo a La Vela. Detuvo el vehículo frente a la casa de "Pinchón". Un joven estudiante muy conocido en Coro que, ante las insistentes persecuciones policiales, decidió incorporarse a las guerrillas y tenía ya tiempo haciendo vida activa en el Destacamento Guerrillero "José Leonardo Chirinos". Zavarce le preguntó a Noel.

—¿Quién vive allí en esa casa de enfrente?

—No sé.

Zavarce lo zarandeó.

—No vas a saber, ¡que te haces el pendejo! Allí vive "Pichón".

Cuando trajeron a Noel, noté que traía los ojos llorosos. Lloraba de rabia, de indignación, de impotencia.

Ahora el teniente Adán Esser Zavarce se me acercó.

—Ahora te toca el turno a ti, pajarito.

Me sacaron a dar vueltas y más vueltas por las calles de Coro. Detuvieron el jeep junto a la casa de Zavarce. El Teniente me preguntó.

—¿Quién vive allí?

—No sé.

—Allí vivo yo. Te traje para que conozcas mi casa y me pongas un bomba, ¡pendejo! —me asestó un golpe por la cabeza.

El jeep rodó por las calles de Coro y se detuvo cerca de una refresquería. Se bajaron Zavarce y un digepol. Me dejaron solo en el vehículo. Caí en cuenta sobre lo que tramaban. Me montaban un peine en forma descarada. Lo que se proponían era aplicarme ley de fuga. Pero yo no caí en la provocación. Zavarce se observaba a través de un espejo de la refresquería. Y yo, a la vez, lo miraba de reojo y me hacía el desentendido. Después se acercó y me dijo.

—Tú sí eres pendejo. Te dejamos solo y no aprovechaste el chance de escaparte.

—Mala leche —le respondí, a secas.

De nuevo me regresaron a la Digepol. Con Williams hicieron la misma operación. Con tales procedimientos lo que trataban era de variar el sistema de torturas. Montarnos provocaciones, destrozar nuestros nervios e intentar de quebrar nuestra moral. Pero todos sus intentos había resultado un fracaso. De allí sus reiteradas vejaciones, sus refinados métodos de tortura. La incomunicación a perpetuidad en que se nos mantenía, privados por completo de todo contacto personal con nuestros familiares.

Una tarde de sol resplandeciente. Los digepoles preparaban sus armas, sus furnituras, sacaban a relucir sus botas de campaña y mascullaban maldiciones.

Preparaban nuestro segundo viaje a Cabure. Cuatro presos en una camioneta jeep. Apretujados en los asientos de atrás. Adelante iban dos digepoles con sus armas respectivas. Detrás de la camioneta venía un jeep con cuatro digepoles.

Cerca del puente "Guate", en plena subida, me atacó un fuerte calambre en la pierna derecha. Con un gesto de dolor le hablé a Noel.

—Arrímate un poco, que tengo un calambre en el pie.

El indio Jiménez, que manejaba el vehículo, detuvo su marcha y saltó del asiento y nos apuntó con un revólver.

—Ah, con que se quieren fugar. Los estaba cazando.

Siempre andaban temerosos de fugas, de asaltos, con el miedo en el rostro, asustándose hasta de sus propias sombras. Y con el miedo por dentro cualquier digepol aprieta el gatillo y asesina a mansalva. Por eso me apresuré a darle una explicación.

—No se trata de ningún plan de fuga. Es que se me ha producido un calambre por ir apretados aquí atrás.

Con el miedo en los ojos se nos acercó e hizo pasar a Williams hacia el asiento delantero. Luego comentó, ya más calmado.

—Vamos a ver si se van a fugar ahora.

Después comentó al otro digepol.

—Estos son de las FALN... hay que cuidarse... Son de las FALN.

El indio Jiménez aceleró la marcha de la camioneta. Rauda y presurosa, como una bestia herida, se desplazaba la camioneta tragándose la culebra negra. Un viento furioso ...
brisa rabiosa nos atormentaba ...
no era necesario hacer un alto en el camino ...
detenerse en cada alcabala móvil.

Ya los "Cazadores" conocían ...
poles, conocían el objeto de sus ...
identificaban y sonreían.

Lobos de una misma pelambre, ...

En Cabure nos tenían reservado ...
nuestros antiguos compañeros de ...
Rosel. Seis presos incomunicados ...
desánimo en los rostros ni gestos ...
Más bien en todo momento nos ...
mentos difíciles había que elevar la moral ...
gencias.

A medianoche golpearon fuerte ...
tamos bruscamente. La imagen de las ...
torturas. Pero no se trataba de un ...
bozo, para que nos hicieran compañía ...
cidos: Félix Yanes (a) "El Gato", ...
desertores. Tres confidentes incondicionales.

Allí estaban dispuestos a ejercer ...
y asqueroso servicio de espionaje. ...
ellos, tres gestos diferentes, tres ...
Yanes fue el primero que trató de ganarse ...
romper nuestro silencio. Con una ...
me preguntó si tenía cigarrillos.

Ninguno de nosotros tenía cigarrillos ...
estaba vedado. Entonces, Félix Yanes, (a) "El Gato" ...
como un verdadero felino. Sacó, de uno de sus ...
una cajetilla de cigarrillos Camel de ...
decir que esa cajetilla de cigarrillos era el ...
una pose burlona y jactanciosa, ...
lanzar gruesas bocanadas de humo. ...
ciable nos provocaba asco y lástima a la vez. ...
había transformado de un día para otro ...
oficiales de SIFA le habían comprado ...
cajetilla de cigarrillos norteamericanos ...

aprovechaste el chance

Con Williams hicieron la lo que trataban era de provocaciones, destrozar nuestra moral. Pero todos sus De allí sus reiteradas vejaciones, incomunicación a perpetuidad en de todo contacto personal

Los digepoles preparaban sus sus botas de campaña y mascu-

Cabure. Cuatro presos en una de atrás. Adelante iban dos Detrás de la camioneta venía un

subida, me atacó un fuerte Con un gesto de dolor le hablé a Noel.

calambre en el pie.

el vehículo, detuvo su marcha y revólver.

Los estaba cazando.

de fugas, de asaltos, con el miedo en propias sombras. Y con el miedo por el gatillo y asesina a mansalva. Por eso

de fuga. Es que se me ha producido aquí atrás.

se nos acercó e hizo pasar a Williams Luego comentó, ya más calmado.

a fugar ahora.

hay que cuidarse... Son de las

la marcha de la camioneta. Rauda y pre- se desplazaba la camioneta tragándose

la culebra negra. Un viento furioso golpeaba contra el parabrisas y las brisa rabiosa nos atormentaba los oídos con sus aullidos y silbidos. Ya no era necesario hacer un alto en el camino. Ni tampoco era necesario detenerse en cada alcabala móvil.

Ya los "Cazadores" conocían los vehículos, conocían a los digepoles, conocían el objeto de sus misiones. Saludaban y se reían. Se identificaban y sonreían.

Lobos de una misma pelambre, de una misma madriguera.

En Cabure nos tenían reservado "El Tigrito". Nos topamos con nuestros antiguos compañeros de infortunios: Luis Hurtado y el viejo Rosel. Seis presos incomunicados del resto de prisioneros. No había desánimo en los rostros ni gestos blandengues ni moral resquebrajada. Más bien en todo momento nos infundíamos confianza. En los momentos difíciles había que elevar la moral por sobre todas las contingencias.

A medianoche golpearon fuerte a nuestro calabozo. Nos despertamos bruscamente. La imagen de las carpas nos hizo pensar en nuevas torturas. Pero no se trataba de un nuevo traslado. Traían a nuestro calabozo, para que nos hicieran compañía, a tres personajes harto conocidos: Félix Yanes (a) "El Gato", Algarray y Valles. Tres peligrosos desertores. Tres confidentes incondicionales.

Allí estaban dispuestos a ejercer su labor de zapa, cumplir el burdo y asqueroso servicio de espionaje. Advertíamos en ellos, en cada uno de ellos, tres gestos diferentes, tres actitudes y procederes distintos. Félix Yanes fue el primero que trató de ganarse la confianza de nosotros y romper nuestro silencio. Con una sonrisita de pícaro desvergonzado me preguntó si tenía cigarrillos.

Ninguno de nosotros tenía cigarrillos. Eso era privilegio que nos estaba vedado. Entonces, Félix Yanes, (a) "El Gato" comenzó a caminar como un verdadero felino. Sacó, de uno de sus bolsillos del pantalón, una cajetilla de cigarrillos Camel de contrabando, como queriéndonos decir que esa cajetilla de cigarrillos era el precio de su traición. Asumió una pose burlona y jactanciosa, encendió un cigarrillo y comenzó a lanzar gruesas bocanadas de humo. Aquella figura repelente y despreciable nos provocaba asco y lástima a la vez. Porque, al fin y al cabo, se había transformado de un día para otro en una piltrafa humana. Y los oficiales de SIFA le habían comprado su moral por el bajo precio de un cajetilla de cigarrillos norteamericanos de contrabando. En sus gestos

de crapulosa sabandija no se vislumbraba el menor vestigio de vergüenza. Trataba más bien de destacar en forma descarada y cínica el signo de su traición. Se pavoneaba por el calabozo con aire altanero y arrogante. Se creía un héroe de la traición. Eso era lo que pretendía demostrarnos, sin el menor rubor, sin la mayor pizca de dignidad humana. Crudo y descarnado. Tal como los mercaderes inescrupulosos que venden su alma al diablo. Y allí frente a nosotros, lo teníamos ya dispuesto a estrenar sus primeras armas de tránsfuga y confidente. Nos pusimos sobreaviso. En forma instintiva le declaramos "hielo". Él hablaba y hablaba de diversos temas, desordenadamente, a tontas y a locas. Y nosotros callábamos, manteníamos un silencio sepulcral. Sus palabras caían en el vacío, se quedaban sin respuestas, no encontraban contertulios. Algarray, por su parte, denotaba en su rostro una grave pena, una pesada vergüenza que le estrangulaba la conciencia y le cortaba el habla. Y como para tratar de ocultar sus escrúpulos, se situó muy lejos de nosotros, en el fondo del calabozo. No dijo siquiera esta boca es mía, porque no pronunció una sola palabra. Valles, en cambio, quiso mostrarse dicharachero y parlanchín. Entre él y Félix Yanes se entabló un diálogo incoloro. Hacían su papel de granujillas rastreros al pretender incitarnos a la conversación y hacernos entrar en tertulia con ellos.

—Yo estuve en las guerrillas —decía Valles— y pasé muchas vainas. Afronté peligros. Estuve cuando el primer gran cerco. Las bombas me reventaban cerca de las patas como piñatas cargadas de fuego. No eran confetis ni caramelos lo que nos tiraba el Ejército. ¡Era plomo del bueno! Y aguantamos como unos machos todo aquel vendaval desencadenado sobre la sierra coriana. ¿Quién de ustedes no conoce a "Nigüita", a "Billo"? ¡Claro que tienen que conocerlos! De lo contrario no son corianos para no conocer a su gente. ¡Esos sí eran buenos guerrilleros!

Escuchábamos y callábamos. Sonreíamos interiormente.

Félix Yanes trató de dirigirnos sus palabras directamente.

—Ustedes están mejor aquí que en el patio del otro lado, donde está el Comando del Ejército.

Me apresuré a contestarle con cierta ironía.

—Claro, claro. Aquí estamos mejor mil veces. No ves que allá nos golpean a cada rato los "Cazadores".

Como por arte de magia, Félix Yanes cerró su boca y no hizo más comentarios.

Esa noche se nos trastornó el [illegible] numbras.

Temprano vino sigilosamente el [illegible] tres confidentes. Diez minutos más [illegible] trasladó al local del Comando. [illegible] bierto. Más de cincuenta presos [illegible] patio cuadrado.

Zavarce nos hizo saber que [illegible] singular. Debíamos permanecer [illegible] del patio.

Pasó el teniente García Gimón. [illegible] puntapié a Noel por la espalda y le [illegible]

—¡Gran carajo! Les has echado [illegible] mereces consideración! —y le lanzó [illegible] arrojó contra el pavimento.

Zavarce trajo hasta nosotros una [illegible] rostros desencajados y con huellas de [illegible] nela", el viejo Vargas, el adolescente [illegible] de escuela. Los paró a pocos metros [illegible]

—¿Ustedes conocen a estos señores? [illegible]

Nadie le respondió.

Trató de impresionarnos. Se [illegible] bamos en el centro del patio y [illegible]

—¿Tú los conoces?

—No.

—¿Y tú?

—No los conozco.

—¿Y tú, a quién conoces de ellos?

—A ninguno.

—¿Y tú?

—No los conozco.

—¿Y tú?

—No.

—¿Y tú?

—No los conozco.

Bufando se marchó Zavarce [illegible]

En la tarde, cuando el sol [illegible] llas, nos regresaron a "El Tigrito". [illegible]

...braba el menor vestigio de ver-
...car en forma descarada y cínica el
...ba por el calabozo con aire altanero y
...de la traición. Eso era lo que pretendía
...sabor, sin la mayor pizca de dignidad
... Tal como los mercaderes inescrupu-
...diablo. Y allí frente a nosotros, lo teníamos
...primeras armas de tránsfuga y confidente.
... En forma instintiva le declaramos "hielo". Él
...temas, desordenadamente, a tontas y a
..., manteníamos un silencio sepulcral. Sus
... se quedaban sin respuestas, no encontraban
... por su parte, denotaba en su rostro una grave
... que le estrangulaba la conciencia y le
... para tratar de ocultar sus escrúpulos, se
..., en el fondo del calabozo. No dijo
..., porque no pronunció una sola palabra.
... mostrarse dicharachero y parlanchín. Entre
... un diálogo incoloro. Hacían su papel de
... al pretender incitarnos a la conversación y
... con ellos.

...guerrillas —decía Valles— y pasé muchas vai-
... cuando el primer gran cerco. Las bombas
... de las patas como piñatas cargadas de fuego. No
... lo que nos tiraba el Ejército. ¡Era plomo del
... unos machos todo aquel vendaval desenca-
... ¿Quién de ustedes no conoce a "Nigüita",
... que tienen que conocerlos! De lo contrario no son
... a su gente. ¡Esos sí eran buenos guerrilleros!
...amos. Sonreíamos interiormente.
... dirigirnos sus palabras directamente.
... mejor aquí que en el patio del otro lado, donde
... Ejército.
...testarle con cierta ironía.
... Aquí estamos mejor mil veces. No ves que allá nos
... "Cazadores".
... de magia, Félix Yanes cerró su boca y no hizo más

Esa noche se nos trastornó el sueño. Estuvimos en vela, bajo penumbras.

Temprano vino sigilosamente el teniente Zavarce y se llevó a sus tres confidentes. Diez minutos más tarde regresó el mismo oficial y nos trasladó al local del Comando. Nos situó en un patio grande y descubierto. Más de cincuenta presos permanecían tirados en el piso de un patio cuadrado.

Zavarce nos hizo saber que pesaba sobre nosotros un castigo singular. Debíamos permanecer todo el día, bajo el sol, en el centro del patio.

Pasó el teniente García Gimón. Vino hacia nosotros y le dio un puntapié a Noel por la espalda y le gritó furioso.

—¡Gran carajo! Les has echado mierda en la cara a tu papá. ¡No mereces consideración! —y le lanzó otra patada más fuerte que lo arrojó contra el pavimento.

Zavarce trajo hasta nosotros una hilera de presos demacrados, los rostros desencajados y con huellas de torturas muy visibles: Pedro "Panela", el viejo Vargas, el adolescente Garciíta y Saúl Coronado, maestro de escuela. Los paró a pocos metros de nosotros.

—¿Ustedes conocen a estos señores? —nos preguntó Zavarce.

Nadie le respondió.

Trató de impresionarnos. Se dirigió a cada uno de los seis que estábamos en el centro del patio y comenzó a preguntarnos.

—¿Tú los conoces?

—No.

—¿Y tú?

—No los conozco.

—¿Y tú, a quién conoces de ellos?

—A ninguno.

—¿Y tú?

—No los conozco.

—¿Y tú?

—No.

—¿Y tú?

—No los conozco.

Bufando se marchó Zavarce con los presos adelante.

En la tarde, cuando el sol dejaba caer sus últimas manchas amarillas, nos regresaron a "El Tigrito". Un "boina verde", que nos salpicaba

la cara de chimó cada vez que pronunciaba un palabra, nos hizo una advertencia:

—Por orden del Comando... se les prohíbe terminantemente hablar... Al que yo cace hablando... le cojo el culo a plan.

A través de la puerta pudimos ver de cerca a Bracho. Él nos miraba de reojo. Apenas el "boina verde" se distraía, nos saludaba con la mano derecha. Teníamos grandes deseos de hablar con él para aclararle nuestra situación. Se nos dificultaba hablar con los otros presos, ni siquiera por señas podíamos hacerlo. Los "boinas verdes" rodaban con mucha persistencia. Nos hostigaban con órdenes a cada instante. Trataban de vejarnos y menoscabar nuestra moral. Gritaban:

—¡Vamos, tú, guerrillero! Anda a recoger la basura del patio.

—¡Mira, tú malandro!, recoge esa basura con las manos, que tú no eres una mujercita.

—Y tú, ¡mata policía!, anda a lavar el güater.

Aquellas vejaciones eran el latiguillo pertinaz a cada minuto, a cada hora.

El Comando Militar había dado órdenes terminantes de no permitirnos un momento de sosiego y tranquilidad. Estábamos en calidad de prisioneros de guerra y con los prisioneros de guerra, según ellos, no se podía tener el menor tipo de consideración. La orientación y el objetivo era muy claro: irnos liquidando lentamente. Que, a fin de cuentas, era una forma refinada y cruel de negarnos el derecho a la vida. La condena a muerte tenía allí características muy particulares, que le conferían un sello propio.

Antes de que los primeros rayos del sol nos calentaran el cuerpo, nos despertaban las voces estentóreas y repulsivas de la soldadesca.

—¡Oído al personal , oído al tambor! No quiero ver una sola basura en el patio. No quiero vagos aquí. Todo el mundo a barrer y recoger basura. ¡No quiero ver a ninguno sin hacer nada! ¡Vámonos, vámonos... No acepto resabiados!

Siempre había restos de suciedad en los patios y corredores del penal. De los árboles constantemente se desprendían hojas secas y el viento arrastraba a su paso residuos y desperdicios.

A ratos y a hurtadillas hablábamos con otros presos. Aprovechábamos los momentos que nos sacaban a hacer la limpieza colectiva. Todos habían sido torturados salvajemente. En el campamento antiguerrillero de Cabure, el Ejército había montado el más monstruoso y

bestial infierno de torturas y muerte. En el
una poderosa maquinaria militar desenca
niosa carnicería, sin precedentes, que hu
gallardo, generoso y revolucionario pueblo d

Bracho nos contaba a retazos su dolorosa
no salía de su asombro. No se explicaba cómo
a las torturas que le aplicaron en el campamento
comandante "Tony", el teniente Zavarce y el digepol
lo habían desnudado. Luego, entre los tres, le amarraron
un tirante, lo suspendieron amarrado con un grueso meca
taron dos cables eléctricos en los glúteos... Y él gritó, grit
supo más de sí. Después, mucho después, cuando volvió a l
que despertaba de una pesadilla dantesca.

Como por desgracia, ironía del destino, se presentó Z
menzó a burlarse, con extrema crueldad, de Bracho.

—¡Mírame a este, el comandante "Merly"! El que
guapo —y siguió de largo.

Y otra vez la voz de Zavarce, todavía más burlona:

—¿Bailamos, señoritas?

Y luego se oyeron los gritos de mujeres. Eran Aura, la qu
encontrado en la Digepol de Coro después de haber sido t
Punto Fijo y Helina de Henríquez, la viuda de Raúl Hen
vestía de luto, una mujer blanca, de pelo negro, regordeta
sentimientos. Recordaba que Bracho me había comunicado
dos mujeres, extremadamente sensibles, habían llorado prof
escuchar los gritos que él profería en el momento que los verd
turaban en la oscura sala de los interrogatorios.

Al mediar el sol de los venados montó guardia un mara
su voz cantarina y chillona disparaba sus dicterios:

—¡Oído al personal! Los que van a cagar y a miar, ti
minutos, porque de noche, ¡advertido! de noche, no ha
De orden superior: nadie puede pararse ni moverse de s
rante la noche.

Finalmente ordenaba:

—Los que van a hacer sus necesidades... a formar u
mismo —y uno a uno íbamos desfilando los presos
lado e inmundo baño improvisado.

[illegible] un palabra, nos hizo una

[illegible] se les prohíbe terminantemente
[illegible] le cojo el culo a plan.
[illegible] de cerca a Bracho. Él nos miraba
[illegible] nos saludaba con la mano
[illegible] con él para aclararle
[illegible] con los otros presos, ni si-
[illegible] verdes" rodaban con
[illegible] a cada instante.
[illegible] Gritaban:
[illegible] la basura del patio.
[illegible] con las manos, que tú no
[illegible]

[illegible] a cada minuto, a

[illegible] antes de no permi-
[illegible] Estábamos en calidad de
[illegible] según ellos, no se
[illegible] La orientación y el objetivo
[illegible] Que, a fin de cuentas, era
[illegible] a la vida. La condena
[illegible] que le conferían un

[illegible] calentaran el cuerpo,
[illegible] de la soldadesca.
[illegible] ver una sola basura
[illegible] a barrer y recoger
[illegible] ¡Vámonos, vámonos…
[illegible]
[illegible] patios y corredores del
[illegible] desprendían hojas secas y el
[illegible]
[illegible] otros presos. Aprovechá-
[illegible] a hacer la limpieza colectiva.
[illegible] En el campamento anti-
[illegible] el más monstruoso y

bestial infierno de torturas y muerte. En el propio corazón del Falcón, una poderosa maquinaria militar desencadenaba la más brutal e ignominiosa carnicería, sin precedentes, que hubiese soportado antes el recio, gallardo, generoso y revolucionario pueblo del estado Falcón.

Bracho nos contaba a retazos su dolorosa y trágica odisea. Todavía no salía de su asombro. No se explicaba cómo había logrado sobrevivir a las torturas que le aplicaron en el campamento antiguerrillero. El comandante "Tony", el teniente Zavarce y el digepol Melecio Medina lo habían desnudado. Luego, entre los tres, le amarraron las manos de un tirante, lo suspendieron amarrado con un grueso mecate y le conectaron dos cables eléctricos en los glúteos… Y él gritó, gritó, gritó y no supo más de sí. Después, mucho después, cuando volvió a la vida, creyó que despertaba de una pesadilla dantesca.

Como por desgracia, ironía del destino, se presentó Zavarce y comenzó a burlarse, con extrema crueldad, de Bracho.

—¡Mírame a este, el comandante "Merly"! El que se cagó de guapo —y siguió de largo.

Y otra vez la voz de Zavarce, todavía más burlona:

—¿Bailamos, señoritas?

Y luego se oyeron los gritos de mujeres. Eran Aura, la que habíamos encontrado en la Digepol de Coro después de haber sido torturada en Punto Fijo y Helina de Henríquez, la viuda de Raúl Henríquez, que vestía de luto, una mujer blanca, de pelo negro, regordeta y de nobles sentimientos. Recordaba que Bracho me había comunicado que aquellas dos mujeres, extremadamente sensibles, habían llorado profusamente al escuchar los gritos que él profería en el momento que los verdugos lo torturaban en la oscura sala de los interrogatorios.

Al mediar el sol de los venados montó guardia un maracucho. Con su voz cantarina y chillona disparaba sus dicterios:

—¡Oído al personal! Los que van a cagar y a miar, tienen cinco minutos, porque de noche, ¡advertido! de noche, no hay permiso. De orden superior: nadie puede pararse ni moverse de su sitio durante la noche.

Finalmente ordenaba:

—Los que van a hacer sus necesidades… a formar una cola aquí mismo —y uno a uno íbamos desfilando los presos hacia un destartalado e inmundo baño improvisado.

En la noche, las advertencias se materializaban, se hacían realidad, se cumplían indefectiblemente. Una noche preñada de tormentos. Los "Cazadores" montaban guardia como perros de presa. Si algún preso infringía la ley y se movía de un lado, de pronto le sonaba un culatazo. Si alguien levantaba la cabeza para buscar acomodo en el suelo, ¡zuas!, le daban un palo por la cabeza. Y si un preso le hablaba a otro, elevando la voz, también le asestaban un culatazo.

Nunca faltaban los caprichos y antojos vejatorios de la soldadesca. El maracucho se dirigió a un campesino, en forma imperativa:

—Tú me consigues ¡ya! un cigarrillo, que tengo ganas de fumar. Porque si no me lo consigues te voy a joder.

Y el campesino, tembloroso, le buscaba el cigarrillo al insolente "Cazador". Esa noche, como para arreciar nuestras torturas, cayó una pesada lluvia que nos tallaba la cara con sus gotas friolentas. Todos fuimos calados hasta los tuétanos por las chorreras da agua. Estábamos totalmente desguarnecidos y la lluvia hacía fácil blanco sobre nuestros cuerpos. Tan sólo las mujeres estaban bajo techo y las gotas de lluvia apenas alcanzaban a salpicarlas. No podíamos pararnos de nuestros sitios porque la férrea vigilancia de los "Cazadores" nos lo impedían. Si hacíamos el menor intento de movernos, entonces nos caían los planazos y culatazos. Ahora eran tres verdugos que se ensañaban contra nosotros para hacernos la vida imposible: la lluvia, el frío y los "boina verdes".

Apenas cesó la lluvia se presentó una comisión militar. A las once de la noche se llevaron a Bracho, a Amado y al anciano Rosel. Los pusieron de cara a la pared. Las manos hacia atrás y les ataron con grueso mecate. El viejo Rosel gemía y modulaba sus quejidos.

—¡Ay!... Mis muchachitos se me van a morir —y gemía inconsolablemente.

Después trajeron a Pedro Chirinos, al maestro Saúl Coronado y al campesino Emiliano. En el momento que fueron a ligarle las manos al maestro Coronado, éste se desmayó. Dos "Cazadores" lo recogieron y se lo llevaron en un jeep hacia la Enfermería. Los presos fueron transportados en los camiones militares. Detrás iban los mismos siniestros personajes encargados de comandar las torturas: el comandante "Tony", el teniente Adán Esser Zavarce y el digepol Melecio Medina.

Noche pesada, fría y cómplice de las torturas. No podíamos tranquilizarnos un momento, dominados por la preocupación que nos

embargaba por la suerte que pudiese [illegible]
prisión en el campamento de "El [illegible]".

A la mañana siguiente [illegible]
"boinas verdes" dándonos órdenes, [illegible]
Mostrándonos los filos de sus [illegible]
tias sanguinarias... eran cachorros [illegible]
Pentágono.

A los hombres nos hacían recoger [illegible]
los baños y a las mujeres pasar [illegible]
calabozos y patios de la prisión.

En la tarde regresaron a Bracho [illegible]
pas y zapatos llenos de barro y los [illegible]
verdugones.

Bracho, muy compungido me [illegible]

—Oímos cuando gritó el viejo Rosel. [illegible]

Muchos presos andábamos de [illegible]
algunos lo hacían a duras penas. Aquel [illegible]
torturados, tenía todas las características [illegible]
cuyos enfermos éramos nosotros, los [illegible]
Digepol y el SIFA, condenados como [illegible]
lores bajo un trato despótico y teniendo [illegible]
un suelo frío y duro como la conciencia [illegible]
boca se oía un agudo lamento, un [illegible]
entrañas de cada uno de los cuerpos [illegible]
más hondo de nuestras aherrojadas vidas.

A medianoche nos despertaban [illegible]
presos más golpeados y heridos. [illegible]
nuestros dolores. Otros no podían [illegible]
mordeduras de las torturas.

Un clima alarmante pesaba sobre [illegible]
dugos. Tenían soterrados temores [illegible]
vinieran defunciones colectivas. [illegible]
extraños visitantes. Vestían uniformes [illegible]
taban sus respectivas pistolas de reglamento.

En sus suaves ademanes no se [illegible]
sividad. En sus rostros más bien se [illegible]
preocupación. Eran los médicos del [illegible]
hacían su presentación en el recinto [illegible]

embargaba por la suerte que pudiese correr nuestros compañeros de prisión en el campamento de "El Guarataro".

A la mañana siguiente volvíamos a escuchar los gritos de los "boinas verdes" dándonos órdenes, amenazándonos con sus fusiles. Mostrándonos los filos de sus peinillas. Parecían fieras rabiosas, bestias sanguinarias... eran cachorros sanguinarios, los cachorros del Pentágono.

A los hombres nos hacían recoger la basura con las manos, limpiar los baños y a las mujeres pasar lampazo por los pasillos, corredores, calabozos y patios de la prisión.

En la tarde regresaron a Bracho y a Amado. Llegaron con las ropas y zapatos llenos de barro y los cuerpos amoratados y tatuados de verdugones.

Bracho, muy compungido me confesó:

—Oímos cuando gritó el viejo Rosel. ¡Pobrecito, vale, lo fusilaron!

Muchos presos andábamos de arrastras. Otros no podían pararse y algunos lo hacían a duras penas. Aquel recinto carcelario, depósito de torturados, tenía todas las características de un hospital indigente, cuyos enfermos éramos nosotros, los secuestrados y prisioneros de la Digepol y el SIFA, condenados como estábamos a aliviar nuestros dolores bajo un trato despótico y teniendo como único lecho de enfermo, un suelo frío y duro como la conciencia de nuestros verdugos. En cada boca se oía un agudo lamento, un quejido lastimero brotaba de las entrañas de cada uno de los cuerpos ensangrentados y desgarrados en lo más hondo de nuestras aherrojadas vidas.

A medianoche nos despertaban los gritos aterrorizados de los presos más golpeados y heridos. Algunos soportábamos en silencio nuestros dolores. Otros no podían callar sus angustias, las profundas mordeduras de las torturas.

Un clima alarmante pesaba sobre las conciencias de nuestros verdugos. Tenían soterrados temores que, de un momento a otro, sobrevinieran defunciones colectivas. De improviso se presentaron dos extraños visitantes. Vestían uniformes de oficiales del Ejército y portaban sus respectivas pistolas de reglamento.

En sus suaves ademanes no se vislumbraba ningún gesto de agresividad. En sus rostros más bien se dibujaban rasgos de gravedad y preocupación. Eran los médicos del Ejército que por primera vez hacían su presentación en el recinto carcelario. Pude observar con

mayor detenimiento al que presentaba mayor corpachón, de tez morena y vientre prominente. Más tarde me enteré que era el Dr. Reyes. Fue el primero que se adelantó a indagar, con visible preocupación, por nuestro estado de salud.

—¿Cómo se sienten? —nos preguntó con el rostro descompuesto.

—Mal doctor —respondió Bracho.

—Venimos a examinarlos.

Y los médicos miraban con extrema curiosidad los cuerpos golpeados. Las carnes amoratadas, las llagas en las espaldas y las piernas, los pechos hinchados, las narices ensangrentadas, los brazos cubiertos de heridas y rosetones, los tallados rojos en cuellos y gargantas, las heridas lacerantes, tupidas de sangre coagulada. Cada mirada reflejaba una sorpresa. Los médicos examinaban con suma delicadeza. Tuvieron que hacer doble papel: el de médicos y el de enfermeros. Curaron heridas, colocaron vendajes y extendieron indicaciones a los pacientes que permanecíamos postrados en el suelo.

Zavarce observaba de cerca, siempre con gesto de desprecio y despreocupación hacia los presos. Se mantenía inquieto. Siempre con el prurito por dentro de ser la figura más descollante por su felonía. Quiso ensayar una de sus ocurrencias habituales con el deliberado propósito de burlarse de los presos y ridiculizar a los médicos. Se acercó donde se encontraba Beto y se dirigió con sarcasmo al médico que atendía al preso:

—Vienes por aquí un día de estos… cuando estés desocupado, para que me le saques lo que sabe a este carajo.

El médico se transfiguró y muy disgustado le respondió:

—Yo no saco nada a nadie con golpes sino con inteligencia —y se ponía el dedo índice de su mano derecha en la cabeza, tamborileándose varias veces consecutivas.

Luego, subiendo el tono de voz le dijo:

—Y sepa usted una cosa, yo no estoy dispuesto ni voy a seguir atendiendo gente golpeada aquí —y se volteó violentamente, le dio la espalda y se marchó con pasos firmes y enérgicos.

Y, en efecto, aquel médico no volvió más nunca a ese lugar.

En el atardecer, Zavarce vino con sus compinches y montó una partida de dominó con dos oficiales más y el digepol Melecio Medina. Estaban muy cerca de nosotros. Y en los contornos montaban cerrada vigilancia numerosos "Cazadores".

Los verdugos jugaban y reían, [illegible]
bito, entraron a grandes trancos, presas de [illegible]
sargento acompañado de un piquete de "[illegible]
venia, restallaron las puntas de los talones de [illegible]
Sargento:

—Mi Teniente, los guerrilleros mataron a [illegible]
boscada.

Zavarce fingió no darle importancia al parte militar [illegible]
forma despectiva:

—Esa gente no son guerrilleros.

Y volviéndose hacia nosotros, gritó:

—Se me retiran contra la pared y nadie me habla [illegible]
palabra ni se mueve de su sitio. Al que no cumpla esta or[illegible]
giéndose a los "Cazadores"— me le dan plan por el culo.

Y se marchó con sus acompañantes.

Al poco rato redoblaron la vigilancia. La tropa se tornó [illegible]
siva contra nosotros. En la cola, que hacíamos para recibir [illegible]
de la cena, nos acosaban sin cesar. Un "Cazador" blandía [illegible]
cable y nos los descargaba a cada paso por el lomo. Luego no[illegible]

—¡Vámonos, más rápido ahí!

Y cuando comíamos en silencio, otro nos soltaba sus ofe[illegible]

—A comer rápido todo el mundo, que esa vaina no tiene [illegible]

Después de la cena, nos acomodábamos con mucho cui[illegible]
suelo. Para cambiarnos de un lado a otro, de una posición a o[illegible]
mos aprovechar cualquier descuido de nuestros guardianes. V[illegible]
de artimañas pude entablar conversación en voz baja con el ca[illegible]
60 años. Francisco Campos. Aquel pobre campesino estaba [illegible]
un gran lamento. Pensaba en su mujer, en sus hijos, en sus an[illegible]
y esos vestidos de verde entrando en mi casita, como una m[illegible]
como las siete plagas de Egipto… como si todo aquello fue[illegible]
Amenazado con la punta de sus fusiles. Apuntando a los ni[illegible]
tando a los animales… Y disparando sus tiros como si aquell[illegible]
juego de niños… Y luego haciendo blanco en los animales [illegible]
blanco en el techo de palmera… Y luego virando contra él la [illegible]
fusiles… Y los insultos, y los golpes y las amenazas… "[illegible]
vas a salvar, viejo zángano. Hasta hoy llega tu historia. [illegible]
seguir apoyando vagabunderías, porque te vamos a [illegible]
directo al infierno, a ti y a tu mujer".

... presentaba mayor corpachón, de tez
... Más tarde me enteré que era el Dr.
... se adelantó a indagar, con visible preocupa-
... de salud.
... —nos preguntó con el rostro descompuesto.
... —respondió Bracho.
...
... miraban con extrema curiosidad los cuerpos golpea-
... das, las llagas en las espaldas y las piernas, los
... las narices ensangrentadas, los brazos cubiertos de
... los tallados rojos en cuellos y gargantas, las heridas
... de sangre coagulada. Cada mirada reflejaba una sor-
... examinaban con suma delicadeza. Tuvieron que
... el de médicos y el de enfermeros. Curaron heridas,
... y extendieron indicaciones a los pacientes que per-
... en el suelo.
... observaba de cerca, siempre con gesto de desprecio y des-
... hacia los presos. Se mantenía inquieto. Siempre con el
... de ser la figura más descollante por su felonía.
... de sus ocurrencias habituales con el deliberado pro-
... de los presos y ridiculizar a los médicos. Se acercó
... Beto y se dirigió con sarcasmo al médico que
...
... aquí un día de estos… cuando estés desocupado, pa-
... lo que sabe a este carajo.
... transfiguró y muy disgustado le respondió:
... nada a nadie con golpes sino con inteligencia —y se
... índice de su mano derecha en la cabeza, tamborileándose
... consecutivas.
... el tono de voz le dijo:
... usted una cosa, yo no estoy dispuesto ni voy a seguir aten-
... golpeada aquí —y se volteó violentamente, le dio la
... marchó con pasos firmes y enérgicos.
... efecto, aquel médico no volvió más nunca a ese lugar.
... atardecer, Zavarce vino con sus compinches y montó una
... dominó con dos oficiales más y el digepol Melecio Medina.
... muy cerca de nosotros. Y en los contornos montaban cerrada
... numerosos "Cazadores".

Los verdugos jugaban y reían, jugaban y echaban chistes. De súbito, entraron a grandes trancos, presas de pasmoso nerviosismo, un sargento acompañado de un piquete de "boinas verdes". Hicieron la venia, restallaron las puntas de los talones de los zapatos y habló el Sargento:

—Mi Teniente, los guerrilleros mataron a un oficial en una emboscada.

Zavarce fingió no darle importancia al parte militar y respondió en forma despectiva:

—Esa gente no son guerrilleros.

Y volviéndose hacia nosotros, gritó:

—Se me retiran contra la pared y nadie me habla aquí ni una palabra ni se mueve de su sitio. Al que no cumpla esta orden —dirigiéndose a los "Cazadores"— me le dan plan por el culo.

Y se marchó con sus acompañantes.

Al poco rato redoblaron la vigilancia. La tropa se tornó más agresiva contra nosotros. En la cola, que hacíamos para recibir el "rancho" de la cena, nos acosaban sin cesar. Un "Cazador" blandía un grueso cable y nos los descargaba a cada paso por el lomo. Luego nos gritaba:

—¡Vámonos, más rápido ahí!

Y cuando comíamos en silencio, otro nos soltaba sus ofensas:

—A comer rápido todo el mundo, que esa vaina no tiene espina.

Después de la cena, nos acomodábamos con mucho cuidado en el suelo. Para cambiarnos de un lado a otro, de una posición a otra, debíamos aprovechar cualquier descuido de nuestros guardianes. Valiéndome de artimañas pude entablar conversación en voz baja con el campesino de 60 años. Francisco Campos. Aquel pobre campesino estaba sumido en un gran lamento. Pensaba en su mujer, en sus hijos, en sus animalitos… y esos vestidos de verde entrando en mi casita, como una maldición… como las siete plagas de Egipto… como si todo aquello fuera de ellos. Amenazado con la punta de sus fusiles. Apuntando a los niños, apuntando a los animales… Y disparando sus tiros como si aquello fuera un juego de niños… Y luego haciendo blanco en los animales, haciendo blanco en el techo de palmera… Y luego virando contra él la boca de sus fusiles… Y los insultos, y los golpes y las amenazas… "Esta vez sí no te vas a salvar, viejo zángano. Hasta hoy llega tu historia. Ya no vas a poder seguir apoyando vagabunderías, porque te vamos a despachar viaje directo al infierno, a ti y a tu mujer".

Y Campos se repetía:

—Ya no hallo qué hacer, francamente. Con esta ya van dos veces que me hacen preso en Palo Quemado. Ahora dicen y que en mi casa durmió Douglas Bravo… ¿Y usted sabe por qué dicen eso? Gua, porque compré una cama nueva. Según ellos… yo no podía comprar cama nueva, porque soy un pobre campesino… un soldado me dio duro en el pecho, me gritó: "No seas mentiroso, esos fueron los guerrilleros que te dieron plata para comprar esa cama donde iba a dormir Douglas Bravo"… Y preguntas y más preguntas y golpes y más golpes… "¿De dónde sacaste esa plata? ¿Quién te dio dinero para comprar esa cama? ¿Cuánto te costó esa cama? ¿Allí durmió Douglas Bravo, sí o no?... ¡anda!, ¡habla!"… Perdí varias veces el conocimiento, hasta que por fin me trajeron hasta aquí… Y ahora no pienso en más nada que en mis hijos y en mi mujer.

Y el campesino suspiraba hondo, se volvía taciturno y se sumergía en la tristeza y el silencio.

Nos recogimos apesadumbrados, pensando en lo que podría ocurrirnos después de aquel parte militar. Las medidas punitivas, las represalias más desenfrenadas se iniciaban apenas. Y las sombras verdes nos hacía más pesada, oscura y tenebrosa la noche. A cada instante se nos crispaban los nervios al escuchar los pasos secos y acompasados de los soldados y oficiales que pasaban una y otra vez mirando a los rincones, escudriñando las paredes y examinándonos con insistencia, con marcada duda con brutal desconfianza. Pasaba Zavarce y miraba y nos remiraba. Y Melecio Medina y el comandante "Tony" cruzaban con sus armas en las manos.

A ratos dormíamos y nos despertábamos con el ruido de las botas, botas que parecían ensayar pasos de marcha. Fue una noche de rumores y pesadillas. Yo intentaba conciliar el sueño y de pronto me despertaban mis propios gritos, mis propias palabras que pronunciaba involuntariamente en medio de un sueño tormentoso. No me había percatado que yo hablaba dormido. Esa noche no sólo hablé dormido sino que fui presa de gritos incontrolables. Gritos que hicieron despertar a los pocos presos que dormían a esa hora y que provocaron alarma entre nuestros carceleros. El teniente García Gimón dirigió sus botas hacia Noel y en forma violenta le colocó la punta de un fal en la boca del estómago.

—¡Ah! ¿Cómo que están planeando una fuga? Mucho cuidado porque te voy a vaciar en el estómago toda la carga completa.

En realidad, lo que ocurría esa [illegible] días siguientes era algo insólito e [illegible] cada que los guerrilleros tendieron al [illegible] pánico y la alarma entre la tropa y la [illegible] a pesar de encontrarnos desarmados [illegible] infundía miedo. Y no sólo tenían miedo [illegible] taban de la noche y de sus propias [illegible] cobraban mayor fuerza y énfasis al [illegible] ataque sorpresivo, en cualquier momento, [illegible]

Las redadas y allanamientos se [illegible] zonas rurales y urbanas de Falcón. Desde [illegible] árida península de Paraguaná, arrastraron [illegible] y 15 años. Sobre los cuerpos debiluchos de [illegible] inclementes de los verdugos: las patadas y [illegible] grueso cable. Y Zavarce rematándolos con [illegible]

—Me desnudan a esos carajos y me los [illegible] la pared. ¡Allí se van a morir de hambre, [illegible]

Y los dos niños fueron arrastrados [illegible] suplicio.

Con suma facilidad pudimos contar [illegible] tridos y flacuchos niños indefensos.

Hacia nosotros vino un negro con [illegible]

—Por orden del teniente Zavarce [illegible] cace hablando lo voy a callar con una [illegible] ¡Todos son mudos!

Trajeron a un joven muy golpeado. [illegible] nosotros. Se trataba de Alastre, joven [illegible] otro menor conocido como "El Títere". [illegible] tro normalista desempleado y posterior[illegible] años; el catire "Kennedy", de cara pecosa [illegible] bién estudiante, de 17 años. Y mucho [illegible] que fuera hecho preso en el hotel Italia [illegible]

Toda esta hornada de jóvenes [illegible] dedo acusador del Félix Yanes, quien [illegible] rabioso de los jóvenes estudiantes de [illegible] fueron arrojados al centro de torturas de [illegible] infamante de la soldadesca.

[illegible]
[illegible] francamente. Con esta ya van dos veces
[illegible] Ahora dicen y que en mi casa
[illegible] ¿Y usted sabe por qué dicen eso? Gua,
[illegible] Según ellos... yo no podía comprar
[illegible] campesino... un soldado me dio
[illegible] mentiroso, esos fueron los guerri-
[illegible] comprar esa cama donde iba a dormir
[illegible] preguntas y más preguntas y golpes y más
[illegible] ¿Quién te dio dinero para com-
[illegible] cama? ¿Allí durmió Douglas
[illegible] Perdí varias veces el conocimiento,
[illegible] Y ahora no pienso en más
[illegible]
[illegible] se volvía taciturno y se sumergía
[illegible]
[illegible] pensando en lo que podría ocu-
[illegible] Las medidas punitivas, las repre-
[illegible] Y las sombras verdes nos
[illegible] la noche. A cada instante se nos
[illegible] y acompasados de los
[illegible] mirando a los rincones,
[illegible] con insistencia, con mar-
[illegible] Pasaba Zavarce y miraba y nos
[illegible] "Tony" cruzaban con
[illegible]
[illegible] con el ruido de las botas,
[illegible] Fue una noche de rumores
[illegible] y de pronto me despertaban
[illegible] que pronunciaba involuntaria-
[illegible] No me había percatado que
[illegible] hablé dormido sino que fui
[illegible] despertar a los pocos
[illegible] alarma entre nuestros
[illegible] sus botas hacia Noel y en
[illegible] en la boca del estómago.
[illegible] una fuga? Mucho cuidado
[illegible] toda la carga completa.

En realidad, lo que ocurría esa noche y durante todas las noches y días siguientes era algo insólito e inaudito. Después de la última embos-cada que los guerrilleros tendieron al Ejército, cundió el desconcierto, el pánico y la alarma entre la tropa y la oficialidad. Y nuestra presencia allí, a pesar de encontrarnos desarmados y maltrechos físicamente, les infundía miedo. Y no sólo tenían miedo de nosotros sino hasta se asus-taban de la noche y de sus propias sombras. Y sus temores y miedos cobraban mayor fuerza y énfasis al correrse el rumor insistente de un ataque sorpresivo, en cualquier momento, de las guerrillas.

Las redadas y allanamientos se desencadenaban con más furia en las zonas rurales y urbanas de Falcón. Desde Punto Fijo, en la salitrosa y árida península de Paraguaná, arrastraron a dos menores de edad, de 14 y 15 años. Sobre los cuerpos debiluchos de esos niños cayeron las furias inclementes de los verdugos: las patadas y culatazos y los flagelos con un grueso cable. Y Zavarce rematándolos con sus órdenes implacables:

—Me desnudan a esos carajos y me los colocan de pie con la cara a la pared. ¡Allí se van a morir de hambre, de sed y de frío!

Y los dos niños fueron arrastrados con violencia hasta el sitio del suplicio.

Con suma facilidad pudimos contar las costillas de aquellos desnu-tridos y flacuchos niños indefensos.

Hacia nosotros vino un negro con voz de trueno y nos advirtió:

—Por orden del teniente Zavarce se les prohíbe hablar. Al que yo cace hablando lo voy a callar con una planazón. ¡Aquí nadie me habla! ¡Todos son mudos!

Trajeron a un joven muy golpeado. Lo mantenían apartado de nosotros. Se trataba de Alastre, joven capturado en Coro. Después a otro menor conocido como "El Títere". Más atrás venía Lolo, un maes-tro normalista desempleado y posteriormente Ferrer, estudiante de 18 años; el catire "Kennedy", de cara pecosa y peinado de medio lado, tam-bién estudiante, de 17 años. Y mucho después vimos al italiano Vicente que fuera hecho preso en el hotel Italia de Coro.

Toda esta hornada de jóvenes inocentes había sido señalada por el dedo acusador del Félix Yanes, quien se había declarado enemigo rabioso de los jóvenes estudiantes de Coro. Todos esos jóvenes que fueron arrojados al centro de torturas de Cabure no escaparon del trato infamante de la soldadesca.

Un día por la mañana nos llamaron a un grupo para ser reseñados por el SIFA.

El comandante "Tony" inspeccionaba la operación. Desde lejos observaba nuestros movimientos. De pronto, como movido por una extraña curiosidad, se le acercó a Williams y le preguntó en forma imperativa:

—¿Y tú, por qué te dejaste agarrar?

Sin inmutarse Williams le respondió:

—Por culpa de un digepol infiltrado llamado Algarray que me delató.

"Tony", visiblemente molesto y con el rostro descompuesto, le gritó a Algarray que se encontraba muy cerca del conjunto de presos:

—¡Mira, ven acá! ¿Conque también te haces pasar por digepol? ¡Degenerado! ¡Es el colmo! ¡No pierdo la esperanza de verte retratado por la prensa con un balazo atravesado!

Algarray se desató en llantos y quejidos de terror. "Tony" aumentó su cólera y ordenó a un "boina verde" que le retiraran a ese llorón de su presencia.

Un domingo de grandes contrastes. Un domingo que nos trajo una sorpresa agradable bien por la mañana. Por primera vez, en nuestro largo cautiverio, nos anunciaban la visita de nuestros familiares. Experimentamos doble alegría: la dicha por una hora siquiera de poder compartir momentos de intimidad con nuestros seres queridos y el hecho evidente de haber logrado franquear la etapa de inminente peligro, el peligro de la condena a muerte. Nos llamaron a Williams, a Noel y a mí. Nos miramos las caras con infinita alegría. La emoción era muy grande y no salíamos de nuestra sorpresa. Pero al poco tiempo sentimos un escalofrío cuando escuchamos también llamar a Algarray. Pensamos que tramaban jugarnos una mala pasada. No obstante nuestra advertencia, nos hicimos los desentendidos y nos dirigimos a la improvisada sala de visitantes donde entramos en contacto con nuestros familiares. Dos soldados montaban guardia. Más allá, en un rincón, Algarray conversaba con su mamá y tres hermanas. La presencia de nuestras madres tonificaba nuestros nervios y templaba nuestra conciencia. Por un momento borrábamos de nuestras mentes la imagen lúgubre del campamento antiguerrillero. En el preciso instante en que nuestra visita llegaba al punto mayor de animación, se presentó la sombra agorera del teniente Zavarce. De a uno en uno nos llamó por nuestros nombres y nos colocó en fila contra la pared: a Noel, al maracucho Marruffo, a Chávez y a mí. [illegible]

de protesta sorda se dibujó en los [illegible]

mayor asombro de todos, Zavarce llamó a la [illegible]

—Venga acá, señora —y la pobre [illegible]

Luego, la tomó por un brazo y se [illegible]

—Señora, si su hijo aparece mañana [illegible] sus familiares, es bueno que sepa que el [illegible] es uno de ellos. ¡Véales bien la cara! —[illegible] desgarraron en grueso llanto.

La infeliz mujer nos miraba con terror [illegible] imploró piadosamente:

—¿Por qué van a matar a mi pobre [illegible] gan compasión de mí.

Aquella dolorosa escena nos conmovió [illegible] Jamás pudimos imaginarnos que el grado de [illegible] oficial del Ejército, transformado en verdugo [illegible] llegar a tal extremo de monstruosidad y bajeza [illegible] rabiosa vergüenza y de indignación incontenible. [illegible] mujer llorosa:

—¡Eso es falso, señora!

Y sin importarle para nada la presencia [illegible] tantes, el insolente verdugo se lanzó furioso sobre [illegible] la espalda a tiempo que lo increpaba:

—¿Lo vas a negar, cínico?

Y de inmediato suspendió la visita y nos [illegible] prisión.

Con la muerte de un teniente por los [illegible] fuerza y recrudecimiento el ensañamiento [illegible] Amarrados y bajo el incesante golpetear de [illegible] eran conducidos en grupos de diez y doce. [illegible] eran víctimas de las mesnadas terroristas.

Zavarce se volvía el más bestial desalmado [illegible] anciana mujer de más de 60 años:

—¡Y tú, vieja bruja! ¡Tú le lavabas la ropa a [illegible] di, ¿cuánto pantalones, cuántas camisas les [illegible]

La pobre anciana, aplastada por el miedo y [illegible] paralizada y no podía responder al interrogatorio [illegible] sólo se limitaba a bajar la cabeza roja de vergüenza.

[illegible] para ser reseñados

[illegible] la operación. Desde lejos [illegible] como movido por una [illegible] y le preguntó en forma

[illegible]

[illegible] Algarray que me delató. [illegible] descompuesto, le [illegible] conjunto de presos: [illegible] pasar por digepol? [illegible] de verte retratado [illegible]

[illegible] "Tony" aumentó [illegible] a ese llorón de su

[illegible] que nos trajo una [illegible] primera vez, en nuestro [illegible] nuestros familiares. Ex- [illegible] hora siquiera de poder [illegible] nuestros seres queridos y el [illegible] la etapa de inminente [illegible] llamaron a Williams, a [illegible] alegría. La emoción era [illegible] Pero al poco tiempo [illegible] también llamar a Algarray. [illegible] pasada. No obstante [illegible] y nos dirigimos a la [illegible] en contacto con nues- [illegible] guardia. Más allá, en un [illegible] tres hermanas. La pre- [illegible] nervios y templaba [illegible] de nuestras mentes [illegible] guerrillero. En el preciso ins- [illegible] mayor de animación, se pre- [illegible] De a uno en uno nos [illegible] contra la pared: a Noel,

al maracucho Marruffo, a Chávez y a mí. Un rasgo de consternación y de protesta sorda se dibujó en los semblantes de los visitantes. Para mayor asombro de todos, Zavarce llamó a la madre de Algarray:

—Venga acá, señora —y la pobre mujer tembló de miedo.

Luego, la tomó por un brazo y se dirigió a ella con voz grave:

—Señora, si su hijo aparece mañana muerto o uno cualquiera de sus familiares, es bueno que sepa que el autor o culpable de ese crimen es uno de ellos. ¡Véales bien la cara! —y la pobre mujer y sus hijas se desgarraron en grueso llanto.

La infeliz mujer nos miraba con terror y con la voz temblorosa nos imploró piadosamente:

—¿Por qué van a matar a mi pobre muchachito?... Por favor, tengan compasión de mí.

Aquella dolorosa escena nos conmovió profundamente el alma. Jamás pudimos imaginarnos que el grado de crueldad y maldad de un oficial del Ejército, transformado en verdugo inescrupuloso, pudiese llegar a tal extremo de monstruosidad y bajeza moral. Y en un gesto de rabiosa vergüenza y de indignación incontenible, Noel se dirigió a la mujer llorosa:

—¡Eso es falso, señora!

Y sin importarle para nada la presencia angustiosa de nuestros visitantes, el insolente verdugo se lanzó furioso sobre Noel y lo golpeó por la espalda a tiempo que lo increpaba:

—¿Lo vas a negar, cínico?

Y de inmediato suspendió la visita y nos hizo regresar al patio de la prisión.

Con la muerte de un teniente por los guerrilleros, cobró mayor fuerza y recrudecimiento el ensañamiento contra los campesinos. Amarrados y bajo el incesante golpetear de culatazos, patadas y planazos eran conducidos en grupos de diez y doce. Mujeres jóvenes y ancianas eran víctimas de las mesnadas terroristas.

Zavarce se volvía el más bestial desalmado y arremetía contra una anciana mujer de más de 60 años:

—¡Y tú, vieja bruja! ¡Tú le lavabas la ropa a los guerrilleros!, ¡habla!, di, ¿cuánto pantalones, cuántas camisas les lavaste a esos bandoleros?

La pobre anciana, aplastada por el miedo y el terror, permanecía paralizada y no podía responder al interrogatorio de su verdugo y tan sólo se limitaba a bajar la cabeza roja de vergüenza.

Zavarce ordenó a los "boina verdes":

—A estas mujeres me las ponen a dormir en el suelo pelao. Aquí no hay contemplaciones con nadie. Hombres y mujeres correrán las mismas consecuencias.

Nada nuevo agregaba Zavarce al trato inhumano que nos aplicaba a todos los presos por igual. Sólo que, esta vez, le tocó la peor parte a los campesinos.

Durante tres días y tres noches los mantuvieron de pie y con la cara a la pared y las manos atadas con mecates. No se les permitía sentarse ni recostarse a la pared. Los gritos y los golpes estremecían el penal. Las recriminaciones, los interrogatorios incesantes:

—¡Habla, carajo! ¿A cuántos guerrilleros ayudaste tú? ¡Anda, di sus nombres!

—Y tú, hijoeputa, ¿con qué comida engordaste a esos bandidos?... ¿No vas a hablar coñoemadre?

—Y tú que me caes gordito, ¿cuántas armas les pasaste por la montaña?

Un "Cazador" gigante acorralaba contra la pared a un campesino bajo y flaco:

—Y ese revólver que encontramos en tu casa ¿De quién es? ¿A qué guerrillero pertenece?

Asustado y con los ojos desorbitados, el campesino alcanzaba a responder:

—Ese revólver no es de la revolución.

Y a una mujer vieja y demacrada le enrostraban una foto de Conchita la guerrillera. Le gritaban:

—Conque tú tienes una hija en las guerrillas. Bien cara te va a costar esa gracia, vieja vagabunda…

Y le daba fuertes templones por los cabellos. La mujer lloraba y gritaba:

—Esa no es hija mía… esa no es hija mía.

Cuatro "boinas verdes" se veían en apuros para dominar y arrastrar a empujones a un campesino negro, alto y fuerte que, a pesar de tener las manos amarradas con mecate, hacía fuerte resistencia. Los soldados lo insultaban y le decían:

—En "El Guarataro" te vamos a fusilar para que se te acaben las pendejadas.

Y el campesino, convencido de que
miento, se despedía de sus compañeros:

—Adiós pues, me cuidan a mis hijitos.

La situación se volvía insoportable para los
les hinchaban los pies.

Tres hombres bajitos fueron conducidos hasta el
queños campesinos: dos morenos y uno blanco.
calzaban alpargatas. Parecían más bien tres viejos
Un "Cazador" joven colocó al lado de los campesinos
pequeño de batería con un mazo de discos. Zavarce
dolos con picardía y burla. Luego comentaba:

—Conque estos son los que les preparaban
lleros… Los señores bailarines… Vamos a ver,
recuerdan bien ¿cuántos guerrilleros estuvieron

El de color blanco se adelantó a contestar:

—Serían unos cuatro en total.

El moreno y más viejo lo contradecía:

—No chico, qué va a ser... eran como doscientos.
arriba había varios, en los palos y en el techo?

Después agregaba resignado:

—¿Qué íbamos a hacer?... Nosotros teníamos
ellos nos ordenaban porque si no… nos mataban.

El campesino blanco aclaraba, como para disipar
—Pero la verdad es que eran cuatro los que bailaban.

Zavarce volvió a interrogarlos:

—¿Con quiénes bailaban los guerrilleros?

El más viejo habló esta vez:

—Gua… con las mujeres del pueblo.

Entonces Zavarce ensayaba pasos y muecas
brazos de los tres campesinos y los aproximaba
—Vamos a ver ¿cómo bailaban los guerrilleros?
a funcionar el pequeño aparato con un disco de música

Los campesinos, con el miedo en la cara y en las
torpemente.

Zavarce daba rienda suelta a sus risas
aquella escena grotesca y pueril. La soldadesca, por
mandíbula batiente las gracias de su jefe.

[illegible] "[illegible] verdes":

[illegible] a dormir en el suelo pelao. Aquí [illegible]. Hombres y mujeres correrán las [illegible]

[illegible] al trato inhumano que nos aplicaba [illegible]. [illegible], esta vez, le tocó la peor parte a los [illegible]

[illegible] los mantuvieron de pie y con la cara [illegible] mecates. No se les permitía sentarse ni [illegible] y los golpes estremecían el penal. Las [illegible] incesantes:

[illegible] guerrilleros ayudaste tú? ¡Anda, di [illegible]

[illegible] engordaste a esos bandidos?...

[illegible] ¿cuántas armas les pasaste por la [illegible]

[illegible] contra la pared a un campesino [illegible]

[illegible] en tu casa ¿De quién es? ¿A qué [illegible]

[illegible] desorbitados, el campesino alcanzaba a [illegible]

[illegible] revolución.

[illegible] demacrada le enrostraban una foto de [illegible]

[illegible] en las guerrillas. Bien cara te va a [illegible]...

[illegible] por los cabellos. La mujer lloraba y [illegible]

[illegible] esa no es hija mía.

[illegible] se veían en apuros para dominar y arrastrar [illegible] negro, alto y fuerte que, a pesar de tener [illegible], hacía fuerte resistencia. Los soldados [illegible]

[illegible] te vamos a fusilar para que se te acaben las [illegible]

Y el campesino, convencido de que iba hacia el paredón de fusilamiento, se despedía de sus compañeros:

—Adiós pues, me cuidan a mis hijitos.

La situación se volvía insoportable para los campesinos. A todos se les hinchaban los pies.

Tres hombres bajitos fueron conducidos hasta el patio. Tres pequeños campesinos: dos morenos y uno blanco. Vestían ropa caqui y calzaban alpargatas. Parecían más bien tres viejos enanitos asustados. Un "Cazador" joven colocó al lado de los campesinos un tocadiscos pequeño de batería con un mazo de discos. Zavarce se quedaba mirándolos con picardía y burla. Luego comentaba:

—Conque estos son los que les preparaban fiestas a los guerrilleros... Los señores bailarines... Vamos a ver, señores bailarines, si se recuerdan bien ¿cuántos guerrilleros estuvieron con ustedes?

El de color blanco se adelantó a contestar:

—Serían unos cuatro en total.

El moreno y más viejo lo contradecía:

—No chico, qué va a ser... eran como doscientos. ¿No te fijaste que arriba había varios, en los palos y en el techo?

Después agregaba resignado:

—¿Qué íbamos a hacer?... Nosotros teníamos que aceptar lo que ellos nos ordenaban porque si no... nos mataban.

El campesino blanco aclaraba, como para disipar toda duda:

—Pero la verdad es que eran cuatro los que bailaban.

Zavarce volvió a interrogarlos:

—¿Con quiénes bailaban los guerrilleros?

El más viejo habló esta vez:

—Gua... con las mujeres del pueblo.

Entonces Zavarce ensayaba pasos y muecas de baile, agarraba los brazos de los tres campesinos y los aproximaba entre sí y les decía:

—Vamos a ver ¿cómo bailaban los guerrilleros? —y un soldado ponía a funcionar el pequeño aparato con un disco de música colombiana.

Los campesinos, con el miedo en la cara y en las manos, bailaban torpemente.

Zavarce daba rienda suelta a sus risas sardónicas contemplando aquella escena grotesca y pueril. La soldadesca, por su parte, celebraba a mandíbula batiente las gracias de su jefe.

Los castigos y befas más variadas iban dirigidos contra los campesinos. Los ponían a barrer. A lavar los baños, a pasar lampazo. Los soldados de guardia solían llamarlos con dejos de burla: "¡Epa! ¡Esos bailarines! ¡Vamos a barrer y limpiar ese piso!".

A esos hombres no les hacía mella el trabajo. Estaban hechos de una madera compacta y sólida como para capear el temporal y sobrellevar con entereza todas las afrentas, penurias y sinsabores. La vida dura y difícil del campo les permitía adaptarse con facilidad a las ásperas contingencias.

Por suerte, muchos hicieron buena miga conmigo y los otros presos. Compartían con nosotros los ratos amargos y los momentos de alegría, preñados de grandes esperanzas. Nos confesaban, incluso, sus intimidades y la comida que a duras penas les hacían llegar sus familiares la compartían también con nosotros.

Supieron soportar, con valentía y serenidad, todos los maltratos físicos de que fueron víctimas de la gavilla de verdugos amaestrados en los campamentos antiguerrilleros de Cabure.

Nunca faltaban los personajes histriónicos, con marcados rasgos de originalidad o de modales estrafalarios. Un campesino cara colorada y corte cepillo caminaba a grandes trancos por el patio. Enfundado en unas botas altas negras, con un tic nervioso, buscaba con su mirada insistente a cada uno de nosotros. A simple vista parecía un desquiciado mental. De pronto se detenía y se quedaba mirándome fijamente:

—Yo te conozco a ti. Yo te he visto en "El Ramonal".

Aquel loquito era uno de los baquianos del Ejército, uno de los tantos que utilizaban para internarse en la montaña en busca de guerrilleros.

Un día por la mañana, cuando despuntaba el sol, recibimos una visita inesperada.

Otra de las sorpresas desagradables que a diario soportábamos en Cabure.

Los miembros del Tribunal Militar de Maracaibo se habían trasladado a Cabure para aplicar una justicia militar muy sui géneris. El Consejo de Guerra les había comisionado para que llevasen a cabo juicios sumarios en el propio teatro de operaciones militares. El fiscal y el juez entraron, el uno seguido del otro. El capitán Guillermo Parra y el Dr. Napoleón Delgado. El primero, de aspecto más viejo y delgado, rostro aguardientoso. El segundo, hombre rechoncho, de tez

blanquísima, de prominente panza y bigotes
Detrás el relator y un escribiente o secretario; el uno,
otro un hombretón catire y de bigote amarillo. T
cables uniformes militares de reglamento. A cada
ademanes finos y gestos delicados. El teniente Zavarce
flamante maestro de ceremonia. Al hacer su entrada
Tribunal Militar, Zavarce nos hizo formar un cordón
quince presos, recostados a la pared. El Tribunal tomó as
despacho del Comando Militar de Cabure. Muy sospech
condujeron allí al confidente Algarray. Zavarce tenía alto
poner sobreaviso y mantener ampliamente informado de la
que iban a ventilar a los magistrados de la justicia militar.
debía ser utilizado como valiosa fuente de información, co
acusatoria y como testigo irrefutable de los hechos a ven
Tribunal dio comienzo a la audiencia. A su lado permaneci
Algarray. El juez Napoleón Delgado fue el primero en habl

—Por favor, Pedro Chirinos que dé dos pasos al frente.

Y de la fila pegada a la pared, un preso daba dos pasos a
quedaba situado entre la hilera de presos y las autoridades mili
inmediato comenzaba funcionar el dedo acusador, el dedo te
y la voz llorosa de Algarray. Tejía historia y acusaciones: este h
hizo aquello; hizo tal cosa y la otra. El Juez y el Fiscal escuc
silencio y anotaban. Zavarce fungía de apuntador y conmina
fidente para que no se retractase e inhibiese de sus declar
denuncias. De nuevo se oyó la voz del Juez.

—Usted puede retirarse —luego agregaba—: que dé do
frente Marruffo.

El maracucho dio los pasos respectivos. Y Algarray volvi
el dedo derecho y moquear por la nariz y la boca. Ahora es el
que toma notas. Se repetía la orden del Juez. Ahora
nombre. Di los pasos de rigor y comparecí ante mis
ramente cuando Algarray dijo:

—Este es cómplice del asalto a la Escuela de
asalto hecho a mi tía...

Napoleón Delgado lo interpeló.

—¿Y cómo sabe usted eso?

Algarray vaciló un momento y luego

[illegible] contra los cam-
[illegible] a pasar lampazo. Los
[illegible] dejos de burla: "¡Epa! ¡Esos
[illegible] ese piso!".
[illegible] el trabajo. Estaban hechos de
[illegible] para capear el temporal y sobre-
[illegible] penurias y sinsabores. La vida
[illegible] adaptarse con facilidad a las ás-
[illegible]

[illegible] buena miga conmigo y los otros pre-
[illegible] los ratos amargos y los momentos de
[illegible] esperanzas. Nos confesaban, incluso, sus
[illegible] a duras penas les hacían llegar sus fami-
[illegible] con nosotros.
[illegible] valentía y serenidad, todos los maltratos
[illegible] de la gavilla de verdugos amaestrados en
[illegible] guerrilleros de Cabure.
[illegible] los personajes histriónicos, con marcados rasgos
[illegible] de modales estrafalarios. Un campesino cara colorada
[illegible] caminaba a grandes trancos por el patio. Enfundado en
[illegible] con un tic nervioso, buscaba con su mirada
[illegible] de nosotros. A simple vista parecía un desqui-
[illegible] se detenía y se quedaba mirándome fijamente:
[illegible] Yo te he visto en "El Ramonal".
[illegible] de los baquianos del Ejército, uno de los
[illegible] internarse en la montaña en busca de gue-
[illegible]

[illegible] cuando despuntaba el sol, recibimos una
[illegible]

[illegible] desagradables que a diario soportábamos
[illegible]

[illegible] Tribunal Militar de Maracaibo se habían tras-
[illegible] aplicar una justicia militar muy sui géneris. El
[illegible] les había comisionado para que llevasen a cabo
[illegible] propio teatro de operaciones militares. El fiscal
[illegible] seguido del otro. El capitán Guillermo Parra
[illegible] Delgado. El primero, de aspecto más viejo y del-
[illegible] toso. El segundo, hombre rechoncho, de tez

blanquísima, de prominente panza y bigotes poblados y negrísimos. Detrás el relator y un escribiente o secretario; el uno, viejo canoso y el otro un hombretón catire y de bigote amarillo. Todos vestían impecables uniformes militares de reglamento. A cada paso se les veía lucir ademanes finos y gestos delicados. El teniente Zavarce les sirvió de flamante maestro de ceremonia. Al hacer su entrada solemne el Tribunal Militar, Zavarce nos hizo formar un cordón de presos, quince presos, recostados a la pared. El Tribunal tomó asiento en el despacho del Comando Militar de Cabure. Muy sospechosamente condujeron allí al confidente Algarray. Zavarce tenía alto interés en poner sobreaviso y mantener ampliamente informado de la situación que iban a ventilar a los magistrados de la justicia militar. Algarray debía ser utilizado como valiosa fuente de información, como prueba acusatoria y como testigo irrefutable de los hechos a ventilarse. El Tribunal dio comienzo a la audiencia. A su lado permanecía sentado Algarray. El juez Napoleón Delgado fue el primero en hablar:

—Por favor, Pedro Chirinos que dé dos pasos al frente.

Y de la fila pegada a la pared, un preso daba dos pasos al frente y quedaba situado entre la hilera de presos y las autoridades militares. De inmediato comenzaba funcionar el dedo acusador, el dedo tembloroso y la voz llorosa de Algarray. Tejía historia y acusaciones: este hizo esto e hizo aquello; hizo tal cosa y la otra. El Juez y el Fiscal escuchaban en silencio y anotaban. Zavarce fungía de apuntador y conminaba al confidente para que no se retractase e inhibiese de sus declaraciones y denuncias. De nuevo se oyó la voz del Juez.

—Usted puede retirarse —luego agregaba—: que dé dos pasos al frente Marruffo.

El maracucho dio los pasos respectivos. Y Algarray volvió a mover el dedo derecho y moquear por la nariz y la boca. Ahora es el secretario que toma notas. Se repetía la orden del Juez. Ahora pronunció mi nombre. Di los pasos de rigor y comparecí ante mis causadores. Oí claramente cuando Algarray dijo:

—Este es cómplice del asalto a la Escuela de Comercio… del asalto hecho a mi tía…

Napoleón Delgado lo interpeló.

—¿Y cómo sabe usted eso?

Algarray vaciló un momento y luego afirmó:

—Noel me participó con anticipación cuándo iban a hacer esa acción.

El Juez me ordenó:

—Puede retirarse.

Ahora estaba frente a Napoleón Delgado, otro de los señalados por Algarray. En efecto, tan pronto Noel dio los dos pasos, Algarray movió con insistencia su dedo acusador y habló desbocadamente:

—Este fue el que me comunicó la acción que iban a tirar. Él me había convocado a una reunión y me informó también de su participación en otro asalto.

Hicieron comparecer a Bracho. Algarray tan sólo alcanzó a decir:

—A este pelón yo lo he visto, pero no recuerdo exactamente dónde —y movía la cabeza insistentemente como tratando de pescar una idea que le alumbrase su cabeza huera— …él me dio una vez una cola en su bicicleta hasta mi casa.

Cuando citaron a Williams volvió a mover su dedo acusador con insistencia:

—Este también participó en el asalto, porque Noel me dijo que si no iba yo iba este señor que tengo aquí al frente.

El Tribunal interrumpió su sesión y se encerró en la oficina del Comando. Simulaba entrar en deliberación. En ese interín vino Zavarce como una exhalación y comenzó a proferir amenazas:

—¡Cuidado con lo que van a declarar! A ustedes nadie los ha golpeado. Y si niegan las declaraciones escritas les vamos a hacer otro viajecito más serio al campamento.

El lapso de espera fue tenso y angustioso. Entre nosotros se columbraba la idea de la sentencia absolutoria o de la condena larga y penosa.

En la tarde reapareció el Tribunal Militar. Se instaló a media cuadra del Comando. En una casa holgada, de macizo alero de tejas, repleta de luz y de paredes pintadas de varios colores. Era el recinto del Concejo Municipal del Distrito Petit. ¡Triste papel representaba ese Concejo! Dentro del local había tres escritorios en perfectas condiciones. A la entrada de la vivienda estaban apostados dos digepoles armados de metralletas. Al trasponer el interior del local salían a nuestro paso dos policías militares provistos de metralleta Madsen cada uno. Y más al fondo se veían claramente varias sillas color caoba que brillaban con la luz del sol. En la pared se destacaba un cuadro con el ceño adusto del Libertador. En aquel histórico momento Cabure

estaba ocupado militarmente. [illegible] Militar. En cada esquina montaban [illegible] dores". La gente del pueblo ya no [illegible] a correr un riesgo. Se mantenía a [illegible] bien abandonaban con pesar su tierra [illegible] botas y los uniformes verdes transitaban [illegible] cordón militar rodeaba el pueblo por [illegible]

Un policía militar nos llamaba de [illegible] vaba en sus manos. Cada vez que llamaba a [illegible] el papel.

El policía militar me nombró y me dijo:

—Sigue derecho.

Salí afuera y ya en la calle vi "Cazadores" [illegible] cada vez que daban un paso, nuevas voces me [illegible]

—Sigue derecho.

Y continuaba la hilera de "Cazadores" [illegible] casa de tejas donde funcionaba el Tribunal [illegible] custodiado.

Cuando Noel llegó al Despacho pudo [illegible] estaba en presencia del Tribunal en pleno. [illegible] banquillo de los acusados. A su frente, como [illegible] posesionado de un grueso escritorio el juez [illegible] el único que hizo uso de la palabra en el juicio [illegible] unas declaraciones escritas en un grueso librac[illegible]

—¿Estas declaraciones las dijo usted?

—Sí, las dije.

Entonces Napoleón Delgado dictó al [illegible] máquina:

—"Ratifico en todas y cada una de sus [illegible]

De nuevo interrogó a Noel:

—¿Qué conexiones tiene usted con [illegible] en este estado?

—Ninguna.

—¿Usted firmó un mensaje dirigido a las [illegible] recía el seudónimo Beto?

—Yo no conozco ningún mensaje.

—¿Qué tiene que ver Bracho, Ivanhoe [illegible] las guerrillas?

estaba ocupado militarmente. Declarada Zona de Guerra, Zona Militar. En cada esquina montaban guardia las patrullas de "Cazadores". La gente del pueblo ya no transitaba por las calles. No se atrevía a correr un riesgo. Se mantenía a escondidas en sus humildes moradas o bien abandonaban con pesar su tierra nativa. De allí que solamente las botas y los uniformes verdes transitaban por las calles de Cabure. Un cordón militar rodeaba el pueblo por sus cuatro costados.

Un policía militar nos llamaba de uno en uno, por una lista que llevaba en sus manos. Cada vez que llamaba a un preso hacía una marca en el papel.

El policía militar me nombró y me dijo:

—Sigue derecho.

Salí afuera y ya en la calle vi "Cazadores" por todos los lugares y cada vez que daban un paso, nuevas voces me repetían:

—Sigue derecho.

Y continuaba la hilera de "Cazadores" hasta llegar finalmente a la casa de tejas donde funcionaba el Tribunal fuertemente resguardado y custodiado.

Cuando Noel llegó al Despacho pudo darse perfecta cuenta que estaba en presencia del Tribunal en pleno. Lo hicieron sentarse en el banquillo de los acusados. A su frente, como era lo establecido, estaba posesionado de un grueso escritorio el juez Napoleón Delgado. Él fue el único que hizo uso de la palabra en el juicio sumario. Comenzó a leer unas declaraciones escritas en un grueso libraco. Al final dijo a Noel:

—¿Estas declaraciones las dijo usted?

—Sí, las dije.

Entonces Napoleón Delgado dictó al Secretario que escribía a máquina:

—"Ratifico en todas y cada una de sus partes estas declaraciones".

De nuevo interrogó a Noel:

—¿Qué conexiones tiene usted con focos guerrilleros que operan en este estado?

—Ninguna.

—¿Usted firmó un mensaje dirigido a las guerrillas en el que aparecía el seudónimo Beto?

—Yo no conozco ningún mensaje.

—¿Qué tiene que ver Bracho, Ivanhoe y otros aquí presentes con las guerrillas?

—No tienen nada que ver.

—¿Por medio de quién iban a hacer llegar esa plata a las guerrillas?

—Ignoro todo eso.

Simultáneamente a Marruffo lo interrogaba el capitán Parra en una habitación contigua. En media hora se efectuó el proceso seguido a Noel y a Marruffo.

Al final, Napoleón Delgado le preguntó a Noel:

—¿Cómo ha sido usted tratado por el Tribunal?

—Bien.

Los regresaron. Primero a Noel y después a Marruffo. Me llamaron a mí y a Williams. Un policía militar, alto y moreno, cara barrosa, me condujo hasta el Despecho del Tribunal. Me colocaron delante del Juez. Este leyó el expediente. Zavarce se sentó sobre una mesa, muy cerca de nosotros. El Juez siguió leyendo su mamotreto. Cinco páginas escritas a máquina. Terminó la lectura y luego me preguntó:

—¿Usted reconoce estas declaraciones?

Dije que sí.

Volvió a preguntarme:

—¿Usted conoce a Juan Hernández?

—No lo conozco.

Zavarce escuchaba y meneaba la cabeza de izquierda a derecha. Napoleón Delgado repreguntaba:

—Diga si a usted le han ofrecido llevarlo a las guerrillas. Diga el nombre y cuándo.

—Nunca me han ofrecido eso —contesté en forma enfática.

Otra pregunta del Juez:

—¿Bracho es cómplice de usted en el asalto?

—Yo no conozco a ese señor.

—¿Es cierto que Bracho tenía a su cargo una UTC?

—Repito que yo no conozco a ese señor ni sé nada de eso.

Terminando el interrogatorio me hicieron firmar las declaraciones y me regresaron al Comando.

El proceso siguió su curso rutinario y cansón. Concluida la sesión, el Tribunal se dispuso a fijar posición, dictar sentencia. Llegaron al Comando y expresaron en forma categórica a Zavarce:

—Bueno —dijo Napoleón Delgado—, nosotros creemos que contra Bracho no hay ningún elemento que justifique su detención. En consecuencia, nosotros lo vamos a declarar absuelto.

Melecio Medina y el teniente Zavarce se [illegible] y objetaron al Tribunal. Melecio Medina le [illegible]

—¡No señor! A ese carajo no lo vamos a [illegible] está enredado hasta el tronco y lo vamos a [illegible] Maracaibo.

Se tramó una agria discusión. Pero sólo por un [illegible] nada valieron los argumentos y alegatos del [illegible] SIFA habían revocado loa sentencia del [illegible] Napoleón Delgado llamó aparte a Bracho y le [illegible]

—Nosotros te íbamos a poner en libertad, [illegible] no y se opone rotundamente. De manera que [illegible] de toda responsabilidad. ¡Allá ellos!

Y con el mayor cinismo y la más fría [illegible] culparse ante Bracho. Pretendían demostrarle [illegible] ciencia tranquila. Y para ello estaban allí, [illegible] salud, reconociendo ante un preso al que ellos [illegible] autoridad del Tribunal Militar que [illegible] validez, que sus decisiones valían menos que la [illegible] eso ellos protestaron. Alegaron un poco y nada [illegible] con la mayor naturalidad, como si aquello [illegible] mundo, se acogieron al veredicto que de [illegible] Digepol y el SIFA.

En todas sus actuaciones, el Tribunal [illegible] dose estrictamente a las pautas impartidas por [illegible] y el SIFA.

Serenos, impávidos e impecables, tal como [illegible] tes de marcharse, quisieron demostrar que su [illegible] que la última palabra, la última voluntad [illegible] Consejo de Guerra y no de ellos. Entonces se [illegible] pectos, muy ceremoniosos, muy solemnes.

El capitán Parra dio la explicación final [illegible] vo en salud.

—Ahora regresamos a Maracaibo a [illegible] sejo de Guerra. A ese organismo es a quien [illegible] sobre cada uno de los casos ventilados. [illegible] esperar hasta que nosotros regresemos con las [illegible] definitivas sobre el estudio de cada uno de ustedes.

...llegar esa plata a las guerrillas?

...lo interrogaba el capitán Parra en ...se efectuó el proceso seguido a

...le preguntó a Noel:

...por el Tribunal?

...Noel y después a Marruffo. Me llamaron ...militar, alto y moreno, cara barrosa, me ...Tribunal. Me colocaron delante del Juez. ...se sentó sobre una mesa, muy cerca de ...su mamotreto. Cinco páginas escritas a ...luego me preguntó:

...declaraciones?

...Juan Hernández?

...y meneaba la cabeza de izquierda a derecha.

...preguntaba:

...le han ofrecido llevarlo a las guerrillas. Diga el

...ofrecido eso —contesté en forma enfática.

...del Juez:

...cómplice de usted en el asalto?

...a ese señor.

...que Bracho tenía a su cargo una UTC?

...que yo no conozco a ese señor ni sé nada de eso.

...el interrogatorio me hicieron firmar las declaraciones ...al Comando.

...siguió su curso rutinario y cansón. Concluida la sesión, ...dispuso a fijar posición, dictar sentencia. Llegaron al ...expresaron en forma categórica a Zavarce:

...—dijo Napoleón Delgado—, nosotros creemos que ...no hay ningún elemento que justifique su detención. En ...nosotros lo vamos a declarar absuelto.

Melecio Medina y el teniente Zavarce se disgustaron de inmediato y objetaron al Tribunal. Melecio Medina le replicó al Juez:

—¡No señor! A ese carajo no lo vamos a poner en libertad. Ese está enredado hasta el tronco y lo vamos a mandar preso a la Cárcel de Maracaibo.

Se tramó una agria discusión. Pero sólo por un instante. Ya que de nada valieron los argumentos y alegatos del Tribunal. La Digepol y el SIFA habían revocado loa sentencia del Tribunal Militar. Más tarde Napoleón Delgado llamó aparte a Bracho y le comunicó lacónicamente:

—Nosotros te íbamos a poner en libertad, pero Melecio dice que no y se opone rotundamente. De manera que nosotros estamos exentos de toda responsabilidad. ¡Allá ellos!

Y con el mayor cinismo y la más fría tranquilidad trataban de exculparse ante Bracho. Pretendían demostrarle que ellos tenían su conciencia tranquila. Y para ello estaban allí, disculpándose, curándose en salud, reconociendo ante un preso al que ellos decían juzgar, que la autoridad del Tribunal Militar que representaban no tenían ninguna validez, que sus decisiones valían menos que la opinión un digepol. Por eso ellos protestaron. Alegaron un poco y nada más. Después callaron y con la mayor naturalidad, como si aquello fuera lo más normal del mundo, se acogieron al veredicto que de mutuo acuerdo dictaron la Digepol y el SIFA.

En todas sus actuaciones, el Tribunal cumplió su misión ciñéndose estrictamente a las pautas impartidas por los agentes de la Digepol y el SIFA.

Serenos, impávidos e impecables, tal como llegaron se fueron. Antes de marcharse, quisieron demostrar que su misión era muy delicada y que la última palabra, la última voluntad y decisión dependía del Consejo de Guerra y no de ellos. Entonces se excusaron, muy circunspectos, muy ceremoniosos, muy solemnes.

El capitán Parra dio la explicación final como para curarse de nuevo en salud.

—Ahora regresamos a Maracaibo a entregar un informe al Consejo de Guerra. A ese organismo es a quien compete tomar decisión sobre cada uno de los casos ventilados. Mientras tanto tendrán que esperar hasta que nosotros regresemos con las sentencias y resoluciones definitivas sobre el estudio de cada uno de ustedes.

Poco o nada favorable podíamos esperar de un organismo de ese rango que ni siquiera tenía personalidad ni mucho menos autonomía jurídica. Con el triste papel que acababan de representar, frente al caso Bracho, teníamos la firme convicción de que nada bueno teníamos que esperar de ese Tribunal Militar. En la práctica nos demostraron pública y descaradamente que sus determinaciones estaban supeditadas al mandato de la Digepol y el SIFA y que ellos… ellos en definitiva eran unos simples peleles y títeres sin ningún rango ni autoridad.

Hubo un período de distensión en nuestro centro de reclusión. Bajó un poco la ola represiva y vejatoria. Los días pasaban sin registrarse mayores acontecimientos. Limpiar, barrer, asear pasillos y baños eran nuestras actividades.

Y lentamente nos reponíamos de las heridas y palizas recibidas. Los momentos de tranquilidad eran rotos por los ruidos ensordecedores de estruendosas explosiones que estallaban en la montaña. Después era el ruido de aviones supersónicos en vuelos rasantes de reconocimiento y patrullaje, de los bombardeos panzudos y los helicópteros en su permanente girar monótono y cansón.

Con regularidad recibíamos la visita del comandante de la Policía de Cabure, Dimas Depol. Para matar su tedio y aburrimiento se nos acercaba muy parsimonioso y nos montaba conversaciones improvisadas. En todo momento trataba de darse golpes de pecho, de excusarse de sus atribuciones policiales. Nos decía, meneando la cabeza en forma negativa:

—Yo no estoy de acuerdo con las torturas. Yo me vi en la obligación, corriendo todos los riesgos, pero con el fin de salvar mi responsabilidad, de decirle al gobernador don Pablo Saher que en Cabure estaban torturando a los presos. Se lo dije muy claramente y se lo repetí: "Están torturando señor Gobernador. Todo el pueblo de Cabure lo sabe, señor Gobernador, porque los gritos de los torturados se oyen de noche en todas las casas del pueblo".

Pero el Gobernador no le hizo caso. O mejor aún, le sugirió una idea luminosa al Gobernador… Para evitarle molestias a la gente del pueblo, lo conveniente y aconsejable era trasladar el centro principal de torturas a la montaña, donde los gritos de los prisioneros no atormentaran a los parroquianos de Cabure. En lo sucesivo el cerro "El Guarataro" adquirió jerarquía de primera magnitud. Centro principal de las torturas. Allí se acondicionó un campamento antiguerrillero destinado exclusivamente

para la ejecución de todas las prácticas más
teniendo como expresión más acabada el
Cabure y "El Guarataro" pasaron a ocupar, desde
muy esclarecido en la tenebrosa historia de la represión

El comandante de Policía se mostraba como arrep
incómodo. Daba la impresión que aquel sombrero,
aquel uniforme de caqui aplastaban su vergüenza y
moral por el pantano frío de Cabure. A veces trataba de
tido. Pero casi siempre, como en señal de saludo, nos pregu

—¿Cómo se sienten?

Y de inmediato entraba en confianza. Cierta vez no
nerse y explayó su pensamiento:

—Yo estoy plenamente convencido. Todos los partid
les… La política es sucia. Uno termina por desencantarse de
de los partidos… Yo fui perseguido cuando Pérez Jimén
preso y me torturó la Seguridad Nacional en Coro. Durante
de Betancourt estuve sin trabajo… Lo mejor que puede
dejarse de eso… Todos son iguales… Cuando los partid
poder, los grandes se llenan y se olvidan de los pendejos…
iguales —y se quedaba pensativo como encantado y embeles
propias palabras, como profundamente convencido de "su ve

En una ocasión terció el hermano del teniente Zavarc
pequeño y delgado, blanco como Zavarce, vestido de pantal
camisa a rayas. Le habló a Noel:

—Yo conozco a tu papá y a tus familiares. Ellos son ge
Por lo visto como que tú eres la oveja descarriada… La verd
ustedes no les duele la familia y poco les importa lo que
ustedes.

Y luego como para echarle en cara su situación, le decía:

—A ustedes los torturan porque son amigos de la violenc
pasa por atentar contra el Gobierno, el orden y el derecho. U
enemigos de la sociedad y tienen que atenerse a las cons
¡Aguantar callao!

Noel se abstuvo de responder. Ni siquiera se molestó en
cuanta su presencia ni darle importancia a sus palabras
mentecato. "Un pobre imbécil que repite como un loro los
su hermano".

Poco o nada favorable podíamos esperar de un organismo de ese rango que ni siquiera tenía personalidad ni mucho menos autonomía jurídica. Con el triste papel que acababan de representar, frente al caso Bracho, teníamos la firme convicción de que nada bueno teníamos que esperar de ese Tribunal Militar. En la práctica nos demostraron pública y descaradamente que sus determinaciones estaban supeditadas al mandato de la Digepol y el SIFA y que ellos… ellos en definitiva eran unos simples peleles y títeres sin ningún rango ni autoridad.

Hubo un período de distensión en nuestro centro de reclusión. Bajó un poco la ola represiva y vejatoria. Los días pasaban sin registrarse mayores acontecimientos. Limpiar, barrer, asear pasillos y baños eran nuestras actividades.

Y lentamente nos reponíamos de las heridas y palizas recibidas. Los momentos de tranquilidad eran rotos por los ruidos ensordecedores de estruendosas explosiones que estallaban en la montaña. Después era el ruido de aviones supersónicos en vuelos rasantes de reconocimiento y patrullaje, de los bombardeos panzudos y los helicópteros en su permanente girar monótono y cansón.

Con regularidad recibíamos la visita del comandante de la Policía de Cabure, Dimas Depol. Para matar su tedio y aburrimiento se nos acercaba muy parsimonioso y nos montaba conversaciones improvisadas. En todo momento trataba de darse golpes de pecho, de excusarse de sus atribuciones policiales. Nos decía, meneando la cabeza en forma negativa:

—Yo no estoy de acuerdo con las torturas. Yo me vi en la obligación, corriendo todos los riesgos, pero con el fin de salvar mi responsabilidad, de decirle al gobernador don Pablo Saher que en Cabure estaban torturando a los presos. Se lo dije muy claramente y se lo repetí: "Están torturando señor Gobernador. Todo el pueblo de Cabure lo sabe, señor Gobernador, porque los gritos de los torturados se oyen de noche en todas las casas del pueblo".

Pero el Gobernador no le hizo caso. O mejor aún, le sugirió una idea luminosa al Gobernador… Para evitarle molestias a la gente del pueblo, lo conveniente y aconsejable era trasladar el centro principal de torturas a la montaña, donde los gritos de los prisioneros no atormentaran a los parroquianos de Cabure. En lo sucesivo el cerro "El Guarataro" adquirió jerarquía de primera magnitud. Centro principal de las torturas. Allí se acondicionó un campamento antiguerrillero destinado exclusivamente

para la ejecución de todas las prácticas más
teniendo como expresión más acabada el sin
Cabure y "El Guarataro" pasaron a ocupar, de
muy esclarecido en la tenebrosa historia de la re

El comandante de Policía se mostraba com
incómodo. Daba la impresión que aquel som
aquel uniforme de caqui aplastaban su vergü
moral por el pantano frío de Cabure. A veces s
tido. Pero casi siempre, como en señal de saludo

—¿Cómo se sienten?

Y de inmediato entraba en confianza. Cie
nerse y explayó su pensamiento:

—Yo estoy plenamente convencido. Todos
les… La política es sucia. Uno termina por desen
de los partidos… Yo fui perseguido cuando F
preso y me torturó la Seguridad Nacional en Co
de Betancourt estuve sin trabajo… Lo mejor
dejarse de eso… Todos son iguales… Cuando
poder, los grandes se llenan y se olvidan de los p
iguales —y se quedaba pensativo como encantad
propias palabras, como profundamente convenci

En una ocasión terció el hermano del tenie
pequeño y delgado, blanco como Zavarce, vestid
camisa a rayas. Le habló a Noel:

—Yo conozco a tu papá y a tus familiares. E
Por lo visto como que tú eres la oveja descarriada
ustedes no les duele la familia y poco les impo
ustedes.

Y luego como para echarle en cara su situació

—A ustedes los torturan porque son amigos
pasa por atentar contra el Gobierno, el orden y el
enemigos de la sociedad y tienen que atenerse
¡Aguantar callao!

Noel se abstuvo de responder. Ni siquiera se
cuanta su presencia ni darle importancia a sus pa
mentecato. "Un pobre imbécil que repite como un
su hermano".

[illegible] podíamos esperar de un organismo de ese [illegible] tenía personalidad ni mucho menos autonomía [illegible] papel que acababan de representar, frente al caso [illegible] firme convicción de que nada bueno teníamos que [illegible] Militar. En la práctica nos demostraron pública [illegible] que sus determinaciones estaban supeditadas al [illegible] y al SIFA y que ellos... ellos en definitiva eran [illegible] ningún rango ni autoridad.

[illegible] de dimensión en nuestro centro de reclusión. [illegible] Los días pasaban sin regis- [illegible]. Limpiar, barrer, asear pasillos y baños [illegible]

[illegible] de las heridas y palizas recibidas. Los [illegible] por los ruidos ensordecedores de [illegible] que estallaban en la montaña. Después era el [illegible] en vuelos rasantes de reconocimiento y [illegible] y los helicópteros en su perma- [illegible]

[illegible] la visita del comandante de la Policía [illegible] Para matar su tedio y aburrimiento se nos [illegible] y nos montaba conversaciones improvi- [illegible] de darse golpes de pecho, de excu- [illegible]. Nos decía, meneando la cabeza en [illegible]

[illegible] con las torturas. Yo me vi en la obliga- [illegible] pero con el fin de salvar mi responsa- [illegible] don Pablo Saher que en Cabure [illegible] Se lo dije muy claramente y se lo repetí: [illegible] Gobernador. Todo el pueblo de Cabure lo [illegible] porque los gritos de los torturados se oyen de [illegible]".

[illegible] caso. O mejor aún, le sugirió una idea [illegible] Para evitarle molestias a la gente del pueblo, [illegible] trasladar el centro principal de torturas a [illegible] de los prisioneros no atormentaran a los [illegible] Cabure. En lo sucesivo el cerro "El Guarataro" adquirió [illegible]. Centro principal de las torturas. Allí se [illegible] antiguerrillero destinado exclusivamente

para la ejecución de todas las prácticas más disímiles de la tortura, teniendo como expresión más acabada el simulacro de fusilamiento. Cabure y "El Guarataro" pasaron a ocupar, desde entonces, un puesto muy esclarecido en la tenebrosa historia de la represión en Venezuela.

El comandante de Policía se mostraba como arrepentido. Se sentía incómodo. Daba la impresión que aquel sombrero, aquel revólver y aquel uniforme de caqui aplastaban su vergüenza y hacían rodar su moral por el pantano frío de Cabure. A veces trataba de pasar inadvertido. Pero casi siempre, como en señal de saludo, nos preguntaba:

—¿Cómo se sienten?

Y de inmediato entraba en confianza. Cierta vez no pudo contenerse y explayó su pensamiento:

—Yo estoy plenamente convencido. Todos los partidos son iguales... La política es sucia. Uno termina por desencantarse de la política y de los partidos... Yo fui perseguido cuando Pérez Jiménez. Estuve preso y me torturó la Seguridad Nacional en Coro. Durante el gobierno de Betancourt estuve sin trabajo... Lo mejor que pueden hacer es dejarse de eso... Todos son iguales... Cuando los partidos llegan al poder, los grandes se llenan y se olvidan de los pendejos... Todos son iguales —y se quedaba pensativo como encantado y embelesado por sus propias palabras, como profundamente convencido de "su verdad".

En una ocasión terció el hermano del teniente Zavarce. Un tipo pequeño y delgado, blanco como Zavarce, vestido de pantalón caqui y camisa a rayas. Le habló a Noel:

—Yo conozco a tu papá y a tus familiares. Ellos son gente buena. Por lo visto como que tú eres la oveja descarriada... La verdad es que a ustedes no les duele la familia y poco les importa lo que sufran por ustedes.

Y luego como para echarle en cara su situación, le decía:

—A ustedes los torturan porque son amigos de la violencia. Eso les pasa por atentar contra el Gobierno, el orden y el derecho. Ustedes son enemigos de la sociedad y tienen que atenerse a las consecuencias. ¡Aguantar callao!

Noel se abstuvo de responder. Ni siquiera se molestó en tomar en cuanta su presencia ni darle importancia a sus palabras insultantes. Un mentecato. "Un pobre imbécil que repite como un loro los estribillos de su hermano".

Otro día de visita. Día domingo. Muy por la mañana, entre 8 y 10. Entró al Comando una señora vestida de negro, acompañada de un niñito de 2 a 3 años. El rostro de la mujer denotaba cansancio y estaba profundamente ensombrecido de tristeza. El teniente Zavarce se adelantó a recibirla. Sin extenderle siquiera el saludo de cortesía, le preguntó con voz seca y amenazante:

—¿Qué desea señora?

Visiblemente nerviosa, respondió:

—Vengo a visitar a mi esposo.

Zavarce continuó inmutable:

—¿Y cómo se llama usted?

Dando muestras de impaciencia, la señora le dijo:

—Yo soy la señora de Rosel.

Zavarce hizo un gesto despreciativo con las manos y con la más brutal frialdad le dijo:

—Lo siento mucho señora. Lamento decirle que a su marido lo fusilamos por ser alcahuete de guerrilleros. El muy zángano tenía una pensión para hospedar guerrilleros y se negó a darnos información. ¡Por eso lo fusilamos! —y le dio la espalda y se marchó.

La pobre mujer rompió en llantos angustiosos y fue presa de un ataque de nervios. Las palabras del verdugo desalmado habían caído como una puñalada trapera asestada en lo más profundo del corazón de aquella mujer sufrida, pues para colmo de males hacía poco tiempo había pasado por un trance doloroso a raíz de la muerte de su hijo mayor de 8 años. La pena de aquella mujer fue tan grande que el llanto se le secó en la garganta y cayó completamente desvanecida. Corrimos en su auxilio para brindarle nuestra protección y ayuda. Entonces vinieron los "Cazadores" y se la llevaron junto con su hijito todo lloroso. En verdad el viejo Rosel no había sido fusilado, pero su estado de salud era precario. No podía levantarse a causa de los golpes y torturas que había recibido por todo el cuerpo.

Una tarde entró al Comando mi madre muy contenta. Pero de nuevo la sombra siniestra de Zavarce disipó todo vestigio de alegría. Sin más ni más, se interpuso, y le recriminó a mi madre:

—¡Su hijo es un ladrón y asesino! Si usted no le pone carácter, al salir de la cárcel, no le va a servir para nada. ¡Es un caso perdido!

Mi madre cambió de color y se puso muy seria, con el rostro sombrío. Estuvo a punto de responder a las frases hirientes del verdugo,

pero se contuvo a tiempo. No quería [illegible]
Bien pronto se animó. Y nos divertimos [illegible]
liares de Williams y de Noel. Nos dieron [illegible]
pronto los van a sacar de este infierno". [illegible]
borozados comunicamos de inmediato la [illegible]
ñeros de cautiverio. Una vez que terminó la [illegible]
por una lista. Zavarce habló en alta voz:

—Los que voy a nombrar van trasladados [illegible]
sus macundales. Y leyó cuatro nombres: Noel, [illegible]
Ivanhoe.

Fuimos a dar primero a la casa vecina. Allí [illegible]
Coronado, ya recuperado, al viejo Vargas, a García, [illegible]
Chávez, Luis Hurtado y un campesino de apellido [illegible]
había mujeres en ese local carcelario.

Con motivo de la llegada del Tribunal Militar [illegible]
en libertad.

Previamente nos encerraron en "El Tigrito". [illegible]
serenos y confiados. Dos días pasamos allí en espera [illegible]
Melecio Medina se presentó muy agitado y nervioso, [illegible]
trase en un aprieto o se viese en apuros. Con apremio [illegible]
Saúl Coronado. Le dijo aparte en voz baja:

—Mire Saúl, yo sé que ustedes no tienen nada de [illegible]
jodido por el Tribunal. Yo soy capaz de soltarlo aquí [illegible]
sí… yo necesito plata Saúl Coronado… necesito plata. [illegible]
rarlo aquí o a los ocho días en Maracaibo. Usted sabe [illegible]
el corazón… Pero eso sí… con plata en mano… el [illegible]
tornillo. Usted se consigue una platica y trato hecho, [illegible]
libre. No lo piense dos veces después puede ser tarde [illegible]
pesar. En la Cárcel de Maracaibo lo esperan unos [illegible]
vaina la llaman pozo hondo! ¡Y en manos de ese Tribunal! [illegible]
manos de ese Tribunal ¡se jodió! ¡No lo salva ni [illegible]
que… piénselo bien… La libertad es muy dulce…

Saúl permaneció estático, atónito y hondamente [illegible]
tan inesperada propuesta. No se atrevió a responder [illegible]
tiempo de recuperarse de su aturdimiento y de la [illegible]
que experimentaba por dentro. Melecio Medina [illegible]
mente. Saúl se quedó cabizbajo y triste. Como si [illegible]
losa. Caminó como un sonámbulo y se [illegible]

[illegible] mañana, entre 8 y 10.
[illegible] acompañada de un
[illegible] cansancio y estaba
[illegible] El teniente Zavarce se ade-
[illegible] el saludo de cortesía, le pre-
[illegible]
[illegible] la señora le dijo:
[illegible] con las manos y con la más
[illegible] decirle que a su marido lo
[illegible] El muy zángano tenía una
[illegible] y se negó a darnos información.
[illegible] y se marchó.
[illegible] angustiosos y fue presa de un
[illegible] del verdugo desalmado habían caído
[illegible] en lo más profundo del corazón de
[illegible] colmo de males hacía poco tiempo
[illegible] a raíz de la muerte de su hijo
[illegible] mujer fue tan grande que el llanto
[illegible] completamente desvanecida. Corrimos
[illegible] protección y ayuda. Entonces
[illegible] llevaron junto con su hijito todo llo-
[illegible] sido fusilado, pero su estado de
[illegible] a causa de los golpes y torturas
[illegible] cuerpo.
[illegible] mi madre muy contenta. Pero de
[illegible] disipó todo vestigio de alegría.
[illegible] recriminó a mi madre:
[illegible] Si usted no le pone carácter, al
[illegible] nada. ¡Es un caso perdido!
[illegible] se puso muy seria, con el rostro som-
[illegible] a las frases hirientes del verdugo,

pero se contuvo a tiempo. No quería perder por segunda vez la visita. Bien pronto se animó. Y nos divertimos un rato. Igual que los familiares de Williams y de Noel. Nos dieron buenas noticias. "Parece que pronto los van a sacar de este infierno". Un alivio para nosotros. Alborozados comunicamos de inmediato la noticia a nuestros compañeros de cautiverio. Una vez que terminó la hora de visita nos llamaron por una lista. Zavarce habló en alta voz:

—Los que voy a nombrar van trasladados para Maracaibo con todos sus macundales. Y leyó cuatro nombres: Noel, Williams, Marruffo e Ivanhoe.

Fuimos a dar primero a la casa vecina. Allí encontramos a Saúl Coronado, ya recuperado, al viejo Vargas, a García, Pedro "Panela", Chávez, Luis Hurtado y un campesino de apellido Sandoval. Ya no había mujeres en ese local carcelario.

Con motivo de la llegada del Tribunal Militar habían sido puestas en libertad.

Previamente nos encerraron en "El Tigrito". Estábamos más serenos y confiados. Dos días pasamos allí en espera del traslado. Melecio Medina se presentó muy agitado y nervioso, como si se encontrase en un aprieto o se viese en apuros. Con apremio llamó al maestro Saúl Coronado. Le dijo aparte en voz baja:

—Mire Saúl, yo sé que ustedes no tienen nada de culpa. Pero está jodido por el Tribunal. Yo soy capaz de soltarlo aquí mismo. Pero eso sí... yo necesito plata Saúl Coronado... necesito plata. Yo puedo liberarlo aquí o a los ocho días en Maracaibo. Usted sabe a uno se le ablanda el corazón... Pero eso sí... con plata en mano... el aceite que afloja todo tornillo. Usted se consigue una platica y trato hecho, usted es hombre libre. No lo piense dos veces después puede ser tarde y entonces sí le va a pesar. En la Cárcel de Maracaibo lo esperan unos cuantos añitos. ¡Esa vaina la llaman pozo hondo! ¡Y en manos de ese Tribunal! El que cae en manos de ese Tribunal ¡se jodió! ¡No lo salva ni Mandrake el mago! Así que... piénselo bien... La libertad es muy dulce...

Saúl permaneció estático, atónito y hondamente sorprendido por tan inesperada propuesta. No se atrevió a responder porque no tuvo tiempo de recuperarse de su aturdimiento y de la sensación de miedo que experimentaba por dentro. Melecio Medina se retiró precipitadamente. Saúl se quedó cabizbajo y triste. Como si estuviera en la nebulosa. Caminó como un sonámbulo y se recostó cerca del viejo Vargas.

Comentó con él la propuesta. Había un signo de duda y vacilación en sus palabras. Tenía miedo de aceptar aquella oferta tentadora. El viejo Vargas le recriminó:

—Pero tú sí eres pendejo. No ves que te pide dinero para libertarte.

Saúl se animó y trató de buscar al digepol Melecio Medina. Pero llegó tarde. Ya Melecio Medina se había marchado y la oportunidad se había perdido. Entonces Saúl se puso compungido y triste. Pronunciaba sus palabras de arrepentimiento como si estuviera recitando un rezo o una oración:

—No sé qué me pasó. No me explico cómo yo no le ofrecí una platica… Pero si yo la tengo en la casa bien guardadita para cualquier momento de apuro. ¡Y este ha sido el mayor apuro en que yo me he visto! —y de nuevo como aguijoneado por una duda interior, interrogó al viejo Vargas:

Pero ¿usted está seguro, maestro Vargas, usted cree que eso pueda lograrse? ¿No cree que eso es un peligro, que eso me pueda ocasionar una nueva planazón?

El viejo Vargas, un tanto molesto le replicó:

—Ya no vale la pena seguir hablando de ese tema. Mejor es dejar eso de ese tamaño.

Y los dos se sumieron en el silencio.

En la tarde empezaron a regresar presos que dábamos por muertos y desaparecidos. Macario y Varguitas estaban irreconocibles. Barbudos y demacrados. Las ropas destrozadas y sucias, sus cuerpos muy golpeados y con huellas frescas de torturas. Macario se apresuró a relatarnos la suerte que había corrido el pobre viejo Rosel. "El lunes lo trasladó de urgencia, una comisión de la Digepol a Coro. Habían enviado un telegrama donde se anunciaba la muerte de la mujer del viejo Rosel. La misma mujer que habíamos visto de cerca desgajarse en llanto y que se había desvanecido en este recinto carcelario por la infausta noticia que le arrojara al corazón el teniente Zavarce. Esa mujer, sin duda, había muerto de dolor y tristeza. Zavarce se encargó de asestarle el puntillazo artero que segó su vida al anunciarle sin el menor escrúpulo, que su esposo había sido fusilado. El asesino de aquella sufrida mujer era, para mayor desgracia nuestra, el más encarnizado verdugo de los presos de Cabure. Un asesinato más que agregaba a su prontuario criminal. El viejo Rosel, a pesar de estar muy maltratado, tuvo fuerzas suficientes y valor de espíritu para irle a dar la despedida postrera a su mujer. Dos

digepoles lo llevaron esposado en una …
mala gana:

—Lo vamos a llevar a Coro para que …
entierro. Después lo regresamos otra vez aquí.

Y así le dijeron y así se procedió con …

Miércoles 7 de octubre. Una mañana de …
Después del desayuno nos hicieron formar …
presos. Los "Cazadores" nos requisaron …
observar nuevos presos arrojados en el suelo …
nizada labor de zapa y de confidente …
estragos en la ciudad de Coro. A cada …
matadero de Cabure.

De a uno en uno nos fueron subiendo …
cuerpo de "Cazadores" montaba guardia …
García, un hombre alto y grueso, que cada vez …
nunciar palabras amenazadoras.

Al observarlo detenidamente pude …
personaje que se jactaba de haber torturado …
por desgracia llevaba el mismo apellido …
aguacero en el patio. Luis y Bracho …
momento se acercó el oficial con una …
cara, a tiempo que nos decía con sorna:

—¡Pónganse a temblar! ¿Ustedes no …
¿Ustedes no me conocen? Véanme la cara …
la linterna—. ¡Pregúntenle a Garciíta …
Y giraba la luz de la linterna para todos …

—¿No está Garciíta por aquí?

Era el mismo de la voz destemplada …
hazañas monstruosas.

Nos sentaron en el transporte militar …
laban de cerca. Detrás nos seguía otro …
verdes". Y adelante marchaba un jeep …
García y cuatro "Cazadores". Era nuestro …
a Coro, con destino a la Cárcel de …
amargo. Desde el principio hasta el final …
"Cazadores" nos hostilizaron con la más …
dad, con el más inicuo placer morboso.

Un soldadito chato nos preguntaba:

digepoles lo llevaron esposado en una patrulla negra. Le dijeron de mala gana:

—Lo vamos a llevar a Coro para que esté presente en el velorio y el entierro. Después lo regresamos otra vez aquí.

Y así le dijeron y así se procedió con aquel noble y torturado anciano.

Miércoles 7 de octubre. Una mañana de sol ardiente y brisa fresca. Después del desayuno nos hicieron formar una columna a quince presos. Los "Cazadores" nos requisaron rigurosamente. Pudimos observar nuevos presos arrojados en el suelo. Félix Yanes, con su encarnizada labor de zapa y de confidente desvergonzado, había hecho estragos en la ciudad de Coro. A cada momento traía nuevas víctimas al matadero de Cabure.

De a uno en uno nos fueron subiendo al transporte militar. El cuerpo de "Cazadores" montaba guardia y recibía órdenes del teniente García, un hombre alto y grueso, que cada vez que hablaba era para pronunciar palabras amenazadoras.

Al observarlo detenidamente pude darme cuenta que era el mismo personaje que se jactaba de haber torturado a un menor de edad, que por desgracia llevaba el mismo apellido. Fue el día que nos cayera el aguacero en el patio. Luis y Bracho temblaban de frío. En aquel momento se acercó el oficial con una linterna y nos iba alumbrando la cara, a tiempo que nos decía con sorna:

—¡Pónganse a temblar! ¿Ustedes no saben quién ha llegado aquí? ¿Ustedes no me conocen? Véanme la cara —y se alumbraba la cara con la linterna—. ¡Pregúntenle a Garciíta cómo le dejé el pecho a patadas! Y giraba la luz de la linterna para todos los lados, buscando a alguien:

—¿No está Garciíta por aquí?

Era el mismo de la voz destemplada que se vanagloriaba de sus hazañas monstruosas.

Nos sentaron en el transporte militar. Siete "Cazadores" nos vigilaban de cerca. Detrás nos seguía otro trasporte con veinte "boinas verdes". Y adelante marchaba un jeep militar donde viajaba el teniente García y cuatro "Cazadores". Era nuestro regreso definitivo de Cabure a Coro, con destino a la Cárcel de Maracaibo. Fue un viaje penoso y amargo. Desde el principio hasta el final de nuestro tortuoso viaje, los "Cazadores" nos hostilizaron con la más refinada y despiadada crueldad, con el más inicuo placer morboso.

Un soldadito chato nos preguntaba:

—¿Por qué están ustedes presos?

—Por unas declaraciones.

Y con furia nos golpeaba el soldadito y nos golpeaban todos a la vez.

—¡Qué declaraciones ni qué declaraciones! ¡Ustedes son unos guerrilleros asesinos!

Otro soldadito, con cara de pícaro, me preguntó:

—Y tú ¿por qué estás preso?

Le respondí con malicia:

—¡Por ladrón!

El soldadito se sorprendió y me insistió:

—¿Cómo es la vaina?

—¡Gua, por ladrón!

El "Cazador" no salía de la duda y trataba de buscar una explicación:

—Pero… ¿por qué te llevan preso junto con guerrilleros?

Me propuse llevarle la corriente. Le aclaré, manteniendo mi actitud campechana:

—Gua, porque dicen que la plata que me iba a robar era para los guerrilleros.

Y, como para sacarlo de duda, le agregué:

—¡Qué plata ni qué plata pa' guerrilleros! ¡La plata era pa' mí!

El "Cazador" ya fuera de toda duda, optó por quedarse pensativo y haciendo un gesto de lamento me dijo:

—¡Qué lastima, vale!... Otro día tendrás más suerte.

Y como tratando de ganarse mi amistad y hacerme entrar en confianza, me dijo eufórico:

—Pásate pacá panadería.

Con mucho disimulo, le dije:

—No te preocupes, chico, aquí estoy bien.

Después, el "Cazador" volvió a dar rienda suelta a sus desplantes burlones y vejatorios. Hizo una mueca y comentó:

—¡Mira ese viejo, tan vagabundo. Se dejó hasta el jabón en el pelo y no se da cuenta que lo tiene blanco.

A cada rato me miraba y se sonreía. Me decía:

—¡Panadería, carajo!

Luego en voz baja me susurraba con cautela:

—Defiéndete bien, para que salgas pronto. Yo salgo en diciembre. Vamos a hacer una movida chévere, tú y yo. Nos vemos en Caracas, en el "23 de Enero".

Y haciendo un esfuerzo, como tratando de con
para su causa, me dijo entusiasmado:

—Mira, panadería, allá sí se hacen trabajos
peligro de caer preso. Ya tendremos oportunidad
movida.

El trasporte militar hizo su entrada a Coro y s
al aeropuerto de la ciudad. La pista de aterrizaje pr
desolador. Buscamos con insistencia el presunto a
daría a Maracaibo. Pero a nuestra vista no aparecí
militar aéreo. El teniente García se bajó del jeep y
cinas del aeropuerto. Al poco tiempo regresó y se a
ordenó a la custodia militar:

—Nos vamos para el Cuartel porque el avión
acaba de salir.

Llegamos al Cuartel de Coro. Una vieja fortale
cheras y parapetos. Arrumes de sacos de arena form
pactos, distribuidos estratégicamente. En las gar
guardia sobresalían las oscuras sombras de los cas
bocas de los fusiles permanecían en posición de alert
de guerra nos producía la desagradable impresión de
presencia de una fortaleza militar preparada para la d
Por algo nos decían: "No hay enemigo pequeño"; "
traicioneras"… "En cualquier momento saltan cua
espere"… "Guerra avisada no mata a soldado". Por
sucedían cosas que ponían sobre alarma al vecind
serios temores en la ciudad. Ráfagas de ametrallador
sueño de los corianos. Cualquier ruido o movimien
sospechoso. La caída de una hoja, la sombra zigzague
el vuelo rasante de alguna ave migratoria provocaban
fusilería asesina. Apretar el gatillo a tiempo signific
sombra de peligro. Las manos nerviosas y amaestrada
dispuestas para el zarpazo o la bestial acometida… s
el gatillo. "Disparar primero, averiguar después". Un
Una sentencia de muerte. Una máxima acuñada por
que ponía a salvo de toda responsabilidad y eximía d
guna persona debía incurrir en extravío involuntari
bras chinescas en las proximidades de la fortaleza r
abstenerse de transitar de noche por las cercanías del

...presos?
...declaraciones.
...y nos golpeaban todos a la vez.
...declaraciones! ¡Ustedes son unos gue-
..., me preguntó:
...preso?
...
...insistió:
...
...trataba de buscar una explicación:
...junto con guerrilleros?
... Le aclaré, manteniendo mi ac-
...
...que me iba a robar era para los
...
...le agregué:
...guerrilleros! ¡La plata era pa' mí!
...duda, optó por quedarse pensativo y
...me dijo:
...tendrás más suerte.
...mi amistad y hacerme entrar en con-
...
...aquí estoy bien.
...volvió a dar rienda suelta a sus desplantes
...mueca y comentó:
...vagabundo. Se dejó hasta el jabón en el pelo
...blanco.
...se sonreía. Me decía:
...
...con cautela:
...que salgas pronto. Yo salgo en diciembre.
...chévere, tú y yo. Nos vemos en Caracas, en

Y haciendo un esfuerzo, como tratando de convencerme y ganarme para su causa, me dijo entusiasmado:

—Mira, panadería, allá sí se hacen trabajos buenos y sin correr peligro de caer preso. Ya tendremos oportunidad de hablar mejor de la movida.

El trasporte militar hizo su entrada a Coro y siguió rumbo directo al aeropuerto de la ciudad. La pista de aterrizaje presentaba un aspecto desolador. Buscamos con insistencia el presunto avión que nos trasladaría a Maracaibo. Pero a nuestra vista no aparecía ningún transporte militar aéreo. El teniente García se bajó del jeep y se dirigió a las oficinas del aeropuerto. Al poco tiempo regresó y se acercó al autobús. Le ordenó a la custodia militar:

—Nos vamos para el Cuartel porque el avión que nos iba a llevar acaba de salir.

Llegamos al Cuartel de Coro. Una vieja fortaleza rodeada de trincheras y parapetos. Arrumes de sacos de arena formaban bloques compactos, distribuidos estratégicamente. En las garitas y puestos de guardia sobresalían las oscuras sombras de los cascos militares. Las bocas de los fusiles permanecían en posición de alerta. Aquel panorama de guerra nos producía la desagradable impresión de que estábamos en presencia de una fortaleza militar preparada para la defensa y el ataque. Por algo nos decían: "No hay enemigo pequeño"; "Las guerrillas son traicioneras"… "En cualquier momento saltan cuando menos se les espere"… "Guerra avisada no mata a soldado". Por eso en las noches sucedían cosas que ponían sobre alarma al vecindario y levantaban serios temores en la ciudad. Ráfagas de ametralladoras interrumpían el sueño de los corianos. Cualquier ruido o movimiento en la noche era sospechoso. La caída de una hoja, la sombra zigzagueante de un perro o el vuelo rasante de alguna ave migratoria provocaban las descargas de la fusilería asesina. Apretar el gatillo a tiempo significaba eliminar toda sombra de peligro. Las manos nerviosas y amaestradas estaban siempre dispuestas para el zarpazo o la bestial acometida… siempre el dedo en el gatillo. "Disparar primero, averiguar después". Un grito de guerra… Una sentencia de muerte. Una máxima acuñada por la violencia oficial que ponía a salvo de toda responsabilidad y eximía de toda culpa. Ninguna persona debía incurrir en extravío involuntario o insinuar sombras chinescas en las proximidades de la fortaleza militar. Había que abstenerse de transitar de noche por las cercanías del Cuartel.

Todas las noches, claras u oscuras, tenían el mismo significado. El peligro o la suerte de cualquier vida dependía de las bocas de los fusiles que apuntaban día y noche. Por eso fue que, al aproximarse el autobús a la entrada del Cuartel, tuvimos la sensación de que todos los fusiles nos apuntaban y que todas las miradas se dirigían hacia nosotros en actitud extraña y amenazadora.

El trasporte traspuso la fortaleza militar y se detuvo en un pequeño patio amarillo. Los cristales de las ventanillas del autobús permanecían herméticamente cerrados. El color comenzaba a fatigarnos, el cansancio nos incomodaba y la sed se nos clavaba en las gargantas resecas y hambrientas. Y la voz insolente de los "Cazadores": "No pueden bajar, no pueden hablar, no pueden moverse, no pueden reclamar nada". "¡Son órdenes del teniente García!"... "Ni agua, ni comida, ni un carajo para esos presos de mierda"... "¡Que se mueran clavados en los asientos del autobús!". En Cabure el frío se aferraba a nuestras carnes como un perro hambriento a su presa. En el Cuartel de Coro el calor ardiente nos prensaba las heridas y nos provocaba un sudor copioso que manaba por todo nuestro cuerpo. Los "Cazadores" iban y venían sin cesar. Se turnaban de a dos. Cada camino de guardia traía consigo un templón de orejas, un culatazo por la espalda, una prensada de cabellos o un escupitajo purulento. "¡Todo el mundo mantenerse derecho!... son órdenes del Teniente García"... "El pecho afuera y el culo adentro"... "¡Nadie se mueve!... Todo el mundo a mirar de frente, fijo hacia adelante. Nadie puede virarse o voltearse hacia un lado". Cinco horas de posición firme. Desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde. Los "boinas verdes" hacían toda clase de chistes a nuestra costa. Se reían en nuestras narices. "Parecen unas estatuas tristes y moribundas"... "Serán unas estatuas de sal"... De sal a derretirse y volverse una sanguaza amarga y maloliente... Una sanguaza que apestaba a sudor, a bicho moribundo, a fetidez de aceite quemado y trapos sucios. Y en realidad, esa era la sensación que experimentábamos dentro de aquel asador de carne humana. Nos estábamos asando, nos estábamos quemando, deshidratando. La boca era una llamarada. De pronto nos entraban ganas de gritar y maldecir a nuestros verdugos. Hablamos a un "Cazador".

—Necesitamos una entrevista con el Teniente, guardia.

Y el teniente García se apareció más pronto de lo que esperábamos. Mal encarado y con gestos de obstinación y desprecio, inquirió:

—¿Qué es lo que les pasa a ustedes?

—Queremos agua, Teniente.

—Cuando lleguemos al aeropuerto tomarán agua —
espalda con desprecio.

El calor hervía en nuestras bocas y gargantas. Cabece
relámpagos de sueño. Los golpes de los "Cazadores" y lo
la sed disipaban toda tentativa de sueño. A las tres de l
revuelo de vehículos, de tropa y de oficiales. De regreso
atravesamos las calles y avenidas familiares de Coro.
inquietud y curiosidad miraba insistentemente hacia l
hículos. Algunos comentaban entre sí. Otros se quedaban
fin el transporte penetró en la pista del aeropuerto y se c
un avión viejo y gordinflón. Apenas se divisaba borrosam
dera nacional y las insignias descoloridas de las Fuerzas A
aguardaba por nosotros un viejo transporte militar. Las a
motores permanecían inmóviles. La puerta trasera del avi
semejaba a un antiguo y carcomido portón de los que abu
en los garajes de Coro. El teniente García se acercó al a
rente y despreocupado. Le recordamos:

—Queremos agua, Teniente.

Relampaguearon sus ojos cargados de ira y nos dijo co

—¡Se acabó el agua en Coro!

Tres compactos pelotones de "Cazadores" salieron d
transporte militar y treparon con prontitud sobre un co
seguíamos el curso de los movimientos. Vino un sargento
nos ordenó:

—Pueden bajar de uno en uno.

Dos cazadores nos esperaban a la salida del autobú
saban violentamente. Nos quitaban el cinturón y de un
nos arrancaban el botón grande del pantalón. Debíam
premos esfuerzos para evitar que se nos deslizaran los pan
procedimientos infamantes nos hacían recordar escenas
prensa internacional, en las cuales aparecen fotografías de
guerra pertenecientes al Ejército de Liberación Nacional d
quienes los "boinas verdes" norteamericanos aplicaban ig
mientos a los que el Ejército venezolano nos estaba somet
tros. El calco de las torturas, el vejamen ignominioso, el
como todas las medidas punitivas que nos aplicara el Ej

tenían el mismo significado. El
dependía de las bocas de los fusiles
al aproximarse el autobús a
de que todos los fusiles nos
dirigían hacia nosotros en actitud

militar y se detuvo en un pequeño
ventanillas del autobús permanecían
comenzaba a fatigarnos, el cansan-
clavaba en las gargantas resecas y
de los "Cazadores": "No pueden bajar,
no pueden moverse, no pueden reclamar nada".
el teniente García!"... "Ni agua, ni comida, ni un carajo
de mierda"... "¡Que se mueran clavados en los asientos
En Cabure el frío se aferraba a nuestras carnes como un
to a su presa. En el Cuartel de Coro el calor ardiente
heridas y nos provocaba un sudor copioso que manaba
o cuerpo. Los "Cazadores" iban y venían sin cesar. Se
dos. Cada camino de guardia traía consigo un templón
ulatazo por la espalda, una prensada de cabellos o un
lento. "¡Todo el mundo mantenerse derecho!... son
niente García"... "El pecho afuera y el culo adentro"...
ve!... Todo el mundo a mirar de frente, fijo hacia ade-
uede virarse o voltearse hacia un lado". Cinco horas de
Desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde.
rdes" hacían toda clase de chistes a nuestra costa. Se
ras narices. "Parecen unas estatuas tristes y moribun-
unas estatuas de sal"... De sal a derretirse y volverse una
ga y maloliente... Una sanguaza que apestaba a sudor, a
do, a fetidez de aceite quemado y trapos sucios. Y en
a la sensación que experimentábamos dentro de aquel
humana. Nos estábamos asando, nos estábamos que-
ratando. La boca era una llamarada. De pronto nos
de gritar y maldecir a nuestros verdugos. Hablamos a

mos una entrevista con el Teniente, guardia.
García se apareció más pronto de lo que esperá-
gestos de obstinación y desprecio, inquirió:

—¿Qué es lo que les pasa a ustedes?

—Queremos agua, Teniente.

—Cuando lleguemos al aeropuerto tomarán agua —y nos dio las espalda con desprecio.

El calor hervía en nuestras bocas y gargantas. Cabeceábamos entre relámpagos de sueño. Los golpes de los "Cazadores" y los aguijones de la sed disipaban toda tentativa de sueño. A las tres de la tarde fue el revuelo de vehículos, de tropa y de oficiales. De regreso al aeropuerto atravesamos las calles y avenidas familiares de Coro. La gente con inquietud y curiosidad miraba insistentemente hacia los verdes vehículos. Algunos comentaban entre sí. Otros se quedaban atónitos. Al fin el transporte penetró en la pista del aeropuerto y se colocó cerca de un avión viejo y gordinflón. Apenas se divisaba borrosamente la bandera nacional y las insignias descoloridas de las Fuerzas Armadas. Allí aguardaba por nosotros un viejo transporte militar. Las aspas de los dos motores permanecían inmóviles. La puerta trasera del avión transporte semejaba a un antiguo y carcomido portón de los que abundan mucho en los garajes de Coro. El teniente García se acercó al autobús, indiferente y despreocupado. Le recordamos:

—Queremos agua, Teniente.

Relampaguearon sus ojos cargados de ira y nos dijo con tono hosco:

—¡Se acabó el agua en Coro!

Tres compactos pelotones de "Cazadores" salieron disparados del transporte militar y treparon con prontitud sobre un convoy. En silencio seguíamos el curso de los movimientos. Vino un sargento grandulón y nos ordenó:

—Pueden bajar de uno en uno.

Dos cazadores nos esperaban a la salida del autobús. Nos requisaban violentamente. Nos quitaban el cinturón y de un solo manotón nos arrancaban el botón grande del pantalón. Debíamos hacer supremos esfuerzos para evitar que se nos deslizaran los pantalones. Estos procedimientos infamantes nos hacían recordar escenas idénticas en la prensa internacional, en las cuales aparecen fotografías de prisioneros de guerra pertenecientes al Ejército de Liberación Nacional del Vietnam, a quienes los "boinas verdes" norteamericanos aplicaban iguales procedimientos a los que el Ejército venezolano nos estaba sometiendo a nosotros. El calco de las torturas, el vejamen ignominioso, el trato despótico como todas las medidas punitivas que nos aplicara el Ejército durante

nuestro cautiverio, correspondían a la más vergonzosa y caricaturesca copia de los métodos terroristas aplicados por el Ejército fascista norteamericano en el Vietnam del Sur. Desde luego que, nuestros verdugos, como fieles discípulos, cual cachorros del Pentágono, trataban en todo momento de extremar los métodos y hacerse acreedores a los elogios, a las lisonjas, premios y condecoraciones de sus idolatrados maestros.

Los "Cazadores" nos colocaron en diminutos asientos de lona, las manos atadas con cordones de nylon hacia atrás. Nos clavaron los cinturones de seguridad. Y entre uno y otro asiento se situaba un "boina verde" con su arma de reglamento. El avión se deslizó torpemente, como buey cansado, por la pequeña pista e inició el despegue, lentamente fue cogiendo altura y luego comenzó a desplazarse bruscamente en el espacio aéreo. Daba saltos de un vacío a otro, de rebote en rebote. Por las compuertas laterales del viejo armatoste penetraban gruesos chorros y gigantescas bocanadas de viento frío que nos golpeaban con furia a la cara y casi nos arrancaban de los asientos. Fuertes impactos estremecían el avión y nos batían unos contra otros. El avión descendió con la misma torpeza inicial y dando tumbos se detuvo en la inmensa pista de "Grano de Oro". Los "Cazadores" nos hicieron repetir los mismos movimientos mécanicos escenificados en el aeropuerto de Coro. De a uno en uno nos bajaron los "boinas verdes" a culatazos y patadas.

—¡Corran, carajos! ¡Corran!

Nuestras piernas entumecidas y la férrea voluntad de mantenernos con pie de plomo nos hacían resistir los improperios y los gritos amenazadores.

—¡Corran, carajos! ¡Más rápido ahí!

Y nos sonaban los culatazos restallantes en nuestras espaldas. Trataban de impedir que nos vieran los periodistas, que nos vieran las miradas desorbitadas de los viajeros, que nos vieran las curiosas y asombradas miradas de las gentes del pueblo. Un cordón uniformado montaba guardia en la pista. Otro cordón cubría la retaguardia. Gritos enardecidos de allá y gritos insolentes de acá nos hacían silbidos en los oídos. Y los culatazos se estrellaban una y otra vez contra nuestras espaldas. Desafiamos sus iras, desafiamos sus gritos, desafiamos sus culatazos. Nuevos gritos, nuevas órdenes imperativas:

—¡Todo el mundo derecho, sin mirar a los lados!

—¡De frente! ¡De frente!

Cualquier ligero movimiento, cualquier parpadeo en contraba de inmediato la reprimenda feroz. Un golpe de f volver la mirada hacia delante. Pensábamos... "Están ar para el crimen, la tortura y la maldad..." Así pensab nuestros pasos firmes y resueltos... "Igual que los "boinas Vietnam"... "Los cachorros del Pentágono"... Esas prác lencia y de represión brutal venían importadas del N Empaquetadas en lujosos estuches, el Pentágono envi mento de diligentes y acuciosos instructores militares, crimen, asesores y agregados con la misión especial de adie militares listos para actuar como fuerzas de choque, p sofocar todo levantamiento popular, destruir implacabl vestigio o germen revolucionario. Todo ese aparato i importado del Norte. La indumentaria militar, las "boi los "Cazadores", las botas yanquis, los alimentos enlatad de campaña, el armamento, la disciplina, los métodos argot militar, la táctica y la estrategia y hasta la concien conciencia moldeada a imagen y semejanza de los men tágono. Un Ejército de bolsillo equipado conforme a la adquiridas por los ejércitos yanquis de ocupación. ¡Los sores de Corea y el Vietnam!

Hechos bajo esa escuela, bajo ese molde siniestro, ve en la práctica un Ejército mediatizado y neocolonizado de vista material y espiritual. Sus gestos, sus palabras, ciones, todos sus brutales procederes, tenían como punt —rasgos característicos y distintivos— a los marines y congéneres los "boinas verdes".

El sello del Pentágono en cada pisada de bota, en el nado de las armas para golpear o disparar a mansalva.

...Y aquella furia desatada sobre nuestros cuerp vejados mil veces por los cancerberos del Pentágono... Y y maldiciones que nos infundían pánico, que nos hacían de cerca las máculas sangrientas del terror y la muerte... que se nos grababa en las entrañas quedaba el sello Pentágono. Sello lacrado por nuestros verdugos im cachorros del Pentágono.

... Los mismos que nos subían a punta de fusil y cu porte militar. Los mismos que nos obligaban a mante

[illegible] correspondían a la más vergonzosa y caricaturesca [illegible] aplicados por el Ejército fascista norte- [illegible] del Sur. Desde luego que, nuestros verdugos, [illegible] cachorros del Pentágono, trataban en todo [illegible] los métodos y hacerse acreedores a los elogios, a [illegible] de sus idolatrados maestros.

[illegible] en diminutos asientos de lona, [illegible] hacia atrás. Nos clavaron los [illegible] y otro asiento se situaba un [illegible] El avión se deslizó torpe- [illegible] pequeña pista e inició el despegue, [illegible] comenzó a desplazarse brusca- [illegible] de un vacío a otro, de rebote en [illegible] del viejo armatoste penetraban [illegible] de viento frío que nos golpea- [illegible] arrancaban de los asientos. Fuertes [illegible] batían unos contra otros. El avión [illegible] y dando tumbos se detuvo en la [illegible] Los "Cazadores" nos hicieron [illegible] mecánicos escenificados en el aero- [illegible] bajaron los "boinas verdes" a cula- [illegible]

[illegible]

[illegible] y la férrea voluntad de mantenernos [illegible] los improperios y los gritos amena- [illegible]

[illegible] ¡Más rápido ahí!

[illegible] restallantes en nuestras espaldas. [illegible] los periodistas, que nos vieran las [illegible] que nos vieran las curiosas y [illegible] del pueblo. Un cordón uniformado [illegible] cordón cubría la retaguardia. Gritos [illegible] de acá nos hacían silbidos en los [illegible] una y otra vez contra nuestras [illegible] desafiamos sus gritos, desafiamos sus [illegible] órdenes imperativas:

[illegible] sin mirar a los lados!

[illegible] ¡De frente!

Cualquier ligero movimiento, cualquier parpadeo de cabeza encontraba de inmediato la reprimenda feroz. Un golpe de fusil nos hacía volver la mirada hacia delante. Pensábamos... "Están amaestrados sólo para el crimen, la tortura y la maldad..." Así pensábamos al medir nuestros pasos firmes y resueltos... "Igual que los 'boinas verdes' en el Vietnam"... "Los cachorros del Pentágono"... Esas prácticas de la violencia y de represión brutal venían importadas del Norte imperial. Empaquetadas en lujosos estuches, el Pentágono enviaba su cargamento de diligentes y acuciosos instructores militares, maestros del crimen, asesores y agregados con la misión especial de adiestrar cuerpos militares listos para actuar como fuerzas de choque, para reprimir y sofocar todo levantamiento popular, destruir implacablemente todo vestigio o germen revolucionario. Todo ese aparato infernal venía importado del Norte. La indumentaria militar, las "boinas verdes" de los "Cazadores", las botas yanquis, los alimentos enlatados, el equipo de campaña, el armamento, la disciplina, los métodos de tortura, el argot militar, la táctica y la estrategia y hasta la conciencia misma, la conciencia moldeada a imagen y semejanza de los mentores del Pentágono. Un Ejército de bolsillo equipado conforme a las experiencias adquiridas por los ejércitos yanquis de ocupación. ¡Los groseros agresores de Corea y el Vietnam!

Hechos bajo esa escuela, bajo ese molde siniestro, venían a resultar en la práctica un Ejército mediatizado y neocolonizado desde el punto de vista material y espiritual. Sus gestos, sus palabras, sus imprecaciones, todos sus brutales procederes, tenían como punto de referencia —rasgos característicos y distintivos— a los marines yanquis y a su congéneres los "boinas verdes".

El sello del Pentágono en cada pisada de bota, en el uso indiscriminado de las armas para golpear o disparar a mansalva.

...Y aquella furia desatada sobre nuestros cuerpos allegados y vejados mil veces por los cancerberos del Pentágono... Y aquellos gritos y maldiciones que nos infundían pánico, que nos hacían presentir muy de cerca las máculas sangrientas del terror y la muerte... Y en cada huella que se nos grababa en las entrañas quedaba el sello infamante del Pentágono. Sello lacrado por nuestros verdugos implacables... Los cachorros del Pentágono.

... Los mismos que nos subían a punta de fusil y culatazos en el trasporte militar. Los mismos que nos obligaban a mantenernos rígidos y

erectos como estatuas. Cachorros y oficiales, todos por igual, eran discípulos, amaestrados servidores del Pentágono.

El trasporte verde se desplazó velozmente por calles y avenidas de Maracaibo. Desfilaron a nuestra vista lujosas mansiones, casas ruinosas, una actividad febril en las calles siempre llenas de gentes, de jóvenes, de obreros, hombres de pueblo, estudiantes, guajiros con sus rostros redondos, morenos, y pintarrajeados, niños desarrapados, hermosas y rollizas mujeres y el rugiente chirriar de los carritos por puesto y el relampaguear de los imponentes avisos elevándose por sobre los centros multicolores y los espigados edificios de geométricas formas e irisadas estructuras. Toda una barahúnda, toda una gama de violentos contrastes que de un trecho a otro nos salen a cada paso en Maracaibo. Por un momento nos reanimábamos e intentábamos consustanciarnos con aquella realidad subyugante, absorbente y contagiosa. Pero bien pronto un golpe seco de fusil nos hacía volver esta otra realidad, la del cautiverio, la de los carceleros y los verdugos, los cachorros del Pentágono. Entonces la desazón se apoderaba de nosotros. Sentíamos la boca amarga, el cuerpo calenturiento, las punzadas agudas del hambre... Y un agudo y ácido malestar que nos empequeñecía el alma. El autobús aceleraba su marcha. Los cachorros comenzaban a desesperarse, agobiados por el calor penetrante de Maracaibo. Ahora nuestros cuerpos se cubrían de una capa babosa y pegajosa. Crecía nuestra inquietud por llegar cuanto antes a la cárcel. El transporte aminoró la velocidad y de improviso se detuvo frente a una casa quinta. Varios soldados estaban apostados a su alrededor. Apoyaban sus armas al borde del muro frontal de la vivienda. Tranquilos y confiados nos vieron llegar. Nuestra presencia no les deparaba ninguna sorpresa. Estaban harto habituados a mirar el desfile interminable de presos políticos que con frecuencia eran conducidos a la Segunda División Militar y luego depositados en el Departamento de Procesados Militares de la Cárcel Nacional de Maracaibo. Debimos soportar una hora más de torturas a la espera del teniente García. Cumplida la entrevista formal y la entrega de cuentas al Comando Militar, el Teniente dio otra orden. Al poco tiempo estábamos a las puertas del Fuerte "Mara". A la entrada de la fortaleza militar hacían armas un grupo de efectivos del Ejército. El transporte penetró hasta el interior del Cuartel. Había un despliegue inusitado entre los elementos de tropa. Se entregaban de lleno a las más

diversas actividades. Un grupo numeroso trotaba en el ce
vigilado muy de cerca por un cabo. Otros hacían genufle
próximos al autobús dos infelices soldaditos ensayaban
grotesca y deprimente. Con la cabeza al rape, hacían
continuos como si estuvieran besándose o acariciándose.
muñecos de aserrín, dos monigotes o espantapájaros mo
viento o misteriosos hilos invisibles.

Era la befa, el castigo o la cruel vejación que suelen a
reclutas que, por falta de pericia, incurren en leves e ins
infracciones de la disciplina militar cuartelaria. Una d
rancio abolengo feudal, de anacrónicas formas ya periclitad

Algunos oficiales pasaban cerca del transporte y nos
ojos escrutadores. Trataban de identificar alguna cara co
pronto se subía alguno y nos lanzaba sus dardos cargados de

—¡Conque ustedes son los inadaptados! —y se mar
orondo y henchido de orgullo por haber parido una frase lap

A partir de ese momento cesó la compañía de nuestr
carniceros. Otra tropa y otro oficial serían nuestra custodia.
verdes", los cachorros del Pentágono habían cumplido su úl
Debían prepararse para su retorno a Cabure a ensayar nue
de torturas. Ellos habían dado paso a una tropa con rasg
gencia. Nos hicieron entrega de nuestros cinturones, nos
amarras y nos ubicaron en los asientos traseros del transp
Pudimos respirar hondamente y estirar nuestros huesos. S
alivio profundo. La visión de Cabure, signo de muerte, se
poco de nuestra mente. Nos parecía que volvíamos a rena
mentábamos una sensación de alegría, a pesar de estar co
que nos aguardaban nuevos carceleros, nuevos calabozos
pesadas y frías que darían cuenta de años indescifrables en
Cárcel de Maracaibo, cruel paradoja, representaba para nos
momento una esperanza de vida y salvación. La esperanza
sentir todo preso que regresaba con vida del campo de
Cabure. Volvíamos a la vida pero otros tantos o más que
gaban penas en el centro de la montaña, en la capital d
Cabure, la capital de la tortura.

Al pisar el umbral de la cárcel se habían esfumad
mente la imagen sombría de las carpas de Cabure y las bom

[illegible] por igual, eran dis-
[illegible]
[illegible] calles y avenidas de
[illegible] mansiones, casas rui-
[illegible] de gentes, de
[illegible] guajiros con sus
[illegible] desarrapados, her-
[illegible] carritos por puesto
[illegible] elevándose por sobre los
[illegible] de geométricas formas e
[illegible] toda una gama de violentos
[illegible] a cada paso en Maracaibo.
[illegible] intentábamos consustanciarnos
[illegible] y contagiosa. Pero bien
[illegible] volver esta otra realidad, la del
[illegible] los verdugos, los cachorros del
[illegible] apoderaba de nosotros. Sentíamos
[illegible] las punzadas agudas del
[illegible] que nos empequeñecía el alma.
[illegible] cachorros comenzaban a desespe-
[illegible] de Maracaibo. Ahora nuestros
[illegible] y pegajosa. Crecía nuestra
[illegible] cárcel. El transporte aminoró la
[illegible] a una casa quinta. Varios sol-
[illegible] Apoyaban sus armas al borde
[illegible] Tranquilos y confiados nos vieron
[illegible] deparaba ninguna sorpresa. Estaban
[illegible] interminable de presos políticos que
[illegible] Segunda División Militar y luego
[illegible] Procesados Militares de la Cárcel
[illegible] soportar una hora más de torturas a
[illegible] Cumplida la entrevista formal y la
[illegible] el Teniente dio otra orden. Al
[illegible] del Fuerte "Mara". A la entrada de
[illegible] grupo de efectivos del Ejército. El
[illegible] del Cuartel. Había un despliegue
[illegible] Se entregaban de lleno a las más

diversas actividades. Un grupo numeroso trotaba en el centro del patio vigilado muy de cerca por un cabo. Otros hacían genuflexiones y muy próximos al autobús dos infelices soldaditos ensayaban una escena grotesca y deprimente. Con la cabeza al rape, hacían movimientos continuos como si estuvieran besándose o acariciándose. Parecían dos muñecos de aserrín, dos monigotes o espantapájaros movidos por el viento o misteriosos hilos invisibles.

Era la befa, el castigo o la cruel vejación que suelen aplicarle a los reclutas que, por falta de pericia, incurren en leves e insignificantes infracciones de la disciplina militar cuartelaria. Una disciplina de rancio abolengo feudal, de anacrónicas formas ya periclitadas.

Algunos oficiales pasaban cerca del transporte y nos miraban con ojos escrutadores. Trataban de identificar alguna cara conocida. De pronto se subía alguno y nos lanzaba sus dardos cargados de ironía:

—¡Conque ustedes son los inadaptados! —y se marchaba muy orondo y henchido de orgullo por haber parido una frase lapidaria.

A partir de ese momento cesó la compañía de nuestros verdugos carniceros. Otra tropa y otro oficial serían nuestra custodia. Los "boinas verdes", los cachorros del Pentágono habían cumplido su última misión. Debían prepararse para su retorno a Cabure a ensayar nuevas sesiones de torturas. Ellos habían dado paso a una tropa con rasgos de indulgencia. Nos hicieron entrega de nuestros cinturones, nos quitaron las amarras y nos ubicaron en los asientos traseros del transporte militar. Pudimos respirar hondamente y estirar nuestros huesos. Sentimos un alivio profundo. La visión de Cabure, signo de muerte, se alejaba un poco de nuestra mente. Nos parecía que volvíamos a renacer, experimentábamos una sensación de alegría, a pesar de estar conscientes de que nos aguardaban nuevos carceleros, nuevos calabozos y unas rejas pesadas y frías que darían cuenta de años indescifrables en prisión. La Cárcel de Maracaibo, cruel paradoja, representaba para nosotros en ese momento una esperanza de vida y salvación. La esperanza que debía sentir todo preso que regresaba con vida del campo de muerte de Cabure. Volvíamos a la vida pero otros tantos o más que nosotros purgaban penas en el centro de la montaña, en la capital de la sevicia, Cabure, la capital de la tortura.

Al pisar el umbral de la cárcel se habían esfumado de nuestra mente la imagen sombría de las carpas de Cabure y las borrosas siluetas

de los "boinas verdes" y los cascos oscuros de la Policía Militar y las manos sangrientas de los chacales de la Digepol.

El transporte viró hacia el ala izquierda del Penal. Sentimos el aletear trémulo y blando de una brisa fresca y renovadora que rozaba nuestra piel mugrienta. Una nueva experiencia carcelaria nos aguardaba a pocos pasos.

A nuestra llegada no se hizo presente ningún despliegue militar, ni afloraron actitudes amenazadoras y agresivas como a nuestra llegada de Cabure. La custodia asumía un tono y un estilo diferentes que por momentos nos desconcertaban. La huella del terror de Cabure se insinuaba en nuestra mente con destellos relampagueantes. Quizá y debido a ello era que extrañábamos aquel violento cambio de trato y de régimen carcelario. Bajamos tranquilos y serenos del transporte militar sin ninguna amenaza o reprimenda. En el pasillo que da a la entrada del Departamento de Procesados Militares, aguardaban dos oficiales del Ejército y tres guardias nacionales con peinillas en mano. Nos recibieron con un saludo breve y seco. Soplaba de nuevo la brisa agradable y nos traía un rumor de voces que venían de la parte alta del penal. Los guardias nacionales nos requisaron con premura. Una simple ojeada, un registro presuroso. Y otra vez las voces subidas de tono, encrespadas, agitadas y clamorosas. Una viva inquietud se apoderó de nosotros. Buscamos con ansiedad el lugar de procedencia de las voces rumorosas. Tendimos nuestras miradas hacia arriba y aguzamos el oído. Alcanzamos a ver las rejillas metálicas cubiertas de óxido, a través de las cuales podíamos distinguir movimientos de sombras que proyectaban hacia afuera diversas tonalidades. Las voces y los gritos subieron de tono y alcanzaron mayor expresión y claridad. Eran las voces de los presos del Pabellón de los Procesados Militares que anunciaban nuestra llegada, voces que se batían de boca en boca y reventaban cerca de nuestros oídos y a la cara de nuestros guardianes y se perdían en un solo eco que retumbaba por los pasillos del penal. "¡Nuevos!", gritaba una voz estruendosa. "¡Nuevos!", gritaba otra voz multitudinaria, hasta formar un coro poderoso y compacto de voces recias y varoniles. Por un momento esas voces nos conmovieron hondamente e hicieron vibrar nuestras fibras más íntimas.

Ahora comprendíamos claramente que habíamos l
de nuestro destino y que nuestra suerte estaba echada a
voces, de otros corazones y de otras mentes que purgaba
sión con la más alta moral combativa.

Un sargento flaco y alto, de fino bigote —que des
apodaban "Venenito"— nos colocó en fila para contar
nuestros nombres y apellidos. A su lado nos observab
coronel. Miraba con insistente curiosidad nuestras ropas
tros cuerpos sudorosos. El teniente coronel, jefe de ese d
dio un paso y se nos aproximó con el propósito de dirigirn
hacernos las advertencias de ley. Una voz suave y reposad
laciones de marcado acento andino, habló brevemente,
viera repitiendo su lección aprendida:

—Sepan ustedes que están presos bajo la jurisdicción
órdenes de un Tribunal Militar. Que la permanencia de u
este Departamento de Procesados Militares es en calida
hasta tanto sean sentenciados definitivamente. En conse
rán bajo nuestra responsabilidad y del Comando de la Seg
del Ejército. Esto quiere decir que la disciplina que regirá
será conforme al Reglamento Militar. Del buen compo
cada uno de ustedes depende la actitud que habrá de asum
Nacional. Toda falta cometida tiene su castigo, según el ca

Hizo una pausa para luego concluir:

—Esto no es un hotel. Los presos donde van a esta
cluidos son todos comunistas. Por eso les recomendamo
mucho cuidado, porque el que no entra comunista sale co
fuerza. Así son ellos, los convierten a la fuerza —terminó s
hizo a un lado para que el sargento y los guardias nacion
caran el camino de nuestro destino. Caminamos con ma
medida que nos aproximábamos a los calabozos, escu
voces en tropel y los comentarios acompasados y la ola
tomaban un giro diferente, para desgranarse en un canto

Campesino, obrero, estudiante
lucharemos por ti hasta morir
valerosa mujer de mi tierra

[illegible] de la Policía Militar y las
[illegible] de la Digepol.
[illegible] del Penal. Sentimos el ale-
[illegible] fresca y renovadora que rozaba
[illegible] experiencia carcelaria nos aguar-
[illegible]

[illegible] presente ningún despliegue militar, ni
[illegible] agresivas como a nuestra llegada de
[illegible] y un estilo diferentes que por
[illegible] La huella del terror de Cabure se insi-
[illegible] destellos relampagueantes. Quizá y
[illegible] aquel violento cambio de trato y de
[illegible] y serenos del transporte militar
[illegible] En el pasillo que da a la entrada del
[illegible] Militares, aguardaban dos oficiales del
[illegible] con peinillas en mano. Nos reci-
[illegible] Soplaba de nuevo la brisa agradable y
[illegible] venían de la parte alta del penal. Los
[illegible] con premura. Una simple ojeada,
[illegible] las voces subidas de tono, encrespadas,
[illegible] inquietud se apoderó de nosotros.
[illegible] de procedencia de las voces rumoro-
[illegible] hacia arriba y aguzamos el oído.
[illegible] cubiertas de óxido, a través de las
[illegible] movimientos de sombras que proyectaban
[illegible] Las voces y los gritos subieron de tono
[illegible] claridad. Eran las voces de los presos del
[illegible] Militares que anunciaban nuestra llegada,
[illegible] boca y reventaban cerca de nuestros
[illegible] y se perdían en un solo eco que
[illegible] penal. "¡Nuevos!", gritaba una voz
[illegible] otra voz multitudinaria, hasta formar
[illegible] de voces recias y varoniles. Por un
[illegible] hondamente e hicieron vibrar
[illegible]

Ahora comprendíamos claramente que habíamos llegado al lugar de nuestro destino y que nuestra suerte estaba echada al lado de otras voces, de otros corazones y de otras mentes que purgaban años en prisión con la más alta moral combativa.

Un sargento flaco y alto, de fino bigote —que después supimos apodaban "Venenito"— nos colocó en fila para contarnos y registrar nuestros nombres y apellidos. A su lado nos observaba un teniente coronel. Miraba con insistente curiosidad nuestras ropas sucias y nuestros cuerpos sudorosos. El teniente coronel, jefe de ese departamento, dio un paso y se nos aproximó con el propósito de dirigirnos la palabra y hacernos las advertencias de ley. Una voz suave y reposada, con modulaciones de marcado acento andino, habló brevemente, como si estuviera repitiendo su lección aprendida:

—Sepan ustedes que están presos bajo la jurisdicción militar y a las órdenes de un Tribunal Militar. Que la permanencia de ustedes aquí en este Departamento de Procesados Militares es en calidad de depósito hasta tanto sean sentenciados definitivamente. En consecuencia, estarán bajo nuestra responsabilidad y del Comando de la Segunda División del Ejército. Esto quiere decir que la disciplina que regirá para ustedes será conforme al Reglamento Militar. Del buen comportamiento de cada uno de ustedes depende la actitud que habrá de asumir la Guardia Nacional. Toda falta cometida tiene su castigo, según el caso.

Hizo una pausa para luego concluir:

—Esto no es un hotel. Los presos donde van a estar ustedes recluidos son todos comunistas. Por eso les recomendamos que tengan mucho cuidado, porque el que no entra comunista sale comunista por la fuerza. Así son ellos, los convierten a la fuerza —terminó su discurso y se hizo a un lado para que el sargento y los guardias nacionales nos indicaran el camino de nuestro destino. Caminamos con mayor soltura. A medida que nos aproximábamos a los calabozos, escuchábamos las voces en tropel y los comentarios acompasados y la ola rumorosa que tomaban un giro diferente, para desgranarse en un canto revolucionario.

Campesino, obrero, estudiante
lucharemos por ti hasta morir
valerosa mujer de mi tierra

ya te miro empuñando el fusil.
Lucharemos por ti pueblo amado
temblará el asesino y traidor
los obreros empuñan las armas
y conquistan su liberación.
Adelante guerrilleros, viva la revolución...

Cárcel Nacional de Maracaibo, octubre de 1965

GENOCIDIO YANQUI EN

empuñando el fusil
por tu pueblo amado
asesino y traidor
quitan las armas
a liberación.
guerrilleros, viva la revolución…

Cárcel Nacional de Maracaibo, octubre de 1965

GENOCIDIO YANQUI EN VIETNAM

La masacre de My Lai (16 de marzo de 1968)

Los soldados yanquis entran a un poblado... "deshicimos la aldea, utilizando la gelatina inflamable Napalm, morteros y armas livianas". "No quedó nada sin matar: mujeres y niños, búfalos, cabras, todo"... "Nada más aterrizar los helicópteros, los norteamericanos comenzaron la matanza. En primer lugar mataron a un grupo de mujeres que iban al mercado y después a varios niños que guardaban búfalos en el campo y tiraron sus cuerpos en los canales"...otros soldados... "que habían entrado en el poblado fueron matando a los habitantes casa por casa", "los vietnamitas no se daban cuenta de los que pasaba. Los adultos eran ametrallados y los niños lanzados dentro de las casas en llamas"... Eso fue en Tu Cong, cerca de Son My.

"La orden fue matar todo lo que se moviera". "Deben destruir Pinkville (My Lai, en la clave de los boinas verdes) y todo lo que hay allí. Hay que matar todo lo que se mueva", fue la orden del capitán Medina, comandante de la compañía.

"Todos los que entramos a May Lai estábamos dispuestos a matar. Cuando llegué vi a mujeres, niños y viejos corriendo de un lado a otro. Les grité en su idioma que se detuvieran, pero no lo hicieron y yo tenía la orden de matarlos y lo hice. Eso fue lo que hice. Los maté. Uno de los niños tenía menos de dos años". El soldado Varnado Simpson.

"Llegué a la aldea cuando ya los soldados habían matado a la mayoría de los habitantes. Pero todavía seguían disparando y matando a los sobrevivientes que corrían de un lado a otro de la aldea. Había enormes pilas de cuerpos por todas partes. Vi a un niño parado cerca de unos quince cadáveres. Estaba solo, ese pequeño muchacho. Miré hacia otro lado y vi a Medina (el comandante de la compañía) matarlo. No sé por qué lo hizo. Sólo sé que había allí un montón de cadáveres y supongo que la madre del muchacho estaba entre ellos". Richard Pendleton.

"Nadie disparó a los soldados. No encontramos resistencia y vi que solamente tomaron tres prisioneros. No recuerdo haber visto a nadie en edad militar, ni vivo ni muerto. Los hombres de Calley hacían cosas extrañas. Prendían fuego a las chozas y esperaban que las gentes salieran para matarlos. Había grupos de personas inmóviles y las mataban. Vi cómo lanzaron granadas a un grupo de personas que había quedado con vida". El sargento Michael Bernhardt.

Septiembre de 1964

Mal presagio en las montañas de Falcón. Todos los pueblos de la sierra se sobrecogen de terror. Unas veces son los ruidos estruendosos de los aviones del Ejército que pasan raudos, se desplazan como murciélagos malignos y arrojan sus descargas y venenos mortíferos sobre las crestas verdes y azules de la montaña.

Llamaradas rojas, amarillas, anaranjadas o pintonas revientan sobre las copas de los árboles y se abren paso entre hondonadas y desfiladeros. Llamaradas rojas que queman los pajonales del ganado, que cortan los caminos con sus lengüetas de fuego y que chamuscan y calcinan las parcelas y sementeras de los campesinos.

Después es el zumbido de los helicópteros —abejorros de acero— que giran en círculos envolventes y cerrados y disparan sus ráfagas de fuego hacia todos los contornos. El patrullaje aéreo sobre las montañas y el revoloteo inclemente y sistemático sobre cada pueblo o caserío.

Más tarde son las incursiones despiadadas de los "boinas verdes" —cachorros del Pentágono— arrasando tierras y diezmando pueblos a troche y moche. El rastreo violento cargado de infinita crueldad. Las arremetidas feroces de los "Cazadores" asaltando pueblos, violando mujeres, mancillando hogares, sembrando el terror por todas las comarcas. Son las razzias colectivas que dejan a su paso un montón de ruinas y escombros.

La inseguridad colectiva cunde entre los campesinos
y se extiende por Curimagua. La ola de violencia y de ter
recorre todos los contornos de Trapichito y se desencad
mente sobre las montañas de Guarima, Cachicamo, La E
Juan de Lugo, El Yugo y se interna por las quebradas de M
Viuda, del Piturrí y todas las ciénagas y hondonadas q
aguas montañosas hasta el río Mitare.

Las acometidas vandálicas de los "Cazadores" no quieb
y la firmeza de los hombres y mujeres apegados a sus tier
cidad de las masas campesinas es inquebrantable. Se aferran
de tierra, a sus cultivos incipientes, a su vida dura, sembrada
sinsabores. Se aferran a su pedazo de tierra como la raíz o s
que les brinda, tras dura faena, el fruto generoso.

En plena cosecha, las manos duras, rudas y laborios
giendo, a duras penas, los frutos dorados de la fértil tierra se
noche un rústico trapiche, tirado por un viejo motor y
manos sudorosas, gira sin cesar.

Los cuerpos de los hombres secos y sarmentosos van
rítmicos movimientos que el recio trabajo de la caña impo
brillan los afilados machetes y brillan los cuerpos dorado
chorreados de copioso sudor.

Durante diecisiete soles el corte de caña ha arrojado
cundo. Durante diecisiete lunas refulgen en el caney los cho
cantarinos de la caña de azúcar y relampaguean alegres y vi
ojos vivaces de los labriegos. Diecisiete días han bastado pa
la faena postrera de la cosecha. El último corte de la caña y
nadas hasta el tope han sido suficientes para terminar la m
trapiche. El viejo Ángel María Jiménez se frotaba las manos
inusitada alegría. Hacía un alto en la jornada. Y miraba y
ocho campesinos que lo habían acompañado a todo lo larg
Los miraba con orgullo y admiración. Aquellos hombres h
jado como unos animales y ni el cansancio ni el sueño los
nado un solo instante "hombres guapos", se decía Ángel
lamento, ni un ¡ay! de disgusto. Ni siquiera una palabra
había brotado de sus labios durante diecisiete días co
Siempre risueños, dicharacheros, rendidores e incansable
trabajo diario. "Había que ser justo, había que ser noble
repetía otra vez Ángel María. A los 89 años, aquel anciano

habían matado a la mayoría de *y matando a los sobrevi-* *la aldea. Había enormes pilas de* *cerca de unos quince cadáveres.* *hacia otro lado y vi a Medina (el* *No sé por qué lo hizo. Sólo sé que había* *que la madre del muchacho estaba*

resistencia y vi que sola- *haber visto a nadie en edad* *de Calley hacían cosas extrañas.* *que las gentes salieran para* *y las mataban. Vi cómo lan-* *había quedado con vida". El sar-*

Septiembre de 1964

Falcón. Todos los pueblos de la son los ruidos estruendosos raudos, se desplazan como mur- y venenos mortíferos sobre las

anjadas o pintonas revientan sobre entre hondonadas y desfiladeros. ales del ganado, que cortan los y que chamuscan y calcinan las par-

helicópteros —abejorros de acero— cerrados y disparan sus ráfagas de El patrullaje aéreo sobre las montañas sobre cada pueblo o caserío.

despiadadas de los "boinas verdes" tierras y diezmando pueblos a cargado de infinita crueldad. Las asaltando pueblos, violando mu- el terror por todas las comarcas. a su paso un montón de ruinas y

La inseguridad colectiva cunde entre los campesinos de la Cañada y se extiende por Curimagua. La ola de violencia y de terror se agita y recorre todos los contornos de Trapichito y se desencadena furiosamente sobre las montañas de Guarima, Cachicamo, La Entrada, San Juan de Lugo, El Yugo y se interna por las quebradas de Macanilla, La Viuda, del Piturrí y todas las ciénagas y hondonadas que filtran sus aguas montañosas hasta el río Mitare.

Las acometidas vandálicas de los "Cazadores" no quiebran los bríos y la firmeza de los hombres y mujeres apegados a sus tierras. La tenacidad de las masas campesinas es inquebrantable. Se aferran a su pedazo de tierra, a sus cultivos incipientes, a su vida dura, sembrada de peligros y sinsabores. Se aferran a su pedazo de tierra como la raíz o savia fecunda que les brinda, tras dura faena, el fruto generoso.

En plena cosecha, las manos duras, rudas y laboriosas van recogiendo, a duras penas, los frutos dorados de la fértil tierra serrana. Día y noche un rústico trapiche, tirado por un viejo motor y operado por manos sudorosas, gira sin cesar.

Los cuerpos de los hombres secos y sarmentosos van repitiendo los rítmicos movimientos que el recio trabajo de la caña impone. En el día brillan los afilados machetes y brillan los cuerpos dorados por el sol, chorreados de copioso sudor.

Durante diecisiete soles el corte de caña ha arrojado un saldo jocundo. Durante diecisiete lunas refulgen en el caney los chorros dulces y cantarinos de la caña de azúcar y relampaguean alegres y victoriosos los ojos vivaces de los labriegos. Diecisiete días han bastado para completar la faena postrera de la cosecha. El último corte de la caña y diez camionadas hasta el tope han sido suficientes para terminar la molienda en el trapiche. El viejo Ángel María Jiménez se frotaba las manos callosas con inusitada alegría. Hacía un alto en la jornada. Y miraba y retiraba a los ocho campesinos que lo habían acompañado a todo lo largo de la brega. Los miraba con orgullo y admiración. Aquellos hombres habían trabajado como unos animales y ni el cansancio ni el sueño los había dominado un solo instante "hombres guapos", se decía Ángel María. Ni un lamento, ni un ¡ay! de disgusto. Ni siquiera una palabra de protesta había brotado de sus labios durante diecisiete días con sus noches. Siempre risueños, dicharacheros, rendidores e incansables durante el trabajo diario. "Había que ser justo, había que ser noble con ellos", se repetía otra vez Ángel María. A los 89 años, aquel anciano voluntarioso,

se sentía feliz por primera vez en su vida. Por eso se detenía a mirar y remirar extasiado en el fruto de sus sueños y desvelos y el tesonero esfuerzo de sus compañeros de faena. Una hazaña lograda después de miles intentos, después de largos años doblando la cerviz de sol a sol.

Sudorosos y con los cuerpos calientes todavía, los ocho campesinos de disponían a recostarse un rato para dascansar sus músculos y huesos adoloridos.

Macario, pequeño y enjuto, tomó el sombrero de cogollo y comenzó a echarse fresco. El trapiche había cesado de triturar la caña. El caney de la molienda permanecía tranquilo y silencioso. Sólo el batir de las alas del sombrero, que agitaba Macario, entre su mano derecha, era el único ruido que se escuchaba. Los hombres cansados trataban de recuperar el sueño y las energías perdidas.

Un ruido de motor interrumpió el sueño de los hombres. Trataron de aguzar el oído. Por el ruido del carro dedujeron que se trataba de forasteros. Ahora más próximo el ruido pudieron precisar el tipo de vehículo: un jeep. "¿Un jeep?". Entonces es el Ejército, es el Gobierno que viene cerca. Los hombres se alarmaron. Un ligero escalofrío de pie a cabeza y un temor entre pecho y espalda. "Mala hora para nosotros", pensaron los hombres un tanto agitados y con el miedo por dentro. Si fuera la recluta no habría por qué sentir temores y sobresaltos. Todos eran hombres viejos, no aptos para el servicio militar. No, no se trataba de la recluta. Era una patrulla militar. "Nada bueno nos espera", volvieron a pensar los hombres. Pero no se movían del suelo cubierto de bagazo. Estaban estáticos. Sentían como si el corazón se les fuera a salir por la boca. Ahora no es el ruido del motor ni el batir de las alas del sombrero de Macario. Es el chasquido de las botas que se acercan al caney. El paso acelerado de las botas crujientes de los militares y el batir intenso del corazón de los campesinos atemorizados.

Cuatro hombres vestidos de verde se habían bajado del jeep y dos se quedaron en el vehículo. Macario alcanzó a ver de frente a los cuatro uniformados. El más alto venía delante. Hombre de contextura fuerte, de piel morena y cabello ensortijado. Detrás tres soldados con sus "boinas verdes" y armados de fusiles fals.

Macario, con ligero nerviosismo, trató de identificar al hombre alto. Abrió más los ojos y arrugó el entrecejo. Una cara conocida. "Juan Polanco Chirinos", se dijo. "Sí, es él, el 'sapo' Juan Polanco", se repitió a sí mismo. El lo conocía muy bien. Un militante copeyano nativo de

Curimagua que se había ofrecido voluntariamente al
virle de baquiano, seguirle las huellas a los guerrill
todos los enemigos del Gobierno. Macario y él esta
De allí el temor y el nerviosismo de Macario. Él lo c
Un hombre sin escrúpulos, con el rencor metido h
sobre todo, vengativo como ninguno. Macario recor
pudo costarle la vida. Juan Polanco se decía fuerte y p
apoyao, como decían los vecinos de Curimagua. Se s
el Gobierno. Y debía ser así. A más de uno había
pueblo y no supo lo que fue castigo, lo que fue ca
arresto ni mucho menos lo que fuese justicia. "La just
la tengo yo aquí en mis puños y en mis manos". Celeb
cajada repulsiva y burlona, cuando llegaba a sus oídos
pados y zahirientes de que él era uno de los "caciq
Entonces las ambiciones y los caprichos más absurdo
cabeza como una espina o un grillo chillón. Y se decí
sacarme este grillo de la cabeza". Sacarse ese grillo e
tierritas a unos humildes campesinos. Y con terqueda
menzaba su diabólica campaña. Con un machete en l
la tarea de rondar y merodear las casas de los campe
fiera loca rastrillaba el machete en el suelo y gritaba
que lo oyeran sus víctimas:

—Aquí va a haber más de un muerto... más de u
trillaba el machete contra las piedras y la acera, una y o

Algunos campesinos amedrentados abandonaro
los más se resistían.

Un día se produjo un tumulto. Los campesinos se
un torbellino y formaron la gran poblada. Pusiero
Polanco. En la carrera despavorida, el fugitivo pudo
tre gritos y amenazas, le decían:

—Aquí el único muerto vas a ser tú, Juan Po
tonces Juan Polanco juró vengarse. "Aquí alguien t
tida". Anduvo aquí y allá como un perro sarnoso. Y
con las manos fuertes y poderosas. Caminaba con l
arrastraba como una sabandija, las manos a escondi
fuerte peso doblegaba su cabeza y su negra con
susurró al oído el nombre de Macario. Luego se le m

[illegible] Por eso se detenía a mirar y [illegible] desvelos y el tesonero [illegible] Una hazaña lograda después de [illegible] doblando la cerviz de sol a sol.

[illegible] todavía, los ocho campesinos [illegible] descansar sus músculos y huesos

[illegible] sombrero de cogollo y co- [illegible] cesado de triturar la caña. El [illegible] y silencioso. Sólo el batir de [illegible] Macario, entre su mano derecha, era [illegible] Los hombres cansados trataban de [illegible]

[illegible] el sueño de los hombres. Trataron [illegible] dedujeron que se trataba de [illegible] pudieron precisar el tipo de [illegible] es el Ejército, es el Gobierno [illegible] Un ligero escalofrío de pie [illegible] espalda. "Mala hora para nosotros", [illegible] y con el miedo por dentro. Si [illegible] temores y sobresaltos. Todos [illegible] el servicio militar. No, no se trataba [illegible] "Nada bueno nos espera", vol- [illegible] no se movían del suelo cubierto de [illegible] como si el corazón se les fuera a salir [illegible] del motor ni el batir de las alas del [illegible] de las botas que se acercan al [illegible] crujientes de los militares y el batir [illegible] atemorizados.

[illegible] se habían bajado del jeep y dos [illegible] alcanzó a ver de frente a los cuatro [illegible] Hombre de contextura fuerte, [illegible] Detrás tres soldados con sus "boi- [illegible]

[illegible] trató de identificar al hombre [illegible] el entrecejo. Una cara conocida. "Juan [illegible] 'sapo' Juan Polanco", se repitió a [illegible] Un militante copeyano nativo de

Curimagua que se había ofrecido voluntariamente al Ejército para servirle de baquiano, seguirle las huellas a los guerrilleros y entregar a todos los enemigos del Gobierno. Macario y él estaban enemistados. De allí el temor y el nerviosismo de Macario. Él lo conocía muy bien. Un hombre sin escrúpulos, con el rencor metido hasta los huesos y, sobre todo, vengativo como ninguno. Macario recordaba el lance que pudo costarle la vida. Juan Polanco se decía fuerte y poderoso. Guapo y apoyao, como decían los vecinos de Curimagua. Se sentía "apoyao" en el Gobierno. Y debía ser así. A más de uno había atropellado en el pueblo y no supo lo que fue castigo, lo que fue calabozo, orden de arresto ni mucho menos lo que fuese justicia. "La justicia —decía él—, la tengo yo aquí en mis puños y en mis manos". Celebraba con una carcajada repulsiva y burlona, cuando llegaba a sus oídos los rumores solapados y zahirientes de que él era uno de los "caciques" del pueblo. Entonces las ambiciones y los caprichos más absurdos se le metían a la cabeza como una espina o un grillo chillón. Y se decía: "Yo tengo que sacarme este grillo de la cabeza". Sacarse ese grillo era arrebatarle las tierritas a unos humildes campesinos. Y con terquedad contumaz comenzaba su diabólica campaña. Con un machete en la mano se daba a la tarea de rondar y merodear las casas de los campesinos. Como una fiera loca rastrillaba el machete en el suelo y gritaba fuertemente para que lo oyeran sus víctimas:

—Aquí va a haber más de un muerto… más de un muerto —y rastrillaba el machete contra las piedras y la acera, una y otra vez.

Algunos campesinos amedrentados abandonaron el poblado. Pero los más se resistían.

Un día se produjo un tumulto. Los campesinos se levantaron como un torbellino y formaron la gran poblada. Pusieron en fuga a Juan Polanco. En la carrera despavorida, el fugitivo pudo escuchar que, entre gritos y amenazas, le decían:

—Aquí el único muerto vas a ser tú, Juan Polanco —desde entonces Juan Polanco juró vengarse. "Aquí alguien tiene la mano metida". Anduvo aquí y allá como un perro sarnoso. Ya no era el gigante con las manos fuertes y poderosas. Caminaba con la cabeza gacha y se arrastraba como una sabandija, las manos a escondidas hacia atrás. Un fuerte peso doblegaba su cabeza y su negra conciencia. Alguien le susurró al oído el nombre de Macario. Luego se le metió otro grillo en la

cabeza. "Un agitador profesional, un agitador comunista, un enemigo del gobierno".

Una noche se presentó una comisión policial a la casa de Macario. No lo dejaron hablar. Le dijeron:

—Usted va preso para una averiguación.

Pero no pudieron averiguar nada en contra de Macario. Los campesinos declararon a su favor. Todos los defendieron y confesaron su inocencia. A los tres días tuvieron que ponerlo en libertad. Y Juan Polanco pateó y bufó como una fiera enardecida. Por eso fue que cuando llegaron al pueblo los cuerpos de "Cazadores" persiguiendo guerrilleros, buscando sospechosos y "colaboradores" de las guerrillas, Juan Polanco creyó llegado el momento de dar rienda suelta a sus venganzas y rencores.

"Yo puedo serles útil para combatir a los enemigos del Gobierno". Y lo vistieron de verde, le pusieron un par de botas negras y le entregaron un fusil ametralladora. Y palmo a palmo lo internaron como baquiano por las montañas. Y palmo a palmo lo pusieron al frente para que guiara al Ejército por los caminos y veredas de los pueblos de la sierra. En cada incursión se repetía a sí mismo: "Ahora van a saber quién es Juan Polanco". "Ahora sí es verdad que aquí va a haber más de un muerto". Con razón Macario pensaba, cuando lo veía cerca con la patrulla militar: "Juan Polanco viene por el desquite". Los cuatro hombres armados se detuvieron en el caney. El más joven se dirigió a los campesinos:

—¿Quién es Ernesto Jiménez aquí?

Haciendo un movimiento brusco con las manos, Juan Polanco señaló a Macario con el dedo:

—Este que está aquí.

Y los "boinas verdes", apuntando con sus armas a Macario, le dijeron:

—Párese y véngase con nosotros.

Los restantes campesinos permanecieron sentados en el suelo, con los ojos saltones y espantados de miedo.

Los "Cazadores" presionaron a Macario con los fusiles.

—¡Apúrese, carajo, que esto no es una procesión! —le gritó un soldadito catire.

En el jeep aguardaban impacientes dos oficiales del Ejército. Ambos de baja estatura pero complexión fuerte. Al ver que se acercaba la patrulla con el campesino preso, no hicieron el menor intento de bajarse

del vehículo. El de mayor grado militar, el capitán Jesús A
Inciarte, fue el primero que habló.

—¡Caíste, pajarito! —y miró de arriba abajo al
cabeza canosa, de ojos verdosos y la piel bronceada. Un
ño, pero que mantenía una figura erguida.

Esta primera impresión molestó al Capitán, quie
"Este pendejo como que se la echa de guapo… Ya veren
de verdad". Y con voz grave le dijo a Macario:

—¿Sabes que te buscamos para matarte?

Juan Polanco intervino de inmediato y agregó con é

—Este es el comunista de aquí, el que sabe muchas
teniendo el mismo tono amenazador del Capitán, conmi

—Mejor es que digas todo lo que sepas de una vez.
te maltraten y te fusilen como a un pendejo. A no ser
convertirte en un héroe bolsa… un mártir de la revolució

Inesperadamente corrieron hacia el vehículo dos
ridos, gritando y con el llanto pegado a las mejillas. El
dos gritó desesperadamente:

—¡Dejen quieto a mi papá! ¡No le hagan daño!

El Capitán, muy disgustado interrumpió al niño.

—¡Cállate, muchacho e' mierda! A tu papá lo vamo
lo lloren antes de tiempo.

El llanto de los niños se hizo más intenso, triste y co

Macario no pudo contener su indignación de padre
dido en lo más íntimo de sus entrañas. Trató de conte
niños y de increpar, a la vez al oficial insolente, con alma

—¡No lloren, hijos! ¡Eso es falso! Porque no hay
crita que ordene matar injustamente a un ciudadano.

—¡Usted se calla, viejo sinvergüenza! —le gritó el C
no tiene derecho a hablar! ¡Está preso, carajo! —y le ases
la cabeza.

—¡Aparten a esos carajos de aquí! —ordenó a los "b

Y los niños fueron arrastrados a un lado, en me
gritos de terror. Luego el jeep arrancó velozmente c
patrulla militar. Anduvo trechos montañosos, abriénd
caminos intrincados y pajonales tupidos. Las ruedas
dían entre baches y tierras fangosas. Ahora trepaba
árido y áspero. Muy cerca de una torre de radio o tele

...profesional, un agitador comunista, un enemigo
...presentó una comisión policial a la casa de Macario. ...Le dijeron:
...para una averiguación.
...averiguar nada en contra de Macario. Los cam... a su favor. Todos los defendieron y confesaron su ... días tuvieron que ponerlo en libertad. Y Juan ... como una fiera enardecida. Por eso fue que cuan... los cuerpos de "Cazadores" persiguiendo guerri... sospechosos y "colaboradores" de las guerrillas, Juan ... el momento de dar rienda suelta a sus venganzas

...útil para combatir a los enemigos del Gobierno". ... le pusieron un par de botas negras y le entre... Y palmo a palmo lo internaron como ... Y palmo a palmo lo pusieron al frente para ... por los caminos y veredas de los pueblos de la ... se repetía a sí mismo: "Ahora van a saber ...". "Ahora sí es verdad que aquí va a haber más de ... Macario pensaba, cuando lo veía cerca con la ... Polanco viene por el desquite". Los cuatro hom... en el caney. El más joven se dirigió a los

...Jiménez aquí?
...movimiento brusco con las manos, Juan Polanco ... él.
...aquí.
...verdes", apuntando con sus armas a Macario, le dijeron:
...con nosotros.
...campesinos permanecieron sentados en el suelo, con ... de miedo.
...", presionaron a Macario con los fusiles.
...que esto no es una procesión! —le gritó un sol...

...impacientes dos oficiales del Ejército. Am... complexión fuerte. Al ver que se acercaba la ... preso, no hicieron el menor intento de bajarse

del vehículo. El de mayor grado militar, el capitán Jesús Agustín Ramírez Inciarte, fue el primero que habló.

—¡Caíste, pajarito! —y miró de arriba abajo al hombrecito de cabeza canosa, de ojos verdosos y la piel bronceada. Un hombre pequeño, pero que mantenía una figura erguida.

Esta primera impresión molestó al Capitán, quien dijo para sí: "Este pendejo como que se la echa de guapo... Ya veremos si es guapo de verdad". Y con voz grave le dijo a Macario:

—¿Sabes que te buscamos para matarte?

Juan Polanco intervino de inmediato y agregó con énfasis:

—Este es el comunista de aquí, el que sabe muchas vainas —y manteniendo el mismo tono amenazador del Capitán, conminó a Macario:

—Mejor es que digas todo lo que sepas de una vez. Así evitarás que te maltraten y te fusilen como a un pendejo. A no ser que tú quieras convertirte en un héroe bolsa... un mártir de la revolución.

Inesperadamente corrieron hacia el vehículo dos niños despavoridos, gritando y con el llanto pegado a las mejillas. El más alto de los dos gritó desesperadamente:

—¡Dejen quieto a mi papá! ¡No le hagan daño!

El Capitán, muy disgustado interrumpió al niño.

—¡Cállate, muchacho e' mierda! A tu papá lo vamos a matar... no lo lloren antes de tiempo.

El llanto de los niños se hizo más intenso, triste y conmovedor.

Macario no pudo contener su indignación de padre herido y ofendido en lo más íntimo de sus entrañas. Trató de contener el llanto de los niños y de increpar, a la vez al oficial insolente, con alma de bellaco:

—¡No lloren, hijos! ¡Eso es falso! Porque no hay ninguna ley escrita que ordene matar injustamente a un ciudadano.

—¡Usted se calla, viejo sinvergüenza! —le gritó el Capitán—. ¡Usted no tiene derecho a hablar! ¡Está preso, carajo! —y le asestó un golpe por la cabeza.

—¡Aparten a esos carajos de aquí! —ordenó a los "boina verdes".

Y los niños fueron arrastrados a un lado, en medio de llantos y gritos de terror. Luego el jeep arrancó velozmente con el preso y la patrulla militar. Anduvo trechos montañosos, abriéndose paso entre caminos intrincados y pajonales tupidos. Las ruedas del jeep se hundían entre baches y tierras fangosas. Ahora trepaba furioso por un cerro árido y áspero. Muy cerca de una torre de radio o televisión y a la vera

un campamento antiguerrillero dominando los contornos verdes y macizos desde el cerro "Chirinos". Un pelotón de soldados, de cachorros verdes, de "boinas verdes", los cachorros del Pentágono, se hizo presente para recibir otra de sus víctimas. La patrulla militar bajó de un solo empujón a Macario y lo condujeron hasta el despacho del Comando. Una casa pequeña y rústica con techo de asbesto. Un teniente salió presuroso del Comando y fue al encuentro de la patrulla militar.

El Capitán saludó al teniente Alfredo Montenegro y le dijo:

—Teniente, aquí le traemos a este hombre. Es un guerrillero. ¡Mucho cuidado con él!

En el fondo del Comando, un "Cazador" pateaba en el suelo a un campesino trigueño y flaco, que emitía leves quejidos. Los "boinas verdes" le preguntaban:

—¿Dónde están tus hermanos, gran carajo?

El campesino apenas podía gesticular sus quejidos.

—¡Yo no sé, por favor no me peguen más!

Un grupo de "boinas verdes" rodeó de inmediato a Macario. A un solo impulso se movieron con violencia y descargaron varios golpes al hombrecito.

—¡Vente pa' acá, guerrillero! —y los golpes caían sobre el estómago de Macario.

—Párate, que te vamos a quemar vivo, grandísimo carajo! —y los "boinas verdes" encendían cigarrillos y se los pegaban por la cara, por los brazos, por el cuerpo y por las piernas. Macario gritaba y se retorcía de dolor. Los oficiales y los "Cazadores" se turnaban en las torturas. El Teniente le decía:

—Desgraciado, ¡tienes que decir lo que sabes! ¡Te vamos a matar si no hablas! ¡Puedes jurarlo por tu madre que te vamos a matar si no hablas!

Macario parecía una masa de carne golpeada a la vez por botas, manos crispadas y encendidas de ira. Tres "boinas verdes" se disputaban a Macario y le decían:

—¡Véngase pa' acá! —y un remolino de puños y patadas lanzaba contra el suelo al campesino.

Y entonces otras manos y otras bocas tomaban el cuerpo blando y caliente de Macario y volvían a la carga:

—¡Tráigamelo pa' acá! —y el cuerpo maltratado rodaba como una pelota o un fardo inservible.

Los gritos del torturado se ahogaban entre los gol zadores" y las caídas contra el suelo. Más allá, en un rin se repetía una escena similar. Cuatro "boinas verdes" jug con el campesino alto y flaco, ya completamente desvane a otro extremo saltaban las preguntas, al unísono con l golpes y los rebotes.

—¿Dónde están los guerrilleros?

—¿Dónde están tus hermanos?

—¿Quiénes colaboran con las guerrillas?

Pero los hombres ya no gritaban, ya no respondían estaban flácidos, deshechos y desvanecidos. Semejaban d guinolentas, desencajadas de sus huesos, como si fuera piltrafas humanas.

Los "boinas verdes" no controlaban sus fuegos irac tura para ellos no tenía límite. Una vez que se iniciaba, era cuándo debía terminar. Las órdenes de sus superiores cuetas y terminantes: "matar", "exterminar", "destruirlo montaña, según ellos, todos son culpables, todos son sosp plices. No se puede hablar de inocentes. El perdón, la bl signo de debilidad. El soldado en la montaña tiene el cor soldado es de hierro y come piedra". Un soldado "Cazad verde", un cachorro del Pentágono, no tiene escrúpulo, n "es de hierro y come piedra". El jefe ordena matar y hay q jefe ordena torturar y hay que torturar... violar y hay que sarlo todo y hay que arrasar... disparar a matar y hay que d 'Cazador' no tiene sangre en las venas... es de hierro y co obediente y sumiso con el jefe... cumple al pie de la letra jefe. Y allí estaban, enceguecidos, cumpliendo las órdene torturando a dos indefensos campesinos. "La tortura si campesinos, con sus cuerpos desgonzados, parecían dos después de la pelea. Los "boinas verdes" se negaban a cre dos campesinos estaban desvanecidos. Dijo uno:

—Parecen dos pajaritos muertos.

Dijo otro:

—¡Dos santurrones es lo que parecen!

—Están como dormidos —dijo un tercero.

—¡Huelen a muerto estos carajos! —exclamó el ca

[illegible] dominando los contornos verdes y [illegible]. Un pelotón de soldados, de cacho- [illegible], los cachorros del Pentágono, se hizo [illegible]. La patrulla militar bajó de un [illegible] hasta el despacho del Co- [illegible] con techo de asbesto. Un teniente [illegible] al encuentro de la patrulla militar. [illegible] Montenegro y le dijo:

[illegible] este hombre. Es un guerrillero. ¡Mu- [illegible]

[illegible] "Cazador" pateaba en el suelo a un [illegible] que emitía leves quejidos. Los "boinas [illegible]

[illegible] gran carajo?

[illegible] gesticular sus quejidos.

[illegible] peguen más!

[illegible] rodeó de inmediato a Macario. A un [illegible] violencia y descargaron varios golpes al [illegible]

[illegible] —y los golpes caían sobre el estó- [illegible]

[illegible] vivo, grandísimo carajo! —y los [illegible] y se los pegaban por la cara, por [illegible] piernas. Macario gritaba y se retorcía [illegible] "Cazadores" se turnaban en las torturas. El [illegible]

[illegible] lo que sabes! ¡Te vamos a matar si [illegible] madre que te vamos a matar si no [illegible]

[illegible] carne golpeada a la vez por botas, [illegible] de ira. Tres "boinas verdes" se dispu- [illegible]

[illegible] remolino de puños y patadas lanzaba [illegible]

[illegible] bocas tomaban el cuerpo blando y [illegible]

[illegible] cuerpo maltratado rodaba como una [illegible]

Los gritos del torturado se ahogaban entre los golpes de los "Cazadores" y las caídas contra el suelo. Más allá, en un rincón maloliente se repetía una escena similar. Cuatro "boinas verdes" jugaban a la pelota con el campesino alto y flaco, ya completamente desvanecido. Y de uno a otro extremo saltaban las preguntas, al unísono con las patadas, los golpes y los rebotes.

—¿Dónde están los guerrilleros?

—¿Dónde están tus hermanos?

—¿Quiénes colaboran con las guerrillas?

Pero los hombres ya no gritaban, ya no respondían. Sus cuerpos estaban flácidos, deshechos y desvanecidos. Semejaban dos masas sanguinolentas, desencajadas de sus huesos, como si fuera más bien dos piltrafas humanas.

Los "boinas verdes" no controlaban sus fuegos iracundos. La tortura para ellos no tenía límite. Una vez que se iniciaba, era difícil precisar cuándo debía terminar. Las órdenes de sus superiores eran frías, escuetas y terminantes: "matar", "exterminar", "destruirlo todo". En la montaña, según ellos, todos son culpables, todos son sospechosos, cómplices. No se puede hablar de inocentes. El perdón, la blandura, es un signo de debilidad. El soldado en la montaña tiene el corazón duro. "El soldado es de hierro y come piedra". Un soldado "Cazador", un "boina verde", un cachorro del Pentágono, no tiene escrúpulo, no tiene alma... "es de hierro y come piedra". El jefe ordena matar y hay que matar... el jefe ordena torturar y hay que torturar... violar y hay que violar... arrasarlo todo y hay que arrasar... disparar a matar y hay que disparar... "Un 'Cazador' no tiene sangre en las venas... es de hierro y come piedra". Es obediente y sumiso con el jefe... cumple al pie de la letra las órdenes del jefe. Y allí estaban, enceguecidos, cumpliendo las órdenes a cabalidad, torturando a dos indefensos campesinos. "La tortura sin límite". Los campesinos, con sus cuerpos desgonzados, parecían dos gallos muertos después de la pelea. Los "boinas verdes" se negaban a creer que aquellos dos campesinos estaban desvanecidos. Dijo uno:

—Parecen dos pajaritos muertos.

Dijo otro:

—¡Dos santurrones es lo que parecen!

—Están como dormidos —dijo un tercero.

—¡Huelen a muerto estos carajos! —exclamó el cuarto "Cazador".

—Vamos a quemarle el culo a esos carajos, para que se despierten —completó un oficial.

Y de nuevo los pincharon con colillas encendidas. Los cuerpos apenas se movían con un leve estremecimiento. Y nada más. Los hombres ni se quejaron ni pronunciaron palabras. Las brutales torturas los habían dejado sin conocimiento. El Capitán dio orden de colocarlos en un transporte militar. Los arrojaron a la plataforma de un camión. Los cuerpos rodaron otra vez como fardos.

Dos "cachorros" arrojaron agua sobre los cuerpos exangües. Los campesinos se agitaron. Un rictus de angustia y de dolor afloró en los rostros desfigurados y sangrantes. Trataron de ponerse de pie y perdieron el equilibrio. Intentaron gritar y no le salían las palabras. Los "boinas verdes" se reían con burla de ellos. Los campesinos miraban estupefactos a sus verdugos. Miraban a todos lados y los "cachorros" hacían un círculo infernal. Cerca de cincuenta "Cazadores" se preparaban para el viaje de traslado. Un "cachorro" rápidamente se acercó a Macario y le introdujo una pastilla en la boca. Trató de hacérsela tragar.

—¡Traga, traga, carajo! —le gritó a Macario.

El campesino hizo un esfuerzo y logró retener la pastilla en la boca. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Temeroso pensó que se trataba de un veneno. De inmediato cambió de opinión. Sintió un ligero calor y una relampagueante excitación. "Una droga", pensó. Aprovechó un descuido de los "boinas verdes" y arrojó furtivamente la droga fuera del camión. Los "cachorros" reían más fuerte aún. Celebraban a coro sus maldades. Miraban a Macario y largaban recias carcajadas. Un "cachorro" se le acercaba y le preguntaba:

—¿Cómo te sientes?

—Mal, muy mal.

Y otro más burlón:

—¿Qué sientes en el cuerpo?

—Dolores, grandes dolores.

—¿No sientes un calorcito por dentro?

—Frío es lo que siento.

—Ah vaina, entonces tú lo que te estás es muriendo.

Y las risotadas caían como pesadas piedras sobre los cuerpos molidos de los campesinos. Los "boinas verdes" sacaron a relucir de nuevo sus cigarrillos encendidos y se los acercaron uno a uno a Macario.

—Te vamos a pegar estas colillas pa' que revivas.

Y le pegaban una colilla por el vientre y otra por la "cachorros" le sujetaban las manos y los pies.

—Te vamos a pegar estas colillas para que revivas.

Y entonces lo que venía era una danza de colillas o br Macario no sabía si gritaba o maldecía a sus verdugos. Pe noción del sentido. No supo tampoco cuántos pinchazos clavaron los "cachorros" del Pentágono. Apenas sentía que le recorría el cuerpo y el chirriar de la carne chamusca vocaba una quemazón y un ardor penetrante que le hacía samente. Su cuerpo se estremecía de un lado a otro. U venía y le golpeaba la cabeza. El trasporte avanzaba con cultades. Una trompetilla de fusil se aferraba al vientre de como un clavo o un garfio que contenía su cuerpo para qu por el bamboleo del vehículo que avanzaba dando tumbo detuvo su marcha. Una casa rústica, paredes de bahareq zinc, se levantaba a su paso.

—Esta es la casa —dijo una voz salida de la cabina militar.

Macario fue bajado a empellones. El otro campesin ojos asustados. Miraba asombrado cómo los "Cazadores" Macario con la punta de los fusiles. Los "cachorros" g furia las puertas de la casa con las culatas de sus armas cedieron de par en par. Dos ancianos, mujer y hombre asu rieron gritos de terror.

—¡Ustedes se callan, viejos cabrones! —gritó a su ve enfurecido.

Los dos ancianos —padres de Macario— palidecieron asombro al mirar frente a ellos a su hijo con el rostro en desfigurado. Temblaron de miedo e indignación. El Ca increparlos:

—Ustedes están colaborando con las guerrillas y la caro. ¡Su hijo es un guerrillero!

La anciana mujer, pequeña como Macario, miró de grosero Capitán, sin poder salir de su asombro. Al fin ponder con energía al oficial:

—Usted se equivoca, señor. Mi hijo no es guerrillero

[illegible] carajos, para que se despierten [illegible]

[illegible] encendidas. Los cuerpos [illegible]miento. Y nada más. Los hom- [illegible] palabras. Las brutales torturas los [illegible] El Capitán dio orden de colocarlos en [illegible] la plataforma de un camión. Los [illegible]

[illegible] sobre los cuerpos exangües. Los [illegible] de angustia y de dolor afloró en los [illegible] Trataron de ponerse de pie y per- [illegible] gritar y no le salían las palabras. Los [illegible] de ellos. Los campesinos miraban [illegible] Miraban a todos lados y los "cachorros" [illegible] Cerca de cincuenta "Cazadores" se prepa- [illegible] Un "cachorro" rápidamente se acercó a [illegible] en la boca. Trató de hacérsela tragar. [illegible] —le gritó a Macario.

[illegible] y logró retener la pastilla en la boca. [illegible] Temeroso pensó que se trataba de un [illegible] de opinión. Sintió un ligero calor y una [illegible] "Una droga", pensó. Aprovechó un des- [illegible] y arrojó furtivamente la droga fuera del [illegible] más fuerte aún. Celebraban a coro sus [illegible] a Macario y largaban recias carcajadas. Un [illegible] preguntaba:

[illegible] por dentro?

[illegible] lo que te estás es muriendo.

[illegible] pesadas piedras sobre los cuerpos [illegible] Los "boinas verdes" sacaron a relucir de [illegible] y se los acercaron uno a uno a Macario.

[illegible] pa' que revivas.

Y le pegaban una colilla por el vientre y otra por la espalda. Tres "cachorros" le sujetaban las manos y los pies.

—Te vamos a pegar estas colillas para que revivas.

Y entonces lo que venía era una danza de colillas o brasas ardientes. Macario no sabía si gritaba o maldecía a sus verdugos. Perdió otra vez la noción del sentido. No supo tampoco cuántos pinchazos encendidos le clavaron los "cachorros" del Pentágono. Apenas sentía un leve vapor que le recorría el cuerpo y el chirriar de la carne chamuscada que le provocaba una quemazón y un ardor penetrante que le hacía vibrar intensamente. Su cuerpo se estremecía de un lado a otro. Una rueda iba y venía y le golpeaba la cabeza. El trasporte avanzaba con grandes dificultades. Una trompetilla de fusil se aferraba al vientre de Macario. Era como un clavo o un garfio que contenía su cuerpo para que no se rodara por el bamboleo del vehículo que avanzaba dando tumbos. El camión detuvo su marcha. Una casa rústica, paredes de bahareque y techo de zinc, se levantaba a su paso.

—Esta es la casa —dijo una voz salida de la cabina del trasporte militar.

Macario fue bajado a empellones. El otro campesino movía los ojos asustados. Miraba asombrado cómo los "Cazadores" empujaban a Macario con la punta de los fusiles. Los "cachorros" golpearon con furia las puertas de la casa con las culatas de sus armas. Las puertas cedieron de par en par. Dos ancianos, mujer y hombre asustados, profirieron gritos de terror.

—¡Ustedes se callan, viejos cabrones! —gritó a su vez el Capitán enfurecido.

Los dos ancianos —padres de Macario— palidecieron de miedo y asombro al mirar frente a ellos a su hijo con el rostro ensangrentado y desfigurado. Temblaron de miedo e indignación. El Capitán volvió a increparlos:

—Ustedes están colaborando con las guerrillas y la van a pagar caro. ¡Su hijo es un guerrillero!

La anciana mujer, pequeña como Macario, miró de hito en hito al grosero Capitán, sin poder salir de su asombro. Al fin alcanzó a responder con energía al oficial:

—Usted se equivoca, señor. Mi hijo no es guerrillero.

La anciana trató de aproximarse a su hijo. El Capitán la atajó y la hizo a un lado. Luego gritó, golpeando con su bota derecha contra el piso de la casa.

—¡Todos los campesinos tendrán que abandonar esta zona, porque vamos a bombardear estas tierras! ¡El que se quede aquí va a morir quemado! ¡Ya pueden comenzar a desocupar, viejos brujos!

Era el inicio de las razzias perpetradas por los "boina verdes" a imagen y semejanza de los *rangers* norteamericanos que incursionan en Vietnam, en la guerra fraticida. En las oleadas y escaladas de las tropas invasoras que todo lo exterminan a su paso, que peinan las laderas y los bordes de las montañas, que devastan pueblos enteros y los borran definitivamente de la geografía. Como en Vietnam, los "Cazadores" entran a los caseríos y todo lo destruyen a su paso, con furia y con saña, con vesanía, con la más encarnizada y monstruosa práctica del genocidio humano.

¡Tierra arrasada!, gritan los "cachorros del Pentágono". Y los "Cazadores" o "boinas verdes" corren cargados de metrallas, abrazados a sus armas homicidas. Las botas negras retumban sobre la montaña. Las "boinas verdes", los "cachorros" o "Cazadores" viran hacia los caseríos pacíficos y desguarnecidos. Suenan los primeros disparos que rozan los techos de las casas humildes de "San Vicente". Corren despavoridas las gallinas. Los perros asustados emiten ladridos quejumbrosos. Los niños se refugian entre las piernas y los brazos de sus madres buscando solícita protección. Una ráfaga de ametralladora estremece de terror a hombres y mujeres del pueblo. El teniente Alfredo Montenegro grita sus órdenes a los "cachorros" para infundirle pánico a la población.

—¡Todos afuera! —ordena el Teniente.

Los "Cazadores" entran casa por casa, requisan hasta el último resquicio, arrojan enseres, decomisan alimentos y destrozan los tinajeros de agua. Resuenan los culatazos sobre los pechos y espaldas de los campesinos. Los gritos de las mujeres ultrajadas, los llantos de los niños atemorizados y los disparos de los fusiles hacen blanco en los animales domésticos. Una y más veces, el grito de guerra del teniente Montenegro va saltando de casa en casa, de esquina en esquina, de calle en calle del pueblo.

—¡Desgraciados, ustedes todos son guerrilleros! ¡Se me van todos de aquí! ¡No quiero ver a un solo campesino en este pueblo! ¡Lo vamos a quemar, lo vamos a bombardear!

Y las ráfagas siguen perforando las paredes de las c
nadas, pasan por sobre las cabezas de los campesinos qu
zantes y se internan en los montes cercanos o se ocultan e
Los gritos de las mujeres se confunden con los llantos de l
alaridos de los perros. Aullidos, maldiciones, voces lloros
brosas y la fusilería vomitando fuego por sobre chozas y sa
animales que pululan en los patios de los ranchos cam
"cachorros" persiguen enardecidos a los campesinos que c
de pánico. Arremeten contra sus espaldas. Los arrastr
suelo, les arrebatan el dinero, les arrancan las vestiduras y s
trizas. Los "cachorros" del Pentágono se entregan ahora
pillaje. Cargan con alimentos enlatados, con el dinero qu
los hombres y a las mujeres, con los cigarrillos y todas l
cosas que sustraen de los ranchos.

—¡Aquí no va a quedar nada para los guerrilleros! —
jactanciosos los "boinas verdes".

—Les dejaremos cenizas de recuerdos.

Y los "Cazadores" salen de las viviendas gritando s
celebrando sus felonías, como si estuvieran entregados a la
frenada orgía. Gruesas llamaradas de fuego trepan como
ardiente por las puertas, ventanas y techos de las casas. Y un
pólvora, de humo y de cenizas se levanta por sobre los ranch
cados. Algunas viviendas escapan del fuego criminal. Pe
casa escapa del saqueo y del asalto artero. La ola represi
avance despiadado. Los "cachorros del Pentágono" esta
sangre y buscan más víctimas campesinas. El Teniente ma
del batallón homicida y Juan Polanco es el baquiano que co
"Cazadores" por todos los recovecos que van a dar directa
caseríos equidistantes. Muy cerca, a un kilómetro apena
magua, se levanta el caserío "El Carmen". Alarma y desasos
mentan sus pacíficos moradores. Un presentimiento de
arrastra por los rincones de las viviendas y espanta de terro
labriegos.

Muchas familias abandonan presurosas el solar nat
rías se desplazan los grupos que buscan cobijarse, arrima
que los ponga a salvo de las mesnadas sanguinarias. Otros
gados, se resisten a abandonar sus tierras y labrantíos y se
sombra de su humilde y ancestral covacha.

... El Capitán la atajó y la
... su bota derecha contra el

... abandonar esta zona, por-
... ¡El que se quede aquí va a morir
... desocupar, viejos brujos!
... por los "boina verdes" a
... norteamericanos que incursionan en
... las oleadas y escaladas de las tropas
... a su paso, que peinan las laderas y los
... pueblos enteros y los borran defi-
... Vietnam, los "Cazadores" entran
... a su paso, con furia y con saña, con
... y monstruosa práctica del genocidio

... "cachorros del Pentágono". Y los
... cargados de metrallas, abrazados a
... retumban sobre la montaña. Las
... "Cazadores" viran hacia los caseríos
... los primeros disparos que rozan los
... Vicente". Corren despavoridas las
... ladridos quejumbrosos. Los niños
... de sus madres buscando solícita
... estremece de terror a hombres
... Alfredo Montenegro grita sus órdenes
... pánico a la población.
... el Teniente.
... por casa, requisan hasta el último res-
... alimentos y destrozan los tinajeros
... sobre los pechos y espaldas de los cam-
... ultrajadas, los llantos de los niños
... fusiles hacen blanco en los animales
... el grito de guerra del teniente Mon-
... de esquina en esquina, de calle en

... son guerrilleros! ¡Se me van todos
... campesino en este pueblo! ¡Lo vamos a
...

Y las ráfagas siguen perforando las paredes de las casas abandonadas, pasan por sobre las cabezas de los campesinos que corren acezantes y se internan en los montes cercanos o se ocultan en las cañadas. Los gritos de las mujeres se confunden con los llantos de los niños y los alaridos de los perros. Aullidos, maldiciones, voces llorosas y quejumbrosas y la fusilería vomitando fuego por sobre chozas y sacrificando los animales que pululan en los patios de los ranchos campesinos. Los "cachorros" persiguen enardecidos a los campesinos que corren presas de pánico. Arremeten contra sus espaldas. Los arrastran contra el suelo, les arrebatan el dinero, les arrancan las vestiduras y se las vuelven trizas. Los "cachorros" del Pentágono se entregan ahora al saqueo y pillaje. Cargan con alimentos enlatados, con el dinero que le quitan a los hombres y a las mujeres, con los cigarrillos y todas las pequeñas cosas que sustraen de los ranchos.

—¡Aquí no va a quedar nada para los guerrilleros! —proclaman jactanciosos los "boinas verdes".

—Les dejaremos cenizas de recuerdos.

Y los "Cazadores" salen de las viviendas gritando sus victorias, celebrando sus felonías, como si estuvieran entregados a la más desenfrenada orgía. Gruesas llamaradas de fuego trepan como una culebra ardiente por las puertas, ventanas y techos de las casas. Y un reguero de pólvora, de humo y de cenizas se levanta por sobre los ranchos chamuscados. Algunas viviendas escapan del fuego criminal. Pero ninguna casa escapa del saqueo y del asalto artero. La ola represiva sigue su avance despiadado. Los "cachorros del Pentágono" están ahítos de sangre y buscan más víctimas campesinas. El Teniente marcha al frente del batallón homicida y Juan Polanco es el baquiano que conduce a los "Cazadores" por todos los recovecos que van a dar directamente a los caseríos equidistantes. Muy cerca, a un kilómetro apenas de Curimagua, se levanta el caserío "El Carmen". Alarma y desasosiego experimentan sus pacíficos moradores. Un presentimiento de muerte se arrastra por los rincones de las viviendas y espanta de terror a todos los labriegos.

Muchas familias abandonan presurosas el solar nativo. En romerías se desplazan los grupos que buscan cobijarse, arrimarse a un alero que los ponga a salvo de las mesnadas sanguinarias. Otros, más arriesgados, se resisten a abandonar sus tierras y labrantíos y se aferran a la sombra de su humilde y ancestral covacha.

Saben que la muerte ronda muy cerca. Pero prefieren morir en su tierra antes que sembrar sus huesos en tierras lejanas. Un disparo de fusil retumba en la soledad del pueblo. Las ráfagas estremecen el pueblo por los cuatro costados. Los "Cazadores" han cercado el pueblo y dan inicio a los allanamientos y saqueos de rigor. El teniente Montenegro apura el paso orientado por Juan Polanco. Los "Cazadores" arrastran a Macario que marcha descalzo y con los pies hinchados. La patrulla se detiene frente a una casa de techo de zinc. Juan Polanco hace seña afirmativa al Teniente. Con un simple movimiento de cabeza el oficial da la orden de ocupación. Los "cachorros" violentan las puertas y un campesino asoma su cara magra y asustadiza. Macario mira la cara del hombre con perplejidad. Un viejo y noble agricultor de la comarca. Trabajador de sol a sol.

Un hombre que a fuerza de tenaz sacrificio fue labrando su pequeña hacienda de café, trabajando día y noche. Juan Polanco se adelantó a dar la orden de arresto:

—¡Date preso Arquímedes Medina, si no quieres morir como un perro!

Los "cachorros" invaden la casa como una jauría enfurecida. Fueron sacando alimentos, fueron cazando animales a punta de fusil. El campesino Arquímedes Medina se quedaba mudo y aterrado. Mudo por el dolor, por la acción cobarde y criminal de los intrusos. De su rostro surcado de arrugas brotaron gotas de sudor frío. El Teniente se acercó y le puso su mano rapaz sobre el hombro derecho.

—¿Sabes que esta casa ya no te pertenece? Aquí vamos a instalar nuestro Comando y tú serás nuestro prisionero.

El campesino continuaba sumergido en el silencio, con la cabeza gacha y una mirada sombría y triste. Los "Cazadores" aceleraban su ofensiva destructora. Arrasaban con utensilios y bienes personales del campesino. Tomaban zapatos y los lanzaban a la calle. Sacaban pantalones y los rasgaban con las puntas de sus bayonetas. El campesino miraba con incontenible dolor a sus captores y las lágrimas casi brotaban de sus ojos. Lo que él había obtenido durante muchos años de tesonera labor, en un momento quedaba vuelto añicos. Juan Polanco dirigía sus pasos hacia Macario. Dos sargentos rechonchos le hacían compañía y formaban un círculo siniestro. Juan Polanco insinuaba socarrón:

—Vamos a despachar de una vez a este pajarito, sargento Bravo. ¡Un tiro por la nuca y listo!

Ese era el grillo que se le había metido en la ca
sacárselo con Macario. Por dos oportunidades los "ca
que contenerlo.

—¡Controla tus ímpetus, vale! —le habían dicho.

Pero Juan Polanco no podía estar tranquilo un m
ver correr sangre. Tenía una sed de venganza que le e
ñas. Y a cada instante se ensañaba con Macario. Otros
ción más comprensiva:

—Dejen quieto a ese hombre. No lo golpeen m
humanos —estas tentativas resultaban inútiles. Los
sanguinarios se dejaban arrastrar por las arengas de su
dado es de hierro y come piedra".

La soldadesca recorría las últimas casas del pueb
Montenegro, desde su nuevo despacho, comenzaba a
Fue distribuyendo a los "cachorros" en los puntos
primer mandato: la escuela de Macanilla sería centro
prisioneros. Allí condujeron a Macario y a los campesi
como prisioneros de guerra.

Los "cachorros" regresaban henchidos de alegría y
su fusiles y su "boina verde" de medio lado rasgando la
montaña.

Hilvanaban los más dispares comentarios. Y con g
carcajadas celebraban sus incursiones felonas. Una
desflorada. Una anciana ultrajada por la tropa. Los v
tratos a jóvenes, ancianos y niños.

A los que hacían resistencia y se negaban a desalo
arrollaban a planazos y culatazos y a rastras se lo lleva
hasta el local de la escuela. Allí los terminaban de rema
paliza hasta sacarles la sangre y dejarlos sin sentido.
requisa minuciosa de casa en casa. Las manos alargada
fiebre de locura el dinero oculto en el más intrinca
vivienda. Después venía el decomiso indiscriminado de
mientas de trabajo. De suerte que bien pronto la escuel
de prisioneros. Los salones de clase se habían transform
a la mañana, en calabozos y centros de torturas. A Maca
en un cuarto oscuro. El Teniente dio la orden al sargen

—A ese Macario me lo encierran en el cuarto m
municado! ¡No me le den ni pan ni agua!

[illegible] cerca. Pero prefieren morir en su [illegible] tierras lejanas. Un disparo de fusil [illegible] Las ráfagas estremecen el pueblo por [illegible] han cercado el pueblo y dan inicio [illegible] El teniente Montenegro apura el [illegible] Los "Cazadores" arrastran a Macario [illegible] hinchados. La patrulla se detiene [illegible] Juan Polanco hace seña afirmativa al [illegible] de cabeza el oficial da la orden de [illegible] las puertas y un campesino asoma [illegible] mira la cara del hombre con perple- [illegible] de la comarca. Trabajador de sol a sol. [illegible] sacrificio fue labrando su pequeña [illegible] noche. Juan Polanco se adelantó a dar

[illegible] Medina, si no quieres morir como

[illegible] casa como una jauría enfurecida. Fueron [illegible] animales a punta de fusil. El campe- [illegible] mudo y aterrado. Mudo por el [illegible] criminal de los intrusos. De su rostro sur- [illegible] de sudor frío. El Teniente se acercó y le [illegible] derecho.

[illegible] no te pertenece? Aquí vamos a instalar [illegible] prisionero.

[illegible] sumergido en el silencio, con la cabeza [illegible] Los "Cazadores" aceleraban su ofen- [illegible] utensilios y bienes personales del campe- [illegible] a la calle. Sacaban pantalones y los [illegible] bayonetas. El campesino miraba con [illegible] y las lágrimas casi brotaban de sus [illegible] durante muchos años de tesonera labor, [illegible] añicos. Juan Polanco dirigía sus pasos [illegible] rechonchos le hacían compañía y for- [illegible] Polanco insinuaba socarrón:

[illegible] vez a este pajarito, sargento Bravo.

Ese era el grillo que se le había metido en la cabeza. Y él quería sacárselo con Macario. Por dos oportunidades los "cachorros" tuvieron que contenerlo.

—¡Controla tus ímpetus, vale! —le habían dicho.

Pero Juan Polanco no podía estar tranquilo un momento. Quería ver correr sangre. Tenía una sed de venganza que le escocía las entrañas. Y a cada instante se ensañaba con Macario. Otros tenían una reacción más comprensiva:

—Dejen quieto a ese hombre. No lo golpeen más. Todos somos humanos —estas tentativas resultaban inútiles. Los "cachorros" más sanguinarios se dejaban arrastrar por las arengas de su teniente: "el soldado es de hierro y come piedra".

La soldadesca recorría las últimas casas del pueblo. Y el teniente Montenegro, desde su nuevo despacho, comenzaba a impartir órdenes. Fue distribuyendo a los "cachorros" en los puntos estratégicos. Su primer mandato: la escuela de Macanilla sería centro de reclusión de prisioneros. Allí condujeron a Macario y a los campesinos capturados como prisioneros de guerra.

Los "cachorros" regresaban henchidos de alegría y de orgullo. Con su fusiles y su "boina verde" de medio lado rasgando la brisa fresca de la montaña.

Hilvanaban los más dispares comentarios. Y con gruesas y sonoras carcajadas celebraban sus incursiones felonas. Una impúber jovencita desflorada. Una anciana ultrajada por la tropa. Los vejámenes y maltratos a jóvenes, ancianos y niños.

A los que hacían resistencia y se negaban a desalojar el pueblo, los arrollaban a planazos y culatazos y a rastras se lo llevaban amarrados hasta el local de la escuela. Allí los terminaban de rematar con una gran paliza hasta sacarles la sangre y dejarlos sin sentido. Y luego era la requisa minuciosa de casa en casa. Las manos alargadas buscando con fiebre de locura el dinero oculto en el más intrincado rincón de la vivienda. Después venía el decomiso indiscriminado de todas las herramientas de trabajo. De suerte que bien pronto la escuela estaba repleta de prisioneros. Los salones de clase se habían transformado, de la noche a la mañana, en calabozos y centros de torturas. A Macario lo separaron en un cuarto oscuro. El Teniente dio la orden al sargento Bravo:

—A ese Macario me lo encierran en el cuarto más oscuro, ¡incomunicado! ¡No me le den ni pan ni agua!

Y día y noche montaban guardia los "cachorros". Al comienzo la orden se cumplía estrictamente. Pero después venían los desajustes. Nunca faltaba algún "cachorro" descarriado que se rebelaba contra las órdenes de su jefe. Y repetía sus palabras como un estribillo:

—Todos somos humanos.

Y al menor descuido... le deslizaba un pedazo de pan a Macario, un trozo de carne sancochada o una cantimplora llena de agua. Fueron dos noches frías y oscuras soportando los maltratos recios de los "cachorros" y arrojado al duro suelo del colegio. Al tercer día, apenas despuntaron los primeros rayos de luz de la mañana, vino la orden de reanudar la marcha. Reiniciar las brutales jornadas de limpieza y rastreo. Las marchas se tornaban penosas. Los "Cazadores" se resentían de cansancio. Las botas las sentían más pesadas y los fusiles cimbraban sus cuerpos aporreados y entumecidos. El sol se filtraba a través de las ramas de los árboles y calentaba las espaldas sudorosas de la tropa. El teniente Montenegro y Juan Polanco apuraban el paso. En su andar atropellado tropezaban con ranchos desguarnecidos, abandonados en el medio del camino. Una soledad impenetrable dominaba el paisaje. Un paisaje cada vez más triste y desolador.

Tan sólo huellas dispersas y borrosas, huellas de pisadas torpes y nerviosas de los campesinos que abandonaban sus ranchos y sus conucos para ponerse a salvo de la acometida criminal de los "cachorros" del Pentágono. Las huellas saltaban aquí y allá. A veces se perdían en la montaña, a veces reaparecían más adelante, frescas o borrosas. El éxodo de las masas campesinas hacía más profunda la soledad de los caseríos. De nuevo las mesnadas llegan de retorno al poblado "El Carmen". Casas desoladas y vacías. Las hojas de sus puertas y ventanas desprendidas.

De una a otra callejuela se palpan los restos de objetos y pertenencias que el Ejército arrebató a sus moradores o que estos dejaron a su paso, huyendo despavoridos de los batallones punitivos. Los aullidos quejumbrosos de los perros abandonados dejan una honda sensación de tristeza y desolación. Los "Cazadores" repiten operaciones de registros y allanamientos en las casas. De improvisto se encuentran con algún campesino rezagado o de una familia agazapada en sus cuatro paredes. Y la furia de los "cachorros" del Pentágono se vuelve tormenta despiadada en irrefrenable torbellino. Entonces ya no es el aullido de los perros lo que

se escucha en el poblado. Son los gritos desgarrados y l
campesinos que ponen su toque de terror y melancolía.

—¡Qué hacen aquí, grandes carajos! ¡Ya pueden i
mate a todos!

Es de nuevo la voz del teniente Montenegro que v
nazas y gritos de guerra.

Las ráfagas de los fusiles fals dejan grabado su tatu
las paredes y fogones de las covachas.

Por momentos cesan los disparos y crepitan las ra
árboles chamuscados. De la montaña bajan ráfagas furi
contra las viviendas incendiadas y se levantan remolino
carbón que se expanden por el pueblo.

Los perros husmean en los patios de las casas bus
cadáveres en descomposición. Bandas de zamuros ens
macabra para luego ponerse sobre las bestias sacrificada
hondo en sus entrañas y engullirse los bocados de car
Los "boinas verdes" montan improvisados festines en la
nadas. Nuevos contingentes militares llegan del otro
sierra. Los "cachorros" del capitán Ramírez Inciarte se a
los escombros del pequeño y devastado caserío. Vienen d
tadoras jornadas tras una intensa y despiadada operación

Los oficiales comentan entre sí:

—A los guerrilleros se los tragó la tierra.

—¡Hay que bombardear la montaña para sacarlos de

—¡Hay que acabar con estos poblados!

Juan Polanco no pierde la oportunidad de ensañarse c
"Tiene una cuenta pendiente conmigo y me la voy a cob
al sargento Godoy y lo incita al castigo.

—Aprovechen de joder a ese carajo, porque ahora sí

Después rodeaba a los oficiales y les hablaba con za
lancia. Ahora su plan consistía en ganarse al máximo la c
jefes para actuar con plena libertad y cometer la fecho
metida como un grillo entre ceja y ceja.

El movimiento de tropa se intensificaba más y m
fuego se extendía como una onda gigantesca que iba c
minos, los caseríos, las laderas y los cerros de las tierras
de la montaña. Paso a paso los batallones de la muerte i
de las aldeas y sementeras a los pueblos diseminados

[illegible] los “cachorros”. Al comienzo la
[illegible] Pero después venían los desajustes.
[illegible] descarriado que se rebelaba contra las
[illegible] como un estribillo:
[illegible]

[illegible] un pedazo de pan a Macario, un
[illegible] cantimplora llena de agua. Fueron dos
[illegible] los maltratos recios de los “cachorros”
[illegible] Al tercer día, apenas despuntaron
[illegible] mañana, vino la orden de reanudar la
[illegible] jornadas de limpieza y rastreo. Las mar-
[illegible] Los “Cazadores” se resentían de cansancio.
[illegible] y los fusiles cimbraban sus cuerpos
[illegible] El sol se filtraba a través de las ramas de los
[illegible] sudorosas de la tropa. El teniente
[illegible] apuraban el paso. En su andar atropellado
[illegible] desguarnecidos, abandonados en el medio del
[illegible] dominaba el paisaje. Un paisaje cada
[illegible]

[illegible] y borrosas, huellas de pisadas torpes y
[illegible] que abandonaban sus ranchos y sus co-
[illegible] de la acometida criminal de los “cachorros”
[illegible] saltaban aquí y allá. A veces se perdían en la
[illegible] reaparecían más adelante, frescas o borrosas. El
[illegible] campesinas hacía más profunda la soledad de los
[illegible] las mesnadas llegan de retorno al poblado “El
[illegible] y vacías. Las hojas de sus puertas y ventanas

[illegible] callejuela se palpan los restos de objetos y pertenen-
[illegible] arrebató a sus moradores o que estos dejaron a su
[illegible] despavoridos de los batallones punitivos. Los aullidos
[illegible] perros abandonados dejan una honda sensación de
[illegible] Los “Cazadores” repiten operaciones de registros y
[illegible] casas. De improvisto se encuentran con algún cam-
[illegible] familia agazapada en sus cuatro paredes. Y la
[illegible] del Pentágono se vuelve tormenta despiadada en
[illegible] Entonces ya no es el aullido de los perros lo que

se escucha en el poblado. Son los gritos desgarrados y lastimeros de los campesinos que ponen su toque de terror y melancolía.

—¡Qué hacen aquí, grandes carajos! ¡Ya pueden irse antes que los mate a todos!

Es de nuevo la voz del teniente Montenegro que vomita sus amenazas y gritos de guerra.

Las ráfagas de los fusiles fals dejan grabado su tatuaje de plomo en las paredes y fogones de las covachas.

Por momentos cesan los disparos y crepitan las ramazones de los árboles chamuscados. De la montaña bajan ráfagas furiosas que chocan contra las viviendas incendiadas y se levantan remolinos de ceniza y de carbón que se expanden por el pueblo.

Los perros husmean en los patios de las casas buscando restos de cadáveres en descomposición. Bandas de zamuros ensayan una danza macabra para luego ponerse sobre las bestias sacrificadas, picotear muy hondo en sus entrañas y engullirse los bocados de carroña pestilente. Los “boinas verdes” montan improvisados festines en las casas abandonadas. Nuevos contingentes militares llegan del otro extremo de la sierra. Los “cachorros” del capitán Ramírez Inciarte se abren paso entre los escombros del pequeño y devastado caserío. Vienen de cumplir agotadoras jornadas tras una intensa y despiadada operación rastreo.

Los oficiales comentan entre sí:

—A los guerrilleros se los tragó la tierra.

—¡Hay que bombardear la montaña para sacarlos de sus madrigeras!

—¡Hay que acabar con estos poblados!

Juan Polanco no pierde la oportunidad de ensañarse contra Macario. “Tiene una cuenta pendiente conmigo y me la voy a cobrar”. Se le acerca al sargento Godoy y lo incita al castigo.

—Aprovechen de joder a ese carajo, porque ahora sí lo van a matar.

Después rodeaba a los oficiales y les hablaba con zalamería y adulancia. Ahora su plan consistía en ganarse al máximo la confianza de los jefes para actuar con plena libertad y cometer la fechoría que llevaba metida como un grillo entre ceja y ceja.

El movimiento de tropa se intensificaba más y más. El cerco de fuego se extendía como una onda gigantesca que iba copando los caminos, los caseríos, las laderas y los cerros de las tierras húmedas y frías de la montaña. Paso a paso los batallones de la muerte iban desalojando de las aldeas y sementeras a los pueblos diseminados en la inmensa

zona montañosa. Los pacíficos y laboriosos poblados se convertían en campamentos antiguerrilleros. La violencia militar tomaba las más diversas formas. Ya no se podía hablar de justicia, de ley o de norma jurídica. La justicia o la libertad se regían por las bocas de los fusiles de los "cachorros" del Pentágono. Ellos podían disponer a su antojo de la vida de los hombres, ellos tenían licencia para violar mujeres, ellos tenían plena libertad para saquear y entregarse al pillaje y a todos los excesos. En una palabra: ellos tenían órdenes para matar, para fusilar impunemente. Su norma: la violencia. Sus principios: destruirlo todo, arrasarlo todo. En consecuencia, todo acto inhumano y brutal tenía su justificación.

Los batallones iban y venían. Se internaban en la montaña. Una febril actividad se apoderaba de los oficiales y la tropa. Estaban en pie de guerra. Había que tender un cerco a las guerrillas. Irlas rodeando en oleadas envolventes. Cortarles los suministros, reducir palmo a palmo su capacidad de movimiento y acción. Ahogarlas en su propio espacio vital y luego darles la batida final hasta liquidarlas y reducirlas a nada. Eso eran los planes trazados, los objetivos finales... que siempre terminaban en el fracaso.

Los convoyes y las patrullas cubren todos los trechos donde antes moraban los campesinos. A la entrada y salida de los pueblos funcionan las alcabalas móviles.

Pequeños destacamentos, unidades de combate, se colocan estratégicamente en los bosques periféricos a las carreteras que bordean la montaña. Allí permanecen al acecho, camuflajeados, ocultos tras los árboles y malezas, listos a caer sorpresivamente sobre toda persona o vehículo que transite por esos parajes.

Una patrulla se desplaza veloz por la carretera Ure-Curimagua. De pronto detiene su marcha. Tres "boinas verdes" bajan a Macario. Le dicen palabras insultantes y amenazadoras. Lo empujan con las culatas de sus fusiles. Lo dejan tendido en el suelo. Muy cerca se levanta una vivienda campesina. Macario no sale de su asombro. Medio mareado y asustado mira hacia los lados y observa que los tres "Cazadores" vigilan sus movimientos muy de cerca. "Una celada", piensa el campesino. Un convoy avanza presuroso. Tres transportes militares y más de cien efectivos que bajan de las unidades formando pelotones compactos. Crece el miedo en Macario y crece la agresividad en los rostros de la tropa. Esa casa que estaba allí, a pocos pasos, es la vivienda de sus padres. Y lo más

extraño de todo era que los pobres ancianos no daban "A lo mejor los fusilaron", pensaba otra vez Macario. hacia el grupo de "Cazadores" y esta vez pudo distin Ramírez Inciarte y el teniente Barrios. Hacían gestos señalaban hacia la vivienda campesina. Una camioneta ción. Lentamente avanzó hacia la vivienda rodeada d Dentro del vehículo tres personas vestidas de civil con merciantes. Uno de ellos descendió de la camioneta y hacia la casa. Macario siguió el trayecto del hombre inquieta. "Un digepol", se dijo. "El digepol Jesús Rafa Tocó a la puerta. La sombra de un anciano se divisó a t resplandeciente. El hombre dijo algo y le entregó un p con la misma rapidez que llegó así se marcho. La camion el regreso. Una voz autoritaria se hizo escuchar.

—¡Detengan a ese carro! —era la voz del capitán Ra

Los "Cazadores" rodearon el vehículo e hicieron hombres. Los requisaron superficialmente. El Capitán Esta vez menos autoritario.

—Que se acuesten en el suelo boca arriba. Unos g oyeron muy cerca. Un campesino corría con los pies guido por tres "Cazadores".

—¡Alto ahí, no disparen! —tronó la voz del Cap zadores" contuvieron sus armas con aire de disgusto. pero con ánimo de contrariedad.

De la vivienda cercana dos "Cazadores" sacaron a anciano canoso. Era el padre de Macario. El anciano ca cultad. Los "cachorros" iracundos golpearon al viej Cada vez que golpeaban al viejo, éste se caía y mascull tendibles. Uno de los "Cazadores" se acercó al Capit papel blanco que le había arrebatado al viejo. El Capit es importantísimo. Perdomo". Luego dijo, señalando

—¡Tráiganme a ese carajo!

Y los "cachorros" arremetieron contra Macario patadas y culatazos hasta donde estaba el Capitán.

—Conque tú eres Macario... Ya puedes porque esta vez sí no te vas a salvar.

[illegible] poblados se convertían en [illegible] La violencia militar tomaba las más [illegible] de justicia, de ley o de norma [illegible] por las bocas de los fusiles de [illegible] podían disponer a su antojo de la [illegible] licencia para violar mujeres, ellos [illegible] entregarse al pillaje y a todos los [illegible] órdenes para matar, para fusilar [illegible] Sus principios: destruirlo todo, [illegible] todo acto inhumano y brutal tenía su [illegible]

[illegible] Se internaban en la montaña. Una [illegible] oficiales y la tropa. Estaban en pie [illegible] a las guerrillas. Irlas rodeando en [illegible] suministros, reducir palmo a palmo [illegible] Ahogarlas en su propio espacio [illegible] liquidarlas y reducirlas a nada. [illegible] objetivos finales… que siempre termi-[illegible]

[illegible] cubren todos los trechos donde antes [illegible] y salida de los pueblos funcionan [illegible]

[illegible] unidades de combate, se colocan estra-[illegible] periféricos a las carreteras que bordean la [illegible] acecho, camuflajeados, ocultos tras los [illegible] sorpresivamente sobre toda persona o [illegible]

[illegible] por la carretera Ure-Curimagua. De [illegible] "boinas verdes" bajan a Macario. Le [illegible] amenazadoras. Lo empujan con las culatas [illegible] en el suelo. Muy cerca se levanta una [illegible] de su asombro. Medio mareado y [illegible] que los tres "Cazadores" vigilan [illegible] "Una celada", piensa el campesino. Un [illegible] transportes militares y más de cien efec-[illegible] formando pelotones compactos. Crece [illegible] agresividad en los rostros de la tropa. Esa [illegible] es la vivienda de sus padres. Y lo más

extraño de todo era que los pobres ancianos no daban señales de vida. "A lo mejor los fusilaron", pensaba otra vez Macario. Volvió su mirada hacia el grupo de "Cazadores" y esta vez pudo distinguir al capitán Ramírez Inciarte y el teniente Barrios. Hacían gestos con los brazos y señalaban hacia la vivienda campesina. Una camioneta hizo su aparición. Lentamente avanzó hacia la vivienda rodeada de "Cazadores". Dentro del vehículo tres personas vestidas de civil con aspecto de comerciantes. Uno de ellos descendió de la camioneta y salió en carrera hacia la casa. Macario siguió el trayecto del hombre con su mirada inquieta. "Un digepol", se dijo. "El digepol Jesús Rafael Rodríguez". Tocó a la puerta. La sombra de un anciano se divisó a través de una luz resplandeciente. El hombre dijo algo y le entregó un papel blanco. Y con la misma rapidez que llegó así se marchó. La camioneta emprendió el regreso. Una voz autoritaria se hizo escuchar.

—¡Detengan a ese carro! —era la voz del capitán Ramírez Inciarte.

Los "Cazadores" rodearon el vehículo e hicieron bajar a los tres hombres. Los requisaron superficialmente. El Capitán habló de nuevo. Esta vez menos autoritario.

—Que se acuesten en el suelo boca arriba. Unos gritos de terror se oyeron muy cerca. Un campesino corría con los pies descalzos perseguido por tres "Cazadores".

—¡Alto ahí, no disparen! —tronó la voz del Capitán. Y los "Cazadores" contuvieron sus armas con aire de disgusto. Acataron la orden pero con ánimo de contrariedad.

De la vivienda cercana dos "Cazadores" sacaron a empujones a un anciano canoso. Era el padre de Macario. El anciano caminaba con dificultad. Los "cachorros" iracundos golpearon al viejo con sus fusiles. Cada vez que golpeaban al viejo, éste se caía y mascullaba palabras inentendibles. Uno de los "Cazadores" se acercó al Capitán y le entregó el papel blanco que le había arrebatado al viejo. El Capitán leyó: "Macario: es importantísimo. Perdomo". Luego dijo, señalando a Macario.

—¡Tráiganme a ese carajo!

Y los "cachorros" arremetieron contra Macario y lo arrastraron a patadas y culatazos hasta donde estaba el Capitán.

—Conque tú eres Macario… Ya puedes ir desembuchando porque esta vez sí no te vas a salvar.

Los "cachorros" seguían golpeando en el suelo al padre de Macario, que ya no mascullaba palabras ni se quejaba. El Capitán golpeó con el puño a Macario por el pecho y le dijo:

—¡Este es un mensaje para ti! Se lo hemos quitado a tu padre y tú tienes que decirnos quién es ese Perdomo que lo firma.

Lo agarró con sus manos por el cuello, como si fuera a estrangularlo, y lo lanzó violentamente contra el suelo. Macario se paró rápidamente del suelo y le dijo al Capitán:

—Yo no sé nada de ese papel. Pregúnteselo a quien lo trajo —a pocos pasos de Macario estaba el hombre del papel. Macario lo miró con los ojos centellantes de cólera e ira reprimida.

—¡Vamos, hable! —le dijo Macario—, ¡diga su mensaje! Ese papel no dice nada. Además, aclárele al Capitán su cosa porque yo no conozco a ningún Perdomo.

Los "cachorros" volvían a golpear con furia al anciano postrado en el suelo, ya completamente desvanecido. Macario gritó indignado:

—¡No sean cobardes! ¿Van a matar a ese indefenso anciano? ¡Mátenme a mí, pero dejen quieto a mi padre!

Una fuerte andanada de golpes hizo callar a Macario.

El Capitán tomó un fusil y se lo asestó varias veces por el pecho hasta dejarlo tendido en el suelo. Tres "Cazadores" corrieron hacia el anciano y lo levantaron todavía desvanecido, lo subieron a un jeep y se lo llevaron a un sitio desconocido. Un pelotón de "cachorros" rodeó a Macario que permanecía semi insconsciente. Lo levantaron a empujones.

—Ahora nos vas a llevar al sitio donde está Perdomo —le dijo el Capitán.

Ya no lo golpeaban más sino que a punta de fusil lo hacían caminar. Macario andaba sin sentido de orientación. Caminaba a la fuerza, a la deriva, acosado por una hilera fría de fusiles. Juan Polanco iba a la expectativa. El sol picante se adhería a la piel de los hombres. Macario subía y bajaba por las fajas montañosas, dando traspiés, sin poder detenerse porque las puntas de los fusiles se le clavaban en la espalda. Hubo un momento que Macario sintió desfallecerse. Las plantas de los pies ampolladas e hinchadas y fuertes calambres en las piernas que casi inmovilizaban su cuerpo. Caminaba de arrastras. Subieron una cuesta y Macario tuvo que arrastrarse para trepar el copo de un cerro.

Allí se detuvo y se lanzó a tierra, dispuesto a ...
caminata.

Antes que lo golpearan los "Cazadores" ...
rrándose fuerte a una tabla de salvación:

—¡Aquí es el lugar!

Juan Polanco se le fue encima. Lo pateó en el ...
varios golpes de fusil, diciéndole:

—¡Mentiroso! En este sitio fue donde tú le ...
nueve milímetros a los guerrilleros para que ...
Goyo Medina.

Y le descargó sus puños con brutal ...
dirigió al Capitán que permanecía impávido, ...
recostado a una roca.

—Mi Capitán, no vale la pena perder más el ...
bundo. Lo mejor que usted puede hacer es ...
parte sin novedad! ¡Murió en un encuentro guerrillero!

El Capitán seguía impávido, abstraído, ...
rosas crestas de las montañas que se perdían en el ...
nito del cielo.

De repente un golpe seco hizo rodar por la ...
Cuando los "cachorros" lo recogieron, un hilillo de ...
copiosamente de su frente, le rodaba por la cara ...
cuerpo de un rojizo color de pitahaya.

Las patrullas de combate entran con sigilo, ...
pisadas, cada vez que se internan por las zonas más ...
taña. Tienen miedo de la brisa silbante que baja ...
bate las boinas. Tienen miedo de las ramas que se ...
el viento. Tienen temor del ruido que produce el ...
pisadas sobre las hojas secas. De cualquier árbol puede ...
artera, el relámpago de metralla que no da tiempo a ...
mucho menos protegerse ni acudir al camuflaje. Por ...
ciar una avanzada, peinan la montaña con una ...
intensa de plomo. Riegan la montaña de plomo para ...
trecho y regresarse sudorosos de frío, llenos de ...
Los oficiales arengan a sus "cachorros", como para ...
darse ellos mismos un valor ficticio.

—¡Vamos a darle una batida a las guerrillas!

[illegible] al padre de Macario, [illegible] El Capitán golpeó con el [illegible]

[illegible] quitado a tu padre y tú [illegible] que lo firma.

[illegible], como si fuera a estrangu- [illegible] suelo. Macario se paró rápida- [illegible]

[illegible] Pregúnteselo a quien lo trajo —a [illegible] del papel. Macario lo miró [illegible] reprimida.

[illegible]—, ¡diga su mensaje! Ese [illegible] al Capitán su cosa porque yo no [illegible]

[illegible] con furia al anciano postrado en [illegible]. Macario gritó indignado:

[illegible] a ese indefenso anciano? ¡Má- [illegible]

[illegible] callar a Macario.

[illegible] asestó varias veces por el pecho [illegible] Tres "Cazadores" corrieron hacia el [illegible]ecido, lo subieron a un jeep y se lo [illegible] pelotón de "cachorros" rodeó a [illegible]consciente. Lo levantaron a empu-

[illegible] donde está Perdomo —le dijo el

[illegible] que a punta de fusil lo hacían ca- [illegible] de orientación. Caminaba a la [illegible] hilera fría de fusiles. Juan Polanco [illegible] se adhería a la piel de los hombres. [illegible] montañosas, dando traspiés, sin [illegible] de los fusiles se le clavaban en la [illegible] Macario sintió desfallecerse. Las [illegible]hadas y fuertes calambres en las [illegible] cuerpo. Caminaba de arrastras. Su- [illegible] arrastrarse para trepar el copo de

Allí se detuvo y se lanzó a tierra, dispuesto a negarse continuar la caminata.

Antes que lo golpearan los "Cazadores" alcanzó a decir, como aferrándose fuerte a una tabla de salvación:

—¡Aquí es el lugar!

Juan Polanco se le fue encima. Lo pateó en el suelo y lo remató con varios golpes de fusil, diciéndole:

—¡Mentiroso! En este sitio fue donde tú le entregaste las pistolas nueve milímetros a los guerrilleros para que asesinaran a mi primo Goyo Medina.

Y le descargó sus puños con brutal ensañamiento. Entonces se dirigió al Capitán que permanecía impávido, con visible cansancio y recostado a una roca.

—Mi Capitán, no vale la pena perder más el tiempo con este vagabundo. Lo mejor que usted puede hacer es matarlo aquí mismo. ¡Y parte sin novedad! ¡Murió en un encuentro guerrillero!

El Capitán seguía impávido, abstraído, contemplando las numerosas crestas de las montañas que se perdían en el azul inmenso e infinito del cielo.

De repente un golpe seco hizo rodar por la pendiente a Macario. Cuando los "cachorros" lo recogieron, un hilillo de sangre manaba copiosamente de su frente, le rodaba por la cara y le manchaba el cuerpo de un rojizo color de pitahaya.

Las patrullas de combate entran con sigilo, como si midieran sus pisadas, cada vez que se internan por las zonas más boscosas de la montaña. Tienen miedo de la brisa silbante que baja en ráfagas frías y les bate las boinas. Tienen miedo de las ramas que se mueven agitadas por el viento. Tienen temor del ruido que produce el crac crac de sus pisadas sobre las hojas secas. De cualquier árbol puede surgir la ráfaga artera, el relámpago de metralla que no da tiempo a lanzarse al suelo ni mucho menos protegerse ni acudir al camuflaje. Por eso, antes de iniciar una avanzada, peinan la montaña con una cobertura gruesa e intensa de plomo. Riegan la montaña de plomo para avanzar un corto trecho y regresarse sudorosos de frío, llenos de cansancio y de miedo. Los oficiales arengan a sus "cachorros", como para infundirles bríos y darse ellos mismos un valor ficticio.

—¡Vamos a darle una batida a las guerrillas!

Y viene un gran despliegue militar, pero la avanzada, la acometida es de corto trecho. No más allá de la falda, girando siempre a la periferia. En realidad, el fondo de la montaña infunde un miedo espantoso y lúgubre. Entonces la batida se vuelve locura, baño de sangre y campos de terror y tortura entre los desarmados e indefensos campesinos.

De nada valen los requerimientos de los oficiales, las amenazas y proclamas encendidas:

—¡Soldado es de hierro y come piedra!

—¡A soldado no le hace el frío, no le hace el agua, no le hace el plomo de las guerrillas!

—¡A soldado no lo pica culebra!

—¡Es de hierro y come piedra!

Por eso, internarse en lo más profundo de la montaña no es tarea tan sencilla como llegar a un caserío, allanar y saquear casas, torturar campesinos, violar mujeres, y entregarse al pillaje y a los excesos más desenfrenados, sin encontrar ninguna resistencia, sin encontrar ninguna fuerza que repela sus brutales procederes.

Subir la montaña no es tan sencillo. Hay que buscar un baquiano. Por las buenas o por las malas… o que se le ofrezca voluntario. O que marche a la fuerza a punta de fusil. El baquiano siempre va al frente y siempre es la primera víctima cuando revienta la emboscada. Atrás va la patrulla, el grueso militar. Cautelosos y temerosos, con el miedo en los rostros y la nerviosidad en las manos intranquilas. Así marcha el pelotón siniestro que recorre tramos de la sierra y atraviesa los caseríos intermedios. Adelante llevan a Macario con las piernas y los pies ensangrentados y las vestiduras vueltas jirones. La cara cubierta de heridas y la barba canosa que le imprimen un aspecto francamente deplorable. Camina a tientas y a locas trepando por una falda pedregosa hasta alcanzar las moles rocosas del cerro "Guatarima", subir y bajar por las montañas de la sierra coreana y perderse por los más intrincados senderos. Subir de nuevo con dificultad, perder el equilibrio y rodar por el suelo rocoso y arenoso, pararse con porfía para volver a caer con mayor violencia. Hundirse en los fangales con el barro a las rodillas o con el agua fría y pastosa llegando hasta el cuello. Y tener que soportar con paciencia benedictina las picadas de insectos ponzoñosos que más que picadas son mordeduras, rosetones de sangre que emulan a las colillas encendidas de los "Cazadores". Y tener que andar y andar sin rumbo fijo, con el cuerpo sangrante y allagado, acosado por miles de

insectos montañosos, atacado por el sol ardiente o a
viento frío que baja de la montaña umbría. Y luego an
perro perseguido muy de cerca por una jauría de "cach
rabiosos "cachorros" del Pentágono.

Y rabiosos entran los "cachorros" en tropel —de
su paso— por los caseríos de Santa Lucía, Acarite,
Sabida, por una sola trocha, por una fila de montaña
erizado de piedras, sembrado de obstáculos y con un
en cada sombra del camino.

Después de largo y tortuoso recorrido viene una
de Cabure. El Comando Militar, desde su centro de
parte instrucciones a todos los pequeños destacam
diseminados entre caseríos y campamentos antiguerril
bure, San Luis y Curimagua, al pie de la montaña roc
centro principal de las operaciones antiguerrilleras. H
picas y caminos enmarañados, entre espesas mont
rocosos para llegar al Campamento de Operaciones de
Hacia allí marchan presurosos de regreso en comisió
convoyes de "Cazadores". Los caminos están sembra
móviles. Civiles y militares montan guardia de trecho
cario ha contado ya dos alcabalas y todavía sigue con
de nuevo con el digepol que le entregó el papel a su
que son dos los digepoles que montan guardia y se
"boinas verdes". Después viene el gigantesco cam
levanta en el centro de la montaña. Macario cuenta d
ochenta carpas entre grandes y pequeñas. Distribuid
comandos. Los transportes militares producen ruido
"cachorros" muestran sus fauces agresivas. Armados
gruesos palos vigilan muy de cerca de los numerosos p
trados. Los golpean a cada momento para mantene
perpetuo. No les permiten comunicarse entre sí. Al
alguna señal le asestan su ración de palos por las costi
pecho. Hay hombres y mujeres, ancianos y niños en
tortura. Se les mantiene en depósitos, como bestias a
nadas al desprecio, a la humillación y al fusilamient
vienen los "cachorros" y los digepoles. Gritan el nom
se lo llevan como una bestia al matadero.

[illegible] avanzada, la acometida [illegible] girando siempre a la peri- [illegible] infunde un miedo espantoso [illegible] locura, baño de sangre y campos [illegible] indefensos campesinos.

[illegible] de los oficiales, las amenazas y [illegible]

[illegible] piedra!

[illegible] no le hace el agua, no le hace el [illegible]

[illegible]

[illegible] profundo de la montaña no es tarea [illegible] allanar y saquear casas, torturar [illegible] entregarse al pillaje y a los excesos más [illegible] ninguna resistencia, sin encontrar nin- [illegible] procederes.

[illegible] sencillo. Hay que buscar un baquiano. [illegible] o que se le ofrezca voluntario. O que [illegible] fusil. El baquiano siempre va al frente y [illegible] cuando revienta la emboscada. Atrás va la [illegible] y temerosos, con el miedo en los [illegible] manos intranquilas. Así marcha el pe- [illegible] de la sierra y atraviesa los caseríos [illegible] Macario con las piernas y los pies [illegible] vueltas jirones. La cara cubierta de [illegible] le imprimen un aspecto francamente [illegible] locas trepando por una falda pedre- [illegible] rocosas del cerro “Guatarima”, subir y [illegible] sierra coreana y perderse por los más [illegible] nuevo con dificultad, perder el equili- [illegible] arenoso, pararse con porfía para volver [illegible] Hundirse en los fangales con el barro a las [illegible] llegando hasta el cuello. Y tener que [illegible] las picadas de insectos ponzoñosos [illegible] mordeduras, rosetones de sangre que emulan [illegible] “Cazadores”. Y tener que andar y andar [illegible] sangrante y allagado, acosado por miles de

insectos montañosos, atacado por el sol ardiente o acuchillado por el viento frío que baja de la montaña umbría. Y luego arrastrarse como un perro perseguido muy de cerca por una jauría de “cachorros” verdes, los rabiosos “cachorros” del Pentágono.

Y rabiosos entran los “cachorros” en tropel —destruyendo todo a su paso— por los caseríos de Santa Lucía, Acarite, las Peñitas, La Sabida, por una sola trocha, por una fila de montaña, por un camino erizado de piedras, sembrado de obstáculos y con un sinfín de peligros en cada sombra del camino.

Después de largo y tortuoso recorrido viene una orden imperativa de Cabure. El Comando Militar, desde su centro de operaciones, imparte instrucciones a todos los pequeños destacamentos y patrullas diseminados entre caseríos y campamentos antiguerrilleros. Entre Cabure, San Luis y Curimagua, al pie de la montaña rocosa, se levanta el centro principal de las operaciones antiguerrilleras. Hay que bajar por picas y caminos enmarañados, entre espesas montañas y senderos rocosos para llegar al Campamento de Operaciones de “El Guarataro”. Hacia allí marchan presurosos de regreso en comisión las patrullas y convoyes de “Cazadores”. Los caminos están sembrados de alcabalas móviles. Civiles y militares montan guardia de trecho en trecho. Macario ha contado ya dos alcabalas y todavía sigue con vida. Se ha topado de nuevo con el digepol que le entregó el papel a su padre. Y observa que son dos los digepoles que montan guardia y se cartean con los “boinas verdes”. Después viene el gigantesco campamento que se levanta en el centro de la montaña. Macario cuenta de nuevo: cerca de ochenta carpas entre grandes y pequeñas. Distribuidas en secciones y comandos. Los transportes militares producen ruidos aterradores. Los “cachorros” muestran sus fauces agresivas. Armados de fusiles y fals y gruesos palos vigilan muy de cerca de los numerosos presos allí concentrados. Los golpean a cada momento para mantenerlos bajo el terror perpetuo. No les permiten comunicarse entre sí. Al que hable o haga alguna señal le asestan su ración de palos por las costillas, la espalda y el pecho. Hay hombres y mujeres, ancianos y niños en el campamento de tortura. Se les mantiene en depósitos, como bestias acorraladas, condenadas al desprecio, a la humillación y al fusilamiento. A cada instante vienen los “cachorros” y los digepoles. Gritan el nombre de un preso y se lo llevan como una bestia al matadero.

A veces lo torturan allí mismo frente a los otros presos. Con un objeto deliberado: infundirles pánico a todos e intentar resquebrajarles la moral y la firmeza. Dos digepoles sacan a un preso y le sacuden el cuerpo a palos.

—¡Habla, Saúl Coronado! —y los digepoles los golpean en el suelo.

El preso se revuelca y grita con la voz temblorosa. Desesperado intenta asirse a una tabla salvadora.

—Yo no sé nada. No tengo qué declarar. Me acojo al precepto constitucional.

Y entre los digepoles y "Cazadores" se intercambian carcajadas de desprecio y burla. Y lo golpean con furia y ensañamiento.

—Aquí la Constitución no vale un carajo. ¡Toma, esta es la Constitución! —y le pegaban con el palo más grueso y más pesado.

El palo va y viene y cae y una y otra vez por la cabeza, por la espalda y por el estómago. Y por cada golpe de palo, un grito de imprecación.

—¡Toma, carajo, esta es la Constitución!

—¡Esta es la Constitución, carajo! —golpean y vuelven a golpear hasta que se les canse la mano, hasta que lo dejen desvanecido y con el cuerpo hecho un amasijo sanguinolento.

Las mujeres agazapadas en el suelo tratan de ocultar sus muecas de terror, de angustia y de vergüenza. El llanto se les quiebra en la garganta. Miran a los verdugos armados de palos y garrotes y el llanto se les vuelve odio, rabia, desprecio y asco. Miran a los presos amarrados en las carpas, golpeados y heridos y arrojados en el suelo, y la angustia se les torna ternura de madre. Dolor compartido, solidaridad de causa, alma sensitiva.

Los gruesos garrotes de la montaña cimbran los cuerpos lacerados y machacados de los presos. Macario siente que lo puyan por la espalda. Ahora no son las puntas de los fusiles de los "Cazadores" que lo empujan a un nuevo castigo. Son los pesados y toscos palos manejados por rabiosos digepoles que se turnan con los "boinas verdes" en los actos de tortura. Macario ha rodado tres veces por el suelo a golpes de garrotazos. Los oficiales lo patean con sus botas. Tratan de ponerlo en pie a la fuerza. Pero Macario está muy débil y no tiene fuerzas suficientes para mantener su cuerpo en posición vertical. Los tenientes Barrios y Machillanda lo levantan de un tirón. Y comienzan a descargarle un interrogatorio implacable:

—¿Dónde están las guerrillas?

Y Macario no tiene fuerzas para responder. Y un ga rodar otra vez por el suelo.

—¡Habla, carajo, no te hagas el mudo!

Y los garrotazos hacen brotar sangre por su boca.

—¿Dónde están los campesinos guerrilleros?

Y Macario ya no responde ni se mueve ni se que Barrios busca otro instrumento de tortura. Saca un cuatro y lo deja caer varias veces por la espalda del preso.

—¡Habla que te vamos a fusilar!

Y el campesino se fue de bruces, con la espalda perdió el conocimiento. Los oficiales lo arrastraron por un energúmeno saltó el capitán Ramírez Inciarte y grueso garrote comenzó a gritar, como un desaforado, verdes", que corrían presurosos hacia el lugar de torturas.

—¡Coños de madre!... No se dejen convencer por lleros... Esos grandísimos carajos son enemigos de avispan los van a matar como a unos pendejos... ¡Esos nales que no tienen compasión ni con Dios ni con el

Y, luego, volteándose hacia la carpa donde tirados y amarrados en el suelo, les dijo con rabiosa

—Aquellos que hablan de Constitución... es aquí no existe Constitución. Aquí la única Constitución Ejército. ¡Aquí en este país el Presidente no vale un carajo! manda es el Ejército!

Dio por concluido su encendido discurso y se sombrío y patibulario.

Las torturas siguieron su curso ininterrumpido hasta la noche.

A los presos moribundos los arrojaban en una se sabía más si era para terminarlos de matar o para garrotazos. Las torturas no cesaban un solo instante. a claridad de la mañana y las espesas tinieblas de la noche.

Un día, inesperadamente, en medio de la las torturas, se presentó el Tribunal Accidental de fríos, estáticos e indiferentes a todo cuanto ocurría a los cados en el campo de torturas.

Los integrantes del tribunal se movían igual que jados por hilos muy sutiles, cuyos controles de mando

[illegible] a los otros presos. Con un [illegible] e intentar resquebrajarles [illegible] a un preso y le sacuden el [illegible]

[illegible] los golpean en el suelo. [illegible] temblorosa. Desesperado [illegible]

[illegible] declarar. Me acojo al precepto [illegible]

[illegible] se intercambian carcajadas de [illegible] y ensañamiento.

[illegible] carajo. ¡Toma, esta es la Cons- [illegible] grueso y más pesado.

[illegible] vez por la cabeza, por la espalda [illegible] de palo, un grito de imprecación.

[illegible] Constitución!

[illegible] —golpean y vuelven a golpear [illegible] que lo dejen desvanecido y con el [illegible]

[illegible] tratan de ocultar sus muecas de [illegible] El llanto se les quiebra en la gar- [illegible] de palos y garrotes y el llanto se les [illegible] Miran a los presos amarrados en las [illegible] en el suelo, y la angustia se les [illegible] partido, solidaridad de causa, alma [illegible]

[illegible] cimbran los cuerpos lacerados y [illegible] siente que lo puyan por la espalda. [illegible] de los "Cazadores" que lo empujan [illegible] y toscos palos manejados por [illegible] con los "boinas verdes" en los actos de [illegible] por el suelo a golpes de garrotazos. [illegible] Tratan de ponerlo en pie a la [illegible] y no tiene fuerzas suficientes para [illegible] vertical. Los tenientes Barrios y [illegible] Y comienzan a descargarle un inte- [illegible]

[illegible]

Y Macario no tiene fuerzas para responder. Y un garrotazo lo hace rodar otra vez por el suelo.

—¡Habla, carajo, no te hagas el mudo!

Y los garrotazos hacen brotar sangre por su boca.

—¿Dónde están los campesinos guerrilleros?

Y Macario ya no responde ni se mueve ni se queja. El teniente Barrios busca otro instrumento de tortura. Saca un rejo y lo dobla en cuatro y lo deja caer varias veces por la espalda del preso.

—¡Habla que te vamos a fusilar!

Y el campesino se fue de bruces, con la espalda ensangrentada, perdió el conocimiento. Los oficiales lo arrastraron por los pies. Como un energúmeno saltó el capitán Ramírez Inciarte y blandiendo un grueso garrote comenzó a gritar, como un desaforado, a los "boinas verdes", que corrían presurosos hacia el lugar de torturas:

—¡Coños de madre!... No se dejen convencer por esos guerrilleros… Esos grandísimos carajos son enemigos de ustedes. Si no se avispan los van a matar como a unos pendejos… ¡Esos son unos criminales que no tienen compasión ni con Dios ni con el Diablo!

Y, luego, volteándose hacia la carpa donde permanecían los presos tirados y amarrados en el suelo, les dijo con rabiosa amenaza:

—Aquellos que hablan de Constitución… es bueno que sepan que aquí no existe Constitución. Aquí la única Constitución que existe es el Ejército. ¡Aquí en este país el Presidente no vale un carajo! ¡Aquí quien manda es el Ejército!

Dio por concluido su encendido discurso y se retiró del escenario sombrío y patibulario.

Las torturas siguieron su curso ininterrumpido hasta bien tarde en la noche.

A los presos moribundos los arrojaban en una ambulancia y ya no se sabía más si era para terminarlos de matar o para revivirlos a fuerza de garrotazos. Las torturas no cesaban un solo instante. Se sucedían entre a claridad de la mañana y las espesas tinieblas de la noche.

Un día, inesperadamente, en medio de la espantosa tempestad de las torturas, se presentó el Tribunal Accidental de Guerra. Llegaron fríos, estáticos e indiferentes a todo cuanto ocurría a los presos sacrificados en el campo de torturas.

Los integrantes del tribunal se movían igual que muñecos manejados por hilos muy sutiles, cuyos controles de mando regularmente

tienen su asiento en Maracaibo, Coro y Cabure. Fueron enviados allí con el fin de cumplir una misión muy escueta y sencilla: seguirle juicio militar a todos los prisioneros incursos en delito de guerra. Un juicio amañado y prefabricado. "Guerrillero", "colaborador con las guerrillas" o campesino, daba igual. En principio todo campesino era sospechoso, todo estudiante era también sospechoso. Después se les levantaba un expediente y el SIFA y la Digepol agregaban todo lo demás. Luego se procedía a "hacer justicia"... La justicia es implacable, la justicia es "ciega"... ¡ah! y la justicia... la justicia militar es inapelable. Basta con que acuse un digepol, basta con que acuse un agente del SIFA. El Tribunal... "cumple con su deber".

Para eso estaban ellos allí, como turistas, disfrutando de una buena dieta, con viáticos y demás aditamentos. Sobre todo... muchos viáticos. Aquello era un viaje de placer, un *weekend*, muy pintoresco, muy original. Viajar desde Maracaibo, bien escoltados y protegidos contra todos los peligros. Bien alimentados y tratados con la más esmerada consideración. Eso era en realidad algo muy interesante... muy interesante. Y más interesante aún por cuanto ellos no se manchaban las manos ni se ensuciaban sus finas, delicadas e impecables vestiduras. Ellos no se molestaban en maltratar a los presos con sus manos. Ese era trabajo de los otros, de los que andaban siempre en traje de campaña. Ellos no tenían por qué alzar la voz, ni mancharse las manos de sangre, ni llenarse los zapatos de barro, ni amenazar a los presos. Eso era trabajo de los otros, de los que andaban siempre en traje de campaña. Para eso andaban vestidos con todas sus galas, sus estrellas doradas y relucientes, sus gorras finas y sus ademanes extremadamente delicados. Por eso se paseaban entre las carpas con aire de grandeza, con el mayor aplomo y un andar siempre pausado y parsimonioso, poseídos por una actitud flemática e imperturbable. Con la más paladina tranquilidad recorrían los escenarios del campamento. Se hacían visibles y presentes como personajes revestidos de un poder especial, como personajes de una importancia extraordinaria. Cuya sola presencia debía bastar para infundir respeto y admiración.

Sin mayores ceremonias se instaló el Tribunal Militar en plena montaña y al aire libre. El juez, de aspecto rechoncho, luciendo bigotitos negros y pulidos, con un plantaje napoleónico, como su nombre, abría la audiencia. Siempre bajo la compañía de un fiscal de oficio, su entrañable y carnal compañero de andanzas. Una nutrida escolta de

"Cazadores" y digepoles rodeaban al Tribunal. Los
hablaban, se mantenían bajo la más profunda solemnidad

Apenas esbozaban, por las comisuras de sus labios
de satisfacción y poses de superioridad. Los "Cazadores"
se regodean a sus anchas. Se disponen a ofrecer, ante
magistrados, una muestra irrefutable de sus condiciones
connotados.

El digepol Melecio Medina da comienzo a la sesión
Quería demostrar la efectividad de su métodos a los
la justicia militar.

El digepol se ensaña con Macario. Lo trae a empujones
Como de costumbre, Macario rueda por el suelo. Los palos
Los magistrados mantienen su habitual solemnidad.
gritan y se ríen. Melecio Medina, revestido del mayor
su víctima:

—Date cuenta que estás rindiendo declaraciones
de Guerra, que debes decir la verdad y declararte culpable.

Y una patada y un palo caían com brasas sobre el
del campesino.

— ...y otra vaina... que tú tienes que declarar en el
aquí no se torturó ni se atropelló. Tú tienes que decir
expediente: "Declaro que el trato que he recibido es
de acuerdo con mi comportamiento..."

Y los magistrados, con un ligero movimiento de la
su asentimiento a las palabras y a los palos lanzados por

Macario intentaba inútilmente de quitarse los palos
gritando su protesta alcanzaba a decir:

—Si este es el trato bueno, entonces ¿cuál es el trato

—La muerte, gran carajo, la muerte que es lo que
ustedes —y otro palo silenciaba la voz del campesino.

Melecio Medina cambiaba los palos por las amenazas

—Si te niegas a firmar esas declaraciones, peor
menos doce años te esperan en la Cárcel de Maracaibo
dado: si se te ocurre denunciar que tú has sido torturado
es verdad que vas a ser perseguido y con toda seguridad
salvar del fusilamiento.

Los interrogatorios se prolongaron hasta altas horas
en presencia del Tribunal Militar. Los presos eran obli

[illegible] Fueron enviados allí [illegible] y sencilla: seguirle juicio [illegible] delito de guerra. Un juicio [illegible] "colaborador con las guerrillas" [illegible] campesino era sospechoso, [illegible] Después se les levantaba un [illegible] todo lo demás. Luego se [illegible] es implacable, la justicia es [illegible] es inapelable. Basta con [illegible] un agente del SIFA. El [illegible]

[illegible] disfrutando de una buena [illegible] Sobre todo... muchos viá- [illegible] *weekend*, muy pintoresco, muy [illegible] escoltados y protegidos contra [illegible] tratados con la más esmerada [illegible] muy interesante... muy intere- [illegible] ellos no se manchaban las [illegible] delicadas e impecables vestiduras. [illegible] a los presos con sus manos. Ese era [illegible] siempre en traje de campaña. [illegible] ni mancharse las manos de sangre, [illegible] amenazar a los presos. Eso era tra- [illegible] siempre en traje de campaña. Para [illegible] galas, sus estrellas doradas y relu- [illegible] extremadamente delicados. Por [illegible] aire de grandeza, con el mayor [illegible] y parsimonioso, poseídos por una [illegible] Con la más paladina tranquilidad [illegible] Se hacían visibles y presentes [illegible] poder especial, como personajes de [illegible] Cuya sola presencia debía bastar para [illegible]

[illegible] el Tribunal Militar en plena [illegible] de aspecto rechoncho, luciendo bigo- [illegible] napoleónico, como su nombre, [illegible] compañía de un fiscal de oficio, su [illegible] de andanzas. Una nutrida escolta de

"Cazadores" y digepoles rodeaban al Tribunal. Los magistrados casi no hablaban, se mantenían bajo la más profunda solemnidad.

Apenas esbozaban, por las comisuras de sus labios, leves sonrisas de satisfacción y poses de superioridad. Los "Cazadores" y los digepoles se regodean a sus anchas. Se disponen a ofrecer, ante los ciudadanos magistrados, una muestra irrefutable de sus condiciones de verdugos connotados.

El digepol Melecio Medina da comienzo a la sesión de torturas. Quería demostrar la efectividad de su métodos a los representantes de la justicia militar.

El digepol se ensaña con Macario. Lo trae a empujones y a palos. Como de costumbre, Macario rueda por el suelo. Los palos van y vienen. Los magistrados mantienen su habitual solemnidad. Los "cachorros" gritan y se ríen. Melecio Medina, revestido del mayor cinismo, le dice a su víctima:

—Date cuenta que estás rindiendo declaraciones ante un Tribunal de Guerra, que debes decir la verdad y declararte culpable.

Y una patada y un palo caían com brasas sobre el cuerpo allagado del campesino.

—...y otra vaina... que tú tienes que declarar en el expediente que aquí no se torturó ni se atropelló. Tú tienes que decir lo que dice en ese expediente: "Declaro que el trato que he recibido es un trato bueno... de acuerdo con mi comportamiento..."

Y los magistrados, con un ligero movimiento de la cabeza, daban su asentimiento a las palabras y a los palos lanzados por el digepol.

Macario intentaba inútilmente de quitarse los palos de encima. Y gritando su protesta alcanzaba a decir:

—Si este es el trato bueno, entonces ¿cuál es el trato malo?

—La muerte, gran carajo, la muerte que es lo que se merecen todos ustedes —y otro palo silenciaba la voz del campesino.

Melecio Medina cambiaba los palos por las amenazas.

—Si te niegas a firmar esas declaraciones, peor para ti. Cuando menos doce años te esperan en la Cárcel de Maracaibo. Y mucho cuidado: si se te ocurre denunciar que tú has sido torturado... Entonces sí es verdad que vas a ser perseguido y con toda seguridad que no te vas a salvar del fusilamiento.

Los interrogatorios se prolongaron hasta altas horas de la noche, en presencia del Tribunal Militar. Los presos eran obligados a firmar

los expedientes prefabricados por el SIFA y la Digepol. Con la más absoluta serenidad, los magistrados iban confeccionando gruesos legajos. La coacción, la tortura y las amenazas de muerte eran los condimentos que aportaban los cuerpos represivos del Ejército y la Digepol para cumplimentar los objetivos de la justicia militar.

De Cabure traían constantemente más presos al suplicio de "El Guarataro". Como en tiempos de la esclavitud, el desprecio a los hombres y el irrespeto a la vida y la degradación humana, cobraban visos de extrema crueldad.

Hileras de gente joven, de gente vieja, de mujeres, de niños, de hombres campesinos, desfilaban con los rostros angustiados, las manos temblorosas y un temor lúgubre y pesado que les recorría por todo el cuerpo.

La plana mayor de los "cachorros" del Pentágono se encargaba de hacerles la más brutal recepción. Un bloque verde de "boinas verdes" y de botas negras rodeaban a los presos. El grupo de oficiales se ubicaba en el extremo derecho del pelotón.

Y desde allí, armados de palos y de fusiles, salían las voces de mando del capitán Ramírez Inciarte, del teniente Zavarce, del teniente Machillanda, del teniente Barrios, del teniente Godoy y del teniente Alfredo Montenegro. A un lado se mantienen a la expectativa los digepoles Melecio Medina y Jesús Rafael Rodríguez.

—¡Todos en una sola fila, a pararse firmes! —grita el capitán Ramírez Inciarte.

Y los presos aprietan sus cuerpos unos contra otros, con el frío entre los huesos y los gruesos mecates clavándose en los brazos como tizones encendidos.

Ahora es Zavarce quien dicta su sentencia de muerte.

—¡Ustedes van a ser fusilados! ¡Ahorita mismo vamos a fusilarlos!

Caras asustadas y temblorosas. Rostros serenos y expresiones de aplomo en las manos y en los pies. El Teniente va recorriendo la fila de los prisioneros. A cada paso descarga sus dos manos por los oídos de los presos.

—¡El que no hable, se jode, lo fusilamos!

Se detiene y mira con mirada aviesa a los rostros serios y serenos de los hombres. Después agrega enfático:

—Ya fusilamos a varios. Ahora les toca el turno a ustedes. ¡Vamos a ver cuántos salen con vida de aquí!

Los pelotones de "boinas verdes" se hacen má
rrados. Permanecen a la expectativa. Esperan tan só
entrar en acción. Se muestran inquietos e impaciente
hay un silencio de muerte. Los "cachoros" del Pent
presos como perros rabiosos, en actitud agresiva, list
rados a clavarles sus dentelladas. Esperan tan sólo
orden, mi Teniente, y no queda uno vivo"; "¡Para qué
y pasar malos ratos!"; "Una orden basta. En un mi
resuelto".

Pero el Teniente da una orden, no al pelotón de "
a la hilera de presos amarrados.

—Que dé cinco pasos al frente el primero de la fil
Y un hombrecito de piel oscura, cuerpo débil y del
respectivos. Es el mismo hombrecito que habían mo
para que lo identificara. Podía verlo muy claro y v
Adolfo Medina con su estampa de humilde campe
inmediato lo rodearon los tenientes Zavarce y Mont
muy de cerca por Melecio Medina. Y más atrás el p
miento. Lo internaron por un pedazo de espesa mon
en silencio un trecho muy corto. Se detuvieron al
Guarataro". Los oficiales colocaron al prisionero a u
dencial, con las manos amarradas y a seis metros de
fusiles del pelotón de fusilamiento.

Zavarce le hablaba al hombrecito y no encontraba
—Te vamos a dar la última oportunidad. Dinos
guerrillas y te perdonaremos la vida.

El hombrecito no salía de su asombro. No sa
dónde había sacado tanta resistencia para soportar las
turas. La cabeza le daba vueltas en el aire como si fuera
—Habla y te perdonamos la vida.

El zumbido monocorde le taladraba el cerebro.
cigarrón dando vueltas y más vueltas en el aire.

—¡Te vamos a fusilar, te vamos a fusilar!

Las palabras del teniente Zavarce le taladraban e
zumbido del cigarrón, como los palos y culatazos qu
perder varias veces el conocimiento. Ya no tenía más
que hablar, ni que alegar, ni que argumentar. Allí est

[illegible] por el SIFA y la Digepol. Con la más [illegible] confeccionando gruesos le- [illegible] de muerte eran los condi- [illegible] del Ejército y la Digepol [illegible] justicia militar.

[illegible] más presos al suplicio de "El [illegible] esclavitud, el desprecio a los hom- [illegible] humana, cobraban visos de [illegible]

[illegible] de gente vieja, de mujeres, de niños, de [illegible] los rostros angustiados, las manos [illegible] pesado que les recorría por todo el [illegible]

[illegible] "cachorros" del Pentágono se encargaba de [illegible] Un bloque verde de "boinas verdes" y [illegible] El grupo de oficiales se ubicaba [illegible]

[illegible] y de fusiles, salían las voces de [illegible] del teniente Zavarce, del teniente [illegible] Barrios, del teniente Godoy y del teniente [illegible] se mantienen a la expectativa los dige- [illegible] Rafael Rodríguez.

[illegible] a pararse firmes! —grita el capitán [illegible]

[illegible] cuerpos unos contra otros, con el frío [illegible] mecates clavándose en los brazos como [illegible]

[illegible] su sentencia de muerte.

[illegible] ¡Ahorita mismo vamos a fusilarlos!

[illegible] Rostros serenos y expresiones de [illegible] El Teniente va recorriendo la fila de [illegible] descarga sus dos manos por los oídos de los [illegible]

[illegible] lo fusilamos!

[illegible] aviesa a los rostros serios y serenos de [illegible]

[illegible] Ahora les toca el turno a ustedes. ¡Vamos [illegible]

Los pelotones de "boinas verdes" se hacen más compactos y cerrados. Permanecen a la expectativa. Esperan tan sólo una orden para entrar en acción. Se muestran inquietos e impacientes. Por un instante hay un silencio de muerte. Los "cachoros" del Pentágono miran a los presos como perros rabiosos, en actitud agresiva, listos ya a salir disparados a clavarles sus dentelladas. Esperan tan sólo una orden. "Una orden, mi Teniente, y no queda uno vivo"; "¡Para qué perder el tiempo y pasar malos ratos!"; "Una orden basta. En un minuto todo queda resuelto".

Pero el Teniente da una orden, no al pelotón de "Cazadores", sino a la hilera de presos amarrados.

—Que dé cinco pasos al frente el primero de la fila.

Y un hombrecito de piel oscura, cuerpo débil y delgado, da los pasos respectivos. Es el mismo hombrecito que habían mostrado a Macario para que lo identificara. Podía verlo muy claro y visible: el negrito Adolfo Medina con su estampa de humilde campesino serrano. De inmediato lo rodearon los tenientes Zavarce y Montenegro. Seguidos muy de cerca por Melecio Medina. Y más atrás el pelotón de fusilamiento. Lo internaron por un pedazo de espesa montaña. Caminaron en silencio un trecho muy corto. Se detuvieron al pie del cerro "El Guarataro". Los oficiales colocaron al prisionero a una distancia prudencial, con las manos amarradas y a seis metros de las bocas de los fusiles del pelotón de fusilamiento.

Zavarce le hablaba al hombrecito y no encontraba respuesta.

—Te vamos a dar la última oportunidad. Dinos dónde están las guerrillas y te perdonaremos la vida.

El hombrecito no salía de su asombro. No sabía explicarse de dónde había sacado tanta resistencia para soportar las más crueles torturas. La cabeza le daba vueltas en el aire como si fuera un cigarrón.

—Habla y te perdonamos la vida.

El zumbido monocorde le taladraba el cerebro. El zumbido del cigarrón dando vueltas y más vueltas en el aire.

—¡Te vamos a fusilar, te vamos a fusilar!

Las palabras del teniente Zavarce le taladraban el cerebro como el zumbido del cigarrón, como los palos y culatazos que le habían hecho perder varias veces el conocimiento. Ya no tenía más que responder, ni que hablar, ni que alegar, ni que argumentar. Allí estaba todavía de pie,

con un hilo frío en la garganta y el zumbido monocorde del cigarrón taladrándole el cerebro.

—Te vamos a dar cinco minutos para que hables.

—Te quedan tres…

—Te quedan dos…

—Te queda uno…

—Reza ahora para que te encomiendes a Dios.

Pero el hombrecito moreno ni se movía ni respondía palabra alguna.

Zavarce dio una señal y una ráfaga de metralla pasó silbándole por la cabeza al hombrecito moreno y fue a perderse al fondo de la montaña, retumbando de eco en eco. Era el esbozo de fusilamiento. La suprema tortura, el simulacro de fusilamiento. De inmediato cundía un rumor de nerviosismo y de pánico entre las fila de presos. De temores soterrados y escalofriantes. Las ráfagas de los fusiles era un presagio de muerte. Un miedo espantoso recorría de un extremo a otro de la fila de los presos amarrados. Los oficiales reían con disimulo. No podían ocultar el placer que les producían aquellas escenas de terror y de angustia que se dibujaban en los rostros cariacontecidos de los prisioneros.

Un preso saltó de la fila presa del pánico, exclamando con voz angustiosa:

—¡Maldita sea, cómo se muere tanta gente honrada por culpa de estos guerrilleros! —y con las manos temblorosas se desató en llantos.

El viejo Macario, que estaba a su lado, no pudo contenerse y le habló con energía:

—¡Déjate de hablar pendejadas! Con eso no vas a remediar nada. ¡Mejor es que te calles!

No lo dejaron continuar hablando. Los oficiales lo sacaron a culatazos y se lo llevaron a la espesura de la montaña. Lo hicieron subir por un cerrito, a la carrera y a los empujones. De pronto se detuvieron. El capitán Ramírez Inciarte, le dijo con voz calma:

—Te vamos a dar la última oportunidad. Quince minutos para que hables. Macario se mantuvo en silencio. El Capitán levantó su ametralladora Madsen y encañonó al viejo campesino.

—Ya se te cumplieron los quince minutos.

Y el teniente Machillanda:

—Reza el Padre Nuestro para que te encomiendes a Dios.

—No es necesario —respondió Macario—, yo no soy católico.

Y los ojos le brillaban verde intenso. Luego, en a
desafiante agregó:

—Si me van a matar, procedan de una vez. ¡Échen
Dos ráfagas furtivas le pasaron cerca de los pies y
beza. No sintió miedo. Tan solo unas agudas punzadas
sordera instantánea. El Capitán se aproximó lentamen
brazo por el hombro. Le habló con sarcasmo.

—¿Te asustaste?

Habían puesto punto final a la prueba de simulacro
con Macario. Luego lo condujeron por una pica hasta un
pamento antiguerillero.

Cada campesino, cada obrero o estudiante que era
mayor frialdad y el más espantoso sadismo, a la suprem
tortura, el simulacro de fusilamiento, quedaba para to
matizado y con la huella del terror grabada en sus entrañ

Al amanecer los verdugos despertaron a Macari
Llegaron con el sarcasmo y las amenazas por delante.

—Conque tú no eres católico —dijo con sorna el C

—No, no soy católico. Yo soy libre pensador.

De nuevo la sonrisilla sarcástica.

—¿Qué es eso de libre pensador?

Y Melecio Medina, con tono burlón:

—¿Qué secta es esa?... ¿Espiritismo?... Entonces
porque yo soy espiritista.

Macario lo rechazó con firmeza.

—Pero será de los espiritistas inconscientes.

Los verdugos se dieron por vencidos. Era inútil
pretender doblegar la erguida conciencia de aquel hom
de mirada encendida. Desistieron de sus propósitos y
más al pequeño campesino.

Las carpas se atestaban de presos. Los "cachorros"
dia en cada carpa y en cada puesto estratégico de vigilan
los convoyes en permanente movimiento provocaban
una tensión nerviosa. Voces de mando día y noche.
Gritos de prisioneros desgarrando la noche. Ráfagas
sembrando el terror y el miedo entre las carpas y en to
del campamento "El Guarataro". Entre las sombras
cura y de olor repugnante Macario permanecía arr

[illegible] monocorde del cigarrón [illegible]

[illegible] hables.

[illegible]

[illegible] des a Dios.

[illegible] ni respondía palabra alguna. [illegible] de metralla pasó silbándole por [illegible] perderse al fondo de la montaña, [illegible] esbozo de fusilamiento. La suprema [illegible]. De inmediato cundía un rumor de [illegible] de presos. De temores soterrados y [illegible] fusiles era un presagio de muerte. Un [illegible] extremo a otro de la fila de los presos [illegible] con disimulo. No podían ocultar el placer [illegible] escenas de terror y de angustia que se dibu- [illegible] dos de los prisioneros.

[illegible] presa del pánico, exclamando con voz an- [illegible]

[illegible] muere tanta gente honrada por culpa de [illegible] manos temblorosas se desató en llantos.

[illegible] a su lado, no pudo contenerse y le ha- [illegible]

[illegible] pendejadas! Con eso no vas a remediar nada. [illegible]

[illegible] hablando. Los oficiales lo sacaron a cula- [illegible] espesura de la montaña. Lo hicieron subir por [illegible] empujones. De pronto se detuvieron. El [illegible] con voz calma:

[illegible] oportunidad. Quince minutos para que [illegible] en silencio. El Capitán levantó su ametra- [illegible] campesino.

[illegible] minutos.

[illegible]

[illegible] que te encomiendes a Dios.

[illegible] Macario—, yo no soy católico.

Y los ojos le brillaban verde intenso. Luego, en actitud resuelta y desafiante agregó:

—Si me van a matar, procedan de una vez. ¡Échenle pichón!

Dos ráfagas furtivas le pasaron cerca de los pies y por sobre la cabeza. No sintió miedo. Tan solo unas agudas punzadas en el oído y una sordera instantánea. El Capitán se aproximó lentamente y le tendió el brazo por el hombro. Le habló con sarcasmo.

—¿Te asustaste?

Habían puesto punto final a la prueba de simulacro de fusilamiento con Macario. Luego lo condujeron por una pica hasta una carpa del campamento antiguerillero.

Cada campesino, cada obrero o estudiante que era sometido con la mayor frialdad y el más espantoso sadismo, a la suprema prueba de la tortura, el simulacro de fusilamiento, quedaba para toda su vida traumatizado y con la huella del terror grabada en sus entrañas.

Al amanecer los verdugos despertaron a Macario en la carpa. Llegaron con el sarcasmo y las amenazas por delante.

—Conque tú no eres católico —dijo con sorna el Capitán.

—No, no soy católico. Yo soy libre pensador.

De nuevo la sonrisilla sarcástica.

—¿Qué es eso de libre pensador?

Y Melecio Medina, con tono burlón:

—¿Qué secta es esa?... ¿Espiritismo?... Entonces somos colegas, porque yo soy espiritista.

Macario lo rechazó con firmeza.

—Pero será de los espiritistas inconscientes.

Los verdugos se dieron por vencidos. Era inútil empecinarse en pretender doblegar la erguida conciencia de aquel hombrecito enjuto y de mirada encendida. Desistieron de sus propósitos y ya no molestaron más al pequeño campesino.

Las carpas se atestaban de presos. Los "cachorros" montaban guardia en cada carpa y en cada puesto estratégico de vigilancia. Las tropas y los convoyes en permanente movimiento provocaban entre los presos una tensión nerviosa. Voces de mando día y noche. Gritos y golpes. Gritos de prisioneros desgarrando la noche. Ráfagas de ametralladora sembrando el terror y el miedo entre las carpas y en todos los resquicios del campamento "El Guarataro". Entre las sombras de una carpa oscura y de olor repugnante Macario permanecía arrojado en el suelo.

Los verdugos ya no lo torturaban más. Ya no escuchaba los pasos de las botas de los sabuesos. Ya no rondaban los "cachorros" con la frecuencia y el ritmo de continuidad de otras veces.

Ahora descargaban toda su brutal maldad sobre los presos recién trasladados de Cabure. En silencio, por primera vez Macario podía contar con calculada precisión los días transcurridos en manos de los "cachorros" del Pentágono… Diecisiete días con sus noches bajo un régimen de terror perpetuo. Diecisiete días sin haber podido dormir con tranquilidad en el campamento "El Guarataro". Por primera vez podía nuevamente contemplar detenidamente su cuerpo. La piel había cambiado de color. Los verdugones y los tallados de las torturas dejaban una huella profunda y diseminada por todo el cuerpo. Una huella oscura y violeta que se apoderaba de toda su humanidad adolorida, como una mancha indeleble que le cubriera todas sus partes vitales. Al frotarse o rascarse la piel se desprendían de ellas cascarillas y fragmentos de sangre coagulada y machacada.

5 de octubre de 1964. Unos pasos agitados y presurosos se aproximan a la carpa. Macario procura contener sus nervios alterados. Se acercan ya los fuertes pasos y se escucha la voz atiplada de Melecio Medina.

—¡Prepárese… que lo llevamos a Cabure!

El regreso a Cabure podía significar dos posibles alternativas: el camino definitivo hacia la vida o el capítulo final de la historia de un hombre condenado al postrero infortunio en un campamento de muerte.

Bien pronto Macario volvió y respiró a pleno pulmón. El viaje de retorno llegaba más allá de las fronteras de Falcón. En la capital del petróleo venezolano se levantan los muros de una gigantesca prisión. Allí van a dar los cautivos que escapan con vida de los campos de terror. Son patriotas, son obreros, estudiantes, hombres del pueblo, hijos de la revolución.

Nota

...no lo torturaban más. Ya no escuchaba los pasos de las ...as. Ya no rondaban los "cachorros" con la frecuencia y ...idad de otras veces.

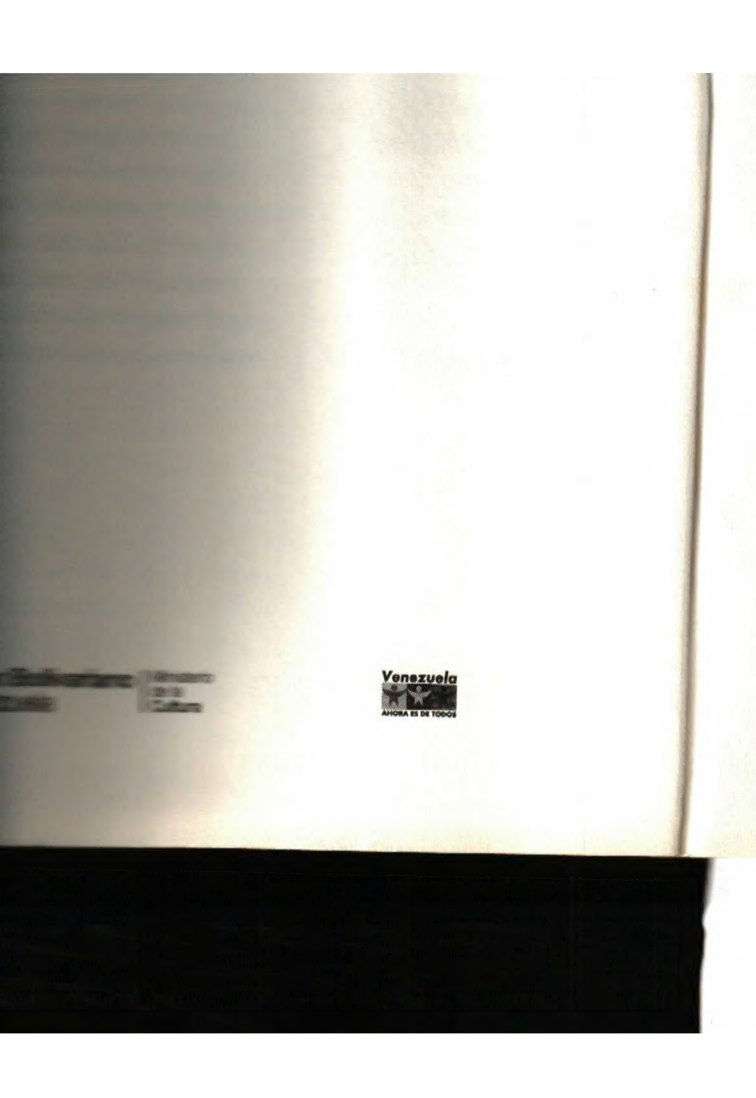
...gaban toda su brutal maldad sobre los presos recién ...Cabure. En silencio, por primera vez Macario podía ...da precisión los días transcurridos en manos de los ...Pentágono... Diecisiete días con sus noches bajo un ...perpetuo. Diecisiete días sin haber podido dormir con ...l campamento "El Guarataro". Por primera vez podía ...emplar detenidamente su cuerpo. La piel había cam... ...s verdugones y los tallados de las torturas dejaban una ...y diseminada por todo el cuerpo. Una huella oscura y ...alterable de toda su humanidad adolorida, como una ...e que le cubriera todas sus partes vitales. Al frotarse o ...desprendían de ellas cascarillas y fragmentos de sangre ...ada.

...de 1964. Unos pasos agitados y presurosos se apro... ...Macario procura contener sus nervios alterados. Se ...tes pasos y se escucha la voz atiplada de Melecio

...que lo llevamos a Cabure!

...Cabure podía significar dos posibles alternativas: el ...hacia la vida o el capítulo final de la historia de un ...al postrero infortunio en un campamento de muerte. ...Macario volvió y respiró a pleno pulmón. El viaje de ...s allá de las fronteras de Falcón. En la capital del ...se levantan los muros de una gigantesca prisión. ...tivos que escapan con vida de los campos de terror. ...mineros, estudiantes, hombres del pueblo, hijos de la

Índice



Se terminó de imprimir en *diciembre de 2006*
la Fundación Imprenta del Ministerio de la Cultura
Caracas, Venezuela.
La edición consta de 1.000 ejemplares
impresos en papel Alternative 60 gr.

novela

La violencia despiadada de los cuerpos de seguridad del Estado, el discurso inolvidable de "disparar primero, averiguar después" y la llamada "democracia representativa" son las crudas imágenes que vienen a hilarse en esta novela testimonial y que nos presenta su autor, Ángel Raúl Guevara, luchador que levantara su voz para protestar en contra de las enfermizas y crueles atrocidades cometidas bajo el adiestramiento de los "boinas verdes" norteamericanos y ordenadas por los gobiernos de Raúl Leoni, Rómulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez.

Los cachorros del Pentágono inscribe su historia bajo las cruentas torturas a las que fueron sometidos hombres y mujeres venezolanos hacia los años sesenta en un país bordeado de miseria, desesperanza, represión, pero también de ejemplar resistencia, dejando en sus páginas un recuerdo fresco de aquel hondo pesar aún presente en la memoria histórica del venezolano.


ISBN 980-396-370-8
9 789803 963705

PáginasVenezolanas